
En un
bonito día
te encontraré
LEE DO-WOO

«Si preparas un té en tu primer despertar, la tristeza cederá en tu próximo despertar».

Tras una experiencia traumática, Haewon decide renunciar a su trabajo como profesora de arte y abandonar Seúl para volver a Bukhyeon-ri, el pueblo en el que vivió durante su adolescencia, con la esperanza de hallar algo de paz.

Cuando se reencuentra con Eunseop, su vecino de la infancia y excompañero del colegio, descubre que ahora es dueño de una pequeña librería llamada Good Night, la cual alberga un club de lectura para los que pasan la noche en vela, perdidos entre sueños y páginas. Gracias a los libros, a los eventos literarios y a un diario no tan privado, los miembros del club empezarán a sentirse más unidos que nunca. Pero cuando un secreto del pasado sale a la luz, los suaves copos de nieve del invierno se transforman en una brutal ventisca.

En medio del frío invierno, Haewon y Eunseop encuentran en el otro la calidez que necesitaban para derretir el hielo de sus corazones y sanar las heridas del pasado y, quizá, volver a creer en el amor.

Lee Do Woo

En un bonito día te encontraré

Título original: *I will find you on a beautiful day*
Lee Do Woo, 2018
Traducción: Héctor Nicolás Braessas y Joo So Mee, 2025

Revisión: 1.0

 28/01/2026

La llegada del invierno es agradable por una sola razón.
Las hojas del árbol que tapan mi ventana caen
y me dejan ver tu ventana al otro lado de la calle.
Llega la Navidad y Año Nuevo, y tú regresas
al pueblo por unos días.

La Casa de Nuez

El bus atravesaba la pradera nevada del pueblo de Hyecheon. La zona estaba sembrada de colinas. El sol tenue y el paisaje carecían de color como una fotografía gastada por los años.

Haewon tenía la cabeza apoyada sobre el marco de la ventana y miraba el móvil. Lo apagó. Había nevado en el desierto del Sahara. El telediario mostraba una duna de arena blanca; la duna cubierta de nieve era rara, pero el invierno había sido tan duro que no sonaba raro que hubiera nevado en el desierto.

El bus pasó el arrozal helado y se adentró por el camino de Bukhyeon-ri. En el campo rodaban unos malvaviscos blancos gigantes. Eran unos contenedores en donde se fermentaba la paja que había sobrado de la cosecha. *Cómo era que se llamaban…* Creía haberlo escuchado alguna vez, pero no lo recordaba. Haewon los observó unos segundos y luego dirigió la mirada a la pista de patinaje montada sobre el arrozal. Se bajaba en la próxima parada.

Hacía irnos días, durante la madrugada, se había despertado con ganas de llorar. Entristecerse sin razón o llorar de repente no era bueno; tampoco quería tomarlo como un episodio de melancolía nocturna y admitir su debilidad. No le gustaba la idea de ponerse triste por nada. Con la mano en el corazón, siendo sincera, una puede saber qué le ocurre. Pero, como las personas prefieren no admitirlo, simplemente ignoran y fingen no saber.

Haewon se graduó de una facultad de Bellas Artes y trabajó

como profesora en un instituto que preparaba alumnos para acceder a esa universidad. Cuando dibujaba, las distracciones de su mente desaparecían y se sentía tranquila. Le gustaban el olor a pintura y las diferentes texturas de los papeles. Sin embargo, también se dio cuenta de que las ilustraciones además podían ser un campo de batalla.

—¿Qué estás haciendo aquí? Te estaba ayudando con tu proyecto.

El otoño pasado, en medio de la clase, un alumno dijo que iba al baño y no regresó. Salió a buscarlo y lo encontró en la terraza del edificio, fumando un cigarrillo y riéndose con otros chicos. Cuando la vio, le dijo con desgana:

—¡Váyase y siga corrigiendo!

El proyecto era del alumno, pero él no mostraba interés alguno; por eso, desde ese incidente, no se entremetió más en ninguno. Hasta que un día escuchó lo que un chico que había participado en un concurso les comentaba a sus amigos:

—El dibujo no me estaba saliendo bien, por eso comencé a pintarrajear el dorso de la hoja con un lápiz pastel negro. El chico de al lado había hecho uno muy bueno. Fui a entregarlo después de él y froté suavemente el mío contra el suyo.

—Uy, ¿se manchó de negro?

—Claro.

Haewon se acercó mientras se reían y, sin pensárselo dos veces, se encaró con él.

—¿Qué dijiste? ¿Qué hiciste al entregarlo?

El muchacho la miró de arriba abajo y le respondió con una sonrisa soberbia.

—Pinté el dorso de la hoja con un lápiz negro y la froté contra la pintura de abajo.

El bus dejó a Haewon en la intersección de tres calles de Bukhyeon-ri. Un viento que helaba la piel sopló en el campo. Ella se levantó el cuello del abrigo, se ajustó el pañuelo y comenzó a caminar arrastrando la maleta.

El barullo que se escuchaba en la pista de patinaje interrumpía el silencio desolador del invierno. Todos los años, el agua con la que llenaban el arrozal tras la cosecha se congelaba por las bajas temperaturas de esa época del año. Cuando veía a los niños de Bukhyeon-ri jugar sobre la pista de hielo y los contenedores de malvavisco del campo, podía sentir que finalmente estaba de regreso.

Desde el cruce tomó el camino hacia la colina, pero se detuvo ante una tienda que le llamó la atención. Librería Good Night. La casa de tejas había estado allí desde siempre, pero ahora tenía un cartel. Se preguntó si habría cambiado de dueño ya que solía ser la casa de un matrimonio de ancianos. *¿Una librería en el medio del campo…?*

La puerta de vidrio corrediza estaba cerrada con candado. Haewon observó el interior oscuro. Se vislumbraban estantes de libros y el contorno de una mesa larga. Le pareció muy buena idea que hubieran abierto esta tienda. Ni en Seúl las librerías independientes lograban sobrevivir. Algunas abrían con la idea de ofrecer pequeños nichos, pero no era fácil administrar y mantener ese tipo de negocios.

Odiaba pensar así, pero creía que no duraría mucho. Haewon subió por la ladera acomodándose el cabello despeinado por el viento.



Una mujer con una gran maleta y un bolso de tela sobre el hombro se acercaba.

—¿Haewon Mok?

Eunseop perdió el equilibrio por un segundo, pero logró colocarse a un lado de la pista de patinaje. Parpadeó varias veces para confirmar que fuese ella. Pensaba que este año tampoco vendría.

—Tío, ¿no vas a seguir patinando? —dijo Seungho, deslizándose hacia él.

—Sí, sí. Es que acaba de pasar alguien.

—¿Quién?

Eunseop lo miró. Durante varios días le había enseñado a patinar cogiéndolo de la mano. A pesar de que era un niño sin buenos reflejos deportivos, lo había logrado bastante bien.

—Una amiga de la infancia.

—¿Amiga?

—¡Venga! ¡Sigamos!

Eunseop le dio un golpe al casco que tenía encima de la gorra y lo empujó de nuevo a la pista de hielo. Seungho se deslizó por el hielo con precaución para no golpear a nadie. Tenía nueve años y era pequeño; le costaba hacer amistad con niños de su edad.

Amigos.

Eso le dijo al niño, pero *¿también pensará ella de la misma manera?* Quizá puede decirse que «amigos» son todos los compañeros de la escuela. Ahora Haewon observaba el interior de la librería, de pie frente a la puerta, con el torso un poco inclinado, como si le diera curiosidad esa tienda nueva.

A Eunseop se le escapó un suspiro. Justo llegó cuando la librería estaba cerrada. Era todo culpa del hermano de su padre, que llenaba de agua el arrozal durante el invierno para que se congelara y lo llamaba cada dos por tres para que fuera a ayudar al invernadero, donde vendía sopa de eomuk y tteokbokki. ¡Culpa del dueño del campo empecinado en hacer doble cosecha anual!

Si pudiera, se teletransportaría ahora mismo hasta esa puerta corrediza y la recibiría con un «hola, ¿cómo estás? Cuánto tiempo». Pero obviamente eso era imposible. Y ella ya se iba alejando por la colina arrastrando su maleta.



Todavía quedaba nieve sin derretirse en el camino hacia la pensión Casa de Nuez. Era el mismo sendero que llevaba hasta las montañas al fondo del pueblo. Unos años atrás, cuando era administrada por su abuela materna, era el Hostal Bookhyeon. Pero desde que lo había heredado la tía Myeongyeo, había pasado a ser una pensión. Fue cuando Haewon tenía quince años y se mudó con ella.

En esa época, la tía le había traído un perro de la casa del vecino para que se sintiera más a gusto en el campo. Se llamaba Nuez. A pesar de que ya era un perro adulto, vivió mucho tiempo. Nuez ya no se encontraba allí, pero ahora su nombre era parte de la casa.

—Tía, ya he llegado.

El piso de madera de la entrada crujió dolorosamente. También crujió la puerta de hierro con vidrio traslúcido. No vio a su tía en el segundo piso cuando subió con la maleta.

La habitación que Haewon había ocupado desde su infancia seguía igual. La cama y el escritorio, la cómoda, un armario de dos puertas y el sofá rojo que le habían regalado cuando empezó la secundaria. Todas sus pertenencias se conservaban allí. Había dicho varias veces que guardaría todo en una caja y lo llevaría al depósito, para que no se acumulase polvo, pero su tía quería que la habitación se mantuviera igual para cuando ella la visitara.

Haewon descorrió la cortina y miró hacia fuera. La casa de ladrillos de un solo piso, la cerca de lianas que ya habían perdido sus hojas y el sendero que iba hacia las montañas estaban iguales. La casa del vecino quedaba tan cerca que, si lanzara una fruta por la ventana, caería en su jardín. Solo había algo distinto… Todo el paisaje parecía un poco más envejecido que la última vez.

En ese instante dos nuevos edificios al otro lado de la colina captaron su atención. Eran edificios gemelos de dos pisos y muy vistosos… Parecían… alojamientos para huéspedes. Suspiró. Por eso no había gente en la Casa de Nuez. Como no había clientes, la tía

también se había ausentado.



Tomó un hervidor de la cocina y se preparó café. En el estante de la encimera había una foto de Haewon con Nuez en sus brazos. Tenía dieciocho años. Se podía ver la espalda de la abuela regando las plantas del jardín en un rincón de la foto.

Allí habían vivido tres generaciones de mujeres hasta que la abuela murió. La casa transmitía paz… Era angosta y un tanto inclinada, pero estable. Todas se cuidaban entre sí, pero a su vez trataban de no molestar cuando alguna estaba nerviosa. Quizás cada una se esforzaba por asegurar su propio espacio, ya que el lugar no era muy grande.

Con la edad, la abuela fue perdiendo la fuerza de las manos y comenzó a usar la tijera para muchas cosas. Las bolsas bien cerradas y difíciles de abrir las cortaba con la tijera. El nudo de las espinacas lo cortaba con la tijera. Todo lo resolvía con la tijera. Decía que no tenía fuerza en las manos, pero ¿con qué fuerza habrá destrozado las vasijas de conservas? La vieja tijera de hierro todavía estaba colgada en el estante.

Durante sus últimos años, la abuela había sufrido mucho por sus hijas. No hablaba de su hija mayor, la mamá de Haewon, pero a la segunda, Myeongyeo, le hacía notar cada tanto su decepción y desilusión. Era un enfado cercano a la tristeza. La tía era inteligente y estudiosa; de joven, había viajado por el mundo y publicado libros. Pero un día todo quedó en la nada. Abandonó su trabajo y regresó a su pueblo natal. Dijo que seguiría con el negocio de la pensión de huéspedes. No era lo que la abuela quería.



Haewon se asustó cuando se abrió la puerta de entrada y escuchó el ladrido de un perro. *¿Nuez?*, pensó. El perro marrón que entraba corriendo parecía Nuez, pero no podía ser él. La olfateó con desconfianza al considerarla una extraña.

—¿Eres tú, Haewon?

Myeongyeo colgó su gorra en el perchero, fue a la cocina, apoyó una olla envuelta en tela sobre la mesa y sonrió, alegre.

—He llegado hace un rato. ¿Y este quién es?

—Es el hijo de Nuez.

—¿Nuez tenía un hijo?

—Sí, había tenido cría antes de mudarse con nosotros. El dueño falleció, por eso me lo traje.

Le pareció raro que esa bola de pelos que había terminado de investigarla y ahora se dirigía al jardín fuera hijo de Nuez.

—Y, ¿cómo se llama?

—Avellana.

Haewon rio.

—Es una familia de frutos secos.

El perro se veía viejo y, con una molestia en una de las patas, parecía renquear.

—Si te sentías sola, te hubiera traído un cachorro.

—Es que este se parecía a Nuez.



Myeongyeo respondió sin dar muchas explicaciones y desató el nudo de la tela que envolvía la olla. Haewon se preguntó si su tía ya habría olvidado el sufrimiento que le generó la partida de Nuez. Sin animarse a decírselo, señaló la foto en el estante.

—Con que ves mi foto cada vez que lavas los platos. Me has conmovido.

—¿Qué es esa foto? No sabía ni que estaba allí. Cuando algo permanece en un lugar mucho tiempo, no notas su presencia.

Haewon hizo una mueca de ofendida, pero sabía que le estaba mintiendo. El cabello recogido de la tía parecía tener el color desgastado. Vestía un pantalón abombado relleno de algodón, y un chaleco acolchado.

—¿Por qué me miras así? ¿He envejecido?

—Sí, un poco.

—Es porque no nos vemos desde hace dos años. Tú también pareces diferente ahora que has cumplido treinta años.

—Yo he madurado.

Myeongyeo se rio burlonamente, cogió la olla de sopa y la puso sobre el fogón; luego abrió el paquete de la tarta y la colocó sobre un plato.

—Soojung dijo que me traería sopa de calabaza y una tarta para recibirte, pero me ofrecí a buscarla. Trabaja mucho y, de todas formas, me trajo en su coche. Al final no sirvió de nada que yo fuese a buscar la comida.

—Solo tienes que agradecer. La tía Soojung, tan atenta como siempre.

Haewon comió el borde de la tarta que tenía rodajas de manzana. Aún estaba tibia, desprendía el aroma de la fruta.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar este año? Quédate por lo menos cinco días.

—¿Y si no me voy?

—¿Cómo?

—Quería quedarme un buen tiempo ya que renuncié al trabajo. Me vas a tener que mantener, tía.

Myeongyeo dejó de cortar la tarta. Haewon le sonrió, pero ella solo se quedó quieta mirando a su querida sobrina.

En la pared con paneles de madera había una tabla con una frase que ya se sabía de memoria:

Si preparas un té en tu primer despertar,
la tristeza cederá en tu próximo despertar.

La tía Myeongyeo solía hablar sobre su viaje a Escocia. Un país lejano que Haewon no había conocido. Edimburgo, Glasgow, Aberdeen… Eran ciudades que había escuchado mencionar, pero que no podía describirlas con nitidez; parecía que la tía no podía olvidar esos paisajes. Le había hablado sobre un hostal en un callejón, una casa reformada, un bordado que vio.

Eran palabras antiguas que ya no se usan y estaban bordadas en un mantel con las puntas desgastadas. La tía, que estudiaba inglés en la universidad, le preguntó a la dueña sobre su significado y se enteró de que era un verso del canto escocés *El viejo Robín de Portingale*.

—Cederá… Me gustaba esa palabra. ¿Sabes que hay noches en que uno se despierta triste y desolado? Cuando pasa eso, hay que preparar un té caliente, así, cuando te despiertes, te sentirás menos triste.

La tía contó que llevó aquella frase escrita en su agenda mucho tiempo. Había sido como un mantra que la ayudaba en los momentos de soledad en tierra extranjera.

A Haewon le gustaba ver a su tía feliz, inmersa en sus recuerdos. En su adolescencia quería tener los mismos gustos que ella. Su mamá y la tía eran distintas, como el agua y el aceite. Su mamá era realista y áspera; la tía, en cambio, parecía libre con su espíritu errante y tranquilo. Pero todo cambió cuando regresó al pueblo con su sobrina.

—Al parecer, no tengo tanto talento. Yo cuidaré de Haewon hasta que sea mayor.

Ese día la abuela rompió las vasijas de conservas con un palo. Mientras la tía solo la observaba de brazos cruzados y el corazón de Haewon latía muy fuerte. Pensó que no sería bienvenida en la casa, pero al día siguiente la abuela limpió los rastros de la vasija rota y jamás le dijo algo cruel.

Mientras servía dos tazas de té, comenzó a hablar.

—Con que hay nuevo alojamiento. Y, además, son dos.

—Sí —respondió Myeongyeo pasando la página del libro.

—¿Quieres que instalemos luces en el arbolito? Para que brille.

—No es necesario. Tampoco es sano para el árbol.

—Pero es solo para la temporada de invierno.

No le respondió. Se dio cuenta de que la tía no tenía ganas de charlar sobre la administración de la pensión, por eso bebió su té en silencio. El calendario de mesa del comedor tenía un círculo alrededor de un día en diciembre que señalaba: «Llega Haewon». Ver eso la amargó. Hubiera sido mejor llegar espléndida, aunque no estaba segura de qué era «estar espléndida». Debajo de la misma fecha estaba impreso con letra pequeña un aniversario.

—Tía, ¿sabías que hoy es el «Día de la Reconciliación» de Sudáfrica?

—No, no sabía que existiera un día como ese.

Haewon se acercó al calendario y vio el mes anterior. Cada mes tenía muchas fechas señaladas. El Día Mundial del Café, el Día de la Sonrisa, el Día de la Televisión… El Día de la Leche, y hasta el Día de los Zurdos. Le pareció gracioso. Quien buscó estas fechas para imprimirlas es una persona muy graciosa o una muy seria. En ambos casos, parecía ser una persona aburrida.

—¿Quién te dio este calendario? Tiene de imagen el paisaje de Bukhyeon-ri.

—El vecino de la casa de al lado, Eunseop. Tiene una librería.

¿Eunseop Lim? ¿Será suya la librería que he visto esta tarde?

Haewon recordó su cara. Fue su compañero en el secundario de Hyecheo. Era callado y, a pesar de ser su vecino, tan solo se saludaban al cruzarse. Al parecer había dejado la secundaria. No recordaba si estaba en el álbum de graduación.

—¿Funciona ese negocio? Porque en Seúl están desapareciendo las librerías de barrio.

—No lo sé. Creo que se inauguró hace más de un año.

—Mira. Y… es bueno que haya una librería en el pueblo.

Myeongyeo se quitó las gafas y cerró el libro.

—No te preocupes por el negocio ajeno y cuéntame de ti. ¿Qué piensas hacer?

—Planeo vivir bien.

—Por eso, ¿de qué manera vas a «vivir bien»?

—Supongo que vivir como tú vives está bien —dijo en broma, pero Myeongyeo frunció el ceño.

—¿Te parece divertido burlarte de mí? ¿Qué te parece dar clases de dibujo? Debe haber mujeres y pequeños que quieran aprender.

—Mmm… ¿Los niños de aquí son obedientes?

—¿Qué tiene que ver si los niños son obedientes?

Haewon suspiró y se sinceró.

—Lo que aprendí en este tiempo es que… escribir y dibujar no son cosas que se enseñan. Los que tienen el don no lo necesitan y los que no… no tiene sentido enseñarles.

Al parecer sus palabras habían sido muy frías. Myeongyeo le reprochó con la mirada y Haewon, perpleja, se encogió de hombros.

—¿Ha sonado muy cruel? Por favor no me tires el té por la cabeza.

—¿Lo eres? —respondió con sarcasmo, pero su expresión se había relajado.

—Se ve que nunca te han soltado una crítica mordaz como Dios manda. Avísame si la necesitas, porque podría.

Críticas mordaces… Ya las sufrió. En la época en que su madre y su tía tenían una relación cercana, había presenciado las discusiones entre hermanas. Como si nunca más fueran a verse, para espanto de los testigos, se decían unas palabras que volaban como flechas por los aires. Su madre parecía pinchar con agujas afiladas y su tía parecía golpear la cabeza con una roca. Unos días después, sonrientes, comían juntas, intercambiaban sus prendas y charlaban como si nada. Eso la confundía. Todas, historias ya pasadas.

—¿Y tu madre? —preguntó la tía como si le hubiera leído la mente.

—Supongo que está bien…

—¿No os veis?

—Sí nos vemos, una vez cada varios meses. Salimos a comer y a tomar café.

Pero no era una relación de madre e hija que van juntas al centro comercial, ni que ven películas sentadas una al lado de la otra. Con el cambio de estación, la madre solía llamarla para ir a comer. En verano *naengmyeon* y en invierno algo caliente; luego en alguna cafetería se contaban las novedades durante una hora o algo más y al final se quedaban sin tema de conversación.

—¿Sabes qué? Hace tiempo que no pinto retratos, porque no quiero pintar a la gente.

Myeongyeo, sentada en el sillón, observaba a su sobrina.

—Creo que no estoy capacitada para enseñar.

—Qué lástima. No sabía que tu autoestima fuera tan baja.

—No, no es eso. No pienso que yo no sea idónea o que no sea suficiente. Simplemente creo que hay un tipo particular de persona que puede dedicarse a enseñar. Y yo no soy una de ellas. Solo digo que me he dado cuenta de eso.

—¿No será que te preocupas demasiado? ¿O que esperas mucho de la gente?

¿Será eso? Haewon se quedó quieta y pensativa. No, no era eso. Dejó de tener expectativas en la gente después de los quince. Era rápida para darse cuenta de su propia capacidad y sus límites. *Así como la tía había dejado de escribir… yo también dejé lo mío*. Haewon sacudió la cabeza de lado a lado para dejar de pensar.



Cuando se escuchó un ladrido desde algún lugar del pueblo, Avellana levantó la cabeza y enseguida se volvió a dormir. La tía Myeongyeo se había acostado en la habitación del primer piso.

Ella no podía conciliar el sueño. Se colocó una chaqueta de punto y salió al oscuro jardín de tablones de madera. Tembló de frío al colocar los pies en las chanclas heladas, pero le gustaba el paisaje silencioso del pueblo en la oscuridad. Titilaban las luces enredadas en el árbol de la casa de huéspedes de la colina. Parecía como si le

hicieran señas para que se acercara, indicando que, a diferencia de la Casa de Nuez, ese lugar era cálido aun de noche.

Haewon encendió la estufa. Tras apretar el botón de encendido varias veces, el fuego se prendió con un temblor como si despertara de su hibernación. Sintió un leve olor a aceite.

¿Tú dibujas con esa actitud? ¿Para qué dibujas si piensas que puedes arruinar el dibujo de los otros?

Pensándolo bien, no sabía por qué lo había hecho. ¿De qué servía recordarlo ahora? Además, suceden cosas peores en el trabajo.

Cuando un instituto crece, cuando se va a menos, cuando los profesores se renuevan o cuando hay que estar atento al cupo de alumnos que logran acceder a las universidades, son situaciones del día a día que generan mucha tensión. En el establecimiento donde Haewon había trabajado por primera vez, hasta le habían encomendado inscribirse como alumna en un instituto rival para conocer su método y saber cómo era el ambiente. No quería hacerlo porque se sentía como una espía, pero el director le decía que era parte de una investigación.

Cursó una sola semana y no quiso ir más. Unos meses después se cruzó con el director de aquel instituto mientras comía *kimbap* con sus alumnos. Durante mucho tiempo, tuvo la cara de la directora donde trabajaba grabada en la memoria. La miraba con recelo, como si ella fuese una espía allí también.

Había dejado pasar muchas cosas, pero ese día, sin darse cuenta, cogió del hombro al alumno. El chico se tiró hacia atrás y se le desgarró la chaqueta.

Se la tuvo que pagar. Al día siguiente la madre se presentó ante los directivos y armó un escándalo. Exigió la devolución del dinero de la matrícula y que le pidieran disculpas. El director lo hizo y le reintegró el dinero, pero la señora le lanzó el tarro de agua sucia donde lavaban los pinceles.

Todos le dijeron que no le diera importancia, que si se enfrascaba en situaciones como esas no podría trabajar bien. Sin embargo,

desde ese momento todo empezó a salir mal. Aunque pretendiese que no había pasado nada, lo cierto es que sí había ocurrido. El alumno no tenía toda la culpa. Era un cúmulo que había rebasado justo ese día.



Alguien en un *scooter* subía por el camino, interrumpiendo el silencio de la noche. Se detuvo delante de la farola entre la Casa de Nuez y la casa del vecino. Las dos casas solo estaban separadas por un par de metros. La mirada de Haewon y la de Eunseop se cruzaron.

Eunseop, que vestía una parka, se quitó el casco y los guantes y la luz iluminó su cabello despeinado. Ambos titubearon. No sabían si saludar o no.

Haewon rompió el hielo.

—Hola, cuánto tiempo.

—Sí, hola… Has llegado hoy, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto llegar, desde la pista de patinaje.

El vapor de su boca se esfumó en el aire. Haewon veía su reflejo en los ojos de Eunseop: su pantalón de pijama rosa y su chaqueta de punto por encima de su jersey. El cabello le había crecido mucho desde la última vez que la vio hacía dos años. Le llamaron la atención sus pies descalzos debajo de las chanclas.

—Hace frío, ¿qué haces afuera?

—No tenía sueño y quería tomar un poco el aire. Regresaré enseguida.

La estufa en el jardín delantero no calentaba mucho. Haewon habló cruzando los brazos como si se abrazara.

—Así que has abierto una librería.

—Sí.

Ambos se callaron. Eunseop quería decir algo, pero se detuvo y se despidió.

—Bueno, descansa.

Al acomodar el *scooter* y darse la vuelta, escuchó la voz de Haewon.

—Tengo una duda.

Eunseop se detuvo.

—Esos malvaviscos del campo. Esos contenedores que fermentan paja. ¿Cómo se llaman?

Eunseop puso una cara rara. Luego de mirarla por un rato, le respondió lentamente.

—Hace tres años me preguntaste lo mismo.

—¿En serio? Recordaba que alguien me había contado algo. Eras tú —dijo sorprendida.

—Le dicen forraje o ensilaje.

—Forraje… —murmuró—. No me quedé con la palabra.

—Pregúntame de nuevo el próximo invierno. Te lo repetiré. Que duermas bien.

Eunseop sonrió, la saludó con la mano y se fue para su casa. Haewon apagó la estufa y observó cómo se extinguía la brasa.

El verdadero nombre del malvavisco era forraje, pero pensó que probablemente lo seguiría llamando malvavisco. El viento de la noche era frío y la luna, brillante.

La triste leyenda del malvavisco

Diario de la librería, 08 de diciembre
Ingreso del día: Malí, Lee, *Diccionario de la dignificación floral de lo material*.

El *Diccionario de la dignificación floral de lo material* lo editó el mismo autor. Me contó que planeó el texto y las fotografías durante mucho tiempo.

Cuando me consultó si podía dejarlo en consignación, le pregunté qué significaba «la significación floral de lo material». Me dijo que todo surgió por una reflexión: si cada flor significa algo, ¿tendrán algún significado las cosas materiales que nos encontramos en nuestro día a día?

Por ejemplo, el significado del trébol es «suerte». Entonces, ¿cuál será el significado floral de la cámara fotográfica? El autor, Mali Lee, lo responde como «momentaneidad». Puede que exista un término más preciso que «significación floral», pero parece lógico

denominarlo «significación floral» para que sea más fácil de entender. Me pareció muy interesante, así que le pedí dos ejemplares y lo cargué en la página web de la librería. Espero que haya interesados.

Entonces, la significación floral de «malvavisco» podría ser algo así como «desinterés» o «mala memoria».

El problema de la pista de hielo sobre el arrozal.

Han pasado un año y seis meses desde la inauguración de la librería. El intruso de estos días es mi tío. ¡Amada y odiada pista de hielo sobre el arrozal! La librería permanecía abierta al menos seis días a la semana, pero ya no puedo mantener ese ritmo. Mi tío no deja de llamarme porque es la temporada alta de invierno.

Mis primos, que se mudaron a la ciudad, deberían saber por lo que estoy pasando. Me gustaría decirle que consiga alguien que lo ayude. El problema es que mi tío y su esposa viven preocupándose y no confían en los desconocidos. Si no voy, él tiene que vigilar la pista. Lo que pasa es que a su edad es un poco difícil patinar rápido…

Además, quién alquilaría los cascos y patines en el invernadero si él no está. La tía está obsesionada con encargarse de la cafetería y la doble cosecha. ¡Acaso no hay alguien que pueda calmar a este matrimonio!

Tarde o temprano deberé encontrar a un trabajador a tiempo parcial para que los ayude. Pero tendré que hablarlo con mucho tacto para que no se ofendan. Quiero que inviertan las ganancias de este invierno en mi librería. Tío, ese es el plan secreto de tu malvado sobrino.

 # El problema del *merchandising* de la librería.

El año pasado, por estas fechas, mandé hacer calendarios de mesa. (¿Por qué no existe el día del malvavisco?). Quería hacerlo de nuevo este año, pero no llegué con los tiempos. El anterior calendario tenía fotografías; el nuevo quería que tuviera ilustraciones cálidas. Lamentablemente no logré conseguir un ilustrador. Quería imprimir postales con las ilustraciones del calendario. ¿Y si todavía estoy a tiempo?

Estuve muy ocupado. Todo por esa pista de patinaje… Mejor termino aquí. Basta de repetir cosas.

Son las tres de la madrugada, pero la habitación de H en la Casa de Nuez aún tiene las luces encendidas. Ella había dicho que no tenía sueño. Yo ya estoy acostumbrado a mi insomnio, pero… ¿H también lo padece? ¿Debería invitarla a unirse al club nocturno más antiguo y secreto de la historia, el Good Night Club?

No me animaría. Sí, no podría. (Me río). Aun así, dulces sueños, señorita.

Dulces sueños también a todos los socios del mundo del Good Night Club. Cuando veáis los malvaviscos en los campos invernales, recordad que en un lugar de Gangwon-do hubo alguien que dio una respuesta tonta. Pregúntamelo de nuevo el próximo invierno, seguiré dando respuestas igual de tontas una y otra vez. Vosotros podéis hacerlo mejor que yo.

Buenas noches.

Este pueblo brilla con la escarcha, cambio.

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

Un rumor de antaño

Al cabo de unos días cayó una gran nevada.

Haewon barrió los tablones de madera del jardín y salió al sendero de la Casa de Nuez. Debía barrer antes de que se transformase en hielo.

En la casa de al lado, Eunseop ya estaba levantando la nieve con una pala. Ambos se saludaron con un leve gesto de cabeza y continuaron con su trabajo en silencio. En el sendero solo se oía el sonido de la pala hundiéndose en la nieve y el roce de la escoba contra la tierra.

—Uy, se han olvidado de cosechar la calabaza.

En el huerto cubierto de nieve, Haewon descubrió una calabaza amarilla, congelada por el frío, y se agachó frente a ella. El huerto estaba ubicado entre las dos casas. Con sus guantes de lana, apartó la nieve de la calabaza, atrapada en lo que parecía un congelador natural. Los vecinos cuidaban con mucho esmero el huerto, por eso le pareció extraño que no la hubieran recogido. Detrás de ella, Eunseop le habló.

—Se ve que ha crecido sola aunque nadie haya cuidado de ella.

—¿No han cultivado el huerto este año?

—Mis padres ya no viven en casa. Hace dos años se mudaron a un piso en el centro de Hyecheon. Decían que aquí hacía demasiado frío y no estaban a gusto.

—Entonces, ¿vives solo?

—Sí.

Haewon removió la nieve del huerto buscando los restos de los cultivos maltrechos. Los espárragos en hibernación y los pepinillos secos se asomaron como soldados derrotados. Al humedecerse los guantes, metió las manos entre las rodillas para calentarse antes de volver a coger la escoba.

Golpeó con el mango una bola de nieve congelada en una zona sin luz, pero no pudo romperla. Eunseop se acercó, clavó la pala, rompió el hielo y luego lo apartó. La nieve acumulada en las ramas de los árboles cayó de golpe sobre el cabello y el rostro de Haewon. Cuando sacudió la cabeza para limpiarse, un escalofrío le recorrió el brazo a Eunseop. Parecían plumas… Una cosquilla suave y extraña, como el roce de un pájaro, lo hizo apartar la mirada.

De repente, Haewon se percató de que era temprano y que aún no se había lavado el rostro. También la avergonzó haberse arreglado apenas el cabello con los dedos. Mirando de reojo, vio que él no estaba mucho mejor. Su cabello, aunque no llegaba a parecer un nido de urracas, estaba despeinado, y solo llevaba un chándal de estar por casa bajo una parka.

Pero… había algo en él que parecía diferente. ¿Sería que hacía mucho que no lo veía? Durante los últimos diez años solo habían mantenido conversaciones cortas al cruzarse. En un lapso así de largo, incluso alguien que uno creía conocer podía dejar de ser la misma persona.

—Parece que esta vez te vas a quedar bastante, ¿no? —preguntó Eunseop sin mirarla a la cara.

—Parece que sí. Pensaba quedarme hasta la primavera.

—¿En este pueblo?

—Probablemente. Por ahora ese es el plan.

Él comenzó a levantar la nieve con más fuerza. De repente se escuchó un chirrido y a continuación una voz enérgica.

—Hola. Hola. ¿Estás barriendo nieve? Hay que limpiar aquí también. ¡Cambio!

Eunseop se enderezó y tomó un *walkie-talkie* del bolsillo de la

parka. La voz resonó no muy lejos. Haewon se volvió para mirar detrás suyo. Del otro lado de la cerca se podía ver el cabello canoso del alcalde. Eunseop se dirigió a su tío.

—Con gritar te oímos, ¿para qué usar el *walkie-talkie*?

—¿Qué dices?

—Que gritando…

—¡Porque yo no te oigo! —Sonrió con el rostro arrugado y sus audífonos.

—¡Oh! Ha llegado la estudiante de la Casa de Nuez.

—¿Cómo ha ido? —saludó Haewon y Eunseop arrugó el entrecejo.

—¿Estudiante? Eso fue hace mucho.

—Ah, tienes razón. Ya es adulta.

El alcalde se rio como si todavía fuesen niños. Haewon también sonrió. Para los ancianos los años pasan en bloques, por eso cinco o diez años no hacían una gran diferencia. De nuevo se escuchó el chirrido del parlante.

—Más tarde ven a la pista de patinaje. ¡Con el rastrillo! Hay que levantar la nieve del invernadero también. ¡Cambio!

Cuando la cabeza canosa desapareció tras la cerca, Eunseop sacudió la suya resignado y volvió a guardar el *walkie-talkie* en el bolsillo. Se limpió el sudor de la frente, tomó aire y comenzó a despejar el sendero de la casa de abajo.

—Te ayudo.

—No es necesario. Vuelve a tu casa.

—No pasa nada, tengo tiempo de sobra.

Eunseop miró a Haewon mientras barrían juntos y al cabo de un momento, habló.

—Mientras estés aquí, si necesitas algo, dímelo cuando quieras.

—¿Algo que necesite?

Haewon se sintió extraña. Necesitar algo. ¿Había algo que necesitara de verdad? Últimamente no había nada que deseara en particular. No es que lo tuviera todo, de hecho, casi no tenía nada. Sin embargo, sintió que no sabía qué le hacía falta. Como si se

hablara a sí misma, murmuró:

—¿Por ejemplo…?

—No sé, por ejemplo, un coche. Porque la dueña de la Casa de Nuez no tiene.

La tía Myeongyeo no conducía. Tiene tan mala orientación que, hace tiempo, terminó circulando en sentido contrario y se estrelló contra un pajar apilado en un campo. Desde entonces, se deshizo del coche. A veces, los huéspedes pedían que alguien los recogiera en la estación de tren o en la terminal, pero ella ni se inmutaba. Su postura era que si un cliente no podía llegar por su cuenta, entonces no había más remedio que perder la reserva. Pero la verdad era que odiaba conducir.

Ambos siguieron limpiando la nieve en silencio. Cuando el sudor comenzó a empaparles la espalda y sintieron que ya no podían más, el sendero estaba más o menos despejado. Recogieron las herramientas para volver cada uno a su casa, pero, de repente, Haewon habló:

—Ya sé qué necesito.

—¿Qué? —dijo Eunseop mirándola.

—Necesito un coche. Préstamelo.

Por un momento, Eunseop se quedó en blanco y luego rompió en carcajadas. Haewon también terminó riendo.

—¿Lo necesitas hoy?

—Sí.

Eunseop señaló la camioneta todoterreno gris plateada junto al huerto, sacó la llave del bolsillo y se la lanzó. Cuando la atrapó con ambas manos en el aire, sintió el metal tibio, aún impregnado de su calor.



Haewon se duchó y salió del baño secándose el pelo.

—Tía, cuando yo no estaba… ¿alguna vez Eunseop desapareció y

luego volvió?

Desde la cocina, mientras servía el arroz, Myeongyeo resopló por lo absurdo de la pregunta.

—¿De qué estás hablando?

—Lo noto cambiado.

—¿Porque te ha prestado el coche?

Con la toalla envuelta en la cabeza como un turbante, Haewon se sentó a la mesa.

—No solo eso… Es que… No sé, es difícil de explicar. Es la misma persona, pero da la sensación de que se ha convertido en otra. Como en esas películas donde alguien es abducido por extraterrestres y vuelve cambiado.

—Vaya, sí que le dices cosas irrespetuosas a un chico que no tiene nada de raro —dijo la tía, aunque parecía tratar de recordar si había pasado algo—. Ahora que lo mencionas, creo que Eunseop se había ido a algún lugar. Desapareció durante unos años y luego volvió. Pero, la verdad, nunca le di muchas vueltas.

¿Habrá sido así? Cuando eran estudiantes, Eunseop siempre pareció inmutable. Como si fuera de esas personas que nunca cambian. No era de los mejores estudiantes, tampoco de los más populares, ni se relacionaba mucho con sus compañeros. Era como si en una foto a color él apareciera solo en sepia. *Siempre pensé que no tenía presencia, pero ahora me pregunto si, en realidad, esa era su forma de tenerla*.

Tras prepararse para salir, subió al coche. En el asiento trasero vio una caja de libros. El motor arrancó suavemente y, al ser un vehículo con tracción 4x4, resbalaba menos en la nieve al descender, lo que le era todo un alivio.

Hacía mucho que no manejaba, y estar al volante la puso de buen humor. En una época había comprado un coche usado, pero entre la dificultad para estacionar y el caos del tránsito en las horas punta, terminó vendiéndolo por casi nada, algo de lo que luego se arrepintió. Lo echaba de menos sobre todo cuando tenía ganas de conducir sola por una carretera tranquila.

A lo lejos, en la pista de patinaje, Eunseop estaba colgado del invernadero tirando la nieve del techo. Pensaba seguir de largo, pero se detuvo a un costado de la calle. Cuando se volvió hacia ella, Haewon bajó la ventanilla y le lanzó una bolsa térmica.

—¡Cógela!

Eunseop soltó el rastrillo y la interceptó. Observó cómo la ventanilla se subía y el vehículo se alejaba, esbozando una leve sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Seungho mientras movía un plumero con sus manos enguantadas.

—Porque he salido ganando con un trato.

—¿Has vendido muchos libros?

—Algo así. Ve a limpiar allí.

Seungho sacudió la nieve en los laterales del invernadero, mientras él, aún con la bolsa en la mano, siguió quitando la nieve del techo.



El enorme árbol de Navidad en medio del jardín del ayuntamiento de Hyecheon era bastante llamativo. Haewon dejó el coche en un estacionamiento gratuito y salió a buscar una ferretería. Los últimos días había revisado lo que hacía falta en la Casa de Nuez y había anotado cada artículo en una lista.

En la tienda compró una manguera extensible para el grifo, un pomo de puerta, un taladro eléctrico y varios tipos de clavos y tomillos. Tras pensarlo un momento, añadió un sellador de silicona y una pala de plástico para la nieve. En la droguería compró dos tarros color menta y dos de color crema. También compró brochas y un rodillo. Como no podía llevarlo todo de una sola vez, tuvo que hacer dos o tres viajes hasta el aparcamiento.

El centro de la ciudad parecía haber cambiado mucho. Había edificios altos que no conocía y el número de cafés y comercios

decorados con adornos de temporada había aumentado. Haewon se detuvo ante la vidriera de una tienda de decoración y entró al lugar siguiendo un impulso. Después de todo se acercaba el fin de año y quería celebrar algo con Myeongyeo. Si no había nada en particular que festejar, siempre podían celebrar el simple hecho de que no hubiera pasado nada.

Haewon compró un árbol de Navidad de casi dos metros, junto con guirnaldas y luces. Luego pasó por el supermercado y eligió dos botellas de vino. Quería aprovechar el coche para hacer todas las compras posibles en un viaje. En poco tiempo, los recibos de la tarjeta se acumularon, haciendo que su cartera se abultara en lugar de adelgazar.

Abrazando la caja del árbol, regresó por el camino helado. Cuando llegó al coche se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo. Abrió el maletero y organizó las compras para que no se golpearan entre sí. Justo cuando empujaba la caja hacia adentro, alguien la llamó por su nombre.

—¡Mira tú por dónde! ¡Haewon Mok!

Al alzar la cabeza vio a un joven vestido de traje y corbata que la observaba sorprendido. Era una cara conocida: Jangwoo Lee, un viejo compañero de la escuela.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué haces por aquí?

—¡Lo mismo digo! Trabajo en el ayuntamiento. ¿Tú qué haces aquí?

Ya habían pasado ocho años desde la última vez que Haewon participó en una reunión de exalumnos. Jangwoo siempre fue simpático y sociable, por eso era popular. Siempre había pensado que tendría una profesión más llamativa.

—Llegué hace algunos días. Con que trabajas aquí.

—Así es. ¿Quién lo diría? Yo, un funcionario… Eso significa que el futuro de Hyecheon será brillante. Ven, vamos a tomar un café.

Cuando titubeó, Jangwoo sonrió animadamente y señaló el edificio de la alcaldía.

—¿Un café, sí? —dijo.

Ella asintió y cerró la puerta del coche.

El edificio de la alcaldía recién inaugurado era limpio y cálido desde la entrada. Todavía olía a nuevo, y en el amplio vestíbulo de techos altos había macetas con plantas verdes y bancos de madera. Cuando quiso comprar un café de la máquina expendedora, él la detuvo. Le pidió que esperara un momento, salió corriendo y regresó poco después con dos tazas de café de la oficina.

—Son de cápsulas que me gustan. Hay que ser hospitalario.

—Gracias.

El café tenía un sabor ácido y dejaba un ligero regusto afrutado.

—Has venido en un buen momento. En Nochebuena habrá una reunión de exalumnos. Tienes que estar. Puedes venir con tu novio si quieres. Algunos vendrán en pareja.

Jangwoo habló con entusiasmo y luego esperó su respuesta con curiosidad. *Así que quiere saber si tengo pareja*. Haewon sonrió.

—No puedo ni conmigo misma.

—Ya veo —dijo mientras esbozaba una gran sonrisa con sus labios finos.

—Eso quiere decir que no tienes otros planes. Muchos compañeros se alegrarán de verte. Los que vivimos en Hyecheon nos reunimos a menudo. ¿Quieres ver unas fotos?

Jangwoo sacó su móvil y empezó a deslizar la galería. Aparecieron muchos rostros que había olvidado. Ella parpadeó, sintiendo que eran extraños. Si se los cruzara por la calle no los reconocería, pero, al pensar en ellos como excompañeros, sus rasgos de antaño seguían ahí, permitiéndole identificarlos sin necesidad de que Jangwoo se los presentara.

Entonces, en una foto tomada en un restaurante, la vio. Detrás de sus compañeros brindando, se veía la cara de Boyoung en un rincón. Justo cuando la notó, el dedo de Jangwoo pasó por la pantalla y su imagen desapareció en un instante.

—¿Tienes Facebook? Si me agregas, ellos te aparecerán como amigos sugeridos.

—Sí, supongo.

Haewon le devolvió el café, todavía por la mitad, y se puso de pie. Jangwoo, un poco decepcionado, se levantó también, miró su reloj y le dijo:

—Me sabe mal despedirte así. ¿Qué te parece si llamo a alguno de los chicos y cenamos juntos?

—Hoy es un poco difícil. Tengo un compromiso con mi tía —dijo con una sonrisa en señal de rechazo.

—Ah, bueno. Será la próxima.

Jangwoo asintió y la acompañó a la salida. Cuando la abrazó para despedirse, ella sintió el perfume de un hombre de buen gusto. Él subió las escaleras saludando con la mano, mientras Haewon se dirigía al estacionamiento. *Siempre fue así. Quiso ser el delegado de clase durante toda la secundaria, y se convirtió en el centro del grupo. No ha cambiado nada*. Los reencuentros con personas del pasado movilizan, inevitablemente, los recuerdos del pasado. Recuerdos que parecían olvidados, pero que siempre han estado ahí, escondidos en lo más profundo.

¿Alguien sabe por qué Haewon Mok vive con su tía?

Un viejo murmullo flotó en el aire frío de la tarde y resonó en sus oídos. Era un secreto que solo le había confesado a una persona, su mejor amiga. Confiaba en que ella lo guardaría hasta la tumba. Esa persona era Boyoung. La dulce y sensible Boyoung.

Era un día de lluvia en que a ambas les tocaba limpiar el aula. Cuando terminaron se dieron cuenta de que solo quedaba un paraguas en el cubo junto a la puerta. Alguien había cogido el de Haewon.

—Yo vivo cerca, puedo correr hasta mi casa.

Compartieron el paraguas de Boyeong hasta la parada de autobús frente a la escuela. Justo antes de irse, le puso el paraguas en las manos a Haewon y salió corriendo. *Una niña bonita, de sonrisa fácil y lágrimas aún más fáciles*.

Sentada en el asiento del conductor, Haewon encendió el motor y puso la calefacción. Mientras el coche arrancaba, el crepúsculo caía sobre el cielo del ayuntamiento.

En algún momento, la escuela pareció dividirse en dos grupos: los que conocían el secreto de Haewon y los que aún no lo sabían. Ahora que era adulta, tal vez lo vería de otra manera, pero en aquel entonces tenía diecisiete años y le resultaba difícil confiar en sus compañeros. Cada vez que alguien se le acercaba, lo único en lo que podía pensar era si esa persona había oído los rumores. Y aunque entonces no lo supiera, tarde o temprano lo haría, así que, al final, daba lo mismo. No quería pensar así, pero no podía evitarlo.

Su rostro reflejado en el espejo retrovisor le pareció frío, así que respiró hondo para relajar su expresión. Debía regresar a la Casa de Nuez y cenar con la tía. Y en ese instante…

La cadena que Eunseop había colgado en el espejo retrovisor destelló. La cadena era fina como un brazalete y tenía un pequeño medallón con unas palabras grabadas: *Goodnight, Irene. ¿Goodnight, Irene…? ¿Quién será Irene?* Haewon sintió curiosidad. Pensó que quizás era el nombre de usuario de algún blog o quizás era el usuario de su novia.

Últimamente, casi no usaba redes sociales. Antes solía subir sus dibujos, pero dejó de hacerlo. En el mundo abundaban los buenos ilustradores. Como si un bosque ya estuviera repleto de flores y árboles, pensaba que una flor más no haría ninguna diferencia.

Por supuesto, quizás todas eran excusas. Aun así, en algún lugar seguían existiendo personas apasionadas con disciplina que no abandonaban sus sueños. Pero, en ese momento, ella no quería pensar en nada.

Giró el volante y salió despacio del aparcamiento. El breve sol invernal ya se había puesto y los coches comenzaban a encender sus luces.

El viento en los sauces

Durante días Haewon trabajó tanto que casi ni se quitó los guantes. Reemplazó la manguera del fregadero para arreglar las fugas, aplicó silicona a lo largo de los bordes de una vieja estantería y cambió el pomo de una puerta que hacía ruido. Subió y bajó por la escalera tapando los agujeros de clavos que no le gustaban y reforzó nuevos con el taladro en los lugares adecuados.

Cambió el cabezal de la ducha por uno que aumentaba la presión del agua. A medida que arreglaba cosas aquí y allá, encontraba nuevas tareas pendientes. Hasta quiso renovar los viejos azulejos pasados de moda del baño, pero no pudo hacerlo porque era demasiado caro.

Envuelta en una parka gruesa y con la mascarilla bien ajustada, estaba mezclando pintura en el jardín cuando Myeongyeo salió a verla y sin poder contenerse le dijo:

—¿Vas a ponerte a pintar con este frío?

—Ya vi el pronóstico. No va a nevar por un tiempo, tampoco va a haber viento. Puedo pintar —respondió sin mirarla.

—Me haces gracia.

—¿Cuál es la gracia? Solo quiero reparar la casa para que esté en mejores condiciones —dijo frunciendo el ceño.

—¿Qué tiene de malo la casa?

—No llegan clientes. Si la gente que viene deja buenas reseñas, tal vez vuelvan o recomienden el lugar. Ni a mí me dan ganas de

venir.

—La casa de huéspedes está en buen estado.

Haciéndose la desentendida, sumergió el rodillo en la pintura con cuidado para que no chorreara y comenzó a pasarlo en la pared trasera de la Casa de Nuez. *¿Quedará muy pálido?* Aun así, le pareció que una vez terminado quedaría luminoso y prolijo. Myeongyeo volvió a lanzar un comentario irritante:

—El menta pasó de moda hace años. Me da frío solo de verlo.

Haewon la miró con rencor por unos segundos, pero se contuvo y frotó el rodillo con más fuerza. Estaba un poco preocupada porque hasta entonces solo había pintado las paredes de su pequeño estudio y no quería pedir ayuda, quería lograrlo por su cuenta.

Fue moviendo la silla a la que se subía para alcanzar distintas zonas, pero cuando empezó a anochecer no había llegado a cubrir ni la mitad de la fachada del primer piso. De todas formas, estaba satisfecha ya que había logrado borrar las manchas de óxido rojizo que habían dejado las gotas de agua que caían desde los canalones.

El esfuerzo excesivo le pasó factura: los hombros y la espalda le dolían y los músculos se le empezaron a endurecer. Decidió dejarlo por el día. Mientras entraba la pintura y las herramientas a la casa, Avellana se acercó con curiosidad, olfateando a su alrededor.

—No. Esto es peligroso.

Colocó todo fuera de su alcance y se dirigió a la cocina ya que tenía mucha hambre. A pesar de ser la hora de la cena, la mesa estaba vacía. Mientras se frotaba la cintura, puso a calentar la sopa y sacó del refrigerador algunos acompañamientos para servir la comida. Luego, llamó a la puerta. Su tía estaba recostada en la silla, con gafas de sol y una manta sobre las piernas. Al principio pensó que dormía, pero al notar su presencia levantó la cabeza. Parecía simplemente absorta en sus pensamientos.

—¿Por qué usas gafas dentro de casa?

—Hay quienes pintan la casa en invierno, ¿por qué no voy a poder llevar gafas de sol?

—Ven a cenar.

Haewon reprimió un suspiro, volvió a la cocina y comenzó a comer sola. La tía no salió de la habitación. No sabía qué le pasaba, pero su estado de ánimo había decaído de golpe. Cuando comenzaba a volverse susceptible, lo mejor era dejarla tranquila y que ella misma lograra salir del bajón.

La verdad era que se sentía dolida. Quería decorar la Casa de Nuez por la tía y ayudarla de alguna manera. Pero, en lugar de alegrarse, parecía molesta. Por eso, Haewon tampoco estaba bien. *Dicen que la familia siempre estará para una, que es lo único que no cambia, pero… si nos separamos por mucho tiempo, ¿puede que ya no sean las mismas personas que creías conocer?*

Cuando anocheció, el viento comenzó a soplar con más fuerza. No podía dejar de escucharlo, así que encendió las luces de la entrada y salió al jardín. Se le escapó un suspiro. La pintura no resistió el frío y se estaba cuarteando como la piel de una serpiente vieja.

—Parece una nueva técnica artística —dijo Myeongyeo detrás de ella.

—Perdón. Intentaré arreglarlo de alguna manera —murmuró Haewon avergonzada.

—No creo que haya solución antes de que llegue la primavera. ¿Qué harás con el segundo piso? Ahora la casa tiene dos colores distintos.

—¿No lo podemos dejar por el momento a dos tonos?

Myeongyeo negó con la cabeza y volvió a entrar sin decir más nada.

La casa estaba silenciosa, solo se escuchaba la radio. Mientras la tía leía un libro en el sillón, Haewon abrió la caja del árbol de Navidad que había comprado hacía unos días. Ensambló las ramas del abeto artificial según las instrucciones y sacó las bolas cubiertas con un polvo brillante. La guirnalda de luces con bombillas que alternaban entre el azul y el blanco era lo suficientemente larga como para envolver el enorme árbol.

El teléfono sobre la mesa interrumpió la música de la radio. Con

un lazo en una mano, Haewon descolgó el auricular.

—Casa de Nuez, dígame.

—Hola, ¿hablo con la pensión? Estoy planeando un viaje y quería hacerles algunas consultas.

—Claro. ¿Para qué fecha tiene pensado visitarnos?

Recibir un cliente era algo poco común, así que Haewon respondió entusiasmada. Sin embargo, Myeongyeo le hacía señas para que rechazara la reserva. Cuando Haewon la miró inquisitiva, su tía cruzó los dedos en forma de una X bien marcada, dejándole claro su mensaje.

—Un momento, por favor. Voy a comprobar la disponibilidad y le devolveré la llamada a este número. Muchas gracias —dijo y colgó—. ¿Qué pasa, tía?

—Que no aceptes reservas. Pedí que nos eliminaran del directorio de alojamientos, pero parece que aún no lo han hecho.

—No entiendo, ¿por qué no coges reservas?

Con el rostro cansado, Myeongyeo se masajeó las sienes, cerró el libro y confesó:

—La verdad es que cerramos hace casi un año. Esta casa ya no es una pensión.

Haewon se quedó sin palabras por un momento antes de poder responder.

—¿Por qué?

—Estoy cansada. Ya estoy vieja.

—Pero si acabas de cumplir los cincuenta. ¿Cómo que vieja?

—No me consuela que me lo diga alguien que tan solo tiene treinta. Además, es el ánimo lo que cuenta. En mi cabeza, tengo ochenta —dijo tomando la billetera de la mesa—. ¿Cuánto has gastado en las compras? Te lo devuelvo ya.

—No hace falta, lo he hecho porque quiero.

—Renunciaste a tu trabajo y no creo que tengas ahorros. No quiero ser una carga.

Haewon frunció el ceño. Le dolía escuchar a su tía decir algo así.

—Pero ¿qué dices? Entonces, yo sería una carga aquí. ¿Desde

cuándo nos tratamos así en la familia?

Myeongyeo interrumpió a Haewon de forma rotunda.

—Da igual. No quiero que gastes dinero en la casa. Tú no te preocupes —interrumpió, firme.

—Vaya, qué exagerada. Si alguien te escuchara pensaría que he venido aquí para exigir la herencia de la Casa de Nuez. Aunque ya no trabajes, aún vives en esta casa. Hay que arreglar el grifo si gotea, la caldera apenas funciona y todo está viejo…

—¿De verdad estás arreglando la casa para mí? ¡Lo haces porque necesitas algo con lo que distraerte! Te has escapado y necesitas algo a que aferrarte para no enfrentarte a lo que te pasa.

Las palabras que no se pueden negar siempre son las más dolorosas. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo.

—Sí, tía, tienes razón. Pero… vaya forma de decirlo. ¿Es necesario que seas tan cruel? —Haewon lanzó las bolas y las luces dentro de la caja, cerró la puerta de un golpe y salió de la casa.



No habían pasado ni cinco minutos, y ya se arrepentía. Al menos debió coger la chaqueta antes de salir y también las botas. El frío la hacía sentir aún más miserable. Tiritando con el jersey y la falda de estar en casa, bajaba por el sendero oscuro del pueblo. Sus propios pasos resonaban pesados y solitarios, como si alguien la siguiera. La única parte de su cuerpo que conservaba algo de calor era la marca de una lágrima que, sin querer, había caído por su mejilla.

Cuando se detuvo en el cruce de las tres calles observó el paisaje bajo la luna en silencio. La pista de hielo sobre el arrozal, tan bulliciosa durante el día, ahora dormía con las luces apagadas. Sin pensarlo, la mirada de Haewon se dirigió a la casa de tejas. Frente a los campos, era la única que seguía iluminada con un resplandor amarillo.

La luz no era tan fuerte como para iluminar la noche, solo lo

justo para dar calidez. Como una lámpara tenue que se deja encendida antes de dormir, esa luz era un pequeño faro en la oscuridad de Bukhyeon-ri.

Sin ningún otro lugar adonde ir, se quedó de pie un momento y respiró hondo. Su aliento blanco se dispersó en el aire frío. Al acercarse vio una pequeña pizarra colgada en la pared de la librería. Estaba escrito con tiza blanca, probablemente por el dueño. Parecía un cartel improvisado para la tienda.

POR LAS MAÑANAS, SUSPENSE.
POR LAS TARDES, ROMANCE.
—GRAHAM GREENE

¿Estos carteles deberían dar ganas de comprar libros? No sabía quién era Graham Greene, supuso que era un escritor. *Ojalá fuese así, en la vida una debería tener suspense por las mañanas y romance por las tardes*. Pensando en eso, deslizó la puerta corrediza.

—Bienvenido.

Eunseop se asustó al reconocerla. *¿No esperaba visitas a esa hora?* Haewon esbozó una leve sonrisa.

—Vi la puerta abierta y quise echar un vistazo. ¿Está bien?

—Claro… A veces dejo abierto hasta medianoche.

No podía decirle que se había ido de la casa por una pelea con su tía, por eso se puso a recorrer las estanterías. Solo esperaba que no le preguntara por qué iba sin abrigo en una noche tan fría. Por suerte, no dijo nada.

El techo bajo conservaba la estructura original de tejas, dejando a la vista las gruesas vigas de madera y el entramado que sostenía la librería. El suelo era de cemento gris claro, con un acabado liso y uniforme y dos de las paredes estaban cubiertas por estanterías de madera ensambladas a medida, con la veta aún visible. La iluminación, cálida y algo tenue, provenía de varias bombillas incandescentes colgadas del techo.

—Ya no tengo café, pero me queda té negro y de jengibre, ¿cuál quieres?

Eunseop hervía agua en un hervidor eléctrico en un rincón que probablemente había sido la antigua cocina de la casa. Había montado una pequeña barra con utensilios de cocina. Haewon se preguntó si comería allí cuando estaba muy ocupado.

—Té negro, por favor… Gracias.

Sobre una mesa baja cerca de la entrada donde estaban expuestos algunos libros, había un plato con guijarros y caracolas que probablemente había traído del Mar del Este. Eran bonitos, pero desentonaban con la estación del año.

Cuando le acercó el té, Haewon suspiró aliviada sin darse cuenta. Solo sostener la taza caliente entre las manos le reconfortaba.

—Es instantáneo. No es la gran cosa…

—No pasa nada, todo viene bien.

Repetía que todo estaba bien y bebía el té, Eunseop le acercó el calefactor. Cuando el frío empezó a disiparse, Haewon, intrigada, rompió el silencio:

—Mmm… ¿Por qué la librería se llama Good Night?

En realidad, quería preguntarle sobre Irene, pero le pareció que era un tema muy personal.

—Mmm… La verdad, no sé… ¿Porque es bueno dormir bien? Despertar bien, comer bien, descansar bien y dormir bien. Creo que de eso va la buena vida.

—¿Solo va de eso la vida?

—¿Y qué más debería haber? Muchos sufren porque no pueden lograr ni siquiera estas cosas básicas de la vida.

Haewon asintió y él siguió hablando con su tono pacífico:

—¿Te gustaría que te recomendara algún libro? No sé qué género te gusta.

—Hoy solo quiero mirar un poco. La verdad es que no leo novelas.

—¿Por qué?

Haewon se quedó pensando unos segundos. Cuando compraba

libros eran sobre arte o ensayos ligeros. No se alejó de las novelas por algún motivo en particular, solo sucedió.

—Porque aparecen personajes, pasan cosas, hay conflictos… Creo que me cansa porque me involucro demasiado emocionalmente y empiezo a sufrir con ellos. Los protagonistas también son muy complicados. La verdad es que no lo sé… Supongo que no he leído mucho en mi vida.

—No importa. Lea lo que le apetezca, lectora —bromeó Eunseop.

Las estanterías, en forma de cuadrícula y en línea recta, estaban llenas de libros nuevos, pero los de las estanterías del fondo eran algo distintos. Estaban un poco más desgastados y algunos tenían marcapáginas con nombres escritos.

—Ah, también es una librería de segunda mano.

—No —dijo negando con la cabeza—. Los socios dejan los libros «en guarda» aquí. Por eso están un poco manoseados.

—¿En guarda?

—Es algo que inventé para que las personas se sientan más cómodas. La idea es que me dejen los libros en guarda, algo así como hacen los bares con las botellas de *whisky* o de vino.

Eunseop se rascó la cabeza y sonrió, un poco avergonzado. La guarda de libros era algo que había ideado por su cuenta: un sistema para que los clientes que no encontraban el ambiente adecuado para leer en casa vinieran cuando pudieran, leyeran un rato y, cuando terminaran el libro, se lo llevaran.

La puerta corrediza se abrió y la campanilla colgada en la entrada sonó.

—¡Hola!

Un hombre rechoncho, de unos cuarenta y tantos, entró saludando con entusiasmo. Llevaba puesta una cazadora de ante sintético. Se acercó a la estantería de guardados, sacó el libro que estaba leyendo y se sentó en la mesa larga del centro. Como parecía tener la vista cansada, abrió el libro alejándolo un poco para poder leer mejor.

—Este lugar es muy bonito, pero un poco oscuro. Deberían

cambiar a luces LED.

—¿Quiere que le encienda una lámpara de lectura?

Eunseop le acercó una taza de té y encendió el interruptor de la lámpara sobre la mesa.

Para no interrumpir, Haewon siguió curioseando en silencio entre las estanterías. Quizá era el olor a libros impregnado en el aire, pero empezaba a sentirse más tranquila. Desde el escritorio del fondo, se oía el tecleo de Eunseop en su portátil, hasta que el hombre de la mesa se aclaró la garganta.

—¿No va a ponerle luz al cartel de fuera? De noche no se ve nada.

—Está bien así.

—Tener la entrada iluminada es clave para el negocio. Así son las cosas. Si pone luces LED, con unas pocas bombillas será suficiente para que se vea bien. Además, si hubiera más tiendas alrededor sería diferente, pero es la única en medio de la nada…

El señor soltó una carcajada amistosa. Eunseop también se rio.

—Por aquí no pasa mucha gente de noche.

—Eso también es cierto.

El hombre terminó el té, colocó el libro en su lugar y se despidió.

—Hoy leí poco. Regresaré el viernes por la noche.

—¿Vendrá esta vez?

—Haré lo posible. Comencé a leer libros, justamente, para mejorar mi escritura.

Después de insistir tanto con lo de las luces, el hombre se rindió bastante rápido y salió de la librería satisfecho. Haewon y Eunseop cruzaron una mirada.

—¿Seguro que viene a leer? Parece tener otras intenciones.

—En realidad, es un vendedor de luces LED —respondió con una sonrisa incómoda y ambos soltaron una carcajada.

—Bueno, al menos leyó algunas páginas.

—Vi que hay varias copias de este libro —dijo Haewon, mostrándole el que tenía en la mano.

El viento en los sauces. Había muchos ejemplares en la

estantería, de editoriales distintas y con portadas diferentes. Eunseop se relajó al escucharla.

—Ese libro es mío. Tengo distintas ediciones con ilustraciones diferentes. Ahora que lo pienso, los protagonistas no son personas, sino animales. Aunque, claro, están antropomorfizados, así que también son humanos.

Haewon ojeó despacio las ilustraciones de los animales. Estaban haciendo un pícnic bajo los sauces junto al río. También vio a la nutria y al topo remando en una barca.

—Tienes razón. ¿Por qué te gusta este libro?

No obtuvo respuesta de inmediato. Eunseop apoyó los codos en la mesa y se sostuvo la barbilla, pensativo. Haewon solo había preguntado por curiosidad, pero, al ver su expresión tan seria, sintió que había hecho una pregunta incómoda. *Quizá… no le guste compartir detalles personales con los demás*.

Tras reflexionar un momento, respondió:

—No es una historia interesante. Pero tiene unas escenas que se me quedaron grabadas en la memoria. A veces, cuando me siento mal, leo ese libro. Lo tengo para esos momentos.

Haewon asintió en silencio. Al devolver el libro, desgastado de tanto leerlo, sintió una extraña punzada en el pecho. No sabía si era envidia o celos. ¿Ella tendría algo que apreciara tanto para cuidarlo así? Al recordar que la pintura había sido eso para ella, se puso triste. Había olvidado las ganas que tuvo de ser ilustradora o aquel sueño de publicar un libro junto a su tía algún día.

Se quedó mirando de reojo a Eunseop, que tecleaba distraído. Sus pantalones marrones, el jersey grisáceo, el pelo espeso y alborotado como un matorral… Alguien a quien conocía de toda la vida, pero de quien en realidad no sabía nada.

El reloj de la librería marcó las nueve de la noche. Del otro lado de la ventana, Haewon vio pasar de largo a un bus por la estación iluminada. Dejó la taza vacía sobre la mesa.

—Me voy. He molestado bastante por aquí. Gracias por el té.

Entonces, Eunseop se levantó y tomó el abrigo que había dejado

colgado en la silla.

—Ponte esto.

—No hace falta, puedo ir corriendo.

—Yo subo con el *scooter*, no tardo nada. Tú vas caminando.

Sin esperar una respuesta, le echó el abrigo sobre los hombros.

Al salir de la librería, Haewon metió los brazos en las mangas. Era grande, holgado, olía a él y estaba caliente. Era *como llevar una bombilla incandescente entre los brazos*, pensó.

La luz bajo el tejado

Diario de la librería, 14 de diciembre

#

Ella lloró.

Ella lloró y vino a mi librería.

H abrió la puerta con una sonrisa, pero pude sentir que había llorado. No sé cómo consolar a la gente y ella tampoco me lo pidió. No pude hacer nada.

Ingreso del día: Sungchal, Kim, *Vagabundear sin morir*.

Ha llegado el libro autoeditado *Vagabundear sin morir*. El autor recorrió el país durante tres años y, gracias a su

experiencia durmiendo en la calle, recomienda lugares en cada ciudad donde es posible dormir al aire libre de forma segura. En un parque de Insan, Gyeonggi-do, hay una estructura con forma de iglú hecha de ladrillos donde, si entras con una manta, puedes resguardarte del viento helado toda la noche. El recorrido no se limita solo al continente, sino que también incluye Jeju y Mara, con una exploración exhaustiva de los lugares más adecuados para dormir a la intemperie. *Si es que a esto se le puede llamar exploración, claro*.

La verdad es que no quería coger el libro, pero conozco personalmente al autor. Una vez coincidimos en un tren y terminamos viajando juntos un tiempo. Él decía que era vagabundo, pero no parecía alguien que fuera a hacerlo por mucho tiempo; solo estaba de paso. Ahora ha sentado cabeza y trabaja en un restaurante chino.

Dudo que encuentre lectores. Al final, seré yo quien acabe comprando este ejemplar.

Una historia un poco larga.

Las cosas que uno piensa demasiado tiempo son difíciles de decir. A veces es mejor no decir nada. H preguntó por qué la librería se llama Good Night. Quería contarle la historia

entera, aunque me llevara toda la noche, pero solo respondí tonterías. Me preguntó si eso era todo. ¿Cómo eso va a ser todo? *Qué ganas de llorar*. Pero a alguien que llegó triste, de repente y sin pensarlo demasiado, le solté…

—Good night fue el gran tema de mi vida.

¡Una frase así de profunda!

Y así fue.

Nos sentamos frente a la chimenea. Le cojo la mano y digo: «Una noche que no pude conciliar el sueño hasta la madrugada, se me ocurrió que sería bonito formar un club con quienes, como yo, suelen quedarse despiertos por la noche. El Good Night Club. Aunque seamos una red dispersa de noctámbulos, no estaría mal reunirnos alguna vez en un lugar remoto y tomar cerveza juntos. La idea de una comunidad así, aunque fuera imaginaria, me alegraba. Un lugar donde no hacíamos daño a nadie y podíamos sentirnos arropados. Soñé algo absurdo. Mi sueño era terminar el día deseándonos las buenas noches los unos a los otros.

»Nosotros nos recomendamos sonidos, como canciones de cuna. En YouTube hay grabaciones de lluvia, truenos, leña crepitando o el agua de un arroyo. Están hechas para los insomnes de todo el mundo. Suelen ser archivos que duran más de dos o tres horas, pero una vez alguien subid un video de solo diez minutos y fue agredido con una avalancha de comentarios. ¿Acaso pensaba que uno podía

quedarse dormido en diez minutos? ¡Qué iluso!».

H se llevó prestado *El viento en los sauces*. Ojalá le guste, pero si no qué más da. A veces pienso que leer un libro diez veces te da más que leer diez libros una sola vez. Para mí, este libro fue así. Es imposible no amar la escena en la que el topo encuentra su casa en medio de la nieve. Mi versión favorita es la que tiene las ilustraciones de Patrick Benson. La imagen de la lámpara colgada bajo el alero de la casa cuando el topo regresa. Si no hubiera extrañado esa ilustración, quizás yo tampoco hubiera regresado a este pueblo. Esto no lo digo en voz alta cuando me pueden escuchar los libros. Las ilustraciones de Shepard también me gustan. Como la historia de Hwang Hui y la vaca negra, los libros y las ilustraciones también pueden oírte.

Ya es tarde y he hablado mucho.
La noche es ideal para charlar.

Publicación privada del bloc de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

P.D.: Ella se ha llevado mi parka.

La antigua casa en mis sueños

El taxi pasó por la entrada del cementerio municipal de Hyecheon e hizo un tramo más cuesta arriba por la carretera antes de dejar a las dos mujeres. Haewon llevaba un ramo de flores y subió la colina unos pasos detrás de la tía Myeongyeo. Era el aniversario de la muerte de su abuela.

Entre las tumbas dispuestas en terrazas, se detuvieron frente a una lápida con un nombre familiar grabado. Alguien ya había pasado, pues había un ramo sobre el altar. —Parece que tu madre ya estuvo por aquí.

Myeongyeo habló por primera vez en todo el día. Apenas habían intercambiado más de lo estrictamente necesario desde que discutieron. Haewon apoyó sus flores junto al ramo de plástico. Vertieron soju sobre la lápida y limpiaron con pañuelos las manchas de polvo y lluvia. Colocaron en el altar la fruta y la carne seca que habían traído, y luego extendieron una esterilla plateada sobre el césped descolorido e hicieron una reverencia juntas.

Sentada sobre la esterilla, Haewon mordió un caqui deshidratado mientras contemplaba las incontables tumbas más abajo. Myeongyeo encendió un cigarrillo.

—¿No habías dejado de fumar?

El humo blanco flotó en el aire, formando una neblina antes de desvanecerse.

—Dejaba de fumar cuando venías para evitar tus sermones. Pero

ahora que no piensas irte… —respondió la tía, seria.

A lo lejos se veía el centro de Hyecheon. Haewon observaba la plaza de la estación de tren que brillaba pálida bajo el sol de invierno. De niña, cada vez que venía a la casa de la abuela pasaba por aquella estación con su madre. No recordaba que su padre las hubiera acompañado nunca; él no era de visitar a la familia de su esposa. En algún momento, su madre empezó a coger el tren con ella incluso fuera de las vacaciones escolares. Cuando faltaba a clases y llegaba a la estación con mucho sueño, la cara de su madre solía tener moretones grandes y pequeños.

—Tu abuela debe estar contenta de que la hija que tanto le preocupaba haya venido primero. Ahora podrá descansar tranquila otro año más —dijo Myeongyeo apagando contra el suelo el cigarrillo, que fumó hasta la mitad.

—También se preocupaba mucho por ti, tía.

—Eso lo sé. Pero es cierto que la preferida era tu mamá. Como dice el refrán: los cinco dedos sirven, pero a uno solo quieres ponerle el anillo.

Haewon guardó silencio y siguió mirando la ciudad. Desde la plaza de la estación de tren, hacia el este, se veía el edificio de la escuela secundaria Hyecheon y su campo de deportes. Le pareció oír las voces de los niños susurrando en el laboratorio de ciencias, en la planta superior, donde el edificio se doblaba en forma de ele.

—Entonces, ¿es un homicidio involuntario?

Las chicas no se habían percatado de que Haewon estaba limpiando una estantería detrás del modelo anatómico, en un rincón del aula.

—Dicen que no está claro. Si hubiera sido un fallo repentino del coche, sería un accidente, pero la madre de Haewon confesó que quería matarlo.

—¿En serio? ¿Cómo puede ser? ¿Estás segura de que Boyoung dijo eso?

—¡Sí! ¡Shh! Si Boyoung se entera de que hablamos de esto se va a enfurecer.

—¿Y qué va a hacer? Si le preocupase, no debería decir nada. Siempre se hace la honesta y es la peor de todas.

Cuando empezaron a reírse por lo bajo, Haewon empujó el modelo anatómico para que hiciera bastante ruido. El maniquí, con el abdomen expuesto, rompió la vitrina y un frasco que contenía un pollo conservado en formol se hizo añicos, derramando el líquido sobre el suelo. De vez en cuando recordaba el cuerpo del pollo y los gritos de las chicas.

Unos días después Haewon tomó el tren de madrugada. Viajó varias horas en uno lento que paraba en todas las estaciones. Se bajó en una que no conocía y durmió dos noches en una humilde pensión. Era una región cerca del río Nakdong, conocida por sus caquis, y en cada callejón los árboles estaban cargados de frutos que maduraban en un tono rojizo. Cuatro días después, la tía Myeongyeo la fue a buscar. No sabía cómo la había encontrado. Al verla caminando por la arena, Haewon no pudo creer lo que veía.

—Bonito lugar has elegido.

Sorprendida y avergonzada, Haewon se limitó a garabatear en la arena con una rama. Pasó un rato en silencio hasta que, de repente, murmuró:

—Quiero morirme —dijo medio en serio, medio en broma.

—¿Nos matamos juntas? —respondió con tranquilidad la tía—. Si tú quieres morir, a mí no me importa desaparecer ahora mismo.

No parecía estar exagerando. Haewon supo que hablaba en serio. Era de esas personas que, si decía que lo haría, lo haría de verdad. Haewon negó con la cabeza.

Las Meras de tumbas que se extendían densas y silenciosas colina abajo le daban la sensación de que aquel cementerio no era real. Esas personas que en algún momento estuvieron vivas, cada una con su propia historia antes de partir, habrán pronunciado incontables palabras en este mundo, pero ya no se oía ninguna. Aunque sabía que no podía ser de otra forma, todo le parecía distante. El viento de la montaña sopló, e hizo ondear la punta de la esterilla.

El taxi se detuvo en el centro de Hyecheon para dejar a una persona y luego siguió en dirección a Bukhyeon-ri. Haewon abrió la puerta de la farmacia Hanim, en la rotonda. La farmacéutica, de quien su abuela solía decir que preparaba buenos remedios a pesar de su juventud, ya estaba en la mitad de sus cuarenta.

La mujer lucía una sombra de ojos intensa y el pelo largo y rizado de forma llamativa. Colocó de golpe una bebida energizante sobre el mostrador.

—Primero, tómese esto.

Haewon sintió que le dieron una orden y la bebió toda. La mujer agarró la botella y la tiró hacia un lado, donde cayó en una caja con un sonido que casi parecía un cristal rompiéndose.

Cuando Haewon iba y venía haciendo recados para la medicación de su abuela, la hija pequeña de la farmacéutica solía jugar allí, entre un tobogán de plástico y un caballito de juguete. Aunque el rostro de la mujer mostraba ahora las huellas del tiempo, después de años de criar a su hija y atender la farmacia con la misma intensidad, en su mirada seguía brillando una chispa inalterable.

—Te conozco de algún lado.

—Sí, soy la nieta de la dueña de la pensión en Bukhyeon-ri.

—¡Ay, sí! Todavía tienes la misma cara de cuando eras estudiante. Ahora es una pensión más moderna, ¿no?

Haewon se tragó las palabras y solo asintió con la cabeza.

—¿Y los ojos de tu tía están bien? ¿La llevaron al hospital?

—Hasta hace un momento estuve con ella… ¿Tiene problemas en la vista?

—A mí me pareció que descuidó la vista mucho tiempo. Le dije que visitara al oftalmólogo antes de que fuera tarde. No entiendo por qué no me hace caso.

Recordó a su tía con gafas de sol. *Le dolerían los ojos*.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Dónde te duele?

—Creo que estoy resfriada. Me duele la garganta, debe de ser por el aire frío.

La farmacéutica sacó dos cajas de medicamentos de la estantería

y las metió en una bolsa de plástico.

—Dos pastillas, tres veces al día. Y asegúrate de comer antes.

Le entregó su tarjeta y esperó. En el lugar donde antes había un tobogán y un caballito de juguete ahora había un dispensador de agua y cajas de medicamentos apiladas.

—Recuerdo a la niña que jugaba aquí. Debe de estar grande.

—¿Mi hija? No quiero hablar de ella. Está en la secundaria y no quiere saber nada de los estudios —dijo la farmacéutica mientras sacudía la cabeza, disgustada.

Haewon salió de la farmacia y se detuvo en el cruce de la rotonda. Al otro lado de la calle, en un edificio, vio el logo verde de Starbucks.

Sentada junto a la ventana en el segundo piso del café, Haewon almorzó un sándwich y tomó la medicación. Con su ambiente similar al de cualquier otro, el local no ofrecía nada nuevo. Sacó un lápiz y un cuaderno de dibujo de su bolso de tela. La luz del sol que venía de la ventana resaltaba el blanco de la hoja. ¿Qué debería hacer? Tenía tantas ganas de dibujar que sus manos no podían seguirle el ritmo, pero era aún más frustrante no saber por dónde empezar. Por primera vez, entendió lo que era el miedo a la hoja en blanco.

A su alrededor, los otros clientes estaban absortos en sus portátiles y tabletas. Todos estaban ocupados, pero ella no lograba concentrarse. Cogió el móvil y escribió un mensaje.

Tía, ¿te duelen los ojos?

La respuesta llegó después de un buen rato.

¿De qué hablas?

He ido a la farmacia Hanam y me han preguntado por tus ojos.

Como no había respuesta, estuvo a punto de dejar el teléfono cuando apareció un nuevo mensaje.

He tenido una infección y me he estado poniendo unas gotas. Hace tiempo que estoy bien.

El mensaje tenía un tono frío. Sintió que tanto su tía como ella necesitaban tiempo, así que no preguntó nada más.

Inconscientemente, el lápiz empezó a trazar el contorno de una

cáscara de nuez gigante. Dibujó una escalera en el borde de la cáscara y añadió una ventana donde terminaba. Si existiera un libro ilustrado titulado *La casa nuez*, incluiría una imagen así. Pero quizás porque ya no era una niña, no la conmovió. Este era el pueblo natal de su madre y de su tía, pero no el suyo. Incluso ahora la casa seguía siendo de su tía y ella no era más que una invitada.

Cuando soñaba… cuando en sus sueños aparecía una casa, siempre era la vieja casa de Seúl. No importaba sí en el sueño Haewon estaba sola o acompañada, si el ambiente era agradable o incómodo; cuando aparecía una casa, era siempre esa. En la azotea había un columpio, glicinas trepando sobre la puerta principal y se veía el muro con unas pequeñas grietas.

Era un verano fresco con olor a lluvia. En la esquina había un grupo de gente murmurando. Había un patrullero aparcado y el muro de la casa de Haewon estaba derrumbado, el cemento del interior había quedado al descubierto. Había un coche familiar con el capó hundido, como si hubiera intentado salir atravesando la pared del jardín. Las glicinas estaban esparcidas por el suelo y sobre la tierra resaltaban unos guantes manchados de sangre.

¿Qué hubiera pasado si su madre hubiera insistido hasta el final en que fue un fallo del coche? Habría podido defender esa versión, pero no intentó excusarse ni justificarse. No había embestido deliberadamente a su esposo, pero tampoco fue un accidente. Declaró que era consciente de que existía la posibilidad de lastimarlo. Como si con esa confesión quisiera poner fin a su vida tal y como había sido hasta entonces. Su madre pasó siete años en prisión.

El autobús hacia Bukhyeon-ri dio media vuelta en la rotonda de Hyecheon. Aunque Haewon le había dicho a su tía que se quedaría un tiempo, en realidad no era así. Solo planeaba descansar durante el invierno y luego regresar. Amaba a su tía, pero, mirando distraída por la ventana con la barbilla en la mano, pensaba que no estaba segura de poder evitar los choques con ella si seguían viviendo juntas.



Al atardecer, tomó la parka de Eunseop y pasó por la librería. La última vez solo había bebido un té y se llevó un libro prestado del dueño, así que hoy pensaba comprar al menos uno.

Después de una larga jornada en la pista de patinaje, Eunseop estaba cansado, limpiando el suelo mientras bostezaba. Haewon le entregó una bolsa de papel con la parka dentro.

—Gracias, me ha ido bien. Y el libro que me dejaste… todavía no lo he terminado.

—No hay prisa, léelo cuando quieras —dijo, colgando el abrigo en una silla—. ¿Te apetece una cerveza?

Haewon agrandó un poco los ojos.

—¿Cerveza…? Suena bien.

Eunseop sonrió y señaló la barra.

—Puedes cogerla de allí. Tengo las manos sucias porque estoy limpiando.

Cuando abrió la mininevera, aparecieron varias latas que brillaban con su cuerpo de aluminio. Sacó una de su marca favorita. Detrás de la barra colgaba un aparador de madera y había un molinillo de café de diseño sencillo.

—¿No vendes cerveza?

Él negó con la cabeza mientras pasaba la mopa cerca de la puerta.

—Para eso tendría que registrar el negocio como establecimiento de alimentos y bebidas, pero no cuento con los recursos para tanto. Las guardo para invitar a los miembros cuando nos reunimos.

Últimamente, las reuniones del club en la librería le resultaban agotadoras, pero Eunseop hacía un esfuerzo por no saltarse ninguna. Solo pensaba en aguantar hasta que llegara la primavera o al menos hasta que el hielo se derritiera.

Haewon apoyó la lata de cerveza y comenzó a buscar libros en la estantería. Le llamó la atención uno con encuadernación artesanal.

La portada tenía perforaciones cosidas a mano y, con ese nivel de detalle, encuadernar solo cien ejemplares debía de dejar las manos destrozadas.

Pagó el libro, se sentó en la mesa y, mientras bebía la cerveza, leyó un rato. Eunseop terminó de limpiar y abrió su portátil para revisar los pedidos en línea. Había vinculado la página web de la librería con el blog e Instagram, y parte de su trabajo también era dedicar al menos una hora diaria a gestionar las redes sociales.

Haewon empezó a sentir sueño y no sabía si era por el calor de la estufa, por las estanterías que aislaban el frío o porque hacía mucho que no bebía alcohol. Pensaba que la librería era mucho más acogedora que la Casa de Nuez cuando, de pronto, sonó un mensaje en los teléfonos de los dos al mismo tiempo.

Nochebuena. Siete de la tarde.

Orang Orang Sushi, mercado de Hyecheon.

Haewon miró fijamente el mensaje grupal que anunciaba la reunión de excompañeros.

—Tú también recibiste el mensaje de Jangwoo, ¿no?

—Sí —respondió desde el otro lado de la mesa.

—¿Vas a ir?

—Llegaré un poco tarde, pero creo que sí. ¿Y tú?

No lo sé. La única vez que había asistido después de dejar Hyecheon no se había sentido cómoda con algunos de los presentes. Pero ahora no sabía cómo sería. Le daba curiosidad saber sí realmente había superado sus miedos. Mientras titubeaba, sonó el teléfono de Eunseop.

—Sí, aún no hemos encontrado a nadie para el trabajo. Exacto, dos meses este invierno. ¿Le gustaría venir a la entrevista?… De acuerdo, piénselo y llámenos.

La llamada duró poco, la frase «dos meses este invierno» seguía resonando en la mente de Haewon. *Así que están buscando a alguien para trabajar en la librería… ¡y para dos meses este invierno!* Haewon, pensativa, inclinó la cabeza. *¿Y si lo hiciera yo?* Quizás sería mejor pasar el día fuera en lugar de quedarse todo el tiempo

pegada a su tía en la Casa de Nuez. Era escaparse del lugar al que llegó huyendo, pero la librería le gustaba. Quizás pensaba eso por el efecto del alcohol.

—Parece que buscas a alguien para trabajar. Si no te importa, ¿podría hacerlo yo?

Eunseop levantó la vista de la pantalla del portátil.

—¿Tú?

Haewon asintió con la cabeza un tanto nerviosa. Eunseop la miró con cara de sorprendido.

—¿Sabes patinar?

—No, no sé patinar.

—Eso es un problema. Tienes que saber patinar.

—No sabía que para trabajar en una librería era necesario saber patinar —dijo, desconcertada por la respuesta.

En ese instante, Eunseop echó la cabeza hacia atrás y se dio unos golpecitos en la frente.

—Aaaah, perdón. Estaba buscando alguien para trabajar en la pista de patinaje de mi tío.

—Con razón.

La embriaguez de la cerveza se desvaneció. Haewon se sintió un poco avergonzada, carraspeó y continuó leyendo. La habitación quedó en silencio hasta que Eunseop, entrelazando los dedos, volvió a hablar.

—¿Quieres trabajar aquí? Así yo podría seguir yendo a la pista de patinaje. Estaba buscando a alguien que se encargue de la seguridad y, la verdad, no me siento cómodo dejando eso en manos de cualquiera. Me preocupa que haya niños.

Haewon levantó la cabeza. No sabía mucho sobre el trabajo en la librería, pero estaba segura de que aprendería rápido si le enseñaban. Después de dudar un instante, asintió.

—Gracias. Prometo esforzarme para no ser una carga.

—Genial. ¿Empezarías mañana mismo?

—Sí.

Eunseop se levantó de su asiento, se acercó y le tendió la mano

para sellar el acuerdo. Haewon la estrechó con fuerza y energía. Luego abrazó su libro y salió apresurada por la puerta, casi como si escapara. Afuera se apoyó contra la pared de la casa de tejas y tomó aire para calmarse. *¿Cómo pasó todo esto?* Se quedó un poco perpleja.

Eunseop se desplomó sobre la silla después de verla salir. Se quedó allí, repasando la conversación que acababan de tener. Se sentía como si hubiera soñado despierto. De repente, se dio cuenta de que no habían negociado ninguna condición. *¡Vaya par de aficionados!*

Las gachas de aserrín y El Dorado

—Solo tienes que estar aquí para que los clientes que vengan no se queden con las manos vacías. A la una de la tarde, cuando Haewon llegó, Eunseop estaba montando los paquetes. Tenía que enviar los libros que le habían encargado ayer antes de que acabara el día, así que había abandonado la pista de patinaje para pasarse un segundo.

—Yo me encargo. Ve.

—Ya casi termino. Cuando venga el repartidor, entrégale esto tal cual.

Eunseop había apilado a un lado sobres y cajas envueltas en papel burbuja. Tras recibir algunas indicaciones, Haewon abrió sobre la mesa una caja grande que había traído de su casa.

—Tengo una pregunta. Es temporada de fin de año y me parece que la decoración de la librería está un poco sosa. ¿Qué opina el dueño?

Cuando la abrió, aparecieron un árbol de Navidad a medio montar y bolas de colores brillantes. Eunseop, que no se lo esperaba en absoluto, observó en silencio. *¡Es maravilloso!*

—La verdad es que compré todo esto para decorar la Casa de Nuez, pero ya no lo necesito. Sería una pena no usarlo.

—Pero dijiste que los ibas a usar allí. ¿Estás segura?

—No te preocupes. Es un poco largo de explicar. Si no lo usamos aquí, acabará en la basura. Y a mí me gusta decorar.

Eunseop esbozó una sonrisa tímida y se sonrojó un poco.

—Gracias.

Mientras sacaba una a una las ramas, ella le dijo:

—Voy a colocar el árbol cerca de la entrada. Cuando esté terminado, medirá dos metros más o menos. Pondré luces pequeñas en la puerta y las ventanas. En las ventanas pensaba pegar algodón en los bordes, como si fueran copos de nieve.

—¿No es un poco anticuado decorar con algodón? —dijo con cautela Eunseop.

—Sabes que esta librería es una casa con techo de tejas, ¿verdad? —respondió despreocupada.

Sin decir nada más, asintió, le agradeció y se fue a la pista de patinaje. Mientras lo observaba alejarse, Haewon sentía que lo conocía y al mismo tiempo no. A veces parecía cómodo frente a ella, pero otras veces parecía nervioso. Cuando estaba relajado, se sentía como un hombre que acababa de conocer y, cuando estaba incómodo, era como aquel chico de la secundaria.

Haewon encontró una aspiradora y una fregona en el armario del rincón. Quería limpiar, pero se sorprendió, ya que todo estaba impecable. El suelo y las estanterías estaban perfectamente limpios, sin una mota de polvo. *¿Será que siempre tiene que estar así? ¿Y si el dueño resulta ser un maniático de la limpieza?* La idea la preocupó un poco.

Después de limpiar, aunque el lugar ya estaba reluciente, se puso a montar el árbol de Navidad. *Trabajar con alguien que conoces siempre es complicado, y eso vale para los dos. Si te reencuentras con un viejo compañero de clase, pero ahora uno es el jefe y el otro, un empleado, es imposible que no haya cierta distancia. Ahora que lo pienso, la paga por hora no está nada mal. ¿Será que no ha querido ponerme el salario mínimo porque me conoce?* Al pensar que quizás, después de pagarle, no le cerraran los números, le supo mal, pero no pudo evitar sonreír.

Cuando por fin enchufó las luces, el árbol y las guirnaldas en las ventanas se iluminaron al instante. Observaba alrededor, satisfecha

con el ambiente navideño que había creado, cuando de repente la puerta se abrió y entró un niño con la mochila del colegio. *¿Este será mi primer cliente?*

—Bienvenido.

—Hola.

El niño hizo una reverencia y miró el árbol de Navidad, admirado. Su cuerpo era tan pequeño que la mochila en su espalda parecía aún más grande.

—Estás de vacaciones y aun así llevas la mochila a cuestas, ¿eh?

—No estamos de vacaciones. Es enero.

—¿En serio? Qué tarde comienzan.

—Pero no tenemos vacaciones de primavera, aún nos queda mucho por aprender.

Vaya, parece que las cosas no son como en mis tiempos. La verdad es que nunca se había interesado en la rutina de los estudiantes de primaria. El niño, como si estuviera en su casa, fue directo a la barra, sacó una bolsa de avena del armario y llenó una olla con agua.

—¿Qué estás haciendo?

—Hervir avena. No he podido desayunar. El tío Eunseop me ha dicho que podía.

Con sus manitas encendió los fogones, vertió la avena en la olla y la hirvió. Se notaba que ya lo había hecho varias veces.

—El tío me dijo que habría una señora en la librería durante el día y me alegré. Ya estoy harto de patinar, así que puedo dejarlo. —Suspiró aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Tú debes de ser el nieto del alcalde.

—No, soy el nieto de mi abuelo.

—¿Y quién es tu abuelo?

—Mi abuelo es Jeong Gilbok. Jeong por el ideograma de correcto, Gil por el de camino y bok por el de fortuna. Mi abuelo viene a buscarme después de trabajar cuando estoy aquí leyendo. Estoy esperando hasta que venga. —Pronunció cada palabra con tanta seriedad y claridad que Haewon no pudo evitar soltar una risa. *Así*

que también estuviste haciendo de niñero. Debes de haber estado bastante ocupado, Eunseop.

Mientras ella colgaba las últimas bolas en el árbol y recogía las cajas vacías y las bolsas, el niño llevó a la mesa la olla de avena, que había hervido hasta parecer papilla. No se olvidó de poner un trapo debajo de la olla.

—Es como si la hubiera hecho con lo que sobra del sacapuntas —dijo el niño después de probar una cucharada.

—Puf. Suena a gachas de aserrín. ¿Tan fea está?

—No he dicho que sea fea. Solo que parece hervido con lo que sobra del sacapuntas.

Después de terminar la avena, el niño se puso frente al fregadero, lavó la olla y la dejó bien escurrida. Luego cogió de la estantería de libros en guarda un cómic educativo y comenzó a leer. La etiqueta decía Seungho Jung. *Debe ser su nombre. Hace siglos que no veo a un niño leer un libro en vez de jugar con el móvil*. De repente una voz alegre sonó desde la puerta.

—¡Oh, qué cambio! Se nota el ambiente navideño.

Una mujer de poco más de cincuenta años con un abrigo gris claro y una bufanda rosa la miró sorprendida.

—¿No eres Haewon Mok? ¿Qué haces aquí?

—Hola, ¿cómo está? Voy a trabajar aquí por un tiempo —dijo Haewon sonriendo.

Hacía mucho que no veía a Soojung. Era la amiga de toda la vida de la tía Myeongyeo. Se alegró al ver que seguía teniendo ese aire de eterna jovencita.

—¡Con razón! Iba en el bus y, al pasar, vi las luces brillando en la ventana… No podía seguir de largo, así que me bajé a toda prisa.

Riendo alegre, Soojung sacó de su bolso un paquete de fresas. Haewon preparó el té, ella las lavó y las colocó en un plato.

—Seungho, ven tú también.

—Muchas gracias.

Se sentaron en la mesa para compartir las fresas y el té, Soojung se quitó el abrigo, que dejó a la vista un vestido cosido a máquina

por ella misma. Aunque todavía conservaba la gracia de su juventud, las arrugas de los ojos y las canas en la sien delataban el paso del tiempo.

—Las cosas que brillan siempre son las mejores… De verdad.

Sumida en sus recuerdos, Soojung miraba las luces que centelleaban junto a la ventana.

—Cuando veo paisajes así, me acuerdo de una amiga. En la secundaria fui con una chica llamada Sunyeong al lago Hyecheon, ¿fue en otoño? No lo recuerdo bien. El sol brillaba sobre el agua reluciente. Y me preguntó: «¿A eso que brilla sin parar lo llaman El Dorado?».

Haewon dejó el tenedor sobre el plato y prestó atención. No era un comentario del todo dirigido a ella, más bien parecía que hablaba para sí misma. Pero no quería interrumpir sus recuerdos.

—¿No es ese lugar imaginario donde hay oro? Le dije que no entendía qué tenía que ver con el brillo del agua. No sabía cómo llamarlo… Ahora que lo pienso, todavía no lo sé. ¿Y tú, Haewon? —Soojung se cubrió la boca con la mano y rio, mientras Haewon sonreía y negaba con la cabeza.

—Yo no lo sé tampoco. ¿Esa amiga suya sigue viviendo en Hyecheon?

—No… falleció hace ya bastante tiempo.

—Ah…

—Acababa de cumplir los cuarenta. La última vez que la vi fue en el hospital. Tenía una radio junto a la cama y sonaba una canción. La cantante era Dusty Springfield… Estaba acostada y me dijo: «¿Cómo puede ser que alguien se llame "Campo de primavera lleno de polvo"? ¿Cómo voy a vivir con este dolor en el pecho?». —Y comenzó a reírse.

Soojung también rio al recordarlo, pero se le humedecieron un poco los ojos. Parpadeó rápido para disimular y la humedad desapareció enseguida.

—Discúlpame. Con la edad me pongo más sentimental. A veces lloro por cosas sin sentido y me da vergüenza. Qué pesada soy, ¿no?

—Para nada. Comparada con la tía Myeongyeo, eres muchísimo, pero muchísimo menos agotadora —dijo Haewon en tono de broma.

Soojung, que parecía estar al borde del llanto, comenzó a reírse a carcajadas.

—Tienes razón. Nadie supera a tu tía. No ha cambiado nada su carácter, sigue tan peculiar como siempre. Todos sus amigos se alejaron y ahora solo quedo yo.

Chasqueó la lengua fingiendo molestia, se puso el abrigo que tenía al lado y se levantó. Cogió la mano de Haewon con fuerza por un momento y luego la soltó, hablando con cariño.

—Qué lindo volver a verte después de tanto tiempo. Cuida bien de Myeongyeo y de la librería, ¿vale? Soy clienta habitual, no quiero que desaparezca.

—Yo solo… estoy aquí por la tarde.

—Aun así. —Soojung salió corriendo para no perderse el bus que venía.

Ya solos, el niño, que seguía comiendo fresas, dijo:

—¿Tu nombre es Mok Haewon?

—Sí. ¿Y tú eres Seungho?

—Sí. Nunca escuché el apellido Mok. ¿Es mok por el ideograma de árbol? —Haewon se rio sorprendida.

—No, es por el carácter de armonía. ¿Conoces ese ideograma?

—No. Estoy en el nivel ocho del examen de ideogramas. Supongo que saldrá en el próximo nivel —dijo sin darle importancia y volvió a sumergirse en su cómic.

Hasta el anochecer no llegó ningún otro cliente. Haewon había pensado que al menos vendería un libro en su primer día, pero no fue así.

Cuando casi no había luz, un carrito apareció frente a la librería. Un anciano encorvado, delgado y con el rostro surcado de arrugas miró hacia el interior.

—¡Abuelo! —exclamó Seungho contento. Guardó el libro en su sitio, se colgó la mochila al hombro y añadió—: Mañana volveré.

Cuando el niño abrazó al anciano, el rostro arrugado del hombre

se deshizo en una sonrisa. El abuelo, con la cabeza cubierta hasta las orejas por un gorro, hizo una reverencia para saludarla y Haewon le respondió igual. El niño subió al carrito y se alejaron al otro lado del camino.

La librería se fue oscureciendo y Haewon encendió el resto de las luces. Las bombillas incandescentes iluminaron el espacio con más fuerza. El reloj marcaba las siete y el fugaz sol de invierno ya se había puesto cuando el teléfono sonó en el escritorio. Era Eunseop.

—No tengo tu número de móvil, por eso he llamado a la librería. No debería hacerte trabajar horas extra desde el primer día, pero creo que llegaré con treinta minutos de retraso. Ahora mismo estoy…

—No te preocupes.

—Iré lo más rápido que pueda.

—En serio, no te preocupes. Me quedaré descansando. Termina tranquilo.

Haewon abrió su cuaderno de dibujo. Las hojas estaban completamente en blanco. Cogió el lápiz y comenzó a trazar líneas continuas, casi sin levantar la mano. Mientras lo hacía, pensaba que el corazón de las personas siempre es como un laberinto. Entre su tía Myeongyeo y ella, a veces había una valla y otras no. A veces esa valla estaba cubierta de rosas, otras veces de heléchos y a veces era una alambrada de espinas. También recordó el rostro de Soojung. No se veían a menudo, tampoco era una amiga, pero era una persona que se había emocionado hasta las lágrimas delante de él. *Aunque parezca frágil, quizá ella sea más fuerte que la tía Myeongyeo. Poder sonreír y saber llorar en el fondo es eso*.

Sumida en sus pensamientos, seguía moviendo el lápiz y, aunque las líneas eran complejas, nunca se cruzaban, formando algo que parecía un laberinto. Trazó una línea recta con la goma de borrar. Con solo borrar ese pequeño tramo, se abrió un pasaje. Luego borró otro punto en el lado opuesto. Todo era una valla, pero poco a poco iban apareciendo pequeñas salidas.

Sin darse cuenta del paso del tiempo, se perdió en el dibujo del laberinto. Bloqueaba caminos con muros para que no se pudiera

encontrar la salida fácilmente y creaba callejones que parecían conducir a algún lugar pero no llevaban a ninguna parte. Sin embargo, sabía que al final debía crear una salida. Un laberinto sin salida era trampa.

La puerta de la librería se abrió y Eunseop entró agitado. Desde el exterior lo siguió una ráfaga de aire frío.

—Hola.

—Perdona el retraso. ¿Todo en orden?

—Sí, salvo que no he vendido ni un solo libro.

—A veces pasa. Seguro que han entrado pedidos en línea. —Con un tono despreocupado, Eunseop tomó una fresa del plato sobre la mesa y se la llevó a la boca. Después de pasar todo el día trabajando en la pista de patinaje, parecía congelado. Se sentó tan cerca de la estufa que casi la abrazaba.

—Las ha traído Soojung —dijo Haewon, señalando el plato de fresas con la punta de su lápiz.

—Ah, Soojung Choi. Es una de nuestras mejores clientas.

Haewon lo miró comer las fresas que quedaban y de repente, como recordando algo, preguntó:

—¡Ah! ¿Tú sabes cómo se llama ese fenómeno? Cuando la luz del sol se refleja en el agua y brilla.

—Claro.

Pero no dijo nada más, así que Haewon insistió:

—Si lo sabes, dímelo.

—Aunque te lo diga, te vas a olvidar.

—¡Ay! ¡Cómo crees!

Él sonrió sin decir nada antes de responder.

—Se dice *yoonseul*.

—*Yoonseul…* —repitió en voz baja.

Qué palabra tan bonita. Pensó que se lo contaría a Soojung la próxima vez que se vieran.

De pronto apareció una sombra sobre su cuaderno. Eunseop lo estaba mirando. El laberinto se había transformado en una enredadera de helechos.

—Tú… ¿estudiaste arte?

—Sí… ¿por?

Haewon se preguntaba por qué se le había iluminado el rostro, por qué había una chispa de emoción en sus ojos. La librería estaba cálida y el campo invernal de noche parecía una fotografía enmarcada por los cristales de la puerta. Lo que estaba envuelto en la oscuridad permanecía oscuro y lo que brillaba seguía brillando; cada cosa a su manera y en paz.

La noble que llegó de Occidente

Diario de la librería, 20 de diciembre

 # Entrada del día de ayer: Yeodong, Pye, *La casa abandonada espera*.

Ha llegado *La casa abandonada espera*, una autopublicación. Este título conmemora el décimo aniversario del Club de Viajeros de Casas Abandonadas, un grupo de aficionados en línea. El libro incluye fotos y reseñas de casas abandonadas y casas embrujadas famosas en Corea, así como de terrenos en ruinas menos conocidos. Le dedican varias páginas al hospital psiquiátrico G de Gyeonggi-do, del que abundan rumores sobre apariciones de fantasmas.

El libro tuvo una tirada pequeña. Me dijeron que, si tiene buena repercusión, piensan publicarlo en una editorial comercial. Es interesante la comparación de paisajes con fotos tomadas de día y de noche. Un consejo

para los viajes a casas abandonadas o embrujadas: nunca vayas solo. No porque sea peligroso, sino porque, si te encuentras con un fantasma y no hay testigos para confirmarlo, nadie te creerá.

La librería encantada.

Ayer no escribí en el diario porque me quedé hasta tarde limpiando a fondo la librería. Encontré a alguien que puede cuidar la tienda mientras trabajo en la pista de patinaje y al mismo tiempo, que haga las ilustraciones para el *merchandising*. Exacto, ella es la noble que llegó de Occidente (supongo que será del oeste de Seúl). Como no quería que pareciera que la librería está a cargo de un desordenado, limpié como si se me fuera la vida en ello y ahora estoy bastante cansado. Barrí toda la mugre acumulada. ¡Vaya, cuando me lo propongo, puedo hacerlo!

H decoró la tienda para La temporada de las fiestas. Me costaba creer que fuera mi librería. Espero que no se esté gastando toda mi suerte de golpe.

Algunos manuales.

H me hizo varias preguntas, pero me costó responder con naturalidad. Yo me siento más cómodo escribiendo que

hablando… y, además, frente a ella las palabras no me salen. *Es bastante frustrante*.

Tras pensarlo mucho, decidí mostrarle la entrevista que me hizo el ayuntamiento de Hyecheon. Estaban interesados en saber cómo eran los dueños de librerías independientes en Gangwon-do. *¿Dónde estará el número de abril de* Noticias de Hyecheon… *? Ah, aquí está, en el último cajón*.

Voy a seleccionar solo algunas preguntas.

P. La librería Good Night está en la zona rural de Bukhyeon-ri. ¿No es una mala ubicación para una librería?

R. Claro que sí. Pero Bukhyeon-ri es mi pueblo. La librería está en una antigua casa de tejas. Allí vivía una pareja de ancianos y se iba a convertir en una casa abandonada. Por eso no me cobran alquiler, fue una ventaja. No tener que pagar alquiler es algo que de verdad me favoreció mucho. Además, pensé que daba lo mismo tenerla en el centro ya que las ventas no cambiarían demasiado. Aquí le di prioridad a la tranquilidad.

P. En la página web aparece que el horario es de 13:00 a 20:00. ¿Cumple con ese horario de manera estricta?

R. Ese es el horario oficial, pero no siempre lo cumplo al pie de la letra. Por ahora, parece que los horarios de

apertura y cierre dependen de mí. Solo me tomo libre los lunes e intento abrir siempre el resto de los días. Good Night muchas veces está abierta hasta las doce. Como me gusta trabajar de noche, me quedo siempre que no me venza el sueño. Si el encargado trasnocha, la librería también.

P. ¿Cuál es el encanto particular de Good Night?

R. No sé si llamarlo encanto… pero estoy probando el sistema de «guarda» de libros. Los clientes que compran libros pueden guardarlos en una estantería y volver cuando quieran para leerlos. La idea es que la librería funcione como un espacio cómodo, casi como una sala de descanso. Algunas personas ya lo están haciendo, pero todavía no puedo decir que se haya establecido como un estilo propio de nuestra librería.

P. ¿Cómo distribuye el espacio entre publicaciones comerciales e independientes? ¿Y cuál es el criterio para seleccionar las publicaciones independientes?

R. Divido en partes iguales las publicaciones comerciales y las independientes. Al principio, el porcentaje de las comerciales era menor, pero un niño del pueblo que viene con frecuencia quería ver cómics educativos o cuentos infantiles clásicos. El abuelo del niño tiene dificultades

económicas y se esfuerza en comprarle libros. Así se fue agrandando la cantidad de libros comerciales. En cuanto a las publicaciones independientes, supongo que es inevitable que reflejen mi propio gusto. No tengo un criterio en sí, solo los acepto si me gustan y me dan ganas de leerlos. Y en la medida de lo posible, intento venderlos sin tener que devolver ejemplares.

En ese momento, parecía que me tomaba la entrevista bastante en seno y con entusiasmo, pero ahora, tres estaciones después… ¿Quién sabe? Y la foto… el periodista la hizo así, sin más; salí muy mal. (No me interesa si alguien opina otra cosa).

Noticias del *merchandising* de Año Nuevo.

Le pedí a H una ilustración para las postales de Año Nuevo. Estoy pensando en imprimir quinientas. ¿Cuánto debería pagarle por el dibujo? Debería preguntarle a ella directamente. Seguro que lo sabrá mejor que yo.

Este invierno parece que me voy a dejar la vida en la pista de hielo. Si le paso mi salario de librero a H… tendré que compensar trabajando más horas en el arrozal. Esta es mi vida. Espero que las vuestras sean más tranquilas. De todas formas, estoy contento. Trabajo en la librería con H.

Hubiera sido inimaginable hace unos días. *Estoy sonriendo*.

Enviaremos las postales de Año Nuevo sin prisa hasta mediados de enero. Esperad un poco, miembros del Good Night Club. Sus ilustraciones son preciosas. Aún no las he visto, claro.

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

El ciervo de la noche

En el callejón del mercado de Hyecheon, el restaurante de *sushi* Orang Orang tenía el cartel más grande y luminoso. Al caer la noche, la mayoría de las tiendas cerraban y quedaban solo las lonas impermeables que cubrían los puestos ambulantes, ondeando a ratos con el viento.

En un restaurante con cinco o seis mesas bajas colocadas en fila, la reunión de exalumnos del instituto Hyecheon estaba en plena efervescencia. Entre platos de abundantes guarniciones, había grandes bandejas de sashimi en cada mesa y, a medida que las voces se volvían más bulliciosas, las botellas de cerveza y soju se acumulaban.

Hacía tiempo que Haewon no bebía soju fuerte de Gangwon-do, así que acompañó la bebida con *Gyeranjjim*, un plato de huevos batidos al vapor. Aunque el ambiente ruidoso de la reunión era un poco incómodo, se alegraba de ver a sus compañeros tras tanto tiempo.

—¿Falta alguien que haya confirmado?

—Eunseop Lim no ha llegado.

Alguien hizo el recuento y otro respondió. Haewon estaba por decirles que Eunseop llegaría tarde, pero Jangwoo se adelantó desde la mesa central.

—Eunseop dijo que vendría después de cerrar la librería.

Junto a Jangwoo estaba Boyoung, vestida con un abrigo corto

muy elegante, pero Haewon apenas le dirigió la mirada. No es que intentara evitarla, pero tampoco tenía motivos para iniciar una conversación.

—¿Tiene una librería? Se ve que ya ha sentado cabeza.

—Eunseop no está en nuestro anuario de graduados. ¿Se graduó al año siguiente?

—Sí, apenas venía a la escuela.

Jangwoo interrumpió a sus compañeros en tono de broma.

—¿Para qué revolver el pasado? Mejor bebamos.

Haewon sintió algo extraño al ver a sus compañeros reírse de Eunseop.

—¿Eso fue así? ¿Y por qué no me enteré…?

—Haewon, tú nunca te interesabas mucho por los demás —respondió una compañera con su pequeña hija en brazos.

Esa mujer se había casado joven con un colega del trabajo. La niña tenía mocos y ella la limpiaba continuamente con un pañuelo. Tras observarla un poco, por fin le vino el nombre a la cabeza: Min Jiyeon.

—¿Cómo?

—Sí. Antes eras así.

No parecía haberlo dicho con mala intención. Haewon pensó que quizás tenía razón. Siempre había creído que estaba atenta a los demás, pero al final puede que solo se hubiera preocupado por sus asuntos.

Cuando apoyó la copa, notó que Boyoung la observaba. Su expresión sugería que tenía mucho que decir. Pero justo en ese momento Eunseop entró apartando la cortina del restaurante y la atención de todos se desvió hacia él.

—Ahora sí estamos todos. ¡A llenar las copas y a brindar!

El licor circuló por la mesa y la camarera trajo nuevos platos con guarniciones mientras recogía los vacíos con amabilidad. Alguien tomó el mando a distancia y bajó el volumen del telediario en la televisión de la pared. Luego, golpeó una botella para que lo escucharan.

—¡Un momento de atención! Hace tiempo que queremos formalizar la reunión de la promoción 23 y, hoy que estamos todos aquí, vamos a elegir al presidente, al vicepresidente y al tesorero.

—¿Es necesario hacer eso? ¿No nos podemos reunir cuando queramos y ya? —dijo una compañera con desgana.

—Si lo hacemos, será más rápido avisamos para bodas o funerales, aunque sea para enviar una corona. ¿No os parece?

—¿Bodas o funerales…? ¿Será que ya estamos en los treinta? Uf, qué horror.

Las risas se propagaron rápidamente con un «es verdad» y «qué horror» de un lado a otro. Mientras algunos intentaban formar la organización, otros no mostraban el menor interés. Así se empezaron a formar pequeños grupos y nadie lograba ponerse de acuerdo.

La niña de dos años que estaba sentada al lado de Haewon no dejaba de tocarle la mano, y su madre tuvo que apartar aquellos dedos diminutos.

—¿Por qué no para de tocarte?

—Debe ser por el dibujo.

Cuando Haewon se subió la manga de la blusa quedó al descubierto el tatuaje en su muñeca. Era un diseño geométrico, como de maquillaje artístico. Un compañero sentado enfrente se inclinó para mirarlo mejor.

—Vaya, Haewon, qué bonito el tatuaje. Yo también quiero uno, pero tengo miedo de que me duela.

—¿Haewon tiene un tatuaje?

La curiosidad se extendió como una onda en el agua y ella levantó el brazo para mostrar bien el diseño.

—¿Es un tatuaje de verdad o es henna?

—Me gustaría decir que es real, pero no es ninguno de los dos. Es un tatuaje de pintura acrílica. Duran un día. A veces me lo dibujo si tengo ganas.

Haewon sonrió con cara burlona y los compañeros, decepcionados, rieron con ella. La punta de flecha afilada

atravesando un remolino era un diseño para esos días en los que quería adoptar una actitud un poco más combativa. Eunseop, que estaba sentado cerca de la entrada, le levantó el pulgar en señal de aprobación.

La niña volvió a tirar de su manga.

—Ay, perdona. No te molesta tenerla sentada al lado, ¿no?

—Tranquila, no pasa nada.

—Cuando vas con niños, siempre estás pendiente de todo.

Jiyeon soltó una risita, algo apenada, mientras le peinaba con los dedos el pelo alborotado a su hija y le colocaba una horquilla con forma de tomate.

La olla de pescado picante *maeuntang* llegó a la mesa donde estaba la variedad de sashimi. Las botellas vacías se iban acumulando. Aunque había demasiadas opiniones, de algún modo lograron formar la asociación de exalumnos y, como era de esperar, eligieron a Jangwoo como presidente.

Haewon ya quería irse, pero haberse sentado en una esquina resultó ser una mala estrategia. El espacio era reducido y los abrigos estaban apilados junto a los cojines. Para salir tendría que hacer que los compañeros de esa fila se inclinaran hacia adelante.

En la mesa de los más extrovertidos, llevaban un buen rato rememorando anécdotas y alardeando de las cosas que habían vivido juntos.

—A ver, cuando te pillaron copiándote con la hoja de respuestas del examen, saltaste diciendo que no eras tú. Ahora di la verdad, ¿hiciste trampa o no?

—¿Y qué quieres que diga? Si me arruinaba la nota media para entrar a una buena universidad. Pasado pisado, no indagues más.

—¿Lo habéis escuchado a este? Hiciste trampa, seguro que sí.

—¿Y aun así solo pudiste entrar a esa universidad? —dijo otro al lado.

Se escucharon risas y voces diciendo: «¡Qué cruel!». Una sentada en el medio aplaudió para que la vieran y, con la cara enrojecida por el alcohol, gritó alegremente:

—¡Hora de verificar datos! Levantad la mano los que se hayan operado —dijo y, sin esperar, alzó el brazo derecho.

—¿Los párpados cuentan?

—Eso no cuenta como cirugía estética. ¡Levantad la mano los que se hayan retocado al menos dos partes!

Entonces levantó también el brazo izquierdo, exclamando un «¡hurra!» que provocó una carcajada general.

—¿Por qué nadie levanta la mano?

—Nadie se ha operado. Solo tú. ¿Por qué te expones así?

Ella la miró con incredulidad y empezó a señalar a varios sospechosos. El salón entero estalló en risas. Haewon rio con ellos, pero luego volvió a mirar el reloj. *¿Qué hago…? Quiero irme sin llamar la atención*.

De repente, sus ojos se cruzaron con los de Jangwoo. Tras nombrarlo presidente, había aceptado todos los tragos que le ofrecieron para felicitarlo y se emborrachó. Sus ojos brillaban con un aire travieso y a Haewon le dio mala espina. Jangwoo la señaló y dijo en voz alta para que todos escucharan:

—Haewon Mok está tratando de escapar y yo la descubrí.

—Ay, no, ¿y con qué pruebas?

—Se nota a simple vista —dijo soltando una risita y luego continuó poniéndose serio—. Haewon no es de las que vienen todos los años. No sabemos cuándo volverá a venir. Lo más triste del mundo es que no comprendan tus sentimientos. Intenta escucharlos esta vez.

—Pero ¿qué dices? Habla claro —le reprochó alguien y Jangwoo señaló a Eunseop.

—Ahora vamos a verificar los datos de Eunseop… Cuando íbamos al colegio, había alguien que te gustaba. Y está aquí, en este lugar.

Un murmullo de asombro recorrió la sala.

—¿Había una historia oculta?

—¿Y por qué preguntas eso? Qué pesado eres.

Jangwoo agitó las manos para que se callaran.

—Hoy no me importa nada. Solo tengo que verificar este dato. Si

no, siento que me voy a morir. ¿Quién era, Eunseop? ¿Quién te gustaba?

Todas las miradas se dirigieron a Eunseop. Sentado de piernas cruzadas, soltó una risa incrédula, visiblemente incómodo. No parecía haber bebido mucho y llevaba la misma sudadera azul claro de siempre, con su aspecto habitual.

—¿Y si en vez de decir la verdad me tomo un trago de castigo?

Cuando Eunseop trató de agarrar su copa, Jangwoo gritó:

—¡Quitadle esa copa!

Un compañero que estaba al lado reaccionó al instante, agarró el vaso como un rayo y se lo bebió de un trago. Alguien soltó una risita.

—Jangwoo dice que se va a morir. ¿Lo vas a dejar morir?

Eunseop se rascó la cabeza y respondió con naturalidad:

—Hmmm… era Haewon Mok.

Todo se congeló como si hubieran hecho clic con una cámara, pero enseguida estallaron risas y aplausos. La que se quedó desconcertada fue Haewon. *¿Qué acaba de decir?* No podía creer lo que oía, mientras en el rostro de Jangwoo se dibujaba una sonrisa de satisfacción, como si al fin se hubiera quitado de encima un peso de diez años.

—¿Y ahora?

Respondió Eunseop.

—Todo primer amor está en el pretérito perfecto.

—¡Será que ha pasado demasiado tiempo sin verla! ¿Y al final se enfrió? —se lamentó alguien.

—Callaos todos. Vamos a escuchar qué opina la persona aludida.

Todas las miradas se centraron en Haewon. *¿Cómo salgo de esta? ¿Les digo que no tenía idea? ¿Me hago la desentendida? ¿Digo algo gracioso? ¿Me hago la enfadada?* Finalmente, Haewon respondió con tono de broma:

—Llegas muy tarde. Tendrías que haberte declarado hace diez años.

La respuesta fue afable y la conversación cambió hacia otro

tema. Haewon no miró a Eunseop, así que no sabía qué cara puso, pero se sintió rara. Era como si alguien le hubiera declarado su amor e inmediatamente hubiera cambiado de parecer. No tuvo ni tiempo de sentirse emocionada.

Miró a Jangwoo un poco enfadada; él juntó las manos en gesto de disculpa, inclinó la cabeza y le dedicó una sonrisa inocente. *No tiene remedio*. Haewon negó con la cabeza, levantó su copa de soju y se la bebió de un trago.



Esa misma noche.

Haewon dejó un termo con té de cassia y una taza en la mesilla junto a la cama donde dormía su tía. Avellana, que dormía tumbado, levantó la cabeza con desgana y, para su sorpresa, la siguió.

—¿Así que sabes subir escaleras? Pensé que con lo gordo que estás solo te quedabas en el piso de abajo.

Avellana fue con ella hasta su habitación, olió los rincones del lugar y se echó al pie de la silla.

Sobre el escritorio había una pintura acrílica a medio hacer. El papel, los pinceles y las pinturas que tanto apreciaba habían vuelto a llenarla de vida tras mucho tiempo. En el cuadro se podía ver un campo iluminado por la luna. Desde la puerta corrediza de una casa de tejas, donde colgaba el cartel de la librería, se filtraba una cálida luz amarilla. Cada teja estaba cubierta de nieve y el sauce plantado junto a la entrada agitaba sus hojas con el viento de la noche como si ya fuera primavera. Un *scooter* estaba apoyado contra la pared y dos urracas observaban la luna desde el tejado.

En realidad, no había ningún sauce, pero a Haewon le gustó la idea. Coloreó de blanco la nieve del tejado y las hojas del sauce de un verde pálido, queriendo plasmar el invierno y la primavera juntos en la tarjeta de Año Nuevo. El diseño que había dibujado en su muñeca durante el día había desaparecido y ahora tenía tatuadas

dos hojas de sauce. Le gustaba la sensación de conexión con los elementos de la ilustración.

—¡Waaah!

Un sonido extraño se escuchó fuera de la casa y Haewon dejó de pintar. Avellana alzó la cabeza de golpe y aguzó las orejas.

—¡Waaah!

Al oírlo por segunda vez, Avellana empezó a ladrar y salió disparado escaleras abajo.

—¡Silencio! ¡Ven aquí, no puedes salir!

Haewon salió tras Avellana, que golpeaba la puerta principal. Logró calmarlo y salió sola.

Desde la huerta se escuchó algo. *No parece una persona*. Se acercó en silencio bajo la sombra de la farola y vio a un ciervo hurgando entre los cultivos marchitos. Levantó la cabeza y un silencio absoluto se apoderó del aire, como si el tiempo se hubiera detenido entre el ser humano y el animal salvaje.

Haewon contenía la respiración y observaba, el ciervo volvió a agachar la cabeza para arrancar y masticar las plantas. En ese momento, se escucharon pasos desde el sendero de la montaña. Alguien descendía, pisando ramas secas.

—Haewon, ¿qué haces ahí?

El salto del ciervo y el grito ahogado de Haewon ocurrieron al mismo tiempo. El animal salió disparado hacia la montaña y, en un instante, todo quedó reducido a una sensación fugaz. Los pasos eran de Eunseop. Haewon se llevó la mano al pecho, intentando calmarse.

—¡Me has asustado!

—Yo me he asustado más.

Eunseop miró hacia el lugar por donde había desaparecido el animal. Por la oscuridad, no podía verse el final del sendero que se adentraba en la montaña.

—Era un ciervo.

—¿Eso era un ciervo?

—Sí. Como en la montaña no hay nada para comer en invierno,

bajan al pueblo.

Apagó la linterna que llevaba y la guardó en el bolsillo de su parka. Haewon pudo soltar un suspiro y relajarse. *Ese animal que parecía un ciervo debe de haberse marchado sin comer nada*.

—¿Y el ruido raro también lo hacía el ciervo? Era horrible.

Eunseop sonrió.

—¿Un «waaah» así?

—Exacto.

—Así braman los ciervos. Nada que ver con su aspecto.

A Haewon se le escapó una carcajada. De él emanaba una sensación fría y solitaria, como si hubiera atravesado los senderos montañosos de la noche.

—¿Y tú por qué salías de allí?

—He venido caminando. Ya no había más buses.

—¿Desde el centro hasta aquí?

—Por el camino de la montaña se tarda solo una hora.

Era algo que solía hacer. La montaña detrás de la casa le resultaba tan familiar como un segundo hogar; en las noches de insomnio, salía con una linterna a dar largos paseos. Ya se le había ido el efecto del alcohol. Tras dudar un momento, habló con tono apenado.

—Sobre lo que dijeron antes en la reunión… espero que no te haya molestado. —Haewon negó con la cabeza.

—Tampoco es para tanto.

—Pensé que debería haber inventado cualquier otro nombre. Estuve dándole vueltas mientras volvía.

La brisa nocturna era helada y Haewon se abrochó el cárdigan. La mirada de Eunseop se posó en su muñeca.

—Te has cambiado el dibujo.

—Sí. Me he hecho uno nuevo y me gusta.

—¿Puedo verlo?

Haewon asintió y extendió la mano izquierda. Eunseop le cogió la muñeca y la giró suavemente bajo la luz de la farola para verla con claridad. La sensación de los dedos sobre su piel hizo que Haewon,

sin darse cuenta, bajara la mirada. Eunseop observó en silencio las hojas dibujadas allí.

—Son hojas de sauce.

Por un instante, en lo más profundo de su ser, pareció encenderse un faro lejano. Esa luz asomó unos segundos en sus ojos, pero pronto desapareció.

Cuando sintió que su propio pulso se aceleraba, Eunseop se quedó desconcertado. Hasta ahora, lo había considerado un viejo sentimiento que evocaba en su diario en tono de broma, un recuerdo lejano, desgastado con el tiempo. Creía que hacía mucho que se había desvanecido, convertido en una anécdota borrosa. *¿Será que este invierno va a repetirse otra vez?* Su corazón comenzó a latir con una dolorosa intensidad.

Reunirse para leer libros

El último día del club de lectura del año. Mientras los miembros iban llegando, Haewon cogió la escoba y se quedó pensativa debajo del tejado. Hacía días que quería deshacerse de la telaraña, pero cada vez que lo intentaba, tenía la sensación de que aquel bicho del tamaño de un puño la miraba fijamente. No se atrevía a sacudir la escoba. Eunseop salió para escribir algo en la pizarra y la vio.

—¿Qué haces ahí?

—Estoy pensando qué hacer con esa araña gigante. Es demasiado grande y repugnante.

—Déjala. Debe de estar hibernando.

El insecto atrapado en la telaraña estaba completamente seco, como si lo hubieran dejado ahí hasta que se marchitara. Parecía que la araña tampoco se movía. El sonido de la tiza sobre la pizarra sonaba alegre. Cuando dejó el trozo de tiza, dijo:

—Deja de pensar en eso y entra. Hace frío.

—No es que me den miedo las arañas… pero bonitas no son.

—Pero las telarañas son perfectas.

Por fin, Haewon relajó la mano que sostenía la escoba. —Bueno, si así lo quiere el dueño del lugar…

Antes de entrar, leyó lo que decía la pizarra. Era una frase acorde con el frío implacable de aquellos días.

40º NO ES ALCOHOL.
-40º NO ES FRÍO.
400 KILÓMETROS NO ES LEJOS.

PROVERBIO RUSO

Aunque la Navidad había pasado, el árbol y las pequeñas luces seguían brillando. Todos les habían pedido que permanecieran así durante el invierno. El sol se puso y la noche cayó sobre los campos de Bukhyeon-ri.

Sobre el calefactor eléctrico, el abuelo de Seungho asaba mandarinas en una sartén. Soojung trajo patatas dulces al vapor y las colocó a un lado de la sartén para que no se enfriaran. Seungho estaba sentado junto a su abuelo y comía.

—Mi abuelo lo asa todo. Huevos, patatas y patatas dulces, pastelitos de arroz y también mandarinas.

—Tienes razón. Qué buen aroma.

Envuelta en un chal y calentándose junto al fuego, Soojung lo observó con curiosidad.

—Sí, puede asar cualquier cosa. Y todo sabe mejor asado. —El orgullo se reflejaba en el rostro de Seungho. Luego, cogió un gajo de mandarina y, mientras retiraba las hebras blancas que lo cubrían, preguntó—: ¿Sabe cómo se llama esto? Esta cosa blanca que cubre la mandarina.

—No lo sé… ¿eso también tiene nombre?

—Se llama albedo.

Soojung sonrió con ternura.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Me lo enseñó Eunseop.

—Ah, ¿sí? Nuestro librero es un diccionario andante.

Hyeonji, una estudiante de secundaria que estaba absorta con un juego de móvil, comentó:

—No suena como un cumplido. Decirle diccionario es decirle aburrido.

—¡Vaya prejuicio! Abre una enciclopedia en cualquier página y descubrirás algo que ni imaginabas.

Hyeonji se quedó pensando un instante y asintió.

—Mis amigos también leen mucho Namu Wiki.

—Namu… ¿qué? ¿Qué es eso?

—Una enciclopedia en línea.

Hyeonji respondió sin dejar de mover los dedos sobre la pantalla del móvil. El abuelo de Seungho sacó del bolsillo de su viejo abrigo de algodón un tentempié secreto. Colocó el *jwipo* en la sartén y enseguida comenzó a chisporrotear mientras los bordes se encogían. Cuando el olor del pescado asado se extendió por la librería, Hyeonji finalmente lanzó el móvil a un lado y se acercó al fuego a la velocidad de la luz.

—¡Guau! ¡*Jwipo*! —exclamó mientras desgarraba el pescado en tiras largas. Llevaba un gorro *beanie* color caqui bien ajustado. En el lóbulo de su oreja brillaba un *piercing* de calavera y en el otro tenía uno con forma de hacha. La puerta corredera se abrió de golpe y entró el señor de las luces LED, Baek Geunsang, con aire decidido, luciendo un abrigo de gamuza.

—¡Hola! ¿Lo que está escrito en la pizarra afuera es un proverbio ruso? ¡Vaya, qué grandeza! ¡Me caen bien los rusos!

Tiritando, se dejó caer en una silla, juntó las piernas como si el asiento le quedara pequeño y continuó:

—Con este frío, esas palabras me llegaron de verdad. No sé cómo, pero parece que hace más frío que cuando estaba en el ejército.

Eunseop, que estaba imprimiendo algo en el escritorio, le respondió:

—¿Usted estuvo cerca de la frontera?

—Así es. En mi unidad hacía tanto frío que una vez el soju se congeló y al derretirse quedó como un granizado.

—¿El alcohol también se congela? Creía que no —preguntó Hyeonji mientras masticaba el pescado.

—Se congela. La cerveza se congela a cuatro grados bajo cero y

el soju… ¿A qué temperatura se congela?

—A menos diecisiete grados —contestó Eunseop.

—¡Ah! ¡Los helados!

Soojung fue a la ventana, la abrió y descolgó las bolsas con postres helados que había colgado en las rejas. Como la mininevera no tenía congelador, los había dejado fuera. Al comprobar que seguían congelados, sonrió satisfecha. Llevaban varios días de ola de frío. El patrón de *samhansaon* era cosa del pasado. Ya no había más aquello de tres días fríos y luego cuatro templados. La masa de aire gélido que descendía del Ártico había congelado por completo todo el país. Las noticias informaban que la península de Corea estaba más fría que la Antártida y Siberia durante este invierno. La gente estaba desconcertada.

Tras repartirse los postres, todos se sentaron alrededor de la mesa. Eunseop se unió al grupo con las hojas A4 que había impreso en la mano.

—Ya estamos todos, ¿empezamos?

Soojung negó con la cabeza y sacó una pequeña cesta de mimbre del bolso.

—¿Qué les parece si guardamos nuestros móviles en la canasta durante las reuniones? Creo que sería bueno estar un rato sin el teléfono.

Soojung sonrió con timidez, pero Hyeonji, jugueteando con su móvil, respondió indecisa:

—Va a ser incómodo. Cuando leemos poesía o debatimos, no podemos comprar todos los libros. Si buscas algo, aparece enseguida. Y, si surge alguna duda mientras hablamos, hay que consultarlo.

—Para eso se pueden hacer copias. Claro que sería un poco más de trabajo para nuestro librero…

—Es que a mí me podrían llamar del trabajo por algo urgente. Las fábricas con las que trato no tienen un horario fijo —añadió Geunsang, soltando una risa incómoda.

Eunseop repartió las hojas impresas, poniendo fin al debate:

—Hagan lo que quieran con sus móviles y agarren una hoja cada uno.

Soojung vaciló un momento, apartó la cesta hacia un lado y guardó el suyo. Haewon también metió el de ella en la cesta. Soojung le lanzó una mirada agradecida y le dedicó una cálida sonrisa.

—Hoy tocaba escribir, pero por las fiestas parece que habéis estado todos muy ocupados. Por eso propuse que leyerais un texto que describiera paisajes nevados y trajerais un pasaje que os hubiera gustado. Vamos a compartir lo que habéis leído.

A Geunsang le pareció curioso que participara Seungho:

—Muchacho, ¿tú también eres miembro?

—Sí, yo también he leído un libro sobre la nieve.

—Oh, ya veo. Qué maravilla de niño.

El anciano dejó la sartén, sin hacer ruido se acomodó en una silla en el rincón y empezó a dormitar.

Soojung fue la primera en tomar la palabra:

—Voy a leer el fragmento que escogí. Es la primera oración de *País de Nieve*, de Yasunari Kawabata: *El tren salió del túnel y se internó en la nieve. Todo era blanco bajo el cielo nocturno*. Con esta línea lo dice todo. No creo haber visto nunca una descripción inicial de un paisaje nevado que atrape tanto.

—Yo escribí en el móvil: «Poema sobre nieve», y esto fue lo primero que apareció.

Geunsang carraspeó antes de leer el fragmento que había elegido:

—*Yo, Natasha y el burro blanco de* Baek Seok. *Como soy pobre y amo a la hermosa Natasha, esta noche la nieve cae sin parar. Amo a Natasha, la nieve cae sin cesar y yo, solo y melancólico, bebo soju…* Pero tengo una duda. ¿Natasha no es un nombre ruso?

Eunseop, que estaba sentado en un extremo, respondió.

—No es necesario interpretarlo literalmente. Es más apropiado verlo como un símbolo de la mujer que el poeta amaba.

—Ah… como se llamaba Natasha, pensé que se habían conocido

en Rusia —murmuró poco convencido.

Hyeonji leyó su parte:

—*Trepa por la montaña nevada que se alza imponente, golpea con tu bastón las columnas de hielo que emiten una luz extraña. ¡Kugugung! —El estruendo resonó mientras la avalancha arrasaba el valle. Era el momento en que la entrada al otro mundo, envuelta en tinieblas, despertaba al fin de su sueño milenario*. Es una escena de una novela de fantasía que me gusta mucho. El autor es Jerusha, el Naufragante.

—No lo había oído nunca —dijo Soojung, intrigada.

—Aún no es muy conocido, pero pronto publicará su obra. Sus publicaciones tienen muchísimas visitas en línea.

Luego, Seungho sacó un libro amarillo de cuentos infantiles en lugar de las hojas impresas.

—Yo leí *El búho que está en casa*. El búho invita al invierno a su casa.

La lectura clara y pausada del niño resonó alrededor de la mesa. El abuelo, que dormitaba en un rincón de la librería, abrió los ojos de golpe y, orgulloso, escuchó a su nieto.

—*El invierno, viejo y desvalido, ha llamado a la puerta. Parece que quiere sentarse junto a la estufa… Pero si va a dejar la casa hecha un desastre, mejor que no vuelva jamás*.

Mientras mostraba las ilustraciones a los adultos, Seungho sonrió en silencio. Cuando llegó su turno, Haewon desplegó las páginas impresas y comenzó a leer el pasaje que tanto le había costado elegir:

—*Sobre las aguas del lago Hyecheon caía aguanieve. El tiempo que compartieron la noche anterior, ese en el que se amaron, se había derretido y desvanecido como una mentira. W pensó en él, a quien había dejado atrás en el prado. ¿Cuánto más tendría que vagar por los márgenes del dolor para borrar por completo ese recuerdo?*

Soojung se agarró el borde del chal y, conmovida, murmuró:

—Vaya… Hace siglos que no escuchaba esto. Pensé que lo había

olvidado, pero al oírlo me ha vuelto a la memoria. Es una novela de Sim Myeongyeo, ¿verdad?

—Sí, *Pradera vacía* —respondió Haewon con una sonrisa amarga.

Estuvo a punto de hacerse daño en la espalda buscando ese libro. Tuvo que revolver durante horas el ático y lo encontró lleno de moho. A la tía Myeongyeo no le importaba nada y lo había tirado por ahí. *¿Algún día sabrá que intenté rescatar un fragmento de su novela?* Afuera hacía un frío terrible, pero dentro de la librería, bajo el resplandor de las bombillas incandescentes, la noche parecía nevada.

Cuando el abuelo y Seungho se marcharon, Eunseop cargó en la carreta las cajas de libros vacías y el papel reciclable que había sobrado. El abuelo le puso una mascarilla al niño para protegerle la cara del viento nocturno. Mientras se enrollaba la bufanda, Hyeonji recordó algo. Sacó un par de calentadores de manos de su bolso y se los entregó a ellos. Luego repartió uno a cada persona.

—Gracias —dijo Soojung, abrochándose el abrigo hasta el cuello y guardando el calentador en el bolsillo.

—No es nada. Cogí algunos de la farmacia.

—Aun así, gracias. Dile a tu madre que también se lo agradezco.

—Mi mamá no lo sabe.

—¡Ay, Hyeonji!

Haewon, que había salido a despedirlos, de repente preguntó:

—¿Tu familia tiene una farmacia?

—Sí, en la rotonda de Hyecheon.

—¿La farmacia Hanim?

—¿La conoces?

A Haewon se le escapó una risita. Aquella niña que solía llevar el pelo recogido en alto, como una palmera, y saltaba sobre el caballito de juguete, había crecido de repente. Ahora era una adolescente con *piercings* y una afición por las novelas de fantasía.

—Te vi cuando eras pequeña.

Hyeonji respondió con indiferencia, como si estuviera acostumbrada a oír aquello.

—Olvídalo, es una época oscura de mi vida. ¿Por qué tuvo que meterme mi madre en la farmacia?

Pero enseguida cambió de expresión y se despidió con una sonrisa radiante:

—Me voy en bus. ¡Feliz Año Nuevo!

—¡Feliz año! ¡Nos vemos el próximo año!

Mientras los demás se despedían, Geunsang se paró frente a la pizarra con una tiza en la mano. Tras quedarse un buen rato pensando, escribió algo, dejó la tiza y soltó un largo suspiro.

—¡Me voy! Vamos a por otro año más.

Su silueta robusta, enfundada en su abrigo de gamuza, desapareció en la oscuridad y solo quedaron Eunseop y Haewon en la librería. Mientras él terminaba de recoger las cosas para cerrar, una notificación sonó en el portátil. Haewon hizo clic y vio que había llegado un pedido desde Anyang, Gyeonggi-do.

Al darse cuenta de que nunca se había detenido a explorar bien la página, comenzó a revisar las categorías con calma. Al hacer clic en la galería, aparecieron las fotos que Eunseop había ido subiendo. En sus labios se dibujó una leve sonrisa. Allí estaban registrados paisajes que hacía mucho había olvidado: Bukhyeon-ri en primavera, con los campos de arroz recién plantados de un verde brillante; las lluvias de verano; y las montañas detrás de la Casa de Nuez, cubiertas de hojas otoñales. La última foto mostraba la decoración navideña de la librería, y eso la hizo sonreír aún más.

—Saqué una foto de las mandarinas asadas y la tetera junto al calefactor. Estaría bien subirla a la galería —dijo Eunseop mientras guardaba los utensilios de limpieza en el armario de la pared.

—¿Me pasas el usuario y la contraseña de la web?

—Claro.

Haewon recibió un mensaje en su móvil. Mientras guardaba la dirección que empezaba por *goodnight books* y la contraseña, comentó:

—La iré actualizando de vez en cuando. Ya que es un trabajo oficial a tiempo parcial.

—Eso lo decidimos ahora mismo, y tu título oficial es *manager* de la librería.

—Ah, *manager*. Yo pensaba en algo más como directora.

Ambos se echaron a reír.

Apagaron las luces y cerraron la puerta corrediza con llave. Al salir se encontraron con una nueva frase debajo del proverbio ruso y no pudieron evitar reír.

Y CUARENTA AÑOS NO ES NADA.
—BAEK GEUNSANG

La caligrafía, seria y decidida, de Geunsang flotaba en la oscuridad, blanca y alegre, marcada con tiza sobre la pizarra.

¿Pretérito perfecto?

Diario de la librería, 30 de diciembre

 # Último encuentro de los viernes del año:
Leer paisajes nevados.

Tuvimos una reunión para leer juntos fragmentos que describían paisajes nevados. A continuación, algunas notas sobre los miembros que asistieron.

Choi Soojung es una lectora que compra y lee muchos libros. Si tuviéramos que elegir a la persona que más lee en nuestra librería, sería ella. El año que viene podría coordinar un evento para elegir al mejor lector o lectora. Ella prefiere libros emotivos y también está abierta a leer autores jóvenes, lo que la convierte en una lectora ejemplar.

Baek Geunsang. Sinceramente, al principio no entendía por qué venía a la librería. Creí que su intención era venderme luces LED, pero al parecer cambió de idea y

asiste a todas las reuniones. Dice que participa para mejorar su expresión escrita, pero aún no ha escrito nada. Espero leer algo suyo el próximo año.

Jung Seungho, el niño, a veces me recuerda a mí cuando era pequeño, así que me divierte jugar con él de vez en cuando. Vive con su abuelo, que recoge cartón para ganarse la vida. El otoño pasado tuve la oportunidad de visitar su casa y vi que los cables eléctricos estaban expuestos. Es un peligro. Pensé en arreglarlo cuando tuviera tiempo, pero hasta ahora no lo he hecho. Soy un desastre.

Kwon Hyeonji quiere ser rapera, pero tiene la firme convicción de que jamás participará en un programa de audiciones. (¿Por qué?). Quiere ser famosa, pero no soporta la fama; quiere escribir letras que conecten con el público y tengan éxito, pero rechaza la sensibilidad común y repetitiva. En definitiva, es una adolescente que ha elegido un camino complicado… No le interesan mucho los libros, pero parece que ha convertido a Good Night en su estudio personal.

Y luego está H. Ella leyó tres libros en diez días. Sigue el ritmo de lectura de los demás miembros y elige los libros que les gustaron a otros. Al fin y al cabo, esa también es una forma de leer. ¿Será que busca conocer mejor a las personas a través de los libros?

¿Todo primer amor es pretérito perfecto?

Pensando de nuevo en lo que dije en la reunión de exalumnos la semana pasada. Quise parecer tranquilo, pero no sé si los habré convencido. ¿Por qué no pude mentir en ese momento? Me pidieron que dijera la verdad y no quería mentir. *Ah… Así soy, señores. Supongo que seguiré viviendo sin aprender a ser astuto. Da igual*.

Las personas que mezclan verdad y mentira son las más difíciles de tratar. Cuando están entrelazadas, no es fácil notar la diferencia. Una vez Jangwoo dijo que él mezcla verdad y mentira en una proporción de siete a tres. Según él, si surge algún problema puede solucionarlo más o menos.

Vaya, al final aprendí una gran lección de vida de mi amigo. Aquella noche, yo también mezclé verdad y mentira. Y fracasé. H, con la respuesta más indiferente posible, me dejó por los suelos.

Jangwoo… ¡me las vas a pagar!

En realidad, desde los albores de la humanidad, ningún pretérito jamás fue perfecto.

La noche antes del último día del año, tengo ganas de leer algún autor anónimo. Poemas y ensayos cuyo creador haya sido olvidado para siempre. Historias bellas y lamentables, obras que no pueden generar derechos de autor porque no hay a quien pagárselos.

Anónimo sabe escribir con innumerables voces y es un autor que nunca morirá. Incluso en un futuro lejano, sus obras seguirán surgiendo sin cesar. Mientras existan cosas que se pierden, se olvidan y quedan en el olvido.

Por cierto, en la montaña llora un ciervo. Waaah.

¿Has escuchado alguna vez el llanto de un ciervo? Con su aspecto delicado y hermoso, uno esperaría un sonido acorde. Pero lo que emite es un grito completamente inesperado.

Cuando en la montaña invernal lloró el ciervo, tomé su muñeca y vi una hoja de sauce. La historia comenzó a repetirse. ¡Qué desgracia!

Waaah.

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

En busca de la leyenda

Pocos días después de Año Nuevo llegaron las tarjetas de felicitación impresas. Los miembros del club se reunieron para examinarlas.

—Creo que habría quedado mejor con un borde dorado —dijo Geunsang.

—Habría quedado anticuado —replicó firme Hyeonji, negando con la cabeza.

—Pero las tarjetas de Año Nuevo llevan dorado. Y los copos de nieve del cielo nocturno deberían estar en plateado.

—A mí me gusta así. ¿Qué opina nuestra artista? —preguntó Eunseop con una sonrisa relajada, dirigiéndose a Haewon.

—A mí también me gusta así. El acabado mate es sutil. —A mí me encanta el sauce frente a la casa tradicional. Es un paisaje de invierno, pero, por el árbol meciéndose, parece estar en plena primavera.

Soojung acarició con los dedos la ilustración, satisfecha. Hasta Seungho se quedó con una tarjeta de recuerdo. Haewon se sintió agradecida de que algo tan sencillo les hiciera tanta ilusión.

—Por cierto, parece que nuestro librero y la *manager* son amigos, ¿no? Se tutean —preguntó Geunsang con curiosidad.

—Fuimos compañeros de escuela. Aunque nos conocimos incluso antes de eso.

Haewon lo miró con extrañeza.

—¿Antes?

—¿No te acuerdas? Antes de que te mudaras aquí, venías de vez en cuando. Mientras tu abuela aún vivía.

¿Eunseop recordaba eso? En la época en que la Casa de Nuez era una pensión, solía cruzarse con el niño que vivía en la casa de al lado, pero nunca pensó que él también la recordaría. De pronto, le vinieron a la mente las palabras que había escuchado en la reunión de exalumnos a finales de año.

Era Haewon Mok.

Su voz había sonado con un leve temblor, como si evocara una emoción pasajera, pero ahora solo parecía el eco de un recuerdo ya lejano.

No tenía sentido volver a abrir una historia que ya había sido cerrada, y tampoco podía decir mucho sobre algo que no llegó a concretarse y que había pasado sin más. Pero la curiosidad seguía ahí.

Todo era culpa de Jangwoo. Mientras pensaba en eso con amargura, se abrió la puerta corrediza y apareció Jangwoo, enfundado en ropa de senderismo, con la apariencia del hombre de las nieves.

—¡Ah, diecisiete grados bajo cero! ¿Esto es real? Me gustaría reencarnarme cerca del ecuador…

Temblando de frío, Jangwoo se dejó caer en la mesa y Hyeonji le deslizó un calentador de manos con aire misericordioso. Soojung lo miró con asombro.

—¿Has ido a hacer senderismo con este frío?

—Mi jefe siempre quiere darle la bienvenida al año en la montaña. Esta vez insistió en que había que recibir el amanecer desde la cima. Así que hemos tenido que cruzar tres colinas. ¿No debería presentar una queja al presidente por abuso de autoridad contra un pobre funcionario municipal del interior? —dijo Jangwoo riéndose. Luego sonrió con picardía y añadió—: Obviamente, lo que acabo de decir es un secreto.

Eunseop le sirvió una taza de té de la tetera que había dejado

sobre la estufa y le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí?

—Después de la caminata, pensé en visitarlos, así que bajé por el lado de la Casa de Nuez.

Jangwoo tomó un sorbo de té y luego sacó de su chaqueta un folleto enrollado. Lo desplegó sobre la mesa para que todos lo vieran.

—He venido a esta librería con un anuncio especial para los ciudadanos interesados en la cultura local. Solo quiero que sepáis que esto me ha tenido ocupado durante todo el fin de año.

El folleto que desplegó con solemnidad tenía una fotografía panorámica de la ciudad de Hyecheon de fondo, con un título en gruesos caracteres Ming:

1er Concurso de historias: Las leyendas de Hyecheon.

En un mundo globalizado, buscamos leyendas e historias que conviertana Hyecheon, Gangwon-do, en un destino turístico internacional.

Todos los ciudadanos de Hyecheon pueden participar. A continuación, los detalles:

Temática:

1. Relatos tradicionales de nuestra región (leyendas, personajes históricos, lugares emblemáticos, patrimonio cultural y folclore de Hyecheon).
2. Historias originales ambientadas en Hyecheon, aptas para ser adaptadas en guiones de películas, dramas, animación o teatro.

Formato:

Descargar el formulario en la página web del Centro de Medios del Ayuntamiento y enviarlo por correo electrónico.

Plazo: del 10 de enero al 31 de marzo.

Premio: 10 millones de wones (ver desglose en la web).

Los resultados se anunciarán a finales de abril. Las obras

premiadas serán publicadas en formato de libro y utilizadas en programas de producción de contenido.

—¡El premio es de diez millones de wones! —gritó Hyeonji que de tanto acercarse al folleto prácticamente tenía la frente pegada al papel.

—Ese es el total del premio. El primer premio en la categoría de historias es de cuatro millones —comentó Geunsang.

—Igual, no es poco —continuó Hyeonji.

Soojung, con una mirada curiosa, preguntó:

—Pero, ¿qué significa eso de buscar una leyenda? ¿Hay alguna historia especial en Hyecheon?

—Si buscamos, seguro que encontraremos algo. Y, si no, habrá que inventarlo.

Ante esas palabras de Jangwoo, Eunseop levantó una ceja.

—Entonces, ¿se trata de descubrir una leyenda o de inventarla?

—Parece que hay que crearla —añadió Haewon.

—Ya sea un descubrimiento o una invención, lo importante es que sea dramática e impresionante. Si una ciudad tiene una historia famosa, su imagen cambia por completo. Miren lo que pasa en Jinju con la historia de Nongae y en Namwon con la historia de Chunhyang. Hoy en día, el mundo gira en torno a las historias.

Jangwoo hablaba con seriedad, tratando de convencerlos, pero Haewon seguía un poco escéptica.

—¿Y ahora vamos a inventarnos algo así? Esas historias han sido transmitidas de generación en generación.

—Si lo inventamos ahora, en cien o doscientos años se convertirá en una leyenda.

Hyeonji zanjó el asunto de forma simple y todos rieron. Soojung, que jugueteaba con una de las postales de Año Nuevo, reflexionó un momento antes de hablar:

—Bueno, no hay lugar donde viva gente y no haya historias. Si buscamos en la biblioteca, seguro que encontramos algunas sobre Hyecheon. Me gustaría que fuera una historia de amor. Como la historia de Yunee y Beodle Doryung.

—¿Qué es eso? —preguntó Hyeonji.

—Es una leyenda que me gusta. En pleno invierno, la madrastra manda a Yunee a buscar hierbas en la montaña. Busca en la nieve y, por supuesto, no encuentra nada. Entonces conoce a Beodle Doryung, que le consigue hierbas dentro de una cueva.

—¿Eso es todo?

—No. La madrastra se pone muy celosa, va a la cueva y mata a Beodle Doryung.

—¿Eh? ¿Así de fácil lo mató? ¿No tenía habilidades fantásticas ni nada?

Soojung se quedó un poco desconcertada.

—Yunee crea un remedio con flores y lo vuelca sobre Beodle Doryung. Así, revive… ¿Cuenta como habilidad?

—Eso no es un superpoder de él. Es Yunee quien lo revive.

Cuando la conversación empezó a irse por las ramas, Jangwoo dio unos golpecitos en la mesa para llamar la atención.

—A ver, si es posible, sería bueno que la historia estuviera relacionada con productos locales. En otras regiones instalan grandes braseros y organizan festivales de castañas, promocionan el eperlano *bingeo* y la trucha *sancheoneo* o hacen festivales de invierno. La cuestión es, ¿qué tiene Hyecheon?

—Hyecheon tiene lagos —intervino Geunsang, que había estado escuchando con los brazos cruzados y sin mucho entusiasmo.

—¿No hay alguna leyenda sobre el lago Hyecheon? Algo sobre un dragón o una serpiente *imugi…* Los dragones siempre quedan bien. En el agua se produce un remolino y forma una torre de agua o algo por el estilo. Sus escamas brillan como el oro… Sería genial para hacer estatuas.

Mientras todos iban proponiendo ideas, Eunseop y Haewon doblaban las postales de fin de año y las metían en sobres en un rincón de la mesa. Además de las tarjetas que enviarían a los clientes que habían hecho pedidos en línea, prepararon postales en sobres de plástico para regalar a los visitantes de la librería.

Era el día del taller de escritura, pero, como siempre, nadie había

traído nada. *Con tan poca disciplina…* Aun así, Haewon pensó que no había nada que hacer ya que a Eunseop le gustaba que la librería fuese un lugar de encuentro. Hoy una pareja había comprado un libro y le sacaron muchísimas fotos. Parecían ser huéspedes de la pensión en la colina. *Sería bueno que hubiera más clientes casuales, pero es difícil que vengan, ya que no se entiende si la tienda es una librería, una sala de juegos o un salón de descanso*. Esa falta de identidad causó gracia.

—¿De qué te ríes? —preguntó Eunseop.

—Nada… Oye, tienes los ojos rojos.

—No estoy durmiendo bien. Siento que se me va el alma.

Eunseop se frotó los párpados y, reprimiendo un bostezo, siguió metiendo postales en los sobres. Seungho se aburrió de los adultos y se acercó a doblar postales con sus manitas. Eunseop sonrió al recordar algo.

—Jangwoo… El año pasado estaba entusiasmado con un proyecto de carreteras.

—¿Qué carretera?

—Un camino para turistas, como el Olle en Jeju. La oficina de promoción del ayuntamiento lo bautizó como «El camino Tactac de Hyecheon».

—¿Camino Tactac? El camino de los tacones —murmuró Seungho y Haewon se rio.

—Tienes razón. Suena a un camino en el que no puedes ir rápido, sino paseando sin prisas.

Hyeonji también se unió al equipo de las postales y empezó a doblarlas y a meterlas en sobres con destreza.

—¿Por qué viniste aquí?

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Puede que después del verano no me veáis por un tiempo. —Hyeonji dejó escapar un profundo suspiro y continuó—: Mi madre decidió por su cuenta traer a una estudiante de intercambio y yo debería irme a Estados Unidos. Es un semestre cada uno, primero viene ella. Qué fastidio.

Al oír sus quejas, Jangwoo se giró e intervino:

—Esa estudiante, viene de Wisconsin, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Hyecheon y esa ciudad son hermanas.

Hyeonji hizo una mueca de disgusto y respondió con un tono malhumorado:

—¿Y allí no tienen ninguna leyenda? Si hay alguna parecida, podríamos hacer un intercambio también.

Los que doblaban las postales de Año Nuevo se rieron al unísono. En la ilustración, la luna creciente brillaba, incluso sin bordes dorados.

Seungho fue el primero en irse, montado en la carretilla cargada de papel para reciclar. Luego se fueron los otros miembros y en la casa de tejas solo quedaron Eunseop, Haewon y Jangwoo. Hasta bien entrada la noche, los tres bebieron más de la mitad de las cervezas del minirrefrigerador.

—Cuando se confirme lo del camino Tactac voy a hacer un mapa. No uno aburrido, quiero que tenga ilustrados todos los puntos geográficos relevantes. Haewon, si te interesa puedes hacer un boceto y mandarlo.

—Seguro que hay muchos buenos ilustradores.

—¿Y eso qué significa? ¿Falsa modestia o indiferencia?

—Ojalá fuera modestia, pero todavía no puedo llamarlo así.

Haewon sonrió mientras bebía cerveza. Eunseop, que estaba sirviendo por tercera vez un plato de maníes y aperitivos, miró a Jangwoo con cierto asombro.

—Te lo tomas más en serio de lo que pensaba. Sorprendente, Jangwoo.

—¿Sí? Solo llegué hasta aquí porque mi padre no dejaba de presionarme.

Jangwoo se estiró en la silla, desperezándose. Después de haber pasado tanto frío en la montaña, su cuerpo iba tomando temperatura. Ya se había quitado la chaqueta y se dejaba llevar por la embriaguez.

—Ahora no para de decirme que me case cuanto antes. Qué

tortura. ¿Quién se casa con treinta años hoy en día?

—Habrá quien lo haga —respondió Eunseop con calma.

Jangwoo agarró la cabeza de su amigo y le hizo una llave. Los dos casi acaban rodando.

—Que lo digas tú es lo que más me fastidia. Eres un tipo despreocupado por naturaleza.

—Suelta.

—No quiero.

Jangwoo apretó aún más el brazo y le dijo en broma:

—¿Quién era la persona que más te molestaba en el colegio? La mía era Eunseop. Sus padres lo dejaban hacer cualquier cosa y yo me moría de envidia. ¡Ay, duele!

Eunseop le retorció la muñeca con fuerza y Jangwoo soltó un grito antes de liberar el brazo.

Haewon lo observó extrañada. Eunseop, con el pelo revuelto y la ropa desordenada, sonreía de una manera que le resultaba inusual. Siempre se mostraba educado y tranquilo frente a ella, pero con su amigo parecía mucho más relajado y libre, como si se soltara por completo. *¿Siempre ha sonreído así?*

Entonces, soltó un comentario sin pensar demasiado:

—No sabía que fuerais tan íntimos.

—No lo somos.

—¡Para nada!

Respondieron en simultáneo y Haewon se rio. Jangwoo, con el ceño fruncido como si guardara muchas cosas en su interior, clavó la mirada en su lata de cerveza. Luego, decidido a soltarlo todo de una vez, comenzó a hablar.

—Ahora ya puedo contarlo porque ha pasado mucho tiempo. La verdad es que yo era un tipo bastante egoísta. No toleraba no ser mejor que los demás.

Haewon se sorprendió por la confesión inesperada.

—No sé si era una ilusión, pero siempre pensé que me gustaba mi forma de ser. Hasta que conocí a Eunseop. Por algún motivo, no podía estar seguro de que yo fuera mejor. Tampoco creía que era

mejor él. Pero me volvía loco al pensar en eso.

Eunseop frunció el ceño y le quitó la cerveza de la mano.

—Cuando empiezas a decir estas cosas, significa que ya estás borracho. Deja de beber.

—Pero no estoy ebrio.

Jangwoo sonrió con aire burlón. *Creo que su padre ocupaba algún cargo, quizá como concejal o un alto funcionario del gobierno*. Durante la ceremonia de graduación, lo habían rodeado líderes de todo tipo de asociaciones vinculadas a su padre para condecorarlo. Haewon nunca habría imaginado que Jangwoo hubiese cargado con una rivalidad secreta y esos complejos ocultos. *Tal vez todos vivimos con secretos*.

—Boyoung quiere verte.

Las palabras de Jangwoo la cogieron por sorpresa. Haewon simplemente asintió.

—¿Pasó algo entre vosotras?

—¿Algo como qué?

—Pues… no sé. Cada vez que hablamos de ti, dice que te tiene que pedir disculpas y que tiene que aclarar un malentendido.

Malentendido… Haewon bebió su cerveza en silencio antes de soltar un suspiro y dejar la lata con un golpe seco sobre la mesa.

—No me gusta la palabra malentendido. —Los dos hombres se quedaron inmóviles—. ¿Qué es un malentendido? Si te equivocaste, solo di que te equivocaste. Fue un error. Lo siento. ¿Por qué no podéis llamarlo así? En cambio, siempre salís con un «parece que hubo un malentendido», «debió de haber un malentendido», «quiero aclarar este malentendido». No sé por qué la gente habla así.

Jangwoo la miró con una expresión sobria, como si de repente se le hubiera pasado el efecto del alcohol.

—Cuando dicen que hubo un malentendido, es como si te hirieran dos veces. Es insinuar que la otra persona no entiende, que no sabe leer entre líneas o que no sabe comunicarse. Pero eso no es así. No hay malentendidos. Alguien cometió un error. No le pongas

encima la culpa al otro diciéndole que lo entendió mal. No lo difames.

Haewon se bebió de un trago el resto de su cerveza.

—Vaya… Difamación… Qué fuerte.

Jangwoo la miró boquiabierto. En cambio, Eunseop solo la observó en silencio. Afuera, un taxi con las luces encendidas tocó la bocina frente a la librería.

—El taxi llegó justo a tiempo. Haewon enfadada da miedo, así que yo me desaparezco. Nos vemos la próxima.

Mientras se ponía la chaqueta y salía, Jangwoo le lanzó unas últimas palabras justo antes de que la puerta se cerrara.

—Le pasé tu número a Boyoung. Puede que te llame.

Los dos que quedaban observaron el taxi alejarse.



Eunseop lanzó las latas de cerveza vacías en el cubo de basura detrás de la barra. Entonces Haewon le dijo con un tono desafiante:

—Yo quiero más cerveza.

—Claro, como usted guste.

Eunseop sacó dos latas del refrigerador, pero, tras pensarlo un momento, trajo las cinco que quedaban y las dejó sobre la mesa. Haewon sonrió con satisfacción.

—Gracias. Aguanto bien el alcohol.

—Se ve que sí.

—Tú no tanto, ¿verdad?

—No.

Cuando Eunseop se sentó, Haewon le deslizó dos latas y dejó tres frente a ella. Las luces de la guirnalda en la ventana y el árbol de Navidad, ya fuera de temporada, parpadeaban con un brillo adormecedor. Observando la pila ordenada de postales, se le escapó una risita.

—Hoy tampoco hemos podido hacer el taller de escritura. Nos

hemos quedado hablando de leyendas…

Eunseop también esbozó una sonrisa fugaz.

—Bueno, nadie ha traído nada escrito.

—Para mí… la leyenda más hermosa, pero también la más triste, es la de la grulla agradecida. —Una atmósfera cálida y soñolienta los envolvía—. Había una pareja de ancianos que vivían en la montaña. Un día, el abuelo rescató a una grulla herida. Pocos días después, apareció una joven que pidió quedarse con ellos como su hija adoptiva. Todas las noches ella tejía una tela bellísima, pero les advirtió que nunca debían observarla mientras trabajaba. Vendían las telas en el mercado y así vivieron felices por un tiempo. Hasta que los ancianos no resistieron la tentación de asomarse. ¿Conoces esta historia?

Eunseop asintió en silencio y Haewon continuó:

—Dentro de la habitación, la grulla que el anciano había rescatado estaba tejiendo la tela, arrancándose sus propias plumas con el pico. Al descubrirse su secreto, ya no pudo quedarse en el mundo de los humanos. Así que les dio su último adiós y se fue volando.

Haewon apoyó la barbilla entre las manos y murmuró como para sí misma:

—Si te dicen que no mires, lo mejor es no mirar. Si te piden que no lo hagas, no deberías hacer nada. ¿Por qué la gente siempre desobedece?

La mirada de Eunseop cruzó la de Haewon.

—Porque es difícil respetar una prohibición.

Haewon esbozó una sonrisa amarga y le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna leyenda que te guste?

—Claro que sí… Las cejas plateadas del lobo.

—Cuéntame.

Aunque parecía algo cansado, no dudó en contarle la historia:

—Había un leñador que vivía con muchas dificultades. Un día en la montaña se encuentra con un lobo. El lobo le da una de sus cejas plateadas y le dice que la use para mirar a las personas. —Haewon

escuchaba con atención. Le gustaba la calidez de su voz y la manera en que nunca se apresuraba al hablar—. Cuando se la puso delante de los ojos, pudo ver la verdadera forma de las personas del pueblo. Algunos eran gallinas gordas, otros monos, zorros, tejones… Así que siguió vagando sin rumbo, buscando un lugar donde los humanos se vieran como humanos de verdad.

—¿Y encontró un lugar así?

—Sí. Finalmente llegó a un pueblo donde la gente tenía forma humana, y allí vivió hasta el final de sus días.

—Me gusta. Es una bonita historia.

Eunseop esbozó una cálida sonrisa.

—Qué bien que te haya gustado. Pero… ya tengo sueño. Voy a descansar un poco.

—No… si estás cansado podemos volver.

—Bebe tranquila y despiértame luego.

Entonces acercó una silla, estiró las piernas sobre ella y se quedó dormido. Haewon apartó la lata de cerveza que Eunseop había dejado a medio beber y lo observó en silencio.

—Se durmió de verdad.

Una sensación de calma la envolvió. Le resultaba extraño pero reconfortante beber cerveza sola mientras alguien dormía frente a ella.

En voz baja le preguntó:

—Oye… Pero ¿quién es Irene?

El reloj se acercaba a la medianoche y su mente también se deslizaba en un cálido letargo.

La Casa de Nuez enfrenta la ola de frío

«Una masa de aire ártico, con temperaturas en torno a los 40 grados bajo cero, avanza hacia la península de Corea. Se espera que la intensa ola de frío continúe, por lo que se recomienda a los ancianos y personas de riesgo evitar salir. Se insta a extremar las precauciones en el mantenimiento de las instalaciones. En especial, la zona del Mar del Este experimentará un descenso significativo de la temperatura, acompañado de más de diez centímetros de nieve…».



El parte meteorológico no dejaba de emitir avisos por la ola de frío y a su móvil llegaban mensajes de alerta de emergencia. Bukhyeon-ri no era la excepción en el que estaba siendo el invierno más gélido de las últimas décadas. Con la capucha de su chaqueta bien puesta, Haewon estaba acuclillada en el jardín, luchando por descongelar el medidor de agua.

Si hay que extremar las precauciones con las instalaciones, lo lógico habría sido hacerlo antes… ¿Quién demonios es el dueño de esta pensión?

Refunfuñando, dirigió el aire caliente del secador de pelo al medidor de agua, pero la tubería no daba señales de querer descongelarse. A su lado, una linterna iluminaba el suelo y los dos cables que había sacado de la casa se entrecruzaban sobre el césped oscuro del jardín.

—¿Sale agua dentro de la casa? —le preguntó a Myeongyeo, que la observaba desde la galería, pero su tía negó con la cabeza.

—Nada. Con el secador no vas a conseguir nada, hará falta algo más potente.

Luego, miró su móvil y suspiró.

—Algunos dicen que lo descongelaron con un soplete. Déjalo. Ya se descongelará solo en algún momento. Será imposible usar la lavadora ahora.

Myeongyeo entró en la casa, pero Haewon se quedó un rato más en el jardín intentando solucionar el problema en vano. Cuando el viento cortante le empezó a helar las mejillas, metió corcho blanco, unos cuantos trapos dentro del medidor y cerró la tapa. Mientras recogía el secador y los cables de extensión para entrar, un dolor punzante le recorrió la cabeza. *No poder darse una ducha caliente en una noche como esta. A* pesar de que la calefacción estaba encendida, el interior de la casa no estaba cálido. Avellana temblaba acurrucada bajo la manta a sus pies.



Aquella noche Haewon se despertó tiritando y enrollada en la manta. Algo no estaba bien. Bajó la escalera descalza y el suelo de madera estaba gélido como el hielo. Se asomó a la habitación de su tía, pero la cama estaba vacía.

Se puso la campera y salió al jardín. En la sala de calefacción estaba Myeongyeo, observando consternada la vieja caldera que se había congelado y dejado de funcionar.

—¿Se ha roto?

—Eso parece.

Eran las dos de la madrugada pasadas y ambas se quedaron paralizadas sin saber qué hacer. Solo el vaho blanco de su aliento flotaba en la oscuridad hasta que Haewon rompió el silencio:

—Voy a revisar la caldera de la casa de huéspedes. Si funciona, podemos dormir allí.

La casa de huéspedes era un edificio de ladrillo de una sola planta y, como estaba separado tanto de la casa principal como de la sala de calderas, tenía la esperanza de que aún funcionara. Pero el lugar era casi una nevera. Encendió y apagó el interruptor de la caldera una y otra vez sin éxito y la frustración empezó a convertirse en enfado. *La tía Myeongyeo nunca tuvo madera para el negocio de la hotelería*. Nunca se ocupó de las instalaciones. En una ocasión unos huéspedes le pidieron una parrilla para barbacoa, la compró a regañadientes, pero al poco tiempo la retiró porque el ruido y el desorden en el jardín le molestaban. *Nunca le gustó encargarse de la pensión, ¿por qué insistió en seguir con algo que no era para ella?*

—Sí… Ha hecho bien en cerrar.

Hablándole a la nada, dejó atrás la casa de invitados y volvió a la vivienda principal, donde encontró a Myeongyeo metiendo ropa a la fuerza en una bolsa de viaje.

—Allí tampoco funciona la caldera. ¿Queda algo de agua almacenada en la casa? Si la hervimos en el fogón, quizá podamos descongelar las tuberías.

—Llama un taxi.

—¿Qué?

—Ya lo descongelaremos cuando amanezca, ahora lo importante es salir de aquí. No hay agua guardada, me estoy muriendo de frío y quiero dormir. Nos vamos a un motel.

Myeongyeo cogió su billetera del tocador, se puso el abrigo y se dispuso a salir.

—¿Y Avellana? No sé si el taxi nos dejará subirlo. Además, no tenemos transportadora.

Myeongyeo vaciló un instante. Al oír su nombre, Avellana se

acercó con las orejas en alto. El frío en la casa iba en aumento y no parecía que la situación fuese a mejorar, así que Haewon decidió meter algunas cosas en su bolso.

—Le preguntaré a Eunseop si nos deja el coche. Así podremos llevar a Avellana.

Por suerte, en la casa de al lado seguían despiertos. Haewon se detuvo en el sendero y le envió un mensaje.

Si no estás dormido, abre tu ventana por favor.

Una sombra se reflejó en el cristal antes de que la ventana se abriera y Eunseop asomara la cabeza. Bajo el cielo nocturno, las dos mujeres de la Casa de Nuez y un perro parecían refugiadas en busca de asilo. Haewon levantó una mano en son de disculpas.

—Se ha congelado la caldera… ¿Nos dejarías el coche? Mi tía y yo tendremos que dormir en un motel en el centro.

—Ya salgo.

Eunseop apareció vestido con un chándal y las llaves en la mano, pero esta vez surgió otro problema.

—¿Te dejarán entrar con un perro tan grande?

—Ah… No habíamos pensado en eso.

Cuando Haewon dejó caer los hombros, abatida, Myeongyeo, que seguía en el sendero, intervino:

—Si pagamos un poco más, ¿no nos dejarán? Yo también aceptaba huéspedes con perros en la pensión.

—Una pensión y un motel son cosas diferentes.

—No voy a ir a la casa de huéspedes de la colina. Se pasan la noche de fiesta, es un escándalo.

Esa queja tan quisquillosa… Haewon se llevó la mano a las sienes y presionó con los dedos. Eunseop, en cambio, le habló con tono conciliador:

—Quedaos en mi casa. Ya es muy tarde para ir al centro.

—¿Tu casa? No queremos molestarte.

—Yo me puedo ir a la de mi tío.

Eunseop señaló despreocupadamente con el pulgar la casa de abajo. En la vivienda del alcalde de Bukhyeon-ri se veía salir una

columna de humo por la chimenea. Ninguna de ellas quería rechazar la oferta más tentadora y necesaria en una noche como aquella. Myeongyeo sonrió con resignación y expresó su gratitud.

—Te estamos causando molestias… Solo será por esta noche.

—No hay problema, descansad tranquilas. Ahora os preparo la ropa de cama.

A pesar de ser vecinos, era la primera vez que entraban en su casa. Se trataba de una vivienda modesta de campo, con ventanas grandes. Después de atravesar el jardín y abrir una puerta de vidrio corrediza, accedieron al interior, distribuido en una línea recta con dos habitaciones enfrentadas. La puerta del cuarto de Eunseop estaba abierta y dentro se veía un portátil encendido y su parka colgada en una silla. El mobiliario era sobrio y simple. Eunseop sacó mantas y almohadas nuevas del armario de la habitación contigua.

—Déjame, yo lo hago.

Haewon entró rápidamente y ayudó a extender la ropa de cama. Luego dejó su bolso en la parte más cálida de la habitación y limpió con una toallita húmeda las cuatro patas de Avellana.

—Era la habitación de mis padres. He subido la temperatura, así que pronto estará caliente. El baño está al final del pasillo. Que descanséis.

—Gracias. Tú también.

Eunseop también se despidió de Myeongyeo. Luego guardó su cepillo de dientes en el bolsillo del chándal y bajó por el sendero. Haewon lo acompañó hasta el jardín, cerró la puerta de vidrio y volvió a la habitación. Myeongyeo, tumbada en la cama con el rostro agotado, murmuró:

—Me siento mal por Eunseop. Parece que lo hemos echado en plena noche.

—Sí… Creo que se fue deprisa para que no nos sintiéramos incómodas.

—Mañana temprano arreglaremos la caldera.

Lo dijo en voz baja, como haciendo una promesa, y luego se dio la vuelta para intentar dormir. Avellana, tras olfatear el aire de la

habitación desconocida, se acomodó en silencio junto a su dueña.

Antes de apagar la luz, algo en el aparador junto a la ventana le llamó la atención a Haewon: un pequeño portarretratos. En la foto, un joven Eunseop posaba abrazando a sus padres por los hombros. *¿Tendría unos veinte años?* No había ramos de flores, así que no parecía una foto de graduación, sino una familiar tomada al aire libre. *¿A quién se parece más?* No lo tenía claro. La voz soñolienta de su tía interrumpió sus pensamientos.

—¿Puedes apagar la luz? Vamos a dormir.

—Si

Apagó la luz y se metió en la cama. El techo parecía más alto de lo normal y la distancia hasta la ventana, lejana. Se había acostumbrado a dormir en una cama y por eso el suelo le parecía extraño.

Tal vez por haber despertado de su primer sueño y haber estado fuera empapándose del rocío nocturno, le resultaba difícil volver a dormirse. *Mañana, cueste lo que cueste, hay que solucionar el problema de la caldera y el agua en la Casa de Nuez*. Deberían haber dejado todos los grifos un poco abiertos. *Si el agua hubiera seguido goteando, quizá no se habrían congelado…* La caldera también estaba fuera, expuesta al frío. *Habrá que comprar más material aislante. Con cinco debería bastar para envolver todas las tuberías…* Los pensamientos se sucedían uno tras otro y en su cabeza resonaba el goteo de un grifo como un eco insistente. Con el sonido acompasado de la respiración de su tía en la cama de al lado, Haewon acabó por quedarse dormida.



¡Boom!

A primera hora de la mañana, escuchó un ruido extraño. Medio dormida, Haewon pensó que tal vez era el estallido de unos fuegos artificiales, pero, al prestar atención, el silencio volvió enseguida. *No*

ha temblado el suelo, así que no puede ser un terremoto… Al darse la vuelta, se percató de que no había nadie a su lado. La luz del amanecer se filtraba débilmente por la ventana.

—¿Tía?

No había rastro de Myeongyeo ni en el pasillo ni en el baño. Haewon se puso las chanclas y salió al jardín. Durante la madrugada había caído una nevada intensa y Bukhyeon-ri resplandecía bajo la luz matinal. En el jardín de Eunseop, los árboles lucían flores de nieve en cada rama y sobre el sendero se veían las huellas de una persona y un perro a la par. En ese instante, Haewon contuvo el aliento. Más allá de la figura inmóvil de Myeongyeo, la Casa de Nuez se alzaba ante ella con un aspecto absolutamente increíble.

De una tubería del techo, o quizás del ático, caía una cascada de agua que estaba inundando el interior de la casa. El agua se derramaba por la entrada y llegaba hasta el jardín. También se filtraba por la fachada, donde la pintura verde menta se desprendía en escamas, como la muda de una serpiente. Desde la barandilla, el agua goteaba sin cesar, y con los 20 grados bajo cero del ambiente, las gotas se congelaban, formando carámbanos.

—¡Se han reventado todas las tuberías!

El alcalde, que había salido de la casa de abajo, observaba la situación, incrédulo. A su lado, Eunseop también contemplaba la Casa de Nuez en absoluto silencio. Myeongyeo giró lentamente la cabeza hacia los espectadores. El soplete que sostenía en la mano parecía un revólver listo para disparar. Haewon a duras penas pudo decir algo:

—Tía… ¿Qué ha pasa…? Y eso… ¿Qué tienes en la mano?

—Yo… solo quería descongelarlo. Como los huéspedes siempre pedían una parrilla… estaba en el depósito. Pero entonces se prendió fuego y lo apagué de inmediato. Justo había caído tanta nieve en el jardín que…

No era nada común que la tía hablara de forma tan desordenada. Debía de estar completamente aturdida. Haewon no entendía del todo lo que decía, pero vio que un lado del chal que llevaba puesto

estaba chamuscado.

—¿Estás bien, tía? ¿Se prendió fuego?

Myeongyeo no respondió. Se limitó a clavar la mirada en el soplete que aún tenía en la mano y luego estalló en carcajadas. No pudo contenerse. Se dobló por la cintura, sujetándose el vientre mientras reía sin control. Avellana deambulaba perdido en la nieve y comenzó a aullar. Todos la observaban atónitos mientras ella, entre risas, se enjugaba las lágrimas con la manga.

—Ah… qué alivio.

Haewon ya ni siquiera sentía frío. A pesar de que solo llevaba el pijama y las chanclas de Eunseop, un calor extraño le invadía el cuerpo. Myeongyeo gritó con una mezcla de satisfacción y desafío:

—¡Sí, que se rompa todo! Si yo estoy rota, ¿cómo va a estar la casa intacta? ¡Tiene que venirse abajo conmigo!

—Tía… ¿qué es lo que se ha roto?

—¡Mi ojo! Ya sabes. Mi ojo izquierdo ya no ve.

—Pero dijiste que estabas bien… Que ya te habías curado…

—¡Mentira! No veo absolutamente nada con un ojo, querida sobrina.

Myeongyeo soltó una risita aguda. Haewon se puso pálida. Le ardía el cuerpo, pero tenía la frente helada y sentía un mareo extraño. De repente, todo a su alrededor pareció dar vueltas y perdió el equilibrio. Eunseop reaccionó al instante y la sujetó del brazo antes de que se desplomara. Myeongyeo seguía riendo y el alcalde era el único que la observaba con los ojos desorbitados. Un pájaro graznó con fuerza antes de alzar el vuelo hacia la montaña sobre la Casa de Nuez, que se había convertido en un palacio de hielo.



Por la tarde, la librería estaba en completo silencio, sin rastro de clientes. Eunseop debía ir a la pista de patinaje en los arrozales,

pero no se decidía a partir. Apoyada en la mesa, Haewon murmuró con desgana:

—Ve. Sé que estás preocupado por la seguridad de los chicos.

—Sí, en un rato.

Eunseop se puso a ordenar los estantes, colocando de frente las portadas de los libros recomendados para ganar tiempo. Después de lo que había visto a la mañana, revisó las tuberías y el radiador del baño exterior detrás de la casa. También envolvió los caños con una doble capa de láminas aislantes.

Los fontaneros de Hyecheon estaban desbordados, yendo de un lado a otro para atender emergencias en medio del frío extremo, así que no podrían venir hasta pasado mañana. Uno de ellos incluso comentó que en su propia casa tenía problemas por la ola de frío y que no podía trabajar. A la Casa de Nuez podrían venir no antes de tres días y, para entonces, el temor era que todo se congelara aún más.

Un coche verde se detuvo frente a la librería. La ventanilla del conductor bajó y Soojung saludó con la mano. En el asiento del copiloto estaba Myeongyeo con gafas de sol y en la parte trasera Avellana jadeaba con la lengua fuera junto a dos maletas. Haewon salió por la puerta corrediza y Myeongyeo le dijo:

—Me voy a refugiar en un país cálido. Tú arréglatelas como puedas.

—¿País cálido? ¿Dónde? —gritó Haewon, consternada.

—No sé si conoces la *Holy Land* de Soojung.

Su tía esbozó una sonrisa picara. Soojung suspiró y explicó en tono conciliador:

—Estamos yendo a mi casa. Yo le dije que se quedara. Los chicos están en la universidad y tengo dos habitaciones vacías. Mi esposo también la conoce. Está todo bien.

Y luego sacó de su cartera una bolsa de inciensos y se la entregó a Haewon.

—Querida *manager*, enciende esto en la librería. Tiene efectos relajantes.

Myeongyeo soltó una risita. El coche de Soojung arrancó en dirección al centro de la ciudad, mientras Haewon observaba la escena con la bolsa en la mano. No *puede ser…* Tenía ganas de llorar.



Sin apetito, Haewon se saltó la cena. Luego, ya entrada la noche, se dio una ducha con agua caliente. Al abrir el botiquín con espejo, encontró las toallas apiladas con cuidado, jabón nuevo, una maquinilla de afeitar y loción. Se secó, se cambió de ropa y se acostó en la habitación, pero de repente se incorporó de un salto y se puso el abrigo. Tenía un mal presentimiento, y pensó que, hasta no encontrar una razón lógica para descartarla, esa sensación solo seguiría creciendo.

Cogió la linterna de la estantería junto a la contraventana y se dirigió a la Casa de Nuez. Habían cortado la luz por miedo a un posible incendio por cortocircuito. *Ahora mismo, esta casa es como una bomba sin detonar* y *las personas también*. No cabía duda de que la tía Myeongyeo estaba enferma. No solo por la ceguera, sino de algo más grave. La idea le era insoportable. Tal vez en algún rincón encontraría una receta médica, un frasco de pastillas o, peor aún… una carta de despedida. Solo de imaginarlo le dio ansiedad. Alumbrado solo con la linterna, el interior de la Casa de Nuez era tan desolador que tenía un aire irreal. El agua derramada en el suelo de madera se había congelado y brillaba como un espejo a la luz de la luna. El fregadero y la barandilla de la escalera, cubiertos de carámbanos, parecían una broma absurda.

—Podría jugar al *curling* aquí —murmuró con sarcasmo.

Avanzó con cautela para no resbalar y entró en la habitación de su tía. Abrió los tres cajones del tocador y con la linterna revisó el interior. Dentro, montones de recibos arrugados, muestras de cosméticos, horquillas rotas y cepillos parecían despertar de su

letargo, sorprendidos por la repentina luz.

Tras revisarlo todo, no encontró ninguna receta que indicara una enfermedad terminal. Pero en el último cajón descubrió una carta dirigida a la tía Myeongyeo. Se quedó mirando fijamente el remitente escrito en el sobre: Shim Myeongju. Era el nombre de su madre. Sintió al mismo tiempo el impulso de abrirla y de dejarla intacta. Al final, la dejó donde estaba y cerró el cajón. No tenía ningún interés en conocer la historia de aquellas hermanas.

El aire dentro de la casa era tan frío como en el exterior. Se abrazó a sí misma, temblando, y salió. Bajo la farola del sendero, se encontró con Eunseop, que estaba a punto de montarse en el *scooter*. Cruzaron la mirada.

—¿Por qué sales de la Casa de Nuez?

—Estaba buscando algo, ¿y tú?

—Voy a la librería.

Haewon estuvo a punto de preguntar por qué iría a esa hora, pasada la medianoche… pero enseguida lo entendió.

—Vas a dormir allí, ¿verdad?

Eunseop, un poco incómodo, sonrió con cierta vergüenza.

—Es que… en mi casa solo hay calefacción en la habitación principal. Mi tío la diseñó así, y como solo instalaron suelo radiante en un cuarto, el resto de las habitaciones únicamente pueden utilizarse en verano.

Él se lamentó por dentro. Pensaba trabajar un rato más en la librería y juntar unas sillas para dormir. No esperaba que Haewon lo descubriera. Por eso sus primos mayores ni siquiera se acercaban a la casa en invierno. Cada vez que bajaban, sus hijos terminaban resfriados y tenían que regresar.

—Lo siento, es todo culpa nuestra… Quédate en tu casa, me iré yo.

—¿Qué dices? Pero tú no tienes a dónde ir.

Haewon empezó a caminar de un lado a otro, como si estuviera al borde de un ataque de pánico.

—Pues… no sé, podría volver a Seúl. Tengo mi habitación allí.

Tengo un estudio, ¿sabes?

Preocupado, Eunseop extendió la mano y le sujetó los hombros.

—Tranquila, no es nada grave. Se congelaron las tuberías y la caldera, les ha pasado a muchas casas. Cuando venga el fontanero, lo arreglará en unos días. Yo también ayudaré, así que no te preocupes demasiado.

—Pero mi tía… dice que ha perdido la visión de un ojo.

—Lo sé. Por eso tienes que mantener la calma, al menos hasta que la Casa de Nuez esté reparada.

Ella asintió, pero seguía insegura. Eunseop dijo con calidez:

—No has cenado, ¿verdad? Tienes cara de hambre.

¿Cenar? Ni siquiera había pensado en comer. Tenía el estómago vacío, pero creía que se debía más a su estado de ánimo que al hambre.

—Voy a hacer unos sándwiches, ¿quieres?

—Está bien.

Por fin, Haewon esbozó una leve sonrisa.

En la cocina, Eunseop preparó los sándwiches. Antes, la que usaban sus padres tenía un suelo de baldosas en el que había que usar chanclas, pero ahora tenía habilitado un pequeño espacio con fogones en un rincón del suelo de madera para usarla solo él. Colocó un plato con los sándwiches y dos vasos de leche sobre la mesa baja y se sentaron frente a frente. Aunque el viento frío se filtraba en la casa, el suelo bajo los cojines estaba cálido. Había tostado el pan en la sartén y se sentía el aroma a mantequilla en el aire.

Los sándwiches llevaban tomate, huevo frito y queso. Como ambos iban vestidos con chándales gastados y pantalones de pijama, ya no les preocupaba demasiado su aspecto. Haewon tampoco se sintió incómoda por estar descalza. Esa noche incluso se permitió algo inusual. Solía evitar la mayonesa, pero esa vez la untó en sus sándwiches generosamente. El tentempié de medianoche y la leche caliente le dieron una sensación de calma.

Mientras se limpiaba la mayonesa de las manos, Eunseop le preguntó:

—¿Qué estabas buscando en la Casa de Nuez?

—Pensé que mi tía podía estar enferma… Buscaba alguna receta médica. Dice que lo del ojo fue por una inflamación que dejó pasar demasiado tiempo, pero no le creo. ¿Quién dejaría que algo así avanzara sin hacer nada?

Haewon suspiró mientras jugaba con los flecos dorados del cojín.

—Cuando alguien está enfermo, lo normal es que reciba cuidados, que tenga a alguien a su lado… Para eso están las personas, para apoyarse. Pero mi tía a veces se cierra tanto que me duele.

Eunseop parecía perdido en sus pensamientos.

—Creo que hay dos tipos de personas. Las que buscan consuelo y agradecen que las cuiden y las que se ocultan en una cueva. No quieren que nadie las busque ni que las vean en ese estado.

Cuando Haewon lo miró, Eunseop le sonrió.

—Tu tía parece de las segundas, ¿no crees?

¿Será así? Si alguien no desea ni consuelo ni cuidados, ¿significa que quienes lo rodean tampoco deberían preocuparse? *Puede que sea cierto… pero, aun así, no deja de doler*. Eunseop se levantó con los platos y los vasos vacíos.

—Ve a dormir. Yo me iré después de ordenar esto.

Haewon titubeó un poco y dijo:

—Pero… no te vayas. Te puedes quedar en tu habitación.

Él se puso como si se le hubiera cortado la respiración.

—¿Me dejas?

—Por supuesto, es tu casa.

—Graci… pero… No sé si está bien —Eunseop murmuró con torpeza y Haewon no pudo evitar soltar una risita.

Abrazando sus rodillas, lo observó mientras él recogía la mesa y su preocupación comenzó a disiparse poco a poco. Tal vez solo había estado demasiado sensible. Al final, todo parecía un simple contratiempo provocado por la ola de frío, algo de lo que con el tiempo acabarían riéndose. Se sintió agradecida por no estar sola esa noche. Saber que, aunque no fueran pareja ni familia, aún podía

compartir techo con alguien bueno la reconfortó. Se sentía cómoda con él. Inmediatamente, se sorprendió por pensar de esa manera. Esa sensación debió reflejarse en su rostro ya que Eunseop la miró con curiosidad —¿Pasa algo?

Haewon negó con la cabeza.

—Nada, no es nada.

Eunseop, sin atreverse a acercarse, respondió desde donde estaba.

—Entonces… voy a darme una ducha.

—Vale, yo me iré a dormir. Que descanses.

—Descansa tú también.

Cada uno se retiró en direcciones opuestas, como si se escondieran.

Haewon se dio cuenta de que le decía buenas noches a Eunseop con frecuencia. Mientras se acurrucaba en el futón junto al suelo caliente, sintió una extraña confusión. Lo que ella no sabía era que, al otro lado, apoyado contra la pared de azulejos, el corazón de Eunseop latía atormentado.

El secreto del niño que odiaba a los escarabajos

Diario de la librería, 06 de enero

 # Entrada del día: Saebyeol, Lee; Jaewook, Jin, *El viaje de despedida de las parejas*.

Entre la creciente cantidad de publicaciones independientes sobre viajes, hay un libro que destaca.

Se trata del relato de una pareja que, tras ahorrar juntos para hacer un viaje, deciden separarse debido a los conflictos acumulados en su relación. Sin embargo, en lugar de cancelar sus planes, ambos emprenden el mismo viaje por separado. Al no estar dispuestos a renunciar ni a los billetes de avión ni a la ruta planeada, terminan encontrándose repetidamente en los destinos previstos. A lo largo del viaje, comparan los pequeños cambios que

surgen respecto a sus planes originales.

Saebyeol Lee analiza las ventajas y desventajas de visitar restaurantes, alojamientos y lugares turísticos, tanto en pareja como solos, con una meticulosidad casi obsesiva. Por otro lado, dice que disfrutó solo más del ochenta por ciento de su viaje. Si comparamos el diario de viaje de ambos, Saebyeol Lee se divirtió más. Al regresar, no retoman su relación, pero logran cumplir su objetivo inicial: convertir su experiencia en un libro de viajes. Como me dijeron que puedo devolver los ejemplares si no se vendían, me quedé con dos.

Recordar las caras.

Hace unos días Jangwoo vino a la librería con el póster de un concurso. Parece que los empleados del sector de *marketing* tienen mucho trabajo. Es curioso cómo una historia que surge espontánea acaba transformándose con el paso del tiempo.

A pesar de que esta es solo su segunda visita, Jangwoo ya se comporta como si conociera a todos desde hace años. Su habilidad para recordar caras sigue intacta: una vez qué ve a alguien, nunca lo olvida. En la secundaria conocía a casi todos los alumnos del colegio. *Bueno, supongo que por eso pudo ser presidente del curso, pero…* ¡Qué habilidad! Ojalá no termine diciendo que se va a postular para alcalde de

Hyecheon o gobernador de Gangwon-do. En ese caso, no quedaría más remedio que romper toda relación. (Lo digo en serio).

Los tres bebimos alcohol en la librería.

H no recuerda que nos conocimos de pequeños. En ese entonces, yo pensaba que H era un niño. Un verano vi a un crío delgado, con pantalones cortos, que decía haber venido de Seúl de visita y asumí que era el nieto de la dueña de la pensión. Yo estaba muy bronceado por el sol. La primera vez que la vi nos encontramos enel sendero. Le quise dar un escarabajo negro, pero le dio asco y dijo que no lo quería. Me sorprendió.

Al año siguiente, una noche me escapé de la casa de mi tío para evitar a mis primos mayores y la abuela de la pensión (Q.E.P.D., siempre cuidó de mí) me dejó dormir en la sala de su casa. H llevaba puesto un camisón color crema y el pelo hasta la cintura… *Ahhhh… casi me desmayo*.

Justo ahora me llegó un mensaje de H. Es muy tarde, ¿qué habrá pasado?

Diario de la librería, 08 de enero

#

Continúo escribiendo.

La Casa de Nuez (sigo sin entender qué pasó con la pintura de la fachada) se está convirtiendo en un lugar digno de aparecer en *La caja abandonada copera*, el libro que recibimos la última vez. En la terraza explotó una tubería y provocó una catástrofe. Siendo honestos… cuando el sol invernal brilla, la casa de dos pisos cubierta de hielo tiene una extraña belleza. Parece sacada de una escena de película de terror y fantasía. El patio está cubierto de nieve y hielo. La casa parece el tronco de un árbol muerto al que han intentado arrancarle la corteza sin éxito.

Así que,
lo increíble,
siempre acaba sucediendo.

Buenas noches, Good Night Club.

Estamos durmiendo bajo el mismo techo. Hace un rato entró a mi habitación, miró la lámpara vieja sobre el escritorio y dijo que era preciosa. En ese instante me invadió una felicidad extática. Caí de rodillas, la cogí de las manos y confesé ardientemente:

—Dicen que bajo el sol se forja la historia y que bajo la luz de la luna nacen las leyendas. Yo siempre he creído que todo puede transformarse en una historia a la luz de una lámpara ya que las historias no están en lugares lejanos,

sino que siempre han estado a nuestro lado.

No podía asustarla con semejante tontería. Solo dije gracias.

Aun así, hay algo que no cambia. Esta noche H duerme en la habitación de enfrente de esta casa de campo. Esta historia que parece una leyenda la trajo el frío polar.

Afuera todo es blanco, entendido.

PUBLICACIÓN PRIVADA DEL BLOC DE LA LIBRERÍA

GOOD NIGHT.

SUBIDO POR HOJA DE ÁRBOL.

Yo también soy una bolsa de pastor

La lavandería autoservicio del centro de Hyecheon estaba abarrotada desde la mañana con las personas que no habían podido usar sus lavarropas por la ola polar. Eunseop y Haewon se encontraban en los lavarropas del fondo. Era lunes, el día de descanso semanal de la librería. Cuando Haewon salió de casa con su bolsa de ropa, Eunseop mencionó que tenía una cita en el centro y decidió llevar también su colada, así que salieron juntos en coche.

Haewon se sentó al lado de la máquina de cambio y observó las lavadoras, distraída. A través del vidrio, veía las camisas y los pantalones de Eunseop arremolinarse. *Debe de ser cómodo no tener que preocuparse cada mañana de qué ponerse. No tiene mucha ropa*. La ropa de Haewon estaba dividida en dos lavadoras: una para la blanca y otra para la de color.

Eunseop estaba sentado al lado suyo. Su móvil sonó y se acercó a la puerta de entrada. Mientras hablaba animadamente con alguien, a Haewon se le vino a la mente la Casa de Nuez. El día anterior, una empresa de instalaciones la había visitado y el presupuesto era mucho mayor de lo que esperaba. La casa de huéspedes era fácil de arreglar, así que iban a volver para trabajar. El problema era la vivienda principal, que tenía más de treinta años. Con tantos desperfectos acumulados, debía ser una obra mayor. Podía cubrir lo de la casa de huéspedes con su tarjeta, pero el resto era mucho para ella.

El problema era la tía Myeongyeo. La noche anterior había hablado con ella y dijo que no se preocupara, que solo arreglara la casa de huéspedes y que se quedara allí. También prometió devolverle el dinero de la reparación. *Ojalá no me lo devolviera, pero que al menos hiciera algo con esa casa, que cada vez se parece más a un palacio de hielo*… No tenía idea de qué pasaba por la cabeza de su tía.

Eunseop terminó la llamada, volvió a su asiento y preguntó:

—¿Vas a volver a Bukhyeon-ri en cuanto terminemos la colada?

—¿Por qué?

—Si quieres ir, te llevo y luego vuelvo.

Haewon negó con la cabeza.

—No hace falta. Hoy no tengo nada más que hacer, así que iré a una cafetería o algo. Pero, ¿no pasa nada si no vas a la pista de patinaje?

Eunseop sonrió contento.

—Es el cumpleaños de mi tío. Ayer vino mi primo y se lo llevó. Yo también me he tomado el día libre.

—¡Felicidades!

—Es un buen motivo para felicitarme.

Ambos se rieron y se recostaron contra la pared, escuchando el sonido de las lavadoras. Algunas personas dejaban su ropa desatendida mucho tiempo, así que los clientes que llegaban después sacaban las prendas ya lavadas, las ponían en un carrito y metían su propia colada.

Eunseop le tendió algo. Haewon miró y vio que era un auricular. Se lo puso en la oreja y él hizo lo mismo con el otro, luego reprodujo un video en YouTube desde su móvil.

Una guitarra acústica y una armónica. Una canción de una banda que nunca había escuchado empezó a sonar. La melodía, cálida y tranquila, le resultó reconfortante. Aunque no hablaran, el hecho de ver la ropa girar dentro de la lavadora mientras escuchaban música juntos parecía como un descanso.



Un pájaro se posó en la fuente helada de la rotonda de Hyecheon antes de alzar el vuelo de nuevo. Después de guardar la bolsa de ropa en el asiento trasero del coche, que habían dejado en el aparcamiento del ayuntamiento, caminaron por la avenida llena de plátanos desnudos y se adentraron en un callejón. Eunseop se detuvo frente a un edificio.

—Me llevará unas dos horas. El director de aquí quiere verme un momento.

Haewon miró el cartel colgado en la entrada de unas escaleras que descendían al sótano. En él se podía leer: LIBRERÍA DEL SIGLO.

—Así que es una reunión de libreros. Recuerdo este cartel, compré aquí un libro de consulta hace tiempo. Pero, ¿siempre estuvo en este lugar?

—Estaba frente a la secundaria Hyecheon, se mudaron aquí hace unos años. Pero, ¿estarás bien sola?

—Por supuesto. Voy a caminar un poco y entraré a la primera cafetería que me guste.

—Vale, nos vemos luego.

Eunseop la saludó con la mano y bajó las escaleras al trote.

El callejón de día era tranquilo y aún había muchas tiendas sin abrir. Haewon caminó sin rumbo fijo, pasó junto a una sastrería y una peluquería, luego entre casas de techos bajos, hasta dejar atrás una floristería y una panadería. En alguna esquina, encontró una pequeña casa de té.

Era un local donde el dueño horneaba sus propios *muffins* y servía un buen café. Mientras comía un trozo de pan, Haewon revisó los comentarios que los vecinos habían dejado en la página web y en las redes sociales de la librería. Hace poco comenzó a subir imágenes de ilustraciones del interior de la librería y ahora también respondía a los mensajes que dejaban. Al principio le resultaba incómodo escribir respuestas y las borraba varias veces antes de

enviarlas, pero últimamente lo hacía con más naturalidad. Le alegraba mucho leer los comentarios en el muro de miembros: «¡Es la primera vez en mi vida que recibo una tarjeta de Año Nuevo por correo!».

Haewon empezó a revisar las cuentas de otras librerías independientes. Había librerías repartidas por todo el país, algunas de tamaño considerable y otras que apenas eran pequeños rincones, pero, al fin y al cabo, todas eran librerías. Como la venta de libros no generaba grandes ingresos, la mayoría complementaba sus ganancias con *merchandising*.

Aunque nunca se lo había consultado a Eunseop, a veces se preguntaba si Good Night generaba suficientes ingresos como para mantenerse a largo plazo en Bukhyeon-ri. Como en su trabajo anterior siempre había estado pendiente del número de alumnos inscritos y del porcentaje de aprobados en los exámenes de ingreso, era inevitable preocuparse por ese tipo de cosas.

Apartó el plato de *muffins* y sacó su cuaderno de bocetos. *Si hicieran productos de la librería…*

Últimamente había muchas opciones, y las cintas adhesivas decorativas parecían una buena idea. Se imaginó ilustraciones pequeñas que encajaran con el concepto de «buenas noches»: la luna y las estrellas en el cielo nocturno, un pijama y una almohada, una lámpara, un antifaz con forma de mapache, una taza con leche caliente… Visualizó esos dibujos impresos en una cinta de papel y empezó a dibujarlos con rápidos trazos. Sintió una ligera brisa en su interior, como el aleteo de un pétalo flotando en el aire. Era un trabajo trivial, pero, si la ayudaba a olvidarse por un instante de la incertidumbre de su existencia, tendría sentido.

Absorta en sus bocetos, perdió la noción del tiempo hasta que su teléfono vibró. En la pantalla apareció un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Haewon?

Dejó el bolígrafo y, sin darse cuenta, enderezó la espalda. Por más que pase el tiempo, las voces de quienes fueron cercanos

regresan al instante, como si nunca se hubieran ido. Con una sola palabra reconoció quién era.

—Soy Boyoung. Cuánto tiempo.

—Te vi en la reunión de excompañeros.

—Sí, pero aquel día ni siquiera pudimos hablar.

A través de la ventana de la casa de té, Haewon vio cómo se abría la puerta de la florería al otro lado de la calle. Un grupo de chicas con largos abrigos acolchados salió en tropel, riendo. Cada una llevaba en la mano una esponjosa rama de algodón.

—¿Cuándo tienes tiempo? Me gustaría que tomáramos un té juntas.

—No sé… hace mucho frío, Boyoung.

Del otro lado se hizo el silencio. En la callejuela, una de las chicas avanzaba dando pequeños saltos, con las zapatillas mal puestas y los talones descalzos al aire. La imagen de sus tobillos descubiertos en medio del frío le pareció tan natural y hermosa que Haewon sintió que la deslumbraba.

—Veámonos otro día, cuando haga mejor tiempo.

—Bueno… Te volveré a llamar.

Las chicas ya habían desaparecido por la calle y las flores secas que la florista había sacado temblaban en una cesta metálica.

Por más lento que transcurriera el día, la semana siempre pasaba volando. Era la tercera reunión de miembros que Haewon vivía en la librería. Seungho le ofreció a Eunseop un caramelo envuelto en papel de colores.

—¿Quieres uno?

—¿Caramelo?

—Hoy no se puede usar la sílaba «ca». Vamos a usar «ta». ¿Quieres un táramelo?

—Bueno, gracias.

—¿De qué sabor? ¿Fresa? ¿Naranja?

Eunseop miró el caramelo que reposaba en la pequeña palma del niño y respondió con calma:

—Creo que un táramelo verde.

—Ese es un táramelo de melón.

A Haewon le sorprendió lo bien que trataba a los niños. Ayer habían guardado el árbol de Navidad y reorganizado el mobiliario para que las mesas de exhibición destacaran mejor los libros. Aunque el árbol y las luces eran bonitos, tapaban algunas portadas. Cuando pensó eso, sintió que se había convertido en una verdadera *manager* de librería. Soojung estaba al lado suyo leyendo *El viaje de despedida de las parejas*.

—Qué divertidos son los jóvenes de hoy. ¿Cómo se les ocurre irse de viaje justo cuando están a punto de romper?

—Si aún son capaces de hacer un viaje juntos es que el amor no se ha apagado del todo. Seguro que solo han discutido —comentó Geunsang del otro lado de la mesa, pero Soojung negó con la cabeza.

—No. Ya no se aman ni un poco. Fueron al mismo lugar y el mismo día, pero no fueron juntos.

Geunsang frunció el ceño, sin entender a qué se refería. En ese instante, sonó el timbre y entró Hyeongi vestida completamente de negro y con una gorra de béisbol. Venía empujando a otra persona.

—¡Uy! Hoy tenemos un invitado —dijo Geunsang con su característica efusividad.

Todos se giraron para ver. Junto a Hyeongi se encontraba una chica extranjera algo incómoda. Alta, corpulenta y con el cabello rojo alborotado, vestía un gorro de lana naranja y un grueso jersey de angora. Pero lo que más llamaba la atención eran sus pantalones de colorines. Alguien dijo: «Hi» y la muchacha respondió lo mismo con una gran sonrisa. Hyeongi puso los ojos en blanco y suspiró.

—Se llama Madison, es de Wisconsin y es la estudiante de intercambio. De momento, se quedará en mi casa durante dos semanas.

—¿Quince días? ¿No era todo un semestre? —preguntó Soojung haciéndole señas para que se sentaran.

—Sí, es un semestre entero, pero primero se queda dos semanas en mi casa, luego otras dos en otra. Después Madison decide en qué casa quedarse, por si no se lleva bien con alguna.

El rostro de Hyeonji daba a entender que no se llevaba bien con Madison. Las dos estudiantes de secundaria, venidas de lados opuestos del océano, se sentaron una al lado de la otra.

—Mi madre se ha dado prisa en comprar una litera. Cuando yo le decía que quería una, ni caso, pero, en cuanto supo que venía ella, fue corriendo a comprarla. Da igual, cuando ella se vaya me voy a quedar con las dos camas.

—Te está escuchando —la regañó Haewon golpeándola con los pies debajo de la mesa.

—No entiende coreano. Mientras no diga su nombre, da igual.

Aun así, Hyeonji echó un vistazo furtivo a Madison y cerró la boca. Madison se veía confusa y los escuchaba hablar en silencio sin entender qué pasaba. Luego, recorrió la librería con la mirada y se detuvo a observar un móvil hecho de postales colgando entre las bombillas blancas. Sin dudarlo, tomó una galleta del plato de aperitivos en el centro de la mesa y se la llevó a la boca. *Hyeonji nos dijo que venía de un rancho… Se la ve fuerte y desenvuelta*. A Soojung se la veía interesada en la adolescente. Apoyó una mano en su pecho y dijo:

—Madison, *I heard your family have…* Mmm… ¿cómo se dice rancho? —preguntó mirando a Eunseop, que estaba imprimiendo unas cosas en el escritorio del fondo.

—No sé… ¿*Ranch*?

Madison lo entendió de inmediato y, con un entusiasta *¡Oh!*, sacó su móvil y les mostró una foto a todos. Aparecía montada sobre un caballo marrón, con su cabello rojo recogido en una coleta que parecía la cola del animal, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Guau, un caballo! —exclamó Seungho con un brillo en los ojos, acercándose para ver la imagen. Al deslizar la pantalla, fueron

apareciendo fotos de caballos galopando sobre un extenso prado verde, establos y la casa de su rancho. Cuando alguien comentó que parecía un rancho grande, Madison negó con la cabeza y dijo con naturalidad:

—*No, just small*. —Luego señaló el caballo en la foto y añadió—: *My favorite friend, Jessica*.

—Parece que Jessica es el nombre del caballo. Mi abuelo también le puso nombre a su carretilla, se llama Eunbi —comentó Seungho, sorprendido.

—¿Tu abuelo le puso nombre a su carreta? —dijo Haewon revolviéndose el pelo.

—¡Sí! Y el coche de Eunseop también tiene nombre: Irene.

—Ah…

Sin darse cuenta, Haewon miró a Eunseop. Él se acercaba con las fotocopias y cruzó la mirada con la de ella. Sin entender, la observó como preguntándole: «¿Qué pasa?». Haewon solo sonrió, como si no fuera nada.

—Entiende algo de coreano.

Al escuchar el comentario de Geunsang, Madison abrió la boca y, con un acento torpe, intentó decir algo:

—Coreano. Estudié. K-pop.

Hyeonji hizo una mueca incómoda. Poco después, Eunseop repartió las hojas y anunció:

—Ya que estamos todos, empecemos. Hoy leeremos los textos de Soojung y Hyeonji.

Soojung sostuvo con cierta timidez la hoja A4 donde estaba impreso su poema.

—Creo que debería empezar yo. Con este frío, escribí un poema con la esperanza de que llegara la primavera.

Adoptó un tono más solemne y comenzó a recitar:

—El título es: *Yo también soy una bolsa de pastor*. La primavera pasada fui a juntar flores y me enteré que cerca de las bolsas de pastor crece la falsa bolsa de pastor.

… Se parece tanto a la bolsa de pastor,
que confunde a los que salen en busca de flores.
No es tan rica como la original,
pero también se puede comer. Cerca del perejil silvestre
crece el ranúnculo,
se parece al perejil, por eso dicen que es el tío del perejil.
También está la casi avellana, donde crece la de verdad.
Si lo piensas, es curioso.
A unos les dan nombres propios y hermosos,
mientras que a otros, por parecerse,
les cuelgan un nombre insulso.
A veces, una simple hierba parece sentir celos,
susurrando:
Yo también sirvo para algo.
Yo también quiero que me reconozcan.

—Oh, es verdad. Nunca lo había pensado así. A la haya japonesa le decimos casi avellana. Parecen nombres de primos. —Geunsang asintió como si acabara de descubrir algo nuevo.

Cuando todos hicieron algún comentario elogioso, Soojung agitó las manos, restándole importancia a su poema y diciendo que era un trabajo torpe. Sin embargo, no pudo evitar sonrojarse.

Hyeonji tomó su hoja y anunció:

—Yo escribí un rap. Puede sonar un poco raro, pero bueno, intentad entenderlo. El título es: *Todos drogadictos*.

Oye, ¿sufriste una adicción? ¿Sufriste abstinencia?
Drogas legales, drogas ilegales, piensas que son diferentes.
Te equivocas. Si no la tomas, aunque sea un día, te
tiemblan las manos,
al final, todas son lo mismo.
No puedes vivir sin ellas,
sin ellas te consume la ansiedad.

El ambiente se volvió tenso de repente y Hyeonji, algo incómoda, se detuvo.

—No tiene sentido leerlo así. Tiene que ser con ritmo…

—Pues ponle ritmo y rapea —dijo Eunseop con una sonrisa.

—¿Os parece? Entonces va otra vez.

Hyeonji se caló bien la gorra de béisbol, ocultando su mirada bajo la sombra de la visera. Movió el cuello de un lado a otro hasta que se escuchó un leve crujido y los *piercings* en sus orejas resplandecieron bajo la luz. Inspiró y comenzó de verdad, marcando bien el ritmo.

¿Les cuento mi historia? Yo crecí en la droga,
deslizándome por toboganes de falopa,
montando cajas de fármacos como si fueran caballos.
Cada día lo veía: gente que no podía vivir sin sus dosis.
Trabajan agotados a base de estimulantes,
viven ansiosos a base de tranquilizantes.

Hyeonji recitaba marcando el ritmo, acompañando las palabras con gestos de las manos. Al principio, Madison movía los hombros. Luego, comenzó a sacudir los brazos al ritmo de la melodía. Hyeonji la miró de reojo debajo de la visera y, animada por la energía del momento, cantó más fuerte. El aire a su alrededor vibraba con el mismo *swag*, como si ambas estuvieran surfeando la misma ola rítmica.

Los tres poderes: guerrero, mago y sanador.
Mi madre, que vende drogas,
es la healer de la rotonda de Hyecheon.
Primero, bébete una botella y arranca,
energéticas y tónicos, ¿huh?
Tomas una y otra vez,
te untas una y otra vez.

No cura nada, ¿de qué sirve?
Pero sigues tomando,
una dosis tras otra hasta que sanes.
Ahora, mírate,
¿qué tal va tu frágil estado mental? ¿Huh?

Mi familia toda la vida vendió medicine.
¡Y recibimos la verdadera Madison from Wisconsin!
¿Este es el destino de una rayera criada en una farmacia?
Me dicen que haga un intercambio,
¡mejor que intercambien a su hija, swag!
Esta trampa no tiene salida,
mamá me debe mucho más que esto.
No intentes compensarlo con una litera barata.
Yo no necesito ninguna droga, la only droga que robo son lágrimas en gotas
cuando quiero llorar, gotas me pongo, derramo y no saben si son lágrimas o gotas.

Mis lágrimas siempre son desechables,

lágrimas artificiales, ni siquiera saladas…
así que yo también soy una adicta.

—He terminado —dijo Hyeongi carraspeando.

Cuando Madison dejó de moverse, el silencio inundó la sala. Hyeonji bajó la mirada, oculta bajo la visera de su gorra. Alguien comenzó a aplaudir. Enseguida, todos se unieron con gritos y vítores. Madison se llevó dos dedos a la boca y soltó un fuerte silbido. Solo entonces, una sonrisa apareció en los labios de Hyeonji.

—En realidad, tenía una parte en inglés, pero pensé que sería demasiado largo. Además, todavía tengo que pulirlo un poco.

—Esa parte la puedes trabajar con Madison —la alentó Soojung.

Hyeonji se encogió de hombros con aire indiferente:

—Bueno, supongo que sí. Algo de hip hop debe saber.

—Ay, Hyeonji… ¿qué hago? Me tengo que tomar la pastilla para la presión todos los días —dijo Geunsang mientras se rascaba la cabeza—. Hyeonji frunció el ceño, fastidiada.

—Esto también es una especie de poema. Hay que interpretarlo de forma metafórica, no tomárselo todo al pie de la letra.

—Ah, ¿era así?

Geunsang soltó una carcajada, y pronto todos rieron con él.

Al terminar la reunión, Hyeonji y Madison caminaron juntas hasta la parada del autobús. Las farolas ya estaban encendidas y sus risas y susurros se dispersaban alegremente en la noche.

Donde las dudas se hacen realidad

—¡Uno, dos, tres!

El polvo se desprendió del edredón mientras se elevaba en el aire. En el sendero, por la mañana, Eunseop y Haewon lo sacudían tomándolo de las puntas.

—Una vez más. ¡Uno, dos, tres!

El alcalde salió y sonrió, satisfecho.

—Deberías haber dormido en tu habitación desde el principio. ¿Cómo un hombre ya crecido va a dormir en medio de mi alcoba matrimonial?

—Solo fue una noche. Además, dormí pegado a la pared. No me metí a dormir con vosotros —respondió Eunseop, indignado, pero se acordó de algo y le preguntó—: Por cierto, ¿dónde duerme mi primo? Debe de ser difícil aguantar el frío.

—No sé. Dice que duerme en la casa esa de hospedaje o algo así allá arriba. Dijo que no puede ir a tu casa —respondió el jefe de la aldea un poco enojado.

Haewon sintió un poco de remordimiento por estar ocupando la habitación. En ese momento, un hombre venía caminando desde la casa de huéspedes. Parecía de unos treinta y pocos años, dos o tres más que Eunseop. No se había afeitado en días y su rostro demacrado por la resaca parecía cansado. Eunseop inclinó la cabeza en señal de saludo, pero el hombre desvió la mirada y observó de reojo a Haewon.

—¿Ahora te despiertas?

—Voy a desayunar.

Le respondió de mala manera a su padre y desapareció en la casa de abajo. Eunseop dobló el edredón y comentó:

—Debería ceder y poner calefacción en las otras habitaciones. Mi otro primo tampoco quiere venir porque no tiene dónde dormir. Mis cuñadas, menos.

—No te metas, esa es mi estrategia. A mis hijos no les interesa en lo más mínimo la vida en el campo, pero bien que vienen cuando hay algo que heredar. Prefiero que se marchen rápido.

Dicho esto, el alcalde suavizó su rostro arrugado al mirar a Haewon.

—Siéntete cómoda, como en tu casa. Este chico, después de todo, tiene buen corazón y… cómo decirlo… Sí, ha salido un hombre de bien. Y su aspecto, tampoco es… malo.

—Le agradecería que evitara comentarios innecesarios —lo interrumpió Eunseop frunciendo el ceño. Haewon sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias por sus palabras, pero hoy me mudaré a la casa de huéspedes de mi familia.

—¿Ah, sí? Mmm…

El jefe de la aldea miró a Eunseop con un gesto de desaprobación justo cuando su teléfono comenzó a sonar en el bolsillo. Sacó su grueso móvil plegable y lo acercó a su audífono. En cuanto escuchó la voz al otro lado de la línea, sus ojitos se abrieron de par en par.

—¿Cómo? ¿El invernadero de crisantemos? ¡Pero si ayer se derrumbó el de pepinos de Junggil! ¡Maldita nieve! Está bien, bajo enseguida.

Chasqueó la lengua fastidiado y empezó a apurar a su sobrino.

—¡Vamos al invernadero de crisantemos!

—Vaya con mi hermano. Yo hoy iré a la montaña y por la tarde tengo trabajo en la librería.

—Tú tienes que venir y él también. El techo del invernadero se

vino abajo y la tubería de calefacción se ha roto. ¿Y ahora te vas a la montaña? No intentes darme excusas para escabullirte, no te va a servir.

El rostro de Eunseop se ensombreció. Por lo general, no parecía rehuir las órdenes de su tío, pero Haewon notó que le incomodaba la idea de encontrarse con su primo. Sin pensarlo, abrió la boca y dijo:

—Yo… había quedado en ir a la montaña con él.

Los dos hombres se giraron al mismo tiempo para mirarla.

—Es que… con toda esta nieve, el paisaje debe de estar precioso.

Pero ¿qué estoy diciendo? Haewon se mordió el labio inferior. *¿Que el paisaje nevado estará precioso? Por supuesto que sí… pero la montaña ha estado nevada todo el invierno*.

Eunseop la observó en silencio, mientras el alcalde la miró pensativo antes de cruzarse de brazos y soltar un gruñido.

—Haberlo dicho antes. ¡Que sepas que la señorita de la Casa de Nuez te ha salvado! Bueno, que disfrutéis de vuestro paseo. Y ya que vais, traed un ciervo o, mejor aún, un jabalí —dijo, y se alejó colina abajo.

—¿Hay jabalíes? —preguntó Haewon con miedo.

—Ya no, últimamente no —respondió con un suspiro.

Cuando el alcalde ya estaba lejos, Eunseop la miró y le dijo:

—Así que… ¿vas a la montaña?

Ella titubeó y esbozó una sonrisa cómplice.

—Eso parece.

Eunseop también sonrió.

Poco después, ambos trasladaron sus cosas a la casa de huéspedes. Aunque solo había pasado en la habitación cinco días, había ido acumulando objetos como un pájaro que construye su nido. Ropa, materiales de dibujo, una cafetera e incluso su taza de cerámica favorita, todo eso había terminado allí. Eunseop se quedó mirando la taza en silencio y Haewon se sintió un poco incómoda. *¿Pensará que la traje porque en su casa no había ninguna bonita?*

—Has traído muchas cosas.

—Sí, ¿verdad?

Eunseop sonrió, y Haewon le lanzó una mirada de reproche. Fueron y vinieron varias veces, dejando el equipaje en la primera habitación de la casa de huéspedes. También llevaron desde la casa principal un edredón seco y algunos cojines que no se habían mojado. Aunque la caldera ya estaba reparada y la habitación estaba caliente, no podía ver la Casa de Nuez sin sentir ansiedad.

En el fondo, Haewon quería quedarse en la habitación de Eunseop. Le entristecía la idea de estar sola en un dormitorio vacío de la Casa de Nuez. Pero, sobre todo, los días que había pasado con él habían sido tranquilos y reconfortantes. Sin embargo… otra parte de ella le susurraba… que, desde algún momento, había empezado a estar demasiado pendiente de su presencia. Si seguía compartiendo espacios con él, tal vez terminaría arrepintiéndose. Eunseop era un buen amigo, un vecino al que había redescubierto después de mucho tiempo. No quería poner en riesgo esa relación con una decisión impulsiva.

Desayunaron tarde y luego ambos se pusieron abrigos con capucha y mascarillas antes de tomar el sendero de la montaña. Aunque el camino era bastante empinado, Haewon siguió a Eunseop con andar lento y descubrió que la nieve no lo hacía más resbaladizo. A cada paso, el silencio del bosque se llenaba con el eco de sus pisadas. Los árboles lucían sobre sus ramas delicadas flores de hielo.

A mitad de la subida, Haewon se detuvo un momento para recuperar el aliento y miró hacia abajo. Entre los campos blancos de Bukhyeon-ri, los tejados y los invernaderos se dispersaban como pequeñas cajas de cerilla. Eunseop sacó un termo de su mochila y le sirvió un poco de té de foca de Salomón. Cuando terminó, le devolvió la taza, y él la rellenó para sí. Pasaron junto a un montículo de piedras apiladas bajo un árbol de tronco grueso, donde los senderistas habían ido dejando pequeñas torres de rocas. Mientras exhalaba una nube de vaho en el aire helado, Haewon comentó:

—¿Por qué la gente sigue amontonando estas piedras? Por mucho que pidan deseos, no es que vayan a cumplirse.

—Quién sabe, quizá el espíritu de la montaña los escuche. —Eunseop respondió con naturalidad, pero Haewon no creía en seres espirituales. Le parecían mucho más temibles las personas que los fantasmas o los espíritus.

Recordó que su abuela solía señalar las luces que flotaban en la oscuridad y le decía que eran las almas de los muertos que vagaban por los cementerios. Pero ella nunca pudo creerlo. Le parecía mucho más razonable la explicación de que se trataba de luminiscencias producidas por los huesos de animales o humanos. Eunseop, que caminaba delante de ella dejando huellas en la nieve, rompió el silencio:

—No sé si en esta montaña habrá un lugar donde se cumplen los deseos, pero sí hay un sitio donde las dudas se hacen realidad.

—No te entiendo.

—Cuando pasas por ahí y empiezas a sospechar de algo, se hace realidad. Me ha pasado varias veces desde que era niño.

El viento arrastró su voz hacia atrás y Haewon se acercó un poco más para escucharlo mejor.

—No te creo. Dame un ejemplo.

—Mmm… Creo que tenía dieciséis años. Vine a la montaña y de repente pensé que a mis padres no les estaba yendo bien en el trabajo. Poco después, tuvieron que cerrar el negocio. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Y… en la secundaria una vez se me acercó alguien y pensé que tal vez tenía segundas intenciones. Resultó que era cierto.

Eunseop reía como si fuera algo gracioso, pero no parecían historias inventadas.

—¿De grande también?

—No, después de eso, cada vez que vengo aquí, intento no pensar en esas cosas.

De pronto, Eunseop se desvió del sendero y se adentró en el bosque.

—Un minuto. Tengo que verificar algo.

Acababan de pasar el letrero que marcaba el kilómetro 1.5 del

sendero de montaña. A lo lejos, se alzaba una pequeña cabaña. Parecía una casa escondida en medio de la nieve. Durante el verano no podría verse ya que quedaría oculta por la espesura.

Eunseop empujó la puerta y desapareció en el interior. Haewon se inquietó. Justo en ese momento, sintió la soledad del ambiente. Un sonido indefinible surcó el cielo despejado, como el eco de un animal salvaje o el silbido del viento que se cuela entre las rocas.

Siguiendo sus huellas en la nieve, se acercó a la cabaña. El viento de la montaña se filtraba por la pequeña ventana. En el interior aún quedaban rastros de que alguna vez hubo una vida allí. Pero ahora solo quedaban una mesa de madera tambaleante y una silla solitaria. Sobre el hogar, la chimenea, medio derruida, se alzaba como un esqueleto de ladrillo.

Eunseop, que estaba de pie junto a la mesa, se giró al percibir su presencia. Sobre la superficie polvorienta había botellas vacías, latas de comida instantánea, vasos de papel y palillos desechables.

Haewon recorrió el interior con la mirada y preguntó:

—No me digas que… ¿este es el lugar del que dudaste?

—No. Solo es una cabaña abandonada, pero a veces por aquí pasan cazadores furtivos de ciervos.

Escucharlo decir «cazadores furtivos» le dio mala espina.

Sacó una gran bolsa de plástico de su mochila y recogió toda la basura.

—Los cazadores a veces paran aquí a descansar. Si no paso de vez en cuando, acaba hecho un desastre.

Mientras limpiaba la cabaña con una velocidad que delataba costumbre, Haewon se apoyó junto a la puerta y esperó en silencio.

No entendía por qué se preocupaba tanto por una casa abandonada en medio del bosque, pero tampoco le pareció algo que pudiera preguntar a la ligera. Por primera vez, pensó que debía de haber partes de su pasado que ella desconocía. Cuando se colgó la mochila y se incorporó, ya parecía el mismo de siempre.

A pesar de que era una colina cerca del pueblo, el relieve montañoso de Gangwon-do era complicado. Entre las ramas

cubiertas de nieve había pequeños frutos rojos congelados. Eunseop apartaba las ramas que bloqueaban su paso cada vez que lo necesitaba. A unos metros de la cabaña, se detuvo y dijo:

—Es aquí. A partir de ahora, no puedes dudar.

—Entendido. Estoy un poco nerviosa.

Con la respiración entrecortada por el aire frío, Haewon apretó los puños enguantados.

En un rincón del bosque, donde los árboles crecían tan juntos que apenas dejaban pasar la luz, había una tumba cubierta de nieve. No tenía cercado ni señal alguna, solo un pequeño montículo de tierra elevado. Si no fuera por la tabla de madera clavada a modo de lápida, ni siquiera se habría distinguido del terreno. Era tan pequeña y discreta que parecía la tumba de un animal salvaje.

1959 ~ 1994/1995

—Nunca había visto una lápida de madera —murmuró Haewon.

—No debería estar enterrado aquí. Tendrían que exhumarlo.

—¿De quién es la tumba?

—Un amigo de mi tío. El hombre que vivía en la cabaña.

Un destello ininteligible cruzó el rostro de Eunseop.

—Lo encontraron en un día tan frío como este. La última vez que mi tío lo vio fue a finales de diciembre y regresaron a verlo a principios de enero. Ocurrió en esos diez días, pero nadie sabe con exactitud la fecha de su muerte.

Mi tío se quejaba de que lo hizo a propósito para que le hicieran una lápida ambigua.

—Ah…

Haewon escuchaba en silencio, pero en su interior se arremolinaban los pensamientos. Eunseop también guardó silencio por un momento. Luego frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—Bajé la guardia. Acabo de dudar.

—¿De qué dudas?

—No te lo puedo decir.

Eunseop sonrió y dio un salto, alejándose de la tumba. Haewon lo observó avanzar con calma y luego comenzó a caminar tras él. Era una excursión extraña. La sensación era rara, pero no desagradable. Era la primera vez en su vida que visitaba una montaña nevada. *Una cabaña, la tumba de un desconocido. No era un mal día para encontrarse algo así. Quizás todo era una ilusión de la montaña en medio del frío extremo*.

Cuando alcanzaron la cima, vieron la cresta de las montañas vecinas. Las corrientes de agua, congeladas, formaban cascadas de hielo que brillaban por el sol sobre los peñascos.

Quitaron la nieve de una gran roca plana, se sentaron juntos y sacaron del bolso el café y las barritas de chocolate que habían llevado. Desde aquella altura, los campos de Bukhyeon-ri parecían una tela extendida. La Casa de Nuez, la librería y la pista de patinaje sobre el arrozal no eran más que pequeños puntos en la distancia. Las carreteras y las vías del tren se extendían como líneas que llevaban a lugares lejanos, desplegándose ante sus ojos como algo casi tangible.

—Esos son todos caminos. El sendero que Jangwoo y su equipo están planeando podría seguir esa ruta, ¿no crees? Desde aquí arriba se ve el mapa entero.

Mordiendo su barrita de chocolate, Haewon señaló con el dedo. *Es obvio que desde la altura se puede ver más lejos. De todas formas, es sorprendente*.

—Hace poco leí un artículo muy hermoso —dijo Eunseop—. Un anciano británico en sus últimos años decidió viajar con una guía de turismo que conservó toda la vida. Cogió un avión hasta Alemania y fue a Baviera, donde se celebraba un festival de música cada año.

Haewon escuchaba abrazada a sus rodillas. La mirada de Eunseop estaba fija en los campos nevados al pie de la montaña.

—Siguió la guía al pie de la letra, pero en el bosque terminó perdiéndose. Estuvo dos días atrapado hasta que logró salir. Cuando finalmente lo hizo, mostró su mapa a la gente diciendo que algo no

cuadraba… y resultó ser una guía de hacía cien años, publicada justo después de la Primera Guerra Mundial. Se titulaba *La hermosa Bayreuth*. Lo gracioso es que, mientras leía el artículo, casi me pongo a llorar.

—¿En serio?

—Es triste. Pasarte la vida soñando con ir a un lugar y, cuando por fin llegas, darte cuenta de que el mundo que tantas veces imaginaste en los mapas ya no existe.

Ella se quedó pensativa y asintió.

—Tienes razón. Es una historia triste.

Eunseop sacó una manta de la mochila y la colocó sobre los hombros de Haewon. De inmediato, sintió mucho más calor. Le parecía que podía hablar de cualquier cosa. Si era él quien la escuchara, podía contárselo todo.

—Yo… siempre odié la historia del pájaro azul.

La observó con dulzura.

—Dicen que salieron a buscar al pájaro azul de la felicidad por todas partes, pero no lo encontraron. Y cuando regresaron a casa descubrieron que siempre había estado en su jaula. Qué tontería. ¿Cómo es posible que siempre haya estado allí y no lo hayan visto? Es imposible. La gente no es tonta. —Mientras hablaba sintió un dolor en el pecho—. El pájaro azul está lejos. Puedo ir a buscarlo o no. Pero no me engañéis con que siempre ha estado a mi lado. —Soltó una risa breve, casi como un suspiro—. Por eso me gustó la historia del anciano que viaja.

Eunseop sonrió y respondió con tranquilidad:

—Pero, al final, no pudo encontrar Bayreuth.

—¿Por qué?

—Consiguió un tractor para llegar, pero volcó en un bancal y terminó rodando cuesta abajo. A fin de cuentas, no le quedó más remedio que internarse en el hospital. Así terminaba el artículo.

—Vaya, pobre hombre.

Haewon frunció el ceño, pero no pudo evitar reírse. Él también rio.

Sentada en la nieve, tan cerca del cielo, se dejó llevar por los pensamientos. *Si pudiera darle un nombre al sendero de hoy, lo llamaría el camino de Eunseop. Sería un secreto, nadie lo sabría. Ni siquiera él*. Tal vez para cualquiera no fuera más que un camino de montaña, pero para ella era hermoso, cálido y familiar. Cuando regresara a Seúl, incluso si en Hyecheon se abriera una nueva ruta turística con un nombre oficial, cada vez que pensara en este lugar volvería al camino de Eunseop. Y, al imaginarlo, sintió una leve punzada en el pecho.

—Si tienes frío, dime y bajamos.

—Quedémonos un poco más. No sé cuándo podré volver.

Luego, dudó un momento antes de hablar.

—Hace un rato, en la tumba… ¿De qué has dudado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque yo también… he dudado de algo. ¿Puedo decirlo primero?

No podía ver la expresión de Eunseop, pero notó la tensión en el aire. Haewon se sintió poseída por la montaña:

—En la reunión de exalumnos dijiste que te había gustado. Ahora ya no… estoy empezando a dudar de eso. Creo que es mentira.

Su voz sonaba tranquila, pero sentía cómo le subía el calor a las mejillas. Haewon cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos. El viento era helado, pero su piel ardía. No se animaba a mirarlo, por eso le habló mirando al paisaje:

—Me pregunto si, tal vez, aún sigues sintiendo lo mismo.

Eunseop suspiró, como si se diera por vencido, y respondió con sinceridad:

—Tal vez… he empezado a sospechar que tú me ves de otra manera.

Entonces, Haewon se giró hacia él. Estaba cerca. *Qué extraño… Las corazonadas nunca fallan y las dudas siempre se hacen realidad*. A través de los mechones despeinados que caían sobre su frente, pudo ver la expresión seria de Eunseop. El momento en que sus miradas se cruzaron pareció eterno. Conteniendo la respiración,

deslizó los brazos alrededor de su cuerpo, abrazándola bajo la manta. Haewon sintió su aliento antes de que sus labios se rozaran. Eran cálidos, suaves, con un leve rastro de chocolate que se desvaneció enseguida.

Cuando él se apartó con los ojos cargados de emoción, ella, aún envuelta en sus brazos, sonrió.

—Otra vez la duda se hizo realidad.

—Increíble.

Y se dejaron llevar por el calor del otro, sintiendo el aroma de sus cuerpos por mucho tiempo.

Las cejas de plata del lobo

Diario ∂e la librería, 11 ∂e enero

 # Entrada del día: Morí Yusuke, traducción de Yoonjung Ko, *Mi hermoso can∂elabro*.

Este libro narra la fascinación del autor por las lámparas de araña, un amor que nació en su adolescencia al contemplar una en un teatro de ópera y que lo llevó, años más tarde, a dejar el trabajo para recorrer el mundo en busca de las más icónicas. Desde los candelabros que iluminan una humilde bodega en la región de Burdeos hasta los majestuosos ejemplares del Metropolitan Opera House de Nueva York y el palacio Dolmabahçe en Estambul, pasando por el candelabro al aire libre de Cleveland, registrado en el Guinness. El libro nos sumerge en un viaje visual con fotografías a todo color.

Más allá del brillo y la opulencia, el autor también

explora las dificultades de mantenimiento, los riesgos de daño e incluso el lugar que estos objetos han ocupado en el imaginario literario, como en las novelas de misterio, donde caen para provocar asesinatos. Con una elegante encuadernación y un formato amplio, es una obra ideal para decorar la mesa de un café.

#

¡Uf! La verdad es que ando medio perdido. Todo el día siento que estoy caminando entre las nubes. Quiero decir algo, pero mejor después de ordenarlo un poco más.

La fantasía de los mapas.

Los seres humanos tienen una fantasía ligada a los mapas. Aunque no se trate de encontrar la isla del tesoro, persiste esa hermosa y desesperada ilusión de que, en algún lugar, existe el sitio perfecto con el que hemos soñado. Quizás por eso un anciano de ochenta años partió hacia Bayreuth o el autor recorrió el mundo tras la estela de los candelabros. Empatizo con sus viajes y anoto esta frase de Hermán Melville: «Ese lugar no aparece en ningún mapa. Los lugares verdaderos casi nunca lo hacen».

Ya no es una broma.

Fuimos a escalar la montaña detrás de la casa. Los árboles con las ramas nevadas se veían diferentes de lo habitual. Seguramente porque estaba con H. Cuando nos detuvimos en la cabaña, H me siguió. Aquel lugar era la casa donde viví de niño y mostrarle ese espacio me pareció extraño e incómodo. Alguna vez fue el sitio más acogedor del mundo. Pero ya no lo es.

Pienso en el hombre enterrado en la montaña. Su vida, tanto el inicio como el final, quedó envuelta enel misterio. Como ciertos animales que, al sentir la muerte acercarse, se esconden en un lugar apartado, él hizo lo mismo. Pero antes confió su pequeño hijo al único amigo que tenía y lo envió lejos de la montaña.

Toda su vida deseó tener cejas de lobo, las que permiten reconocer a las personas verdaderas. Repetía a menudo: «Las palabras y los gestos de la gente no coinciden. No escuches lo que dicen, lee sus expresiones». Pero era una verdad a medias. La gente también cambia sus expresiones con la misma facilidad con que las inventa. A veces, ni siquiera vale la pena tratar de descifrarlas. Basta con ver lo que muestran, escuchar lo que dicen y dejar que pase.

Hay cosas que se ven con mayor claridad cuando uno está solo, y lo que se aprende en soledad no es tan malo como parece. Cuanto menos expectativas tengas, más

tranquila transcurre la vida. Desear algo causa sufrimiento.

Pero, ¿cómo podría no tener deseos?

Me besé con H en la montaña. Casi pierdo la cabeza. Ya no puedo escribir esto como si fuera una broma, es algo serio. Ahora ella vive tras mis pupilas. No importa que cierre los ojos, porque sigo viéndola. La tortura de una imagen que no desaparece. Su silueta envuelta en una manta. La sensación del primer beso rondando mis labios todo el día.

Así es, señores, a mis treinta y un años, ese fue mi primer beso. (No os riáis, miembros del Good Night Club. Reírse es hacer trampa). ¿Estoy en peligro?

No quiero que se me desboque el corazón. En primavera se marchará. Fue muy clara. ¿Ha venido solo para atormentarme? ¿Debo aceptar mi propia ruina?

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

El problema fue el tren Mugunghwa

Al atardecer se oyeron voces de hombres desconocidos murmurando fuera de la casa de huéspedes. Haewon acababa de volver de la librería y había dejado abiertas las ventanas de la habitación Arbol de Avellanas después de limpiarla.

—¿No decían que la pensión había cerrado?

—Eso pensaba, pero parece que hay alguien.

Hablaban entre ellos al ver la ventana abierta. Algo nerviosa, Haewon aguzó el oído. La Casa de Nuez estaba en lo más alto del pueblo, justo en la entrada del sendero que llevaba a la montaña, y a esas horas nadie pasaba por allí. Como Eunseop se había quedado en la librería, la casa de al lado estaba vacía. *¿Quiénes son?*

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—No lo sé. Al menos hasta que se firme el contrato. Por la ventana se coló el humo de los cigarrillos que fumaban mientras deambulaban por el sendero. Haewon dejó el trapo, cerró la ventana y echó un vistazo afuera. Al notar el movimiento, los hombres alzaron la vista. Uno de ellos era el hijo del alcalde. Murmuraron algunas palabras más, arrojaron las colillas al suelo y se alejaron.

¿Así que se va diciendo que cerró la pensión? ¿Tan rápido se han enterado todos? Haewon se sintió algo molesta. Cogió una escoba y un recogedor y salió a inspeccionar el lugar donde habían estado los hombres. Sobre la nieve yacían varias colillas de cigarro.

—¿En una pensión cerrada se puede tirar basura como si nada?

—murmuró barriendo el suelo.

Al caer el crepúsculo se encendieron las farolas y, al darse cuenta de que estaba sola en la Casa de Nuez, la invadió la melancolía. *Una casa necesita el calor de la gente*. Le preocupaba que su tía Myeongyeo siguiera desentendiéndose de la situación, sin dar señales de querer volver.

Desde el camino, vio acercarse un *scooter* con el faro encendido. Eunseop se detuvo frente a la casa y comentó:

—¿Qué haces con una escoba a estas horas de la noche?

—Nada, solo limpiaba un poco. ¿Has cerrado temprano la librería?

—Sí, tengo que ir al centro.

Eunseop dudó antes de bajarse del *scooter* y Haewon se vio atrapada en una maraña de sentimientos. Estaba desde ayer sin poder descifrar lo que él pensaba y eso no dejaba de inquietarla. *¿Se siente incómodo? ¿Tal vez el otro día solo se dejaron llevar por el ambiente?*

Su mente confundida le susurraba: *Puede que para él un beso no signifique nada*. Pero lo peor no era eso… Lo peor sería que Eunseop lo estuviera lamentando. Solo esperaba que no dijera que fue un error. Escuchar esas palabras sería demasiado humillante. La ilusión que la había invadido se convertiría en cenizas.

Haewon se tragó las palabras que quería decir.

—Que te vaya bien. Yo me meto.

—Sí, descansa.

Dejó caer con ruido los utensilios de limpieza en un rincón del patio y se dirigió hacia la casa. Pero se detuvo en seco y le preguntó:

—¿A qué vas al centro?

Eunseop, que se dirigía hacia el coche estacionado junto al huerto, se volvió al oírla.

—Ah… Jangwoo organiza un evento. Me pidió por favor que vaya a verlo. Si no voy me va a montar un escándalo.

—Ah… Supongo que no es un lugar al que pueda ir contigo.

No se vio venir esa reacción. Haewon, enfadada, lo miró con los brazos cruzados. Eunseop suspiró.

—No digas eso. Han invitado a un escritor superventas de Seúl, es solo un evento cultural. Si te parece bien, ven conmigo.

Haewon asintió sin dudar.

—Espera un momento, voy por mi abrigo.

Con aire decidido, entró en la casa, se puso una chaqueta y salió de nuevo. Pero al acercarse a Eunseop, la seguridad con la que había salido comenzó a tambalearse. Bajo la luz de la farola, estaba apoyado en el coche perdido en sus pensamientos.

—Oye… mejor dime la verdad. Si te incomoda que vaya contigo, no hay problema, me quedo.

Eunseop la miró. Haewon metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y continuó fingiendo tranquilidad:

—Estuve pensando… Lo que pasó en la montaña el otro día… Si lo lamentas, quiero que sepas que no tienes que preocuparte. Podemos verlo como un error de ambos y ya está.

El sendero se hundió en el silencio del crepúsculo. La distancia entre ellos de repente parecía abismal y Haewon comenzó a entristecerse. Eunseop la miró indeciso y dijo:

—Acércate.

Haewon se acercó unos pasos.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

Eunseop no pudo contener la sonrisa —¿Por qué estás a la defensiva?

—No lo sé. Tal vez intento hacerme la fuerte. Es que… parecías incómodo, y eso no me gusta.

Haewon habló intentando ocultar su confusión. Eunseop extendió el brazo, tomó la solapa de su chaqueta y la atrajo hacia él. Sus rostros quedaron aún más cerca.

—Un primer beso pudo haber sido un error. Pero un segundo… ya no lo sería.

—Quizás.

—Entonces, déjame darte otro para asegurarnos de que no sea

un error.

Los labios cálidos de Eunseop rozaron los de Haewon, sorprendida. Fue un beso diferente al de la montaña, más tierno, pero con un matiz de melancolía. Su mente volvió a susurrar: *No está seguro de esto*. De repente, la invadió una ola de incertidumbre. Levantó los brazos y le rodeó el cuello, aferrándose a él. Cuando sus dedos rozaron su cabello despeinado, él se quedó inmóvil. Apartó sus labios con suavidad y la miró fijamente.

—Perdón. Creo que te he tenido preocupada estos dos días. —Haewon asintió con un movimiento casi imperceptible—. Pensaba que te arrepentías.

—No. Me sorprendió, eso sí. No podía creerlo. Ah, Haewon Mok… no deberías hacerme esto.

Eunseop esbozó una sonrisa, mezcla de sufrimiento y ternura.

—No sé a qué te refieres, pero tranquilo.

—¿De verdad?

—Sí.

Aunque no parecía del todo convencido, apoyó su frente contra la de ella.

—Jangwoo se va a enfadar, así que mejor vamos ya.

—Está bien.

Pero ninguno de los dos se movió hacia el coche. Eunseop no dejó de abrazarla y ella tampoco retiró los brazos de su cuello.

Su amor… debe de ser como la nieve. Al principio, unos pocos copos flotan sin peso. Pero de repente cubren todo el pueblo, hacen que los techos se derrumben y se convierten en algo de lo que es imposible escapar. Si iban a detenerse, debía ser ahora. Pero al ver la mirada solitaria de Eunseop, no pudo apartarse. Y parecía que a él le ocurría lo mismo.

Como si se hubiese decidido en ese instante, Eunseop rio:

—Está bien. Vámonos. Supongo que con el tiempo descubriré qué pasa al amarte.

El corazón de Haewon latía con fuerza, acelerado. Eunseop hablaba como si no le importara lo que pudiera pasar, pero ella sabía

que no era así. Aunque sonriera, en su mirada comprendió que temía ser herido, que se había cerrado a cualquier cosa que pudiera hacerle daño. Y ahora era ella la que estaba sacudiendo su mundo.

El Teatro Hyecheon había sido un pequeño recinto inaugurado en la época en que la ciudad aún era un pueblo. Sin embargo, tras un gran incendio, cayó en decadencia y terminó cerrando. A lo largo de los años, la hiedra había crecido cubriendo las paredes de cemento por completo y hoy era un centro cultural del ayuntamiento que se utilizaba cada tanto para eventos menores.

Eunseop y Haewon se sentaron entre decenas de espectadores. Una banda indie local abrió la noche con varias canciones y, poco después, Jangwoo, enfundado en un traje, subió al escenario y cogió el micrófono.

—¡El evento cultural de este mes para los ciudadanos de Hyecheon! Hoy le damos la bienvenida al célebre ensayista Nohee Kwak, que nos acompañará en este concierto literario. Les agradecemos a todos los presentes que hayan venido a pesar de las bajas temperaturas…

Con su sonrisa segura y experimentada, Jangwoo observó las gradas. Pero, de pronto, su discurso se interrumpió unos segundos. Pudo disimular su desconcierto al ver a sus dos amigos cogidos de la mano. Ella se apoyaba en él con naturalidad y su cabello largo caía desordenado sobre su hombro. Cuando cruzaron miradas, Eunseop le sonrió y Haewon, divertida por la reacción de su amigo en el escenario, sacó la lengua de manera juguetona.

A través del micrófono, se oyó que Jangwoo carraspeó con fuerza.

—Ah… Por el buen desarrollo… digo, para el adecuado desarrollo del evento, les pedimos mantener el orden en la sala. ¡Ahora sí, recibamos con un fuerte aplauso al protagonista de esta noche!

Cuando extendió un brazo para presentar al escritor, de complexión delgada, vaqueros gastados hasta la rodilla y chaqueta de pana, este subió al escenario con timidez. Entre los aplausos del público, alguien lanzó un fuerte silbido de entusiasmo. Haewon,

sorprendida, le susurró a Eunseop:

—¿Es un hombre? Pensaba que era una mujer.

—¿En serio?

En un extremo del escenario había una mesa con varias copias apiladas de su último ensayo. Al reconocer la portada, Haewon supo que lo tenían en Good Night.

A pesar de su aire tímido, el autor resultó ser un gran conversador, e hizo reír al público varias veces. Era la primera vez que Haewon iba a un evento de este tipo y, aunque al principio le fue extraño, terminó disfrutándolo. Llevaban más de una hora cogidos de la mano con Eunseop, pero no le molestaba en absoluto. Solo sentía el calor de su cuerpo, cercano y reconfortante.



Al finalizar el evento, cuando se dirigían a la salida, Eunseop echó un vistazo a la gente que salía y pronto identificó a Park Heundol, el director de Librería del Siglo.

—Señor, ¡por aquí!

El hombre canoso se alegró de verlo y lo saludó con la mano. Habían quedado en reunirse para tomar algo después del evento. En el vestíbulo del teatro, Haewon reconoció vagamente al dueño de la librería que recordaba de su época de estudiante.

Caminaron hasta llegar a la entrada del mercado de Hyecheon y se acomodaron en un pequeño restaurante de fideos. Pasadas las diez de la noche, las calles del mercado estaban desiertas y muchas tiendas habían cerrado. Pero el restaurante seguía lleno de gente que iba a buscar un cuenco de sopa caliente. Detrás del mostrador, una pareja trabajaba sin descanso, hirviendo *janchiguksu* y sirviéndolo en las mesas donde los clientes bebían. Heundol se ajustó las gafas para observar un cuadro colgado en la pared que decía: PRIMERO EL LICOR, DESPUÉS LOS FIDEOS.

—Con que primero el licor y luego los fideos… Así que te

recomiendan primero beber y luego comer.

El dueño, vestido con un delantal, dejó otro plato de kimchi en la mesa y sonrió.

—Según la leyenda, los sabios calmaban el estómago con fideos después de beber. Este estaba colgado en la tienda de fideos de mi suegro, pero la crisis lo obligó a cerrar. Ahora lo tenemos aquí.

—Ya veo. ¿Quieres comer fideos? Entonces, primero bebe licor. Parece que dice algo así.

Al escuchar la interpretación de Heundol, el dueño soltó una carcajada antes de regresar a la cocina. En ese momento, la puerta se abrió y con ella entró una ráfaga de aire frío. Apareció Jangwoo y, sin dudarlo, se sentó junto a Heundol.

—Pero ¿qué es esto? No olvidéis que en esta relación hay una parte que me corresponde.

Parecía que no había cenado. Metió los palillos en el cuenco de Eunseop, enrolló los fideos y se los llevó a la boca. Con una sonrisa traviesa, añadió:

—Entonces, ¿ya estamos en la etapa de compartir *janchi guksu*?

Haewon, que estaba tomando sus fideos con los palillos, frunció el ceño.

—Jangwoo, no seas exagerado.

—No puedo. Lo que me impulsa es la exageración. Si paso un solo día sin exagerar, esta vida no avanza. Tú no sabes nada de mí.

Con una expresión casi melancólica, Jangwoo intentó meter los palillos en el cuenco de Haewon, pero ella apartó bien rápido el plato a un lado.

—Ni lo sueñes.

—Qué mezquina. ¿Solo comeré los de Eunseop?

Jangwoo volvió a robar fideos del plato de su amigo y luego pidió otra botella de alcohol al dueño del local. Mientras Eunseop le servía soju, comentó:

—Pensé que ibas a venir con el escritor.

—Lo he intentado, pero tiene otro evento mañana, así que ha cogido el bus nocturno de vuelta. Vengo de dejarlo en la terminal.

Solo le he dado un sobre simbólico como muestra de agradecimiento, pero he sentido un poco de vergüenza. ¿Cuándo podrá un funcionario de bajo rango como yo manejar un presupuesto decente?

Eunseop le extendió su vaso en señal de apoyo.

—Has hecho un buen trabajo. Vamos, brindemos.

Los cuatro chocaron sus vasos sobre la mesa. Después de beberse el primero de un solo trago, Jangwoo llenó el vaso de Heundol y sonrió de lado.

—Señor Park, hoy no tiene que pagar la deuda. Ya me he ganado el derecho a que ese tipo me invite unas cuantas veces.

Heundol sacudió la cabeza, negándose:

—No digas tonterías. Si acepto alcohol de un librero que ni siquiera vende libros escolares me voy a sentir mal. Al menos nuestra librería gana un poco más, ¿no crees?

—Se lo agradezco, pero la verdad es que nos va mejor de lo que parece —respondió Eunseop sonriendo.

El sonido rítmico del cuchillo del dueño golpeando la tabla resonaba en todo el lugar. Afuera, un taxi vacío pasó por las calles desiertas y el último bus hacia Bukhyeon-ri había salido hacía varias horas. Mientras los escuchaba hablar, Haewon supo que Eunseop llevaba un tiempo preparando un proyecto de autoedición.

Cuando la conversación se fue acalorando por el alcohol, Heundol Park, con una mezcla de satisfacción y nostalgia, dijo:

—Cuando después de no sé cuántos años sin verte, apareciste y abriste una librería, me sorprendí. Pensé que habías decidido vivir la vida a tu antojo, como quien se echa a las llamas con los brazos llenos de leña. De adolescente, siempre estabas en mi librería leyendo. Hasta llegué a pensar que al fin nacería un escritor en nuestro pueblo.

Heundol rio y Jangwoo sacudió la cabeza hacia los lados.

—Ahí se equivocó. Si hubiera sido así, yo no tendría que estar invitando escritores de afuera, lo habría traído a él al escenario en un día como hoy. Es una verdadera pena no tener un talento aquí

cerca. Vamos, otro trago.

Los dos hombres chocaron sus vasos y volvieron a hablar de Eunseop, pero él solo sonrió sin decir mucho. De la nada, le preguntó a Haewon:

—Ahora que lo pienso, ¿tu tía ya no escribe más?

—Ah… por ahora no. Según ella, ya se ha retirado.

Heundol la miró con curiosidad:

—¿Quién es tu tía?

—No sé si la conocerá… pero es escritora. Se llama Myeongyeo Sim.

—¿Qué? ¿Cómo no la voy a conocer? ¡Soy su fan!

Con la sorpresa, el efecto del alcohol pareció disiparse en el rostro de Heundol.

—Aún tengo un ejemplar firmado en la librería. A ver… su debut fue hace más de veinte años, ¿no? Con *El prado vacío*.

Haewon asintió.

—¿Por qué dejó de escribir? Sus libros posteriores no tuvieron tanto éxito como el primero, pero aun así fueron bastante populares.

—Yo tampoco lo sé. Un día dijo que ya no escribiría más. Escuché que su segunda obra tuvo bastantes críticas negativas.

Heundol sacudió la mano quitándole importancia.

—Las malas críticas son la otra cara de las buenas, son inevitables. No tiene sentido dejar de escribir solo por eso. Siempre usó expresiones mordaces y tenía un estilo que generaba opiniones divididas. Para mí, eso era parte de su atractivo.

Haewon se puso contenta al ver la emoción sincera de Heundol. *Ojalá la tía estuviera aquí para escucharlo*. Se limitó a sonreír con amargura y se encogió de hombros.

—Cuando hablo con mi tía, pierdo algo de fe en la humanidad.

A todos les causó mucha risa el comentario. A Heundol se le vinieron muchos recuerdos a la mente:

—A mí me gustó más su segunda novela. Creo que la escribió viajando por Escocia. En aquella época no era tan común que los escritores pasaran una temporada en el extranjero y plasmaran ese

aire exótico en sus obras. Era vivir a través de ella. Yo nunca salí del pueblo, soy un Park que apenas ha viajado por el parque.

Cuando escuchó el juego de palabras, Jangwoo se estremeció y dijo con tono solemne:

—Creo que el chiste con su nombre lo he escuchado, al menos, diecisiete veces. Señor Park, me parece que es hora de cambiar el repertorio.

—¿En serio? Con la edad se vuelve difícil inventar otros.

Heundol se rascó la cabeza, lo que provocó otra ronda de risas. En ese momento, alguien movió la mesa por accidente. Los palillos de Haewon cayeron al suelo y se manchó el pantalón.

—Uy.

—Yo te limpio.

Eunseop se inclinó y comenzó a limpiar la mancha con mucha naturalidad. Jangwoo no podía creerlo. Heundol chasqueó la lengua:

—Se te va a caer la mandíbula.

—Esto me hace mal.

Jangwoo bebió otro soju y apoyó el vaso con fuerza.

—Pero, en serio, ¿por qué te gusta Haewon? ¿Qué fue exactamente lo que te atrajo de ella?

Ella respondió indignada:

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Acaso no te da curiosidad?

—¿A mí? Pues…

Por supuesto, la que más quería saberlo era ella. Sin darse cuenta, Haewon se quedó mirando a Eunseop. Heundol y el dueño del restaurante también esperaban una respuesta.

—La estación de tren.

Todos aguzaron el oído, atentos a sus palabras, y Eunseop comenzó a relatar un viejo recuerdo:

—Vi a Haewon en la estación de tren. Era una madrugada de otoño, había un arce en el andén y ella estaba allí, junto al árbol. Y entonces, llegó el tren…

Anonadado, Jangwoo repitió:

—El tren llegó…

—Sí, era un tren Mugunghwa.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? El tren de madrugada se detuvo y allí estaba ella. ¿Cómo no me iba a enamorar?

Eunseop asintió como si su explicación fuera más que suficiente. Como si, después de eso, ya todo estuviera claro. Se hizo un breve silencio antes de que Jangwoo se inclinara hacia Heundol y le susurrara:

—¿Será que la culpa es del tren Mugunghwa?

—Yo creo que la culpa es del arce.

Haewon ya no escuchaba nada. En ese momento, era como si solo ellos existieran en la habitación. Sin apartar la mirada de él, le preguntó en un susurro:

—¿Cuándo fue eso?

Eunseop sonrió, se inclinó hacia ella para que nadie más escuchara y le susurró algo al oído. Su aliento le hizo cosquillas en el cabello:

—Probablemente… el día que huiste de tu casa.

Haewon abrió los ojos, sorprendida. Sintió que su corazón latía con fuerza. ¿Qué es esta sensación? Miró su sonrisa temblorosa, como si fuera un espejismo. *Tal vez ha estado presente en más páginas de mi vida de las que yo recordaba*… Era como un enigma que solo podía resolverse de noche.

Hagamos un evento

Un pequeño cono de incienso lila ardía y desprendía un hilo delgado de humo. Las cenizas caían sobre el plato de cerámica. Haewon, con la barbilla apoyada sobre las manos, observaba absorta el humo que se elevaba. En la tetera sobre la estufa, preparaban té de bardana.

—¿Te gusta el aroma? Me lo trajo un conocido de un viaje al sudeste asiático —dijo Soojung desde el otro lado de la mesa, sin dejar de hacer su acolchado con la aguja.

Siempre ocupada, no desperdiciaba ni un momento: mientras esperaba a que llegaran los miembros del grupo, leía un libro o hacía manualidades. Haewon asintió.

—Sí, me gusta.

—¿En qué piensas? Hace rato que estás callada.

—Nada en particular. Le estoy dando vueltas a la idea de organizar un evento en la librería.

Soojung dejó de coser y la miró con una sonrisa.

—Ahora sí que pareces una verdadera *manager*. ¿Se te ha ocurrido algo?

—Aún no. Tengo que pensarlo un poco más.

En ese momento, su móvil vibró.

¡Tengo gripe! ¡Una faringitis tremenda! No voy a asistir a la reunión. Un saludo para todos. ¡Nos vemos la próxima! Atentamente, Geunsang Bae.

Hyewon tecléo una respuesta corta y dijo:

—Dice Geunsang que está enfermo. Hoy no viene.

—Qué lástima. Se están poniendo todos enfermos. Le debe doler mucho la garganta —se lamentó Soojung y sacó una tira de pastillas de su bolso.

—Nuestra *manager* debería tomar vitaminas. Hay que reforzar las defensas.

—No se preocupe, tome usted.

—Guárdala. Los suplementos y vitaminas son como las tareas del hogar. No se nota cuando los tomas, pero se nota cuando no los tomas.

Soojung habló con tanta solemnidad y una pizca de melancolía que hizo reír a Haewon. Aceptó las pastillas y observó cómo el monedero que tejía iba tomando forma.

—Por cierto… ¿Cómo está mi tía?

—¿Myeongyeo? Está bien.

—Ya puede regresar a casa. Debe de ser incómodo para su familia, sobre todo por Avellana.

Soojung abrió mucho los ojos con expresión de «ni pensarlo».

—Te cuento. Mi casa se ha vuelto un refugio gracias a Myeongyeo. Antes de ayer hasta hicimos una fiesta de pijamas con nuestras amigas. Descargamos una película y tomamos vino. ¡Hacía mucho que no nos juntábamos! Además, mi marido es jefe de obras. Ahora se ha ido a trabajar a otra provincia.

Se notaba que Soojung estaba muy contenta. Se alegró de saber que estaba bien, pero también se sintió un poco dolida. Tal vez Soojung lo notó, porque añadió para consolarla:

—Me dijo que siente que la Casa de Nuez intentó deshacerse de ella, así que está algo desanimada. Pero intenta recuperarse. Hazte la desentendida por ahora. No es lo mismo apoyarse en una amiga que mostrarle ese lado a su sobrina, ¿verdad?

—Sí… gracias por todo.

Por fin, Haewon pudo sonreír. En ese momento sonó la campanilla y entró Hyeonji, con la mitad del rostro tapado con una

mascarilla negra.

—Hola.

—Bienvenida. ¿Hoy no traes a Madison?

—Los chicos de la escuela dijeron que tienen que hacerse amigos de ella durante las vacaciones de invierno y se la han llevado. Van a hacer un *tour* de comida callejera.

Hyeonji apoyó la mochila en el suelo y se dejó caer sobre una silla. Se quitó la mascarilla, la gorra y se arregló el cabello con las manos.

—Dicen que la Casa de Nuez se ha transformado en una casa fantasma. Está llena de carámbanos por todas partes. He visto las fotos.

—¿Has visto fotos?

—Me las han enseñado mis amigos. El padre de uno, que tiene una empresa de reparaciones, fue a hacer unos arreglos y sacó unas fotos. Decían que parecía una casa del terror. Mis amigos quieren ir a pasar la noche allí.

Casa fantasma. Haewon frunció el ceño. Al parecer, el técnico que había arreglado la casa anexa había hecho fotos. Hyeonji cogió su móvil, abrió un juego y murmuró aburrida:

—A ver si retomo el clan de la liga… Las vacaciones de invierno son aburridas. Ojalá pasara algo emocionante.

Soojung, que cosía mientras escuchaba, comentó:

—Los chicos de tu edad ¿no van a academias? Algún curso intensivo de invierno o algo así.

—Yo prefiero apostar a la carta de presentación y no a la puntuación del examen de ingreso. Quizás pruebe a entrar por admisión especial.

—¿Y cuál sería tu especialidad?

Sin apartar la vista del móvil y moviendo los dedos con destreza, respondió:

—Tengo que pensarlo. No es que vaya a presentarme a un programa de audiciones ni nada. Podría escribir una novela de fantasía… O quizás participar en el concurso literario del que nos

habló aquel señor.

Haewon, que seguía con la mirada perdida en el incienso ya consumido, dijo de la nada:

—Así que la llaman casa fantasma.

Hyeonji la miró de reojo y pareció darse cuenta de que había metido la pata:

—¿Te ha molestado? Solo lo decíamos de broma. Es como una «casa de hielo».

Haewon sacudió la cabeza, restándole importancia.

—Hyeonji, ¿te gustaría ser librera por un día?

—¿Librera por un día?

—Sí. También tú, Soojung.

—¿Yo también?

En los rostros de ambas se reflejó un destello de curiosidad, pero en ese momento la puerta corrediza se abrió y el librero regresó de la pista de patinaje.

—¡Ya he llegado!

Eunseop se quitó la parka y se sirvió una taza de té de bardana. Luego comenzó a revisar los libros que habían llegado durante el día sobre el exhibidor. Aún parecía llevar en la espalda el frío del hielo. Desde hacía un tiempo, cada vez que lo veía, a Haewon se le aceleraba el corazón, pero, sin dejar que se notara, le preguntó con aparente indiferencia: —¿Está bien equipada la pista de hielo? Nunca fui… Eunseop, con la taza en la mano, se giró hacia ella.

—No está mal para pasar la tarde en el campo.

—También hay un puesto para comprar *snacks*, ¿no?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

En la comisura de los labios de Haewon se dibujó una sonrisa apenas perceptible. Y, dos días después, en la página web de la librería apareció el siguiente anuncio:

Estancia literaria de una noche y dos días
en la Librería Good Night

Este invierno, con un frío sin precedentes, te invitamos a vivir la experiencia de una estancia literaria en la Librería Good Night.

¿Te gustaría hacer un viaje invernal con amigos o en pareja?

¡Vengan a visitar los paisajes nevados de Hyecheon, en Gangwon-do!

Durante el periodo del evento, los lectores que visiten la librería y compren dos o más libros recibirán:

Una noche de alojamiento en la casa del terror, el refugio helado más acogedor.

Entrada gratuita a la pista de patinaje del arrozal, para disfrutar del invierno en plena naturaleza.

Deliciosos *snacks* en el puesto de comida del invernadero.

Fechas: del 22 al 28 de enero (7 días).

Para más detalles sobre la librería, la casa del terror y la pista de patinaje, consulta la galería de fotos en nuestra página web.

Aunque el exterior parezca un palacio de hielo, ¡las habitaciones son cálidas y confortables!

Subido por la *manager* Armonía de la librería Good Night.

—Así que tu apellido significa armonía.

Hyeonji asintió mientras observaba el póster impreso con letras

promocionales sobre un fondo amarillo. Además del anuncio en la página web, habían preparado carteles para pegar por la ciudad. Aunque algunos visitantes vendrían de otras regiones, lo más probable era que la mayoría llegara desde Hyecheon y otras zonas de Gangwon-do.

—Yo voy a hacer bolsitas de tela acolchada, monederos y estuches. También puedo encargarme de la cocina.

Soojung anotaba todos los materiales que necesitaban. Como sería difícil cubrir los gastos con la venta de libros, se pusieron de acuerdo en crear productos de *merchandising* para vender. Haewon también tomaba notas, y respondió.

—Yo he diseñado una cinta adhesiva con ilustraciones. Ya he encargado la producción. De momento, he pedido solo cien unidades. Además, estoy haciendo ilustraciones para postales enmarcadas y marcapáginas. Y durante el evento, quería hacer retratos con caricaturas.

—¡Buena idea! A mí también me gusta crear personajes.

Hyeonji dibujaba letras *pop art* con rotulador sobre una cartulina. Había decidido añadir títulos de colores en los estantes para darles un poco más de vida.

—Perfecto, preparemos todo juntas. Viendo cómo escribes, seguro que se te dan bien más cosas.

Haewon terminó de anotar la lista de productos y, después de coger un póster y un rollo de cinta adhesiva, salió por la puerta corrediza. Quería que la librería fuera el primer lugar donde apareciera. Pegó el póster amarillo con cinta transparente sobre la pared de la casa tradicional con tejado de tejas. Al terminar, vio la frase que Eunseop había escrito sobre la pizarra:

«Si nuestro pueblo no te gusta,
pide el horario del tren».
Stephen King

—Qué va. Lo que hay que hacer es convertirlo en un lugar donde

merezca la pena quedarse —murmuró Haewon.

Aunque no podía evitar cierta preocupación, ver a sus compañeros entregándose con tanto entusiasmo al proyecto le daba confianza. En lugar de resignarse de antemano y no hacer nada, prefería intentarlo. Cuando recordara aquel invierno, al menos no tendría remordimientos. Hacía mucho que no tenía tantas ganas de hacer algo bien.



Al día siguiente, Eunseop estaba arreglando el suelo de madera de la Casa de Nuez. Había vuelto a nevar toda la noche, dejando un nuevo manto blanco sobre la ya gruesa capa de nieve del pueblo. Primero retiró el hielo que se había adherido a la madera. Luego extendió una manta térmica agrícola como si fuera una alfombra. A lo largo del borde, colocó postes de madera y cubrió toda la estructura con plástico para invernaderos, dejando una abertura a modo de entrada. La idea era transformar el espacio en una cafetería improvisada donde los visitantes pudieran sentarse junto a una estufa, tomar té o café y leer.

Cuando al mediodía todos subieron a verlo, ya se había convertido en un café acogedor, con mesas y sillas.

—Mirad lo que he traído —anunció Soojung, sacando varias piezas de tela de su gran bolso y desplegándolas con satisfacción.

—¡Qué bonito! ¡Manteles a cuadros! —exclamó Haewon.

—También he traído los cojines en el coche.

Haewon y Hyeonji colocaron los manteles sobre las mesas y apoyaron los mullidos cojines en las sillas. Luego, pusieron pequeños frascos de vidrio en cada mesa y colocaron flores secas.

—Solo falta traer la estantería baja.

Haewon observó el patio buscando el lugar adecuado y Eunseop le daba golpecitos a los postes de madera para asegurarse de que hubieran quedado fijos. Por la vibración, cayeron algunos pedazos

de hielo del primer piso. Las tres mujeres gritaron al mismo tiempo:

—¡No!

—Hay que tener cuidado.

Eunseop se sobresaltó y, asustado, murmuró:

—Perdón…

Soojung le lanzó una advertencia al librero:

—Ahora cada carámbano es valioso. Ten cuidado de no romperlos.

—¡Volvamos a echar agua para que se congelen otra vez! —dijo Hyeonji, recogiendo los fragmentos de hielo y lanzándolos lejos, hacia el campo nevado.

Por el sendero que llevaba a la Casa de Nuez se acercaban dos niños bien abrigados.

—Vimos un anuncio en la pizarra. Decía que viniéramos aquí.

Seungho hizo una leve reverencia y, al ver el suelo de madera decorado, sus ojos brillaron de emoción. Se recostó contra un cojín y pasó sus pequeñas manos por el mantel. Haewon se dirigió a la niña que lo acompañaba:

—Hola. Parece que ahora está de moda traer invitados. ¿Quién eres tú?

—Hola. Soy Hyojin Kim, de la misma clase que Seungho.

La niña, de rostro redondo y tierno, llevaba el cabello bien recogido en una coleta y sobre su parka rosa tenía unas orejeras de peluche.

—Así que eres amiga de Seungho.

—Sí, soy su compañera de pupitre.

Seungho respondió sorprendido.

—¡No es mi amiga! Me ha seguido hasta aquí —protestó.

Hyeonji hizo ademán de darle un leve coscorrón.

—¿Cómo vas a decir eso? Qué maleducado.

—Pero es verdad… —murmuró Seungho, cabizbajo.

Hyojin sonrió como si nada y se acercó a Haewon, haciéndole un gesto para que se inclinara. Cuando se agachó, la niña susurró con voz conspiradora:

—Es que yo soy la amiga invisible de Seungho durante las vacaciones de invierno. Por eso tengo que ser amable con él.

—Ah… todavía hacéis el juego del amigo invisible —susurró también Haewon.

—El último día de clase, el profesor nos hizo sacar un papelito en secreto. Cuando volvamos a la escuela nos dirán quién es nuestro amigo invisible. Hasta entonces, tenemos que llevamos bien.

Soojung colocaba unas muñecas de tela que había traído de casa en distintos rincones del café. Intrigada, preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Después te cuento.

Eunseop encontró manchas negras en las luces del techo y abrió la tapa con un destornillador. Eran las quemaduras del cortocircuito que provocó la filtración de agua.

—Esto no se puede usar. Pero por la noche hará falta luz para tomar té y leer.

—No hay electricidad en la casa principal. Deberíamos traer un cable desde la casa anexa y colocar una lámpara de pie —dijo Haewon al mirar hacia arriba.

—¿Qué les parece poner velas? ¿Será suficiente? —dijo Soojung, pero Eunseop negó con la cabeza.

—No solo sería demasiado oscuro, sino que también hay riesgo de incendio. Lo del cable es complicado… Tendremos que buscar una lámpara a pilas. Creo que tengo una por ahí.

De repente, Hyeonji gritó entusiasmada y saltó hacia el patio cubierto de nieve.

—¡Hyojin está haciendo un muñeco de nieve! Seungho, vamos a hacer uno también.

Todos se giraron y vieron a Hyojin con las manos enguantadas, amasando la nieve acumulada en el suelo para formar un muñeco. En el rostro de los adultos se asomó una sonrisa y todos empezaron a ayudar. Rodaron tres enormes bolas de nieve y construyeron un muñeco gigante en el patio de la Casa de Nuez. Hyeonji se puso a su lado y el muñeco tenía casi su misma altura.

Soojung se sopló las manos heladas y exclamó con la emoción de una niña:

—¡Ay qué bonito! Me dan ganas de vestirlo bien guapo. Mañana traeré algunas cosas.

—Yo traeré una zanahoria —dijo Seungho con el rostro encendido.



Para el día siguiente, habían nacido tres grandes muñecos de nieve en Bukhyeon-ri: uno en el patio de la Casa de Nuez, otro bajo el alero de la librería de la casa tradicional y el último en la entrada de la pista de patinaje del arrozal. Cada muñeco tenía una expresión distinta y parecían mucho más relajados que los espantapájaros del campo. Algunos llevaban sombreros, otros bufanda y botones brillantes, como si fueran los anfitriones de un pequeño mundo helado. En la cintura tenían colgado un cartel que decía: ¡BIENVENIDOS AL VIAJE INVERNAL DE LA LIBRERÍA GOOD NIGHT!



Esa misma noche, en la habitación de la casa de huéspedes, las tres mujeres preparaban *merchandising*. El faldón de lana de Soojung estaba cubierto de hilos sueltos de tanto coser y junto a Hyeonji se acumulaban muñequitos de lana. Había desde conejitos hasta una pareja de ardillas; su destreza con el ganchillo era sorprendente. En la mesita de Haewon se secaban ilustraciones sobre tiras de papel recortadas para hacer marcapáginas.

—Los marcapáginas negros tienen más estilo —comentó Hyeonji.

Haewon sonrió mientras limpiaba el pincel en un trapo seco. Había dibujado la mitad sobre papel blanco y la otra mitad sobre

negro.

—¿Sí? Tus muñecos también son adorables.

—La verdad que sí. Ha usado el rollo de papel higiénico para darles forma. Esas ardillas me las quiero comprar yo —dijo Soojung, admirada.

Pero Hyeonji fue tajante:

—De ninguna manera. Son para los clientes. Si empezamos a comprarnos las cosas entre nosotras, no ganaremos nada. Mi madre tampoco les vende medicinas a los parientes. Al final, aunque les haga descuento, nunca lo consideran suficiente.

Soojung detuvo la aguja en seco y soltó una carcajada.

—Madre mía, ¿no es un poco triste eso?

En ese momento, se escucharon voces en el patio. Hyeonji aguzó el oído y comentó:

—Parece la voz del señor de los LEDs.

Dejaron lo que estaban haciendo y salieron. Dos hombres estaban instalando luces.

—¡Vaya, cuánto tiempo! Hoy el librero ha pasado por nuestro negocio, así que hemos traído solo lo mejor de lo mejor.

Geunsang había perdido peso por la gripe. Tenía mucho menos barriga y su rostro parecía más anguloso. Soojung, envuelta en un chal, comentó con tono compasivo:

—Ha adelgazado bastante.

—Así es. Por mucho que intentaba perder peso, no lo conseguía… Pero parece que esta vez me he puesto a dieta sin querer —bromeó Geunsang mientras fijaba las lámparas con manos firmes.

Se trataba de una lámpara especial que funcionaba sin cables. Al encender el interruptor, proyectó la silueta de un fantasma sobre el patio y emitió un resplandor anaranjado. Al pulsarlo de nuevo, el fantasma empezó a girar en círculos. Satisfecha, Hyeonji chasqueó los dedos y exclamó:

—Ahora sí parece una auténtica casa de terror.

—Por la noche se encienden y durante el día se recargan. Y estas

velas son mi pequeña contribución al evento —dijo Geunsang, orgulloso.

Colocó en cada mesa unas luces LED en forma de vela dentro de unos vasos. Funcionaban con pilas y emitían una luz parpadeante que creaba la ilusión de una llama real.

—Son velas que los muñecos de nieve pueden sostener sin derretirse.

—Espectacular. Gracias —dijo Haewon, conmovida.

Geunsang agitó la mano, restándole importancia.

Eunseop bajó al patio y comenzó a sacar fotos del paisaje nocturno de la Casa de Nuez. Enseguida, los demás tomaron sus móviles e hicieron fotos de la cafetería iluminada en medio de la oscuridad, la luz naranja reflejada en los carámbanos, las ventanas congeladas y la silueta del fantasma sobre la nieve. También colocaron la vela cerca del muñeco de nieve. Eran imágenes para la galería de la web de la librería.

—Es increíble… Se lo voy a enseñar a Myeongyeo. Finge que no le interesa, pero en el fondo le gusta enterarse de todo —comentó Soojung al revisar las fotos en su móvil.

Haewon asintió en silencio.

Cuando los dos hombres dijeron que ya era hora de marcharse, Eunseop los acompañó por el sendero. Haewon y Hyeonji encendieron la estufa del piso de madera y se sentaron a contemplar la vista nocturna de Bukhyeon-ri. Hyeonji planeaba pasar la noche en el lugar, como si fuera un campamento, y había traído ropa y algunos artículos de higiene.

Haewon puso a calentar agua en una tetera sobre el hornillo portátil y preparó dos cafés instantáneos en vasos de papel. Cuando se lo entregó, aún ascendían volutas de vapor.

—La nieve está limpia. Podríamos haberla derretido para hervir el agua. Habría sido como acampar de verdad —comentó Hyeonji.

—Sería una locura. Acabaríamos con dolor de barriga.

Hyeonji le hizo una mueca burlona. Siempre había fingido ser una chica cínica, pero en los últimos días, mientras preparaban el

evento de la librería, se la veía más animada. *Es realmente bonita…*

—¿Por qué me miras así?

—Nada. Solo me has recordado a algunos de mis antiguos alumnos.

—¿Eras profesora?

—Daba clases de arte en una academia.

—Yo te veía aire a profesora. ¿Por qué lo dejaste?

—No lo sé… Supongo que acabé agotada —dijo soltando un suspiro.

—Ah, no te gustaban los alumnos.

Un comentario directo y sin rodeos. Haewon titubeó antes de negar con la cabeza.

—No. Hubo un tiempo en que pensé que sí los detestaba, pero ahora me doy cuenta de que no. Era yo la que estaba a la defensiva.

Hyeonji asintió, como si comprendiera, y pareció sumirse en sus propios pensamientos. Eunseop regresó por el sendero nevado. Se sentó junto a ellas y le preguntó a Hyeonji:

—¿De verdad puedes quedarte a dormir? ¿Tu madre te ha dado permiso?

—Claro. Haewon habló con ella por teléfono.

Haewon le sirvió un café. Durante un rato, los tres permanecieron en silencio, contemplando la oscuridad mientras bebían. Los últimos días habían estado demasiado ocupados y apenas habían tenido tiempo para sentarse juntos sin hacer nada. Solo con compartir ese momento de descanso, la sensación de agotamiento comenzó a disiparse poco a poco.

De repente, Hyeonji rompió el silencio.

—Guau… Me ha venido una sensación.

Ambos la miraron, pero ella seguía viendo al muñeco de nieve.

—Soy muy perceptiva. Ahora mismo siento algo, como si se estuviera elevando una aurora boreal… Esta sensación… ¿Qué significará? ¿Fue un error quedarme aquí? ¿Os interrumpo?

—¿Una aurora? —preguntó Haewon.

—Y si te confirmo que nos estás interrumpiendo, ¿qué pasa? —

bromeó Eunseop.

—¡Guau, increíble!

De un salto, Hyeonji se puso en pie y brincó hacia el patio, saltando sobre la nieve.

—¡Ay! ¡Ahora entiendo por qué sentía vergüenza! Ya me olía algo raro desde ayer… Entendido. Os dejo tranquilos.

Dicho esto, siguió dando saltitos hasta la casita de invitados. Justo antes de entrar en la habitación, se giró de golpe y, con una sonrisa picara, añadió:

—No os preocupéis. Guardaré vuestro secreto.

Cuando la puerta se cerró, los dos se quedaron solos en el suelo de madera, aún un poco desconcertados por la escena. Haewon no pudo evitar reírse.

—Pensaba que solo era excéntrica, pero cada día me parece más encantadora.

—Tú también eres encantadora.

Ella se sonrojó.

—Gracias. Tú también.

A pesar de haber terminado el café, siguieron sentados junto a la estufa, disfrutando del silencio y la calma.

—Ese fantasma no da nada de miedo.

Ambos rieron. Las estrellas y las velas titilaban como si se rieran con ellos.

Estancia literaria en la librería Good Night

—Aquí tiene un mapa de la zona. En el reverso encontrará información detallada, puede consultarla cuando lo necesite.

La clienta de veintitantos años tomó el folleto que Haewon le tendía. Era una visitante de Seúl que había reservado una noche en la Casa de Nuez, el tercer día de la estancia literaria. Tenía el cabello hasta los hombros, una falda larga de lana y un abrigo color camel. Mientras examinaba el mapa, preguntó:

—¿A partir de qué hora se puede hacer el *check-in* en la pensión?

—Desde las cuatro de la tarde. Si viene a esa hora, yo la estaré esperando.

Haewon respondió amablemente y estampó el sello de la librería en los libros que la clienta había elegido. Luego, añadió un cupón para la pista de patinaje y colocó todo en una bolsa de papel antes de entregársela. En el folleto informativo, además del mapa de Bukhyeon-ri con la ubicación de la librería, la pensión y la pista de patinaje, estaban detalladas las instrucciones de uso de cada lugar.

Un joven que había pasado casi una hora recorriendo los estantes se acercó al mostrador. Su piel era muy pálida y los dedos que sostenían los libros eran largos. Haewon estaba guardando todo en una bolsa cuando el joven habló:

—No necesito el cupón. Para ir al lago Hyecheon, ¿qué autobús debo coger?

—Sin cruzar la calle, vaya a la parada del bus 60-1. ¿Volverá esta noche?

—Sí, haré el *check-in* por la noche.

Él también era un huésped que se alojaría en la Casa de Nuez. Cuando el joven desapareció en dirección a la parada con su mochila al hombro, el teléfono sonó. Desde el auricular llegó una voz con acento marcado.

—Llamo desde Busan. ¿La pensión sigue congelada?

—Sí, más aún que en las fotos.

—Quiero reservar para dos personas. Somos dos amigas.

Apuntó la fecha, el contacto, los nombres y colgó el teléfono. En el cuaderno de reservas todas las noches estaban reservadas, salvo dos días. La Casa de Nuez tenía tres habitaciones, pero, para no complicar la gestión, solo aceptaban dos grupos por noche: una habitación para dos personas y otra para alguien que viajara solo. El último día, la reserva era para una familia, así que los tres miembros dormirían juntos en una misma habitación.



Como era la primera vez que organizaban un evento así, todos estaban emocionados, pero también un poco nerviosos. Sin embargo, al llegar el tercer día, poco a poco se fueron acostumbrando y relajando. Haewon se levantó para reponer las galletas que habían dejado como cortesía y rellenó el termo con té de limón caliente. Habían limpiado el gran dintel del techo de la casa tradicional con una mopa larga hasta dejarlo reluciente y Eunseop se había encargado durante varios días de eliminar las manchas de nieve y lluvia congelada de las paredes exteriores. En cada una de las pequeñas ventanas con celosía habían colocado nuevas cortinas en tonos cálidos.

Lo más difícil había sido reorganizar los libros de los estantes. Hubo mucho debate entre el librero y los miembros del club sobre cómo deberían ordenarse. Normalmente, Eunseop pensaba que lo mejor era que los clientes buscaran y escogieran los libros con libertad, pero Haewon y los demás querían hacer algo especial para la ocasión y recomendar lecturas de una manera distinta. Por eso, buscaron referencias en librerías independientes y extranjeras, explorando ideas llamativas.

—Mira, hay una librería que tiene una sección de libros para leer el día que te separas de alguien —comentó Hyeonji.

—¿Quién lee libros cuando se separa de su pareja? Ese día es para pasártelo llorando —dijo Eunseop algo molesto.

Las opiniones eran muchas y variadas. Al final, el librero aceptó la propuesta del grupo y prepararon una selección de títulos según varias categorías sugeridas:

- Para leer cuando nieva.
- Para leer esperando la primavera.
- Para la juventud y los viajes.
- Para quienes desean un nuevo comienzo.
- Para los que buscan algo distinto al amor.
- Para los que quieren conocer una pequeña librería.

En la sección «Libros para leer cuando nieva» colocaron los títulos que los integrantes del grupo habían leído en voz alta contemplando el paisaje nevado. Los miembros de la librería se encargaron de difundir la noticia del evento y fueron pegando los carteles amarillos en callejones del centro de Hyecheon, en las paradas de bus de Bukhyeon-ri, Namhyeon-ri y Soseo-ri. Los puntos amarillos parecían flores de forsitia por toda la ciudad. Esperaban que el evento transcurriera sin contratiempos y que la librería Good Night quedara grabada en la memoria de los clientes y de sus

miembros como un lugar especial.



Alrededor de las tres de la tarde, la campanilla de la puerta tintineó y Hyeonji entró con Madison y otros amigos.

—¡Venimos a hacer el relevo!

—Bienvenidos.

Los estudiantes de secundaria recorrieron la librería y enseguida se sintieron atraídos por los productos expuestos sobre la mesa central. Mientras sus amigos curioseaban las bolsitas de tela acolchada y las figuritas de lana, el rostro de Hyeonji se iluminó de repente.

—¿Se ha vendido la pareja de ardillas?

—Sí, esta mañana —respondió Haewon sonriendo.

Hyeonji se puso a revisar qué otros productos se habían vendido. Después de tantas noches en vela confeccionándolos, parecía haberles cogido un cariño especial.

—Como era de esperar, los marcapáginas negros han sido los más vendidos.

—Sí, supongo que el blanco es demasiado común, así que el negro ha llamado más la atención.

Haewon se puso el abrigo, se colgó el bolso al hombro y anunció:

—Bien, entonces os dejo a cargo. Voy a pasar por la pista de patinaje antes de subir a la pensión.

—No te preocupes por nada.

Hyeonji asintió con seriedad para transmitirle confianza.

Era una tarde despejada, con un cielo azul libre de nubes. El frío intenso había dado un respiro y la brisa fresca despejaba la mente. Antes de irse, Haewon ajustó bien el sombrero torcido del muñeco bajo el alero de la casa tradicional y emprendió el camino por el sendero del arrozal.

Los restos de nieve, aún sin derretirse, brillaban bajo el sol en los

campos. La pista de patinaje quedaba a cinco minutos a pie. Si cogía la carretera, llegaría a la entrada, pero si seguía el sendero del arrozal, saldría por la parte trasera del invernadero.

A medida que se acercaba, las banderitas de colores y los toldos ondeaban al viento. Sobre el hielo la gente patinaba de un lado a otro envuelta en chaquetas de todos los colores. El sonido de la música pop que salía de los altavoces colgados en los árboles se hacía cada vez más fuerte.

En el claro detrás del invernadero, Eunseop estaba partiendo leña con un hacha. Cuando Haewon se acercó al montón de troncos apilados, él se detuvo. De repente, tuvo ganas de bromear y abrió los ojos con admiración fingiendo asombro.

—¿Eres de los hombres que cortan leña?

—Es parte de mi rutina diaria.

—No sabía. Sin duda tienes una vida ocupada.

—Desde pequeño asumí que partir leña en invierno era mi destino. Mientras viva en la casa de mi tío, no tengo escapatoria.

Su tono era indiferente y seco, pero en su mirada se reflejaba una sonrisa traviesa. Cuando entró al invernadero entendió para qué tanta leña. Una oleada de calor la envolvió apenas puso un pie dentro. Había dos grandes estufas de hierro fundido. Eunseop fue hasta ellas y comenzó a introducir los troncos con cuidado. Sobre una de las estufas, en un amplio barreño de latón, unas patatas dulces se asaban lentamente.

—¡Oh! Señorita de la Casa de Nuez, bienvenida —exclamó el alcalde con una amplia sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos.

A lo largo de la pared del mostrador, unas estanterías metálicas exhibían patines de todas las tallas, con un cartel que indicaba: Alquiler: 3,000 wones. Los niños y los adultos probaban distintos pares para encontrar su talla, mientras que, en una zona cercana, donde se vendían juguetes, colgaban de los ganchos todo tipo de artículos coloridos: chapas de plástico para golpear, pelotas de *jegichagi*, globos y pomperos.

La estrella de la pista de patinaje era el rincón de los aperitivos: una gran mesa redonda plegable cubierta con un hule y una hilera de sillas. La gente que volvía de divertirse sobre el hielo devoraba sopa de pastel de pescado, *tteokbokki, gimbap*, fideos instantáneos, entre otras cosas. Detrás del mostrador de la cocina, la tía de Eunseop revolvía con energía los ingredientes humeantes en la plancha, con un cucharón en una mano y una espátula en la otra.

En una esquina del lugar, Soojung se las había ingeniado para gestionar su propio rincón de *snacks* de la librería, casi como si fuera una okupa. Sobre una pequeña mesa cubierta con un mantel de flores, había colocado una cafetera para preparar americanos, chocolate caliente, churros y pastel de calabaza. Hyeonji había escrito los precios en un cartel con letras estilo *pop art* y lo había pegado con cinta adhesiva. Cuando cruzaron la mirada, Soojung saludó a Haewon con un gesto y dijo:

—Ven. Prueba la tarta.

Cortó una porción con un cuchillo pequeño y se lo puso en la boca a Haewon. Ella levantó el pulgar. *Está deliciosa, como siempre*. Desde la cocina, la tía de Eunseop lanzó una mirada fugaz en su dirección antes de volcar una buena cantidad de pasteles de arroz en la plancha y empezar a removerlos con la espátula. Mientras limpiaba con una servilleta las migas que habían caído sobre el mantel, Soojung murmuró en voz baja:

—Hasta ayer vendí bastantes chocolates calientes. Aquí los chicos solo tenían Cola y Sprite. Con este frío deben de querer algo caliente para beber. Pero ella me vio y hoy ha empezado a venderlo.

—Ah, ¿sí? —susurró Haewon, sorprendida.

—Por supuesto, ya es bastante que nos hayan cedido un espacio, pero, si iban a añadirlo al menú, podrían haber esperado a que nos fuéramos. Al fin y al cabo, solo estaremos aquí unos días.

Soojung parecía algo desanimada, así que Haewon la consoló:

—No hay nada que hacer… Las penas de los inquilinos.

—Eso mismo digo yo.

Soojung había traído un microondas y vendía pinchos de

salchichas. A los parroquianos de la pista parecía encantarles. Se podía sentir una competencia acalorada por el menú, una especie de batalla silenciosa por el mejor. Con la actitud de una cocinera *amateur* que defendía su orgullo, Soojung llevaba su delantal y atendía con entusiasmo.

En ese momento, la joven vestida con falda de lana se acercó al rincón de los aperitivos. Pidió un *gimbap* en el puesto de al lado y se sentó sola en una de las mesas bulliciosas.

Soojung notó que su vestimenta no combinaba con el ambiente de la pista de patinaje:

—Debe de ser una clienta de nuestra librería.

—Sí, se hospeda esta noche.

Haewon miró de reojo el reloj y cuando Soojung fue a ofrecerle un café de cortesía salió del invernadero. Vista de cerca, la pista de patinaje era mucho más grande de lo que parecía. Bajo los banderines de colores, la gente se deslizaba en grandes círculos. Al otro lado de la valla, unos niños montaban en trineos de madera.

Los ojos de Haewon buscaron instintivamente la figura de Eunseop. Llevaba puestos unos patines y un silbato colgado al cuello mientras se desplazaba por la pista, ayudando a los niños que se habían caído a ponerse de pie. En un momento, uno de ellos le dijo algo y él se rio a carcajadas. Desde la distancia, Haewon también sonrió. Tan solo con observarlo, su corazón latía tembloroso.

—Estoy enamorada… —susurró, como si se hablara a sí misma, dejando que sus palabras se dispersaran en el viento.

Cuando empezó a caer el crepúsculo, encendieron la estufa y las velas LED en el patio de la Casa de Nuez. La huésped había dejado su bolso en la habitación Abedul y ahora tomaba fotografías del paisaje que se veía desde la pensión. Luego pasó un buen rato leyendo en la cafetería improvisada, protegida del viento exterior por el toldo de plástico.

—Parece que ha querido patinar —comentó Haewon mientras le acercaba un termo con té caliente y una manta para las piernas.

La mujer levantó la vista de su libro y respondió:

—Con este atuendo, no es muy práctico… Además, he venido aquí a pasar la noche leyendo.

—Es de Seúl, ¿verdad? ¿Se ha tomado unos días libres?

—Sí, cuatro, y planeo pasar dos aquí.

Cuando sonrió, le aparecieron un par de hoyuelos en las mejillas y sus *brackets* quedaron a la vista.

A la noche, el muchacho regresó por el sendero. Había pasado la tarde en el lago Hyecheon y, después de recibir las llaves de la habitación Olmo, entró a su cuarto. Al cabo de un rato, luego de asearse, salió al patio. Los dos huéspedes, que parecían tener la misma edad, solo se saludaron con una ligera reverencia sin cruzar palabra y leyeron sus libros, cada uno en su lugar.

Más tarde, cuando Haewon salió del lavadero con las toallas que había limpiado por la mañana, vio a la mujer sentada en el suelo de madera, soplando pompas de jabón hacia el cielo nocturno. Seguramente había comprado el juguete en la pista de hielo. Mojó la varilla en el pequeño frasco de plástico y, al soplar, las burbujas flotaron en el aire, elevándose sobre la silueta del fantasma proyectada en el suelo. Con cada soplido, su aliento blanco se mezclaba con el frío y se desvanecía en la oscuridad.

Haewon se quedó un rato observándola, con las toallas apretadas contra el pecho. Las burbujas que soplaban los niños de día no provocaban la misma sensación que las que flotaban en la noche. Eran efímeras, un poco melancólicas, pero también cálidas. No sabía nada de aquellos huéspedes, pero le agradaba la idea de compartir con ellos un instante fugaz en medio de aquella noche.

Un pequeño coche verde se detuvo frente a la Casa de Nuez, y de él bajaron Soojung y Hyeonji, que acababan de terminar su jornada. Para no molestar a los huéspedes, Soojung habló en voz baja:

—Pasamos un momento antes de irnos a casa.

—Seguro que ha sido un día largo. Quedaos un rato para entrar en calor.

—¿Por qué no?

Cuando entraron en la habitación Árbol de Nuez, se sentaron en la parte más caliente del suelo.

—Me acaba de reemplazar Eunseop —comentó Hyeonji, mientras bostezaba y empezaba a doblar las toallas. Se notaba que había dormido poco últimamente.

Soojung enderezó la espalda, se apoyó sobre el edredón y habló satisfecha:

—Los huéspedes de afuera hacen buena pareja. Uno está leyendo y la otra sopla burbujas de jabón… Parece un cuadro.

Haewon, doblando una toalla, asintió.

—A los dos les gustan mucho los libros. Han comprado varios ejemplares.

—Me da algo de envidia la juventud. Si yo tuviera su edad, creo que también vendría sola a estos eventos. Y, quién sabe, quizás conocería a alguien con quien conectar y mantener conversaciones inolvidables… Qué romántico, ¿verdad?

Soojung dejaba volar su imaginación, pero Hyeongi frunció el ceño.

—Qué exagerado. La privacidad de cada uno es lo más importante. No todo tiene que acabar en romance.

—Los jóvenes pueden conocer a alguien especial cuando viajan. ¿Qué tiene de malo el romance? ¿Por qué iba a ser algo negativo? —protestó Soojung, pero a Hyeongi no le importó.

—No digo que el romance sea malo, pero… creo que esas personas han venido aquí porque necesitan estar solas. Salta a la vista. Yo, al menos, lo percibo.

—¿De verdad crees que parece que buscan la soledad? —Haewon preguntó con curiosidad.

—Sí. El amor… no es gran cosa.

Su tono tan sereno, casi resignado, hizo que las dos mujeres la observaran con una mirada peculiar. Finalmente, fingiendo un aire ofendido, Soojung replicó con una sonrisa burlona:

—Ya veo. Discúlpeme, señorita. Cuando madure tanto como usted, seguro que también comprenderé el amor.

Haewon no pudo evitar reírse.

Después de que se marcharan, los huéspedes siguieron leyendo un rato antes de retirarse a sus habitaciones. Igual que antes, solo intercambiaron una leve inclinación de cabeza antes de separarse. La luna brillaba con intensidad en el cielo despejado.



La librería recibía principalmente a gente de Hyecheon, con una afluencia notable de adolescentes y clientes en la veintena o treintena. A los estudiantes les encantaban las caricaturas, así que Haewon había establecido un horario fijo para dibujarlas: todos los días, de una a dos de la tarde. Algunos clientes se tomaban *selfies* sosteniendo libros con portadas llamativas, los estudiantes solo compraban *merchandising* y otros pasaban a sacar fotos sin llevarse nada. Sin embargo, la mayoría acababa comprando al menos un libro antes de deslizar la puerta corrediza para salir.

El sexto día, no hubo huéspedes en la pensión, así que se tomaron un pequeño descanso de la rutina. Después de cerrar, Eunseop y Haewon se quedaron hasta tarde en la librería, cuando apareció Jangwoo.

—¿Cómo va el evento?

Se dejó caer en una silla y se frotó la cara con las manos. Venía del trabajo tras hacer horas extras.

—Por suerte, bastante bien —respondió Eunseop—. ¿Quieres una cerveza?

Pero Jangwoo se estremeció como si la idea le provocara rechazo.

—No. Cuando salgamos entre nosotros, nada de alcohol. Hay que saber distinguir entre aliados y enemigos.

Mientras se aflojaba la corbata desganado, empezó a hablar de los problemas que lo traían de cabeza.

—En el departamento de promoción turística estamos en plena

fiebre de propuestas. Parece que todo el mundo tiene una idea brillante. Ahora mismo estoy revisando un proyecto llamado *Camino virtual Tactac*.

—¿El Camino Tactac ahora es virtual? —preguntó Haewon, sorprendida.

Jangwoo fingió no haberla escuchado y siguió hablando con tranquilidad.

—¿Recuerdas aquel juego de móvil en el que ibas cazando Pokémones? Pues han propuesto desarrollar una aplicación que escanee digitalmente a Hyecheon y la convierta en una especie de ciudad cibernética. Los ciudadanos serían los usuarios y tanto las instituciones importantes como las tiendas de pequeños comerciantes podrían formar parte del mapa virtual. La librería Good Night también podría unirse. Se podrían hacer pagos y acumular puntos dentro de la aplicación.

—Ah… Pero si ya existe un mapa real, ¿es necesario crear algo así?

Eunseop, distraído, respondió sin demasiado interés mientras revisaba en su portátil la lista de libros vendidos ese día.

—La idea es agregarle características únicas de nuestra ciudad. No sería un simple GPS o una aplicación de navegación, sino más bien una especie de gremio de comerciantes locales, por así decirlo. En fin, estuve con mi jefe reuniéndome con diferentes empresas y me encontré con un nombre familiar. Un graduado del instituto de Hyecheon. Y de repente me vino a la cabeza… Go Taeuk, ¿no es tu primo?

—Sí…

Eunseop respondió sin apartar la vista de la pantalla. Jangwoo chasqueó los dedos, satisfecho.

—¡Sabía que no me equivocaba! Mi memoria no falla. En cuanto lo vi, lo reconocí de inmediato. Al parecer, ha trabajado como programador todo este tiempo y ha convertido su empresa en un negocio bastante exitoso.

—No estoy en tema, pero sí, creo que sigue en ese sector.

—Mmm… Se ve que aún tienen una relación distante…

Jangwoo intentó tantear el tema con cautela, pero Eunseop no mostró ninguna reacción. En la mente de Haewon apareció la imagen del hombre de la casa de abajo, que se había encontrado en el sendero hacía poco. *Así que era él…*

Se veían incómodos el uno con el otro. Tuvo la sensación de que algo en esa relación le resultaba extraño, pero no pudo precisar qué era exactamente. Al ver que Eunseop no respondía, Jangwoo perdió el interés y, desperezándose con un gran bostezo, cambió de tema:

—¿Y si compro un libro? Recomiéndame uno que me cambie la vida. Todos los días tengo que reunirme con gente, decir cosas que ni yo mismo creo. Me duelen la cabeza y la boca de tanto hablar.

Eunseop meditó un momento, se levantó y recorrió los estantes con la mirada. Tomó un libro que estaba en lo alto de una esquina, le sacudió el polvo con la mano y lo dejó con solemnidad sobre la mesa.

—Este libro fue escrito hace doscientos cincuenta años, señor cliente. Aunque solo se tradujo a nuestro idioma hace dos.

Jangwoo y Haewon miraron la portada: *El arte de callar*, de Joseph Antoine Toussaint Dinouart.

Jangwoo quedó boquiabierto.

—No sé si debo golpearte… O irme sin comprar nada.

Haewon marcó la parte inferior del libro con el sello de la librería y, con una sonrisa amable, se lo tendió.

—Señor cliente, serían dieciocho mil quinientos wones.

—Uf… Hoy estáis los dos un poco insoportables.

Jangwoo resopló con una risa sarcástica, pero al final, sin más remedio, cogió la bolsa con el libro y se puso de pie. Entonces, inclinándose sobre la mesa, se acercó lo suficiente como para que solo Haewon pudiera oírlo y susurró con aire cómplice:

—Cuando llegue la primavera… no tendré que escuchar el sonido del pecho reventado del príncipe sapo, ¿no?

—¿Qué dices? —preguntó frunciendo el ceño.

—Nada. Solo tengo curiosidad por cuál será el destino de este

romance. Me voy.

Jangwoo se despidió agitando la mano mientras se alejaba, pero Eunseop, sorprendido por su marcha repentina, comentó:

—¿Qué ha sido eso? ¿Ya te vas?

—Sí, estoy agotado. Me voy a dormir temprano.

—¿Entonces a qué has venido? Podrías haber ido directamente a tu casa.

Jangwoo se dio la vuelta y lo miró decepcionado.

—¡Para comprar un libro, insensible de mierda! ¡Porque dijiste que había un evento! —gritó indignado.

Murmurando que no tenía remedio, cruzó la puerta corrediza y se perdió en la oscuridad.

Mientras Eunseop terminaba de ordenar, Haewon quedó sumida en sus pensamientos. Después de días de actividad constante, el ambiente de la librería se sentía extrañamente acogedor, como si todo hubiera sido un espejismo. Los libros apilados sobre la mesa, los monederos que no se habían vendido y los cuadros ilustrados parecían adormecidos en una modorra silenciosa.

Él rompió el silencio con una voz algo culpable:

—Has tenido mucho trabajo, ¿no? Se ve que estás cansada.

Haewon negó con la cabeza.

—No… Solo estaba pensando en algo.

—¿Qué cosa?

—Hay algo que quiero preguntarte, pero será mejor que no. Lo haré en otro momento.

Eunseop, mientras reubicaba unos libros desordenados, pareció dudar un instante.

—Entonces, supongo que yo tampoco podré preguntarte lo que quería.

—¿Qué cosa?

—Si tú lo dices primero, yo también lo diré.

Ella titubeó. ¿Podría preguntarlo? Tal vez era algo incómodo para él, pero desde hacía tiempo había notado un detalle sobre Eunseop que le resultaba confuso.

—Me preguntaba… ¿por qué tú y tu primo tenéis apellidos diferentes? Si es hijo de tu tío, debería tener el mismo apellido, ¿no?

Eunseop observó a Haewon en silencio y rio.

—¿No lo sabías? Soy adoptado.

Hubo un breve silencio. Ella fingió no sorprenderse, pero quizás no lo logró del todo. Tras vacilar un momento, asintió y respondió:

—No lo sabía.

—Casi todos nuestros compañeros de la secundaria lo saben.

Eunseop lo dijo con indiferencia, como si no fuera gran cosa. *Ya veo…* Siempre había sido así. Había estado tan atrapada en sus propios asuntos que nunca se había dado cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Entonces, tus padres que viven en la ciudad…

—Me criaron desde que tenía ocho años. ¿Recuerdas la tumba que vimos en la montaña?

—Sí, claro.

—Allí está enterrado mi padre biológico. Cuando era pequeño vivía en la montaña y cada tanto visitaba el pueblo.

Eunseop esbozó una leve sonrisa y dejó escapar un suspiro.

—Haewon, realmente nunca te he interesado, ¿verdad? Lo sospechaba, pero ahora lo confirmo.

De pronto, la imagen de aquella cabaña en la montaña nevada apareció con claridad en su mente: el viejo fogón con rastros de ceniza, la chimenea baja… Un hogar que en su día albergó dos vidas, pero que ahora estaba vacío, acumulando polvo y olvido.

—Ven aquí.

Sentada en la silla, Haewon hizo un gesto con la mano para llamarlo. Un destello de tensión cruzó su rostro. Sin embargo, la vacilación duró apenas unos segundos antes de que él se acercara y se agachara frente a ella, apoyando las rodillas en el suelo.

—¿Qué?

—Voy a abrazarte.

Frunció el ceño, desconcertado.

—¿Qué es esto? ¿Te doy lástima o algo así?

—De ninguna manera. Solo… es mi forma de disculparme por no haberme dado cuenta antes.

—Si es así…

Eunseop sonrió y Haewon lo rodeó con los brazos. Él se tensó al principio, como si no supiera qué hacer, pero poco a poco Haewon sintió cómo su cuerpo se relajaba. *¿Por qué siempre se queda tan rígido cada vez que lo toco…?* Con una mezcla de ternura y compasión, bajó la cabeza y le besó el cabello.

Entonces, fingiendo estar alegre, preguntó:

—Ahora te toca a ti. ¿Qué querías preguntarme?

—Hoy… no hay reservas en la Casa de Nuez. Si llamo ahora, ¿me dejarán dormir allí?

—Vaya, ¿eso era todo? Por supuesto que puedes. Hay habitaciones de sobra. ¿Cuál prefieres? ¿La Abedul? ¿La Olmo?

Eunseop hundió la cabeza en sus rodillas, desilusionado.

—Qué vergüenza. Me he equivocado.

Haewon se rio a carcajadas.

—Es una broma. Te doy la mitad de la habitación Avellana.

Él levantó la cabeza.

—¿La mitad?

—Sí. Qué buena soy.

—Lo eres…

Ambos rieron y luego se besaron. Afuera, el muñeco de nieve con gorra hacía de centinela en la noche silenciosa.

Después de que los últimos huéspedes se marcharan, los miembros de la librería cerraron el negocio y celebraron el final del evento en la pista de patinaje del arrozal. El abuelo de Seungho tampoco salió a buscar papel y se quedó a jugar con el nieto.

—¡No hace nada de frío! Estoy sudando un montón.

Con las mejillas sonrojadas de tanto correr, los niños hablaban

sin parar mientras su aliento blanco flotaba en el aire como el vapor de una olla hirviendo. Desde el borde de la pista, Soojung los observaba con orgullo.

—Claro, cuando haces ejercicio, no sientes el frío.

—¡Pero hasta el sudor se congela!

Seungho sonrió radiante y corrió hacia su abuelo, que se acercaba arrastrando un trineo de madera con un diseño similar a un tablero de *baduk*. Sin dudarlo, el niño se subió de un salto a sus rodillas. El abuelo, sujetando las barras de hierro a ambos lados, se impulsó sobre el hielo con fuerza y comenzó a deslizarse con su nieto. Hyeongi, que había desempeñado muy bien su rol de librera, estaba abrigada con un grueso pantalón acolchado y una chaqueta de plumas. Jugaba con Hyojin arrastrándola en un trineo de plástico con una soga.

Era la primera vez que Haewon se calzaba unos patines de hielo y, entre caídas y resbalones, logró dar una vuelta con dificultad. Al final terminó yendo hasta el borde de la pista, aferrándose a la valla de red para no caer. Soojung no pudo contener la risa al ver a Haewon en ese estado.

—¿Usted no patina?

—No. Tengo miedo de hacerme daño en el tobillo.

—La verdad, yo tampoco debería forzarme. Creo que será mejor que pare.

Haewon, sin fuerzas, se apoyó en la red para recuperar el aliento.

Los niños dejaron sus trineos y, atravesando un agujero en la malla, se colaron en la pista de patinaje. Hyojin se había enganchado en su gorra un molinete que le habían comprado en la tienda de juguetes y, además, sostenía una pistola de burbujas que disparaba en ráfagas. Hizo una pirueta en el aire como una patinadora artística y pulsó el gatillo. El viento hacía girar el molinete de su gorra y las burbujas se dispersaban volando. Seungho se quedó quieto mirándola fascinado.

—¡Hyojin, estás increíble!

Las tres mujeres de la librería la observaban contentas cuando Eunseop se acercó soplando su silbato y se detuvo frente a Haewon.

—¿Ya has terminado? Apenas has dado una vuelta.

—Me duele el trasero por caerme todo el tiempo.

—Te ayudo. Vamos.

Cogiéndola de la mano, tiró de ella hacia la pista. Haewon, con las piernas rígidas por los nervios, se aferró con fuerza a él, pero Eunseop poco a poco la fue aflojando.

—Dobla un poco la rodilla y endereza la espalda. Imagina que empujas el hielo en forma de «V».

—¿Forma de «V»?

—Tranquila. Todo es más fácil de aprender si te relajas.

—Es fácil decirlo, pero relajarse es lo más difícil del mundo.

Haewon deslizó los patines a duras penas, pero sus piernas comenzaron a separarse demasiado, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Eunseop volvió a cogerla de la mano.

—Cuando te caigas, para levantarte primero apoya una rodilla en el…

—¡Ahhh!

Cuando Haewon intentó levantarse, perdió el equilibrio y, en un acto reflejo, se aferró a la parka de Eunseop. Ambos cayeron con fuerza. Con un golpe sordo, Eunseop dejó escapar un quejido de dolor. Hyojin, que patinaba a toda velocidad, no pudo esquivarlos a tiempo. Gritando, se precipitó sobre ellos, mientras su pistola de burbujas disparaba en todas direcciones. Al observar la situación, Seungho se acercó con una sonrisa picara.

—Yo también me voy a caer.

Con los brazos extendidos como una ardilla voladora, se lanzó sobre ellos. Debajo de todos, Eunseop y Haewon forcejeaban intentando liberarse, cuando Hyeonji, entre risas, se deslizó hasta ellos con una expresión solemne y se dejó caer de espaldas como si estuviera sobre un colchón.

—¡Ahhhh! ¡Me vais a hacer daño! —gritó Haewon escapando con dificultad.

Jadeando, se pasó los dedos por el cabello despeinado y miró a Eunseop, que seguía tumbado en el hielo. Con un susurro apenas audible, él murmuró:

—Creo que… me he roto una costilla.

—¡No te creo!

Haewon se inclinó asustada, pero Eunseop frunció el ceño y se quejó con voz lastimera:

—Haewon… pesas más de lo que aparentas.

—¿Qué dices? ¡Se me han caído encima tres personas más!

Eunseop se incorporó y giró el cuello de un lado a otro, como si le doliera. Bajo los banderines que ondeaban en el cielo, Haewon quiso arreglarle el cabello, pero Eunseop cogió su muñeca de golpe.

Ella lo miró confusa y, antes de que pudiera reaccionar, la atrajo con fuerza y la derribó de nuevo sobre el hielo.

—¡Aaaah!

—Chicos, ¡al ataque!

Hyojin se lanzó contra ellos y Seungho y Hyeonji también. Haewon, atrapada en el fondo, luchó por liberarse, pero de repente notó algo extraño. *No pesaban tanto como antes…* Entonces se dio cuenta: Eunseop había apoyado los codos en el hielo y estaba sosteniendo el peso de los demás para que no recayera sobre ella. Al levantar la vista y encontrarse con sus ojos tan cerca, algo en su interior se estremeció. De pronto, le pareció aún más adorable y le susurró:

—Quiero besarte ahora.

Eunseop tembló por la sorpresa y perdió la fuerza de los brazos. Toda la pila de cuerpos se desplomó sobre ellos. Esta vez Haewon gritó de verdad y se quedó sin aliento de tanto reírse.



Al atardecer, cuando la pista de patinaje cerró, los miembros del club se reunieron junto a la estufa de hierro del invernadero. Habían

decidido celebrar el final del evento con una cena en la librería.

Eunseop, mientras tanto, seguía ocupado. Con una pala, retiraba los restos de hielo desgastado y esparcía agua de manera uniforme sobre la pista para que la superficie quedara lisa y lista para el día siguiente.

Conversando, fueron caminando a la librería por el camino del arrozal. Antes de entrar, se agruparon alrededor del muñeco de nieve y sacaron una foto en grupo frente a la puerta corrediza.

El cielo del atardecer, la nieve acumulada sobre el tejado y los miembros de la librería con sus abrigos componían una imagen digna de una postal. El abuelo de Seungho les hizo la fotografía con sus manos temblorosas desde el otro lado de la calle. Después, cuando el anciano se unió al grupo colocando una mano sobre el hombro de su nieto, Eunseop cruzó la calle para sacar otra foto.

Click. Así, aquel invierno quedó guardado en el recuerdo.

Gracias a todos

Diario de la librería, 29 de enero

 # Epílogo de la estancia literaria.

Organizamos por primera vez una estancia literaria que duró siete días. En la práctica, H fue la líder y los socios ayudaron en todo. Estoy muy agradecido con ellos. En la librería hicimos una fiesta para celebrar el fin del evento y les quise pagar algo por su trabajo. Soojung insistió en que lo suyo había sido un acto de generosidad y no quería aceptar nada, pero le dije que, de ser así, yo me sentiría en deuda, así que al final lo entendió y lo aceptó. Es demasiado buena.

Hyeongi se puso a dar saltos de alegría al recibir su paga. Qué tierna. Dijo que había empezado a sentir la librería como suya y me pidió que la considerara una accionista. Como no era nada muy complicado, le dije que

sí. Jamás cotizaremos en bolsa (risas), pero la participación simbólica y el sentido de pertenencia también tienen su valor.

H está mucho más animada que cuando vino a finales del año pasado. Creo que no me lo estoy imaginando, pero se ríe más que antes y su expresión es menos sombría. Cada vez que la veo sonreír, me deslumbra.

El problema de las editoriales independientes.

La recesión se ha prolongado durante mucho tiempo y el mercado editorial no está exento. Me gustaría traer y presentar una gran variedad de libros, pero, al revisar los correos con solicitudes de distribución, hay títulos que no creo que pueda vender o que me parecen imposibles de vender. Al principio, pensaba que, de algún modo, lograría hacerlo y procuraba no devolver nada, pero al final terminaba devolviéndolos y eso me hacía sentir culpable. Así que ahora prefiero rechazarlos desde el principio.

Cuando pienso en las personas que planearon, escribieron, ilustraron, fotografiaron y dedicaron tiempo y esfuerzo a cada página de esos libros, me parecen valiosos. Si todo se pudiera lograr solo con sinceridad y autenticidad, el mundo no conocería la frustración. Pero la realidad no funciona así y al final no queda otra opción que

hacer una selección. Todos ponemos lo mejor de nosotros, y, según el resultado, nos alegramos, nos decepcionamos o lo aceptamos y seguimos adelante. Yo no soy la excepción.

Sin embargo, no sé si es sensato que me autopublique, pero, cuando uno quiere hacer algo, tiene que hacerlo. Si no lo intento, nunca sabré cómo habría sido mi vida de haberlo hecho.

El problema de dividir grupos.

En nuestra librería, los miembros se reúnen todos los viernes, pero no hay una división entre adultos, adolescentes y niños. Hay quienes guardan libros yvienen a leerlos de vez en cuando, pero los que asisten regularmente, casi como si fuera una salida habitual, son siempre los mismos. En este evento vislumbré una pequeña posibilidad de cambio, así que a partir de la primavera quiero promocionarlo con más fuerza. Si logramos atraer a más gente con perfiles diversos, podríamos organizar encuentros con temas más adecuados por edad. Son cosas que deberé hacer cuando llegue la primavera y se derrita el hielo de la pista sobre el arrozal.

Hace dos noches, dormí en la misma habitación que H. Solo dormimos. Mi corazón latió todo el tiempo como una

bomba averiada. Para mi sorpresa, H durmió profundamente. (No lo puedo creer).

Le conté mi historia. Dijo que no tenía ni idea de que era adoptado. En la secundaria, unos tipos miserables se metían conmigo como si eso fuera una debilidad. Vivían incordiándome. Aunque yo nunca me lo tomé así, ellos querían que me doliera. Siempre hay gente de esta, en cualquier lugar, en la infancia o en la adultez, atrapada en esas ideas: «¿No eres infeliz?», «¿Cómo puedes vivir con tanta calma y serenidad?», «¿Acaso no eras ese niño que vivía en una cabaña en la montaña?», «¿Tu padre no era un vagabundo?», «¿No te sientes inferior?». Me hacían ese tipo de preguntas y reproches.

Así que un día decidí no ir a la escuela y subí a la montaña para pensarlo bien. ¿Debía estar triste y ser un desdichado como ellos pretendían? Parecía que ellos lo veían como lógico. Tienes todas las condiciones para ser infeliz, pero no lo eres. Una pregunta violenta disfrazada de razonamiento. Pero, ¿era correcta esa pregunta?

Después de pensarlo mucho, llegué a la conclusión de que no. Yo amaba a mis padres adoptivos, y mi tío cuidaba de mi padre a distancia. No comparto una gota de sangre con Jinman Ko, pero lo quiero igual. Me sentía agradecido con muchas personas. Por eso llegué a la conclusión de que no había razón para sentirme infeliz. Ese día volví de la montaña.

Da igual, son historias del pasado.

H durmió apoyada en mi brazo. De madrugada, la sensación de que la sangre no circulaba bien me hizo dormir a medias. En *Las estrellas*, de Alphonse Daudet, cuando la joven apoya la cabeza en el pastor, él dice que una estrella fugaz parecía haber descendido sobre su hombro… A mí también me gustaría decir que una estrella o un hermoso pájaro se posó en mi brazo… pero no fue así. ¡Lo tenía tan entumecido que sentí que se me iba a desprender! Aun así, aguanté y aguanté hasta que la luz del amanecer asomó por la ventana, queridos miembros del Good Night Club. Esta es la historia de mi primera noche en la cama con ella.

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

Hacia el sur, hasta Hayang

Mientras limpiaba el polvo de los libros en guarda, Haewon detuvo la mano. Uno de los ejemplares tenía una etiqueta con un nombre desconocido. Un marcapáginas con la inicial «K» y una hoja blanca dobla da por la mitad asomaban por el borde del libro como las orejas de un gato. Sacó el papel con cuidado y lo desplegó. Alguien había escrito a mano.

Hola, Soy Taebaek de *Gangwon-∂o*.

El verano anterior, mientras pasaba por Hyecheon, entré en esta librería por casualidad. En aquel entonces, estaba sano. No, en realidad, ya tenía la enfermedad en mi cuerpo, pero, como no lo sabía, creía que estaba bien. Todas las personas están sanas hasta que descubren su enfermedad.

El doctor que me diagnosticó en otoño me dijo que me quedaba algo menos de un año. Pero yo quiero pensar que nunca se sabe. Esta noche no podía dormir y, por costumbre, me puse a navegar por internet. Vi el anuncio de la librería Good Night. Por eso he visitado el lugar hoy.

He comprado un libro y he leído un par de páginas en la mesa, pero no lo he acabado a propósito. Vi la estantería de guarda y lo he dejado ahí con esta nota y la esperanza de que sea mi amuleto. Espero volver aquí este verano y el próximo invierno.

Le deseo mucha salud a quien lea esta nota.

K.

¿Quién habrá sido? Intentó recordar a las personas que pasaron por la librería durante el evento, pero no podía acordarse de todos. Algunos habitantes de los pueblos cercanos habían dejado libros en guarda, pero esta persona lo había colocado en la estantería sin decir nada. El marcapáginas lo había hecho Haewon. Sintió un nudo en el pecho, una tristeza difícil de explicar al pensar que alguien lo había comprado y dejado allí. Quería rezar por ese desconocido.

Eunseop estaba embalando los libros que debían enviarse por mensajería esa tarde. Justo cuando iba a mostrarle la nota, sonó el teléfono.

—Sí, entiendo lo que me dice. ¿Su padre se lo comentó?

Parecía algo confundido y Haewon lo observó en silencio. *¿Qué habrá pasado?* Eunseop escuchó lo que le decían y respondió que lo entendía antes de colgar.

—¿Quién era?

Eunseop se encogió de hombros.

—La hija de los dueños de esta casa. Dicen que, a partir del próximo mes, tendremos que pagar alquiler.

Los ojos de Haewon se abrieron de par en par.

—¿Los ancianos? Pero dijiste que, como era una casa vacía, nos dejaban usarla sin problema.

—Sí, pero piensan que la librería está teniendo buenas ventas. Parece que la hija los ha convencido de cobrar un alquiler.

¿Que hay buenas ventas? ¿De dónde se han sacado eso? Desconcertada, Haewon cayó en la cuenta de lo que había ocurrido. La semana pasada hubo muchos más clientes de lo habitual. Además, habían pegado carteles amarillos por todo Hyecheon y los pueblos cercanos para promocionar el evento. Sin duda, habían magnificado los alcances de la estancia literaria. Eunseop se rascó la cabeza, preocupado.

—Solo fue un evento puntual. Si esperan que podamos pagar alquiler cada mes, corremos el riesgo de quedarnos en números rojos.

Haewon se lamentó:

—¿Habrá sido un error organizar el evento? No pensé que los dueños de la casa lo interpretarían así.

—Pero ¿qué dices? —Eunseop frunció el ceño con ternura—. Ha sido el momento más divertido desde que abrí la librería. Una librería solo sobrevive si la gente del barrio sigue viniendo. Hiciste lo correcto, así que no te preocupes por eso.

Buscó unos documentos entre los cajones y copió en un papel la dirección del nuevo hogar de los ancianos. Luego, miró el reloj de pared y se puso de pie. Era hora de ir a la pista de patinaje.

—Mañana iré a visitarlos. Creo que es mejor hablar con ellos en persona —dijo mientras se ponía la chaqueta.

—¿Se mudaron lejos?

—Se fueron a Hayang en Gyeongsangbuk-do. Me dijeron que era el pueblo natal de la señora. Has estado ocupada estos días, así que mañana descansa. Avisaré que la librería cerrará por hoy.

Haewon observó su silueta mientras se dirigía a la puerta.

—Voy contigo.

Eunseop se volvió para mirarla.

—¿Tú?

Ella asintió. Simplemente, quería ir con él.

—Está bien, vamos juntos.

Una cálida sonrisa cruzó los labios de Eunseop.

Al día siguiente, el cielo estaba despejado y no soplaba viento. El

frío había amainado y del alero de Casa de Nuez los carámbanos comenzaban a gotear. Algunos terminaron por desprenderse y se hicieron añicos en el patio.

A primera hora de la mañana, el todoterreno plateado cogió la autopista. Cuando pasaron por un tramo donde la línea central del ferrocarril corría paralela a la carretera, un tren Mugunghwa apareció en la distancia, y dobló una curva en dirección contraria. A través de la ventana de la locomotora, se vislumbró por un instante el uniforme del maquinista antes de que el tren, arrastrando su cuerpo anaranjado, desapareciera en la lejanía.

—Hubo una época en que era fanática de los trenes —dijo Haewon desde el asiento de copiloto. Iba vestida con una falda y un abrigo oliva con cinturón—. Cuando quería despejarme, cogía mis materiales de dibujo y me subía a un tren. Dibujar en el vagón comedor o en la cafetería me hacía sentir bien. Me da pena que ya no existan ese tipo de vagones.

—Todavía quedan en los trenes turísticos, creo. A mí también me gustaba viajar en tren. Durante un tiempo, pensé que podría vivir unos años en el tren; comer y dormir allí. Los trenes hacen que todo a su alrededor parezca más hermoso sin razón aparente.

Eunseop, con las manos en el volante y la vista fija en la carretera, esbozó una leve sonrisa.

El paisaje que rodeaba los trenes. Haewon repitió en su mente las palabras de Eunseop y frunció el ceño, con una expresión de duda.

—Entonces, cuando dijiste que me habías visto en el andén aquel día… no fue que me encontraste guapa, sino que te lo parecí por estar en la escena justo cuando venía el tren, ¿no?

—¿Cómo hemos llegado a esto? —titubeó.

—Sé sincero. Prefiero la verdad a una mentira piadosa.

—No lo sé, simplemente me enamoré de ti. No sé si me enamoré de la chica que estaba ahí de pie o si fue del paisaje que se formó entre la chica y el tren. ¿Es necesario definirlo?

—Qué decepción… La segunda opción suena más cercana a la

verdad.

La expresión de Eunseop se ensombreció y, tras pensarlo un poco, volvió a hablar:

—¿No sería más raro intentar explicar un momento así con lógica y exactitud? Cuando te enamoras de alguien, no siempre puedes definir con certeza la razón. Al menos, yo lo veo así.

—Olvídalo.

Haewon apoyó el codo en el marco de la ventana y dejó que su mirada se perdiera en el paisaje que pasaba veloz por la autopista. Habían transcurrido ya dos horas desde que partieron; habían dejado atrás Wonju y se dirigían hacia Jecheon. Los campos invernales eran todos parecidos y los malvaviscos le resultaban familiares, pero las montañas eran menos empinadas que en Gangwon-do. De reojo, vio que Eunseop conducía con una expresión ensimismada. Haewon reprimió una risa.

Pantalón oscuro y un jersey celeste bajo la chaqueta, como siempre. Sintió el impulso de llevar a ese hombre, a quien no se le daban bien las citas, a un centro comercial y hacer que se probara ropa que a ella le gustara. Aunque, claro, a Eunseop le resultaría incómodo. A veces, cuando lo molestaba en broma, su expresión de desconcierto y su torpeza para reaccionar le resultaban irresistibles.

—Entonces, aquel día, ¿a dónde ibas?

—¿Eh?

—Era un día de semana. Yo estaba huyendo de casa, pero tú, ¿por qué estabas en la estación en vez de en la escuela? ¿A dónde ibas?

Eunseop no respondió de inmediato; se tomó un momento para escoger sus palabras.

—Me había tomado un año sabático. No sabía si debía dejar la escuela o seguir, y mis padres me sugirieron que me tomara un año para pensarlo. Viéndolo ahora, creo que fue un buen consejo.

Siempre hablaba de sus padres adoptivos con cariño. A Haewon le dio envidia darse cuenta de que, aunque no fueran sus padres biológicos, había crecido sintiéndose querido y protegido.

—No recuerdo a dónde fui ese día. Había comprado el billete más barato sin asiento y fui bajando en las estaciones que me llamaban la atención. A veces, cuando me excedía de tramo, le pagaba la diferencia al revisor.

—Pero seguro que la mayoría de las veces te escabullías sin pagar.

—Probablemente.

Como Eunseop confesó sin resistencia, Haewon no pudo evitar reír. El coche pasó el cartel que anunciaba Jecheon y siguió su camino hacia el sur.

Llegaron a Hayang en Gyeongsangbuk-do al mediodía. Después de buscar un lugar para almorzar, aparcaron el coche en un descampado del pueblo siguiendo las indicaciones del GPS. Como Eunseop había hablado con ellos la noche anterior, la pareja de ancianos seguramente los estaría esperando. En el supermercado, compró una canasta de frutas, mientras que Haewon fue a una floristería y encargó un pequeño ramo de tulipanes morados con eucalipto.

La casa del matrimonio era una pequeña vivienda de dos pisos con patio. El portón azul marino estaba abierto y el señor esperaba inquieto en la entrada.

—Bienvenidos, deben estar cansados por el viaje.

La señora los recibió con una sonrisa, tenía puesto un vestido de terciopelo y un chaleco acolchado. Él también llevaba un chaleco. Parecía que les gustaba combinar la ropa. Haewon se arrepintió de entregarle el ramo de flores ya que la sala de estar parecía un pequeño vivero. Entre los muebles de tonos oscuros, había plantas grandes y pequeñas bien cuidadas. Arboles de caucho, benjaminas y monsteras llenaban el espacio con un verdor tan vibrante que hacía olvidar el invierno. De los estantes colgados en la pared descendían enredaderas sin enmarañarse.

—Tantas plantas aquí, y yo trayendo flores… —dijo Haewon, asombrada.

—Cuantas más flores, mejor. Aquí solo tenemos árboles y

suculentas, así que estos tulipanes darán color —respondió con calma.

Los llevaron a la sala de estar, donde los esperaba una mesa con té y bocadillos. En un pequeño estanque artificial, unos peces dorados nadaban y un molino giraba.

—Su sala de estar parece un jardín botánico.

Al escuchar el comentario de Eunseop, los ancianos sonrieron con satisfacción. Dijeron que era el pasatiempo de la señora.

Mientras compartían el té, la pareja escuchó con atención la historia de la librería. Eunseop les explicó con calma cómo funcionaba en el día a día, qué evento habían organizado la última vez y cuáles eran sus planes de futuro. Tras escucharlo durante un rato, el señor asintió y habló:

—Nosotros no sabíamos nada de eso. Mi hija me llamó para preguntar cómo estábamos y, de repente, insistió en que debíamos empezar a cobrar alquiler por la casa. Dice que pasó por ahí y vio que la librería estaba llena de gente y que el negocio iba viento en popa. Pensó que, al menos, sería justo que pagaran algo de renta.

—Sabemos bien que nos han hecho un gran favor todo este tiempo, y se lo agradecemos mucho. Aunque nos resulte difícil pagar un alquiler alto desde el principio, enviaremos un monto fijo cada mes.

El abuelo agitó la mano con desinterés y, poniéndose de pie, dijo:

—Eso lo dejamos a criterio del dueño de la librería. Que pague según lo que pueda cada mes. Por suerte, no dependemos de un alquiler para vivir. Vengan conmigo, quiero mostrarles mi biblioteca.

—Ay, ya sabía yo que quería presumir de sus libros antiguos. Desde que supo que vendría el joven librero, se ha pasado la noche ordenando su estudio.

—¡Oye, oye!

—¿El señor colecciona libros antiguos? —preguntó Haewon.

—Sí, sí, vengan, síganme.

El anciano, con paso orgulloso, subió las escaleras hacia el segundo piso, acompañado por el joven visitante que había llegado

de lejos. La señora se quedó en el sillón y Haewon prefirió quedarse con ella. Sin duda, la biblioteca sería impresionante, pero le gustaba más la atmósfera de la sala, ideal para una tranquila hora del té. Las tazas y los platos con galletas tenían una elegancia clásica, bien conservados a lo largo de los años.

—¿Le gustan? —preguntó, notando que Haewon observaba la taza con atención—. Eran de mi hermana mayor.

—Sí, los colores y el diseño del asa son realmente elegantes y únicos.

—Era una de sus pertenencias más queridas. Entre todas nuestras hermanas, me la dejó a mí. Somos siete en total.

La nostalgia iluminó el rostro de la anciana. Haewon se quedó pensativa por un momento, luego sacó su cuaderno y un lápiz de su bolso, y los apoyó en su regazo. Le dieron ganas de hacer un retrato.

—Si no le molesta… ¿podría dibujarla y regalárselo?

La abuela pareció sorprendida al principio, pero enseguida se sonrojó y aceptó. Haewon hizo una foto con el móvil para captar la composición de la anciana, la taza y las flores. Luego, empezó a hacer un boceto. Para que la modelo no se sintiera incómoda, le preguntó cómo había terminado viviendo allí. Ella le contestó que era su pueblo natal.

—Me casé con alguien de Hyecheon y por eso viví allí cuarenta años. Cuando terminé de criar a mis hijos, le dije que quería disfrutar de mi vejez cerca de mis hermanas en mi pueblo y que me iría, aunque fuera sola. Si él no quería, podía quedarse. Pero decidió venir conmigo. Yo ya me hacía la idea de estar tranquila y a mi aire…

Apoyando un brazo sobre el cojín, la abuela rio antes de añadir:

—Nos preocupamos de que el joven se lo tomara mal. Cuando dejamos aquella casa de tejas azules, nos costaba creer que un chico del pueblo quisiera abrir una librería ahí. Pero al final, si iban a llenarla de libros en vez de dejarla vacía, nos pareció una buena idea. Solo que, con el tiempo, cuando las caras dejan de verse, los

viejos empezamos a malinterpretar cosas, nos enfadamos por tonterías… así somos los ancianos.

—Sí… —Haewon detuvo el lápiz por un momento antes de responder.

—Lo veo también en los mayores de mi entorno. Aunque se sientan solos, nunca lo dicen. En lugar de eso, se enfadan. Es triste —continuó la señora.

—No es nada. Pero entiendo lo que me quiere decir. Vamos a tratar de informarle más seguido de lo que ocurre en la librería.

Ella le sonrió. Mientras en el segundo piso seguía la charla sobre libros antiguos, en la sala de estar la tarde transcurría tranquila entre las dos mujeres.



Rechazaron amablemente la invitación a quedarse a cenar para no causar molestias y emprendieron el regreso. Cuando subieron al coche, el sol invernal ya se inclinaba hacia el oeste. A lo lejos, el río que serpenteaba por los campos brillaba a la luz del atardecer. Eunseop le dijo:

—Espero que no te hayas sentido incómoda.

—Para nada. Me ha gustado mucho, los dos son encantadores. Ahora entiendo por qué nos dejaron usar la casa sin pedir nada a cambio.

—Desde el principio, siempre fueron amables con la idea de la librería. De alguna forma, tenemos que devolverles el favor.

Mientras esperaba a que la calefacción comenzara a funcionar, miró a través del parabrisas. Aunque la pareja de ancianos había despejado cualquier malentendido, era evidente que él seguía sintiéndose inquieto. Recibir la generosidad de otros era motivo de gratitud, pero también significaba acumular pequeñas deudas en la vida.

Haewon abrió su bolso y sacó un papel. Era la nota que había

encontrado el día anterior en el libro reservado por «K». Se la extendió a Eunseop:

—Casi lo olvido. Alguien la dejó dentro de un libro. Quería que la vieras también.

Eunseop cogió la nota y la leyó bajo la luz tenue del atardecer. Cuando terminó, Haewon comentó:

—Después de leer eso, me dio curiosidad ver cómo es Good Night en otras estaciones… Si ese cliente vuelve, dímelo.

Eunseop asintió.

—Por supuesto. Te avisaré.

Dobló la nota con cuidado y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta antes de agarrar el volante.



Poco después, el coche cogió la autopista en dirección norte, mientras los carteles verdes con los nombres de las ciudades de la región pasaban rápidamente a su lado. Tras un largo silencio, Haewon habló en tono de broma:

—Veo que no te interesa saber a dónde fui aquel día cuando me escapé de casa. Ni siquiera lo has preguntado.

—No tengo curiosidad.

Su tono fue tan sereno que resopló irritada:

—Y luego dices que no me interesas… pero se ve que yo a ti tampoco.

Solo entonces rio un poco.

—No es eso… En *El viento en los sauces* hay una respuesta para esa pregunta: «Cuando un amigo desaparece de repente, uno debe guardar silencio y no pedir explicaciones al respecto».

Haewon lo miró indignada:

—¿Acaso eres el Beodle Doryung de Hyecheon? Te obsesionas demasiado con lo que te gusta.

Mientras Eunseop reía, Haewon recordó un otoño de hacía años.

—Nunca se lo conté a nadie, pero ya da igual… Aquella vez, me fui a Cheongdo.

Los recuerdos del pueblo a orillas del Nakdonggang, donde pasó un tiempo sola, afloraron en su mente. Era una tierra llena de caquis.

—Fui con el ánimo por los suelos, pero el paisaje era hermoso. En cada casa, los caquis maduros colgaban de las ramas. En los patios delantero y trasero de la posada donde me quedé, caían al suelo uno tras otro… La dueña me trajo una cesta llena para que los probara. No me los pude terminar.

El coche avanzaba a velocidad constante por la autopista, envuelta ya en la oscuridad. Aunque le estaba hablando a él, Haewon sentía como si se estuviera susurrando a sí misma.

—La verdad es que quería tirarme al río. Un cliché. Había leído en algún lado que había que llenar los bolsillos de piedras y caminar hacia el agua… Me senté en un banco de arena, pensando en eso un buen rato. Pero después de comer tantos caquis, ya estaba tan llena que pensé que ni siquiera necesitaría piedras. Y, en medio de todo, me empecé a reír.

Los dos soltaron una risita al mismo tiempo.

—Me alegro de no haberlo hecho —dijo Haewon con naturalidad.

—Sí.

La respuesta de Eunseop fue corta, sin palabras de consuelo ni preguntas. Pero a ella no le importó. Le gustaba que él no indagara demasiado. Solo necesitaba a alguien que la escuchara. Al decirlo en voz alta, se sintió más ligera.

Todo le resultaba decepcionante y desagradable; quería desaparecer, pero, al final, no tuvo el valor. En realidad, cuando apareció la tía Myeongyeo, sintió cierto alivio. *Tal vez, en aquel entonces, mi dolor no era suficiente…* Pero la intensidad del dolor no era lo que importaba. No todo el que sufre mucho elige abandonar el mundo, y los que se quedan no es porque duela menos, sino porque se aferran a seguir viviendo hasta el final.

—Aquel día, mi tía vino a buscarme. Aún hoy me pregunto cómo

supo dónde estaba… —murmuró, pero Eunseop no dijo nada.

Ya era de noche y solo podían verse las luces rojas de los coches. Se detuvieron en un área de servicio y cenaron *sushi* y udon. En el amplio aparcamiento trasero del edificio, los camiones de carga permanecían alineados con los motores apagados. Las docenas de vehículos inmóviles en la oscuridad parecían un cementerio de camiones, como si fueran robots agotados después de una batalla, transformados en su forma de descansar.

Todavía quedaban al menos dos horas de viaje hasta Hyecheon. Con algo de sueño, Haewon observó las luces dispersas de pueblos desconocidos más allá del borde de la carretera. Por un instante, la invadió una extraña sensación: viajar de noche con Eunseop le parecía algo que ya había vivido antes. Un *déjà vu*. No sabía si era un recuerdo de otra vida o de un sueño. Sí, *alguna vez existió un momento así*. Con los ojos pesados por el cansancio, pensó que no le importaría que el tiempo se detuviera así, como en un sueño.

Cuando abrió los ojos, el coche estaba detenido. Habían llegado al jardín delantero de su casa. Eunseop había dejado la calefacción encendida y esperaba en silencio a que despertara.

—¿Por qué no me has despertado?

—Es que dormías profundamente. Gracias por acompañarme tan lejos. Ve a descansar.

Mientras se inclinaba hacia su lado para desabrocharle el cinturón de seguridad, sus miradas se cruzaron. Con un gesto juguetón, golpeó levemente su frente contra la de ella y apagó el motor. Haewon notó el brillo de una cadena plateada colgando del espejo retrovisor y dejó escapar una sonrisa.

—Este coche se llama Irene, ¿verdad? Cuando vi eso por primera vez, pensé que era el nombre de tu novia.

Eunseop no pudo contener la risa.

—Es el título de una canción.

—¿En serio? Cántala.

—Otro día. No canto muy bien.

—¿Será una canción de amor?

—Es una canción de amor.

—¿Lo nuestro también es amor?

Se quedó mirándola un instante antes de responder en voz baja.

—Sí, esto también es amor.

Sus labios se encontraron lentamente y en el silencio del coche se escuchó la voz de ella:

—Esta noche… quiero dormir contigo.

Los dedos de Eunseop recorrieron el contorno de su rostro. Ella sintió su vacilación, como si aún no estuviera seguro de si debía hacerlo. Su corazón latía con fuerza mientras esperaba su respuesta, hasta que él susurró:

—Bueno. Vayamos a mi habitación.

La cama de una plaza no era demasiado estrecha para hacer el amor, y como permanecieron abrazados de principio a fin, tampoco necesitaban más espacio. Haewon se dejó envolver por la sensación cálida y apacible del peso de Eunseop sobre su cuerpo. Mientras lo rodeaba con ambos brazos, él le fue dando besos en la frente, la nariz y los labios, uno tras otro.

Aquella primera vez con él fue trémula y vertiginosa, pero, al mismo tiempo, inmensamente serena. La forma en que la amaba, la manera en que la tocaba, era genuina y tierna. Apoyada en su brazo, Haewon se quedó recostada frente a él. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la farola, tenue como un rayo de luna, se filtraba por la ventana, permitiéndoles verse los rostros. Con la voz algo ronca, Eunseop rompió el silencio:

—Temía que, en medio de todo… te pareciera extraño y quisieras detenerte.

—¿Cómo iba a pasar eso? —respondió Haewon, acariciando su clavícula.

Bajo la luz difusa, su piel blanca asomaba por encima de las sábanas. Eunseop la miró como poseído, hasta que adoptó una expresión atormentada.

—Esto es un problema.

—¿El qué?

—No voy a poder sacarte de mi cabeza. Ni de día ni de noche.

Si alguien más hubiera dicho algo así, tal vez lo habría tomado como un cumplido vacío. Pero como lo dijo él, sonaba completamente sincero. Su expresión era seria, y eso lo hacía aún más adorable. Haewon, medio dormida, bromeó:

—Entonces vivirás como un zombi, en las nubes, pensando solo en mí.

Los labios de Eunseop descendieron hasta su hombro, y lo rozaron con un deje de pesar antes de apartarse.

—Duerme.

La atrajo hacia él hasta que pudo escuchar el latido de su corazón. Con la palma apoyada en su pecho, Haewon sintió aquella pulsación suave y acompasada que parecía extenderse por todo su cuerpo. Era un ritmo cálido y reconfortante.

—Tengo sueño… Voy a dormir…

—Sí.

Envolviéndola, Eunseop la dejó hundirse poco a poco en el sueño. El día llegaba a su fin, y la noche se hacía más profunda.

Una carta de amor en una noche que nieva

Registrado el 4 de febrero

#

Esta es mi primera carta de amor para ti.

Un monólogo

una historia que desaparecerá con la mañana.

#

Así que tú estabas parada en el andén esperando el tren de la mañana. Y ese era el día en que yo abandonaría este pueblo. Por eso fui a la estación de tren con mi bolso. Te dije que me enamoré de ti en el momento en que llegó el tren Mugunghwa, pero eso es una verdad a medias. La otra mitad era una broma. Pero es extraño. Dicen que cuando repites una broma suficientes veces, acaba convirtiéndose

en verdad. Yo caí en mi propia trampa.

Sin darme cuenta, subí al mismo tren que tú. Tú te sentaste en un asiento al lado de la ventana. Yo estaba de pie en el pasillo. Tú no te levantaste ni una sola vez. Sacaste un cartón de leche del bolso y te lo bebiste. Luego lloraste. Recuerdo la sudadera y el abrigo que llevabas puestos. También el llavero que colgaba de tu bolso, apoyado sobre tus rodillas. Ya entonces tenías el pelo largo. Desde aquel día, cuando te confundí con un chico, nunca volviste a llevarlo corto.

Así es. Te bajaste en la estación de Cheongdo. Una ciudad llena de caquis. Cuando subiste al autobús, yo también lo cogí, con la capucha de mi sudadera bien calada sobre la cabeza. Pero nunca me reconociste. Mejor dicho, ni siquiera miraste a tu alrededor. Tu mirada lo veía todo en tonos grises. Había escuchado los rumores que circulaban en la escuela sobre ti, pero nunca tuve curiosidad por saber si eran ciertos o no. Si pienso en las cosas que los demás decían sobre mí, tampoco había razón para creer todo lo que decían de ti. Aunque fuese verdad, no era algo que hubieras hecho tú. Incluso ahora, sigo sin preguntarte. Si algún día decides hablar, te escucharé. Pero no voy a esforzarme por saber.

En ese entonces, el río Nakdong corría transparente. Las orillas de arena eran preciosas. Me hospedé en la casa de huéspedes junto a la tuya. Durante los dos días que

estuviste allí, pasaste horas sentada en la arena junto al río, recogiendo ramas para dibujar en el suelo. Yo te observaba desde la distancia. Mientras buscaba una cabina telefónica para llamar a la Casa de Nuez, tenía miedo de que pudiera pasarte algo.

En aquel entonces, yo creía que podía vivir solo. No como un hombre enterrado en su tumba, así no.

Sino con la certeza de poder empezar en un lugar nuevo, donde no conociera a nadie y nadie me conociera a mí. Pensaba que ya había saldado toda mi deuda con mis padres adoptivos. Más tarde me di cuenta de que eso era una estupidez, pero en ese entonces pensaba que era así. Cuando te vi regresar con tu tía pensé que no era el momento para marcharme. Si esa era la escuela en la que ibas a graduarte, entonces yo también podía quedarme y terminar.

Así que ese fue… nuestro viaje de otoño.

#

Esta noche, pienso en llevarte a la cabaña del bosque. Así, tal como estás ahora, dormida profundamente con tu espalda apoyada contra mi cuerpo. Envolverte en la manta y llevarte así a la cabaña. Y que no bajemos de allí en cien días. Que llegue la primavera, que los cerezos florezcan y

sus pétalos caigan, que el aroma de la lila y la acacia impregne los senderos de la montaña. Y que, mientras tanto, sigamos allí, amándonos, avivando el fuego, cocinando nuestra comida y escondiéndonos del mundo. ¿La librería? ¿Y qué importa? Para amar, no se necesitan libros.

Dulces sueños, tú que duermes en mi cama.

La vida no es tan larga y, aunque no nos hagamos cargo, a fin de cuentas nos acabaremos yendo.

Así que, hasta entonces, seamos felices.

Está nevando. Tú duermes.

Yo sigo despierto viendo esta nieve espesa,

la nieve de la noche.

Hoja de Arbol.

El futuro de la Casa de Nuez

Cuando se despertó tarde por la mañana, Eunseop ya se había ido a trabajar. Haewon se frotó los ojos, se levantó, se lavó en el baño y desayunó algo sencillo que él le había dejado preparado en la mesa de la sala. Se puso el abrigo oliva que había dejado la noche anterior y salió de la casa con el cabello aún húmedo. En ese momento, vio a la tía Myeongyeo sentada sobre una amplia piedra del jardín. El patio reflejaba un resplandor blanco bajo la nieve espesa que había caído la noche anterior. Haewon parpadeó, preguntándose por un instante si estaba viendo un espejismo.

—Cuánto tiempo.

Era una voz familiar. Avellana correteaba por la nieve y se le lanzó encima sacudiendo su pelaje marrón. Sintió la cálida lengua rosada lamiéndole la mejilla. Eso, al menos, no podía ser una ilusión. Solo entonces se convenció de que era ella. —¿Qué haces en el patio de otra persona?

—Si hay quien duerme en casa ajena, entrar al patio no es gran cosa.

El tono burlón de su tía hizo que se sonrojara un poco. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

Envuelta en un grueso chal, Myeongyeo señaló con calma las huellas marcadas en el patio y las recorrió con la mirada.

—Veamos… Hay unas pisadas grandes en la nieve y unas más

pequeñas que entran a la casa. Esas huellas casi se borran por la nevada de la noche… Luego, por la mañana, las pisadas grandes salieron, pero las pequeñas, no. Y esas huellas chiquititas que se ven por ahí son de Avellana, que siguió tu olor.

Luego riñó al perro que saltaba de felicidad por haber regresado a su casa.

—Avellana, estás ensuciando la escena. Quédate quieto ya.

Haewon abrió los ojos, incrédula.

—¿Qué es esto…? ¿Una novela policial?

—¿Cómo lo has adivinado? Estoy escribiendo una novela de detectives.

Myeongyeo sonrió, satisfecha, pero Haewon solo frunció los labios con recelo mientras terminaba de ponerse las botas.

—No bromees con lo de escribir, que me ilusiono.

—No es una broma.

Desde lados opuestos del patio, las dos mujeres se midieron con la mirada, como si se estudiaran mutuamente.

—¿En serio?

—Soojung me ofreció una habitación, así que me encerré allí a escribir. Cuando vosotros os dedicasteis a transformar la Casa de Nuez en una casa del terror, ella también estuvo muy ocupada y ni me prestó atención. No entiendo por qué se mete tanto en cosas de jóvenes, se complica sola.

—No digas eso, yo admiro a Soojung. Es cien veces mejor que tú, que eres tan apática. Ayer también vi a unos ancianos de gran corazón. No todo el mundo es cínico como tú.

Mientras discutían, cruzaron el sendero nevado hacia la Casa de Nuez. Myeongyeo sonrió con incredulidad.

—Estás un poco cambiada.

—¿Yo?

—Decías que no dibujabas retratos porque la gente te incomodaba y ahora no paras de elogiar a todo el mundo.

Haewon se sorprendió. Recordó que le había dicho eso a la tía su primer día en la Casa de Nuez. Ayer mismo había dibujado el retrato

de una anciana, pero se calló para que no la molestara.

El frío iba y venía, entre heladas y breves treguas. La Casa de Nuez, resignada, parecía decir: «Que sea lo que tenga que ser». Las dos mujeres se quedaron mirando la casa helada. Se le vinieron a la mente las palabras del contratista: «La obra nos llevará al menos diez días».

—Ya que tocamos fondo, solo queda subir —murmuró Myeongyeo.

Haewon la observó de reojo. Su tía parecía más animada de lo que esperaba, con mejor aspecto, quizá porque había descansado bien. Eso la tranquilizó. ¿Será cierto que ha empezado a escribir? Ojalá no fueran solo palabrerías. Quería que la tía recuperara las ganas de vivir y algo de alegría.

—¿Y la vista? No me digas que ha ocurrido un milagro y puedes volver a ver.

Myeongyeo dejó escapar una sonrisa amarga.

—¿No te pasas un poco con tu optimismo? Sabes que eso no es posible.

—Dime, por favor, que al menos has ido al médico.

—No lo he hecho. Me quedé ciega porque dejé una inflamación en la úvea sin tratar durante años.

Haewon casi se quedó sin palabras.

—¿Qué…? ¿Y si te quedas ciega del otro ojo también?

—Entonces será mi destino. No merezco tratamiento. No he pisado un hospital en quince años. Cuando me dolía demasiado, compraba alguna medicina y ya. Nunca me hice un chequeo y no pienso ir a un hospital hasta el día que muera.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo que no mereces tratamiento? Es la mayor estupidez que he oído.

Avellana, que iba husmeando el patio, se volvió a mirarlas con cara de «¿y ahora qué les pasa?». Myeongyeo negó con la cabeza.

—Yo también tengo mis razones. Tú misma, en su momento, decías que no te sentías con derecho a enseñar a nadie. Es algo parecido.

A Haewon le dieron ganas de llorar y empezó a dar pisotones en la nieve.

—¿Por qué recuerdas todo lo que digo? Es horrible. ¡Déjalo estar! ¡Por favor, olvídalo!

Una estalactita cayó de la barandilla y se clavó en la nieve. Myeongyeo soltó una carcajada, visiblemente de buen humor. El viento sacudía su chal. Su cabello, que antes tenía canas aquí y allá, ahora se veía más joven con un suave tono castaño, como si se lo hubiera teñido.

A pesar de su enfado, Haewon suspiró en voz baja. *Sigue siendo guapa*. A pesar de todo, estaba contenta de que hubiera vuelto y de que se pusieran a reparar la Casa de Nuez. Se había encariñado con ella.

Durante unos días, hizo un tiempo agradable, pero la ola de frío volvió al día siguiente. Cayó granizo del tamaño de un puño, tan fuerte que dañó los invernaderos de los campos y hundió el techo de una cochera en una casa. Ni siquiera la librería Good Night pudo escapar del temporal: se había roto el vidrio de una de las ventanas. En las noticias, se decía que el frío era tan intenso como en la Antártida.

Eunseop pegó cinta transparente sobre la grieta del cristal y empezó a medirlo con una cinta métrica. Unos días después, debía ir a la ciudad para comprar el vidrio del mismo tamaño. Haewon esparció los tubos de pintura sobre la mesa y comenzó a colorear el boceto que había hecho en Hayang. En la pantalla del móvil se veía la foto que había tomado de la anciana. Junto a ella, Hyeongi, que últimamente mostraba interés por las artes plásticas, la observaba con atención.

Geunsang, que apareció al cabo de mucho tiempo, llevaba puesto su viejo abrigo y examinaba con detenimiento la portada de un libro de viajes en la estantería. Mirando la imagen de un cielo despejado y campos verdes de algún rincón de Suiza o Gales, suspiró.

—Ojalá alguien me metiera en un cañón y me disparara hacia

allá. Quiero vivir allí. Me dedicaría a hacer queso o a fermentar yogur… Sería el comienzo de mi segunda vida.

Seungho y Hyojin estaban sentados frente a frente, jugando con un ovillo de lana que había sobrado de cuando hicieron los muñecos. Hyojin charlaba sin parar.

—En el patio de mi colegio hay un pino enorme y en la copa vive una familia de garzas.

—¿Garzas viviendo en el patio de un colegio? —preguntó Soojung fingiendo sorpresa.

—Sí, hicieron su nido ahí y el director dijo que no las toquemos. Hasta las observamos en la clase de ciencias. La garza hace «waaak».

Hyojin exageró el sonido y luego estalló en carcajadas. Haewon no pudo evitar soltar una risa.

—El ciervo también hace «waaak». Me asustó la primera vez que lo escuché.

Seungho dejó de hacer formas con el hilo y comentó:

—Entonces, si una garza habla con un ciervo solo dirían «waaak, waaak waaak».

Los niños empezaron a reírse y enseguida se pusieron a imitar los gritos de los animales. Cerca de la estufa, el abuelo de Seungho asaba rodajas de piña y banana en una sartén. Un aroma ácido y dulce llenó la librería. Soojung, al notar la fragancia, le habló con amabilidad:

—Qué bien huele la piña asada.

El anciano sonrió tímido, con los ojos entornados como una luna creciente. Mientras recogía los tubos de pintura y limpiaba la mesa, Haewon le murmuró a Soojung:

—Es muy callado. Creo que nunca lo he oído hablar.

—Ah, es que le cuesta un poco. Con su nieto sí lo hace, pero con los demás casi nunca.

—Ah…

Sorprendentemente, ese día Geunsang había traído algo escrito. Eunseop repartió las hojas A4 con una expresión algo ambigua.

Mientras pasaba los folios uno por uno, los niños se acercaron al abuelo junto a la estufa, comieron fruta asada y se pusieron a leer libros ilustrados.

Justo cuando pensaban que todos los asistentes habían llegado, la puerta corrediza se abrió de golpe y alguien apareció. Era un estudiante de secundaria con los hombros un poco húmedos por la aguanieve. Era guapo y usaba unas gafas de montura oscura que destacaban sobre sus facciones. Sacudió el paraguas con cuidado fuera de la entrada y lo dejó apoyado al lado de la puerta.

—Compré un libro durante un evento. Vi en la web que los viernes por la tarde hay reuniones, así que vine.

Tras un breve silencio, empezaron a escucharse saludos por toda la sala.

—¡Bienvenido!

—Encantados de tenerte aquí.

El chico permaneció en su sitio sin responder. Solo cuando alguien le ofreció una silla, avanzó y se sentó. Caminaba con pasos ligeros, casi sin hacer ruido, lo que le daba un aire peculiar. Geunsang le dijo:

—Hasta ahora, no teníamos ningún miembro con gafas en la librería, pero ya tenemos uno.

—¡Tiene razón! —respondió Soojung— ¿Las gafas… son importantes? —dijo de forma antipática.

Geunsang abrió los ojos, sorprendido, como si no entendiera la pregunta.

—No… no es algo importante —respondió Eunseop sonriendo.

En ese momento, Seungho dejó un plato sobre la mesa y volvió junto a la estufa. El estudiante miró las rodajas de piña y banana con los bordes un poco tostados y luego se giró para observar al anciano encorvado en un rincón de la librería. Se estremeció un poco y, tras dudar un momento, preguntó:

—¿Por qué habéis asado una fruta? ¿No se destruyen las vitaminas?

—Porque sabe mejor así —respondió el niño desde la estufa.

El estudiante cerró la boca sin decir nada más. Para aliviar la tensión, Eunseop intervino con calma:

—Bueno, ¿qué tal si echamos un vistazo al texto de hoy? Geunsang tiene algo que compartir con nosotros.

Geunsang carraspeó antes de hablar.

—Vosotros sabéis que he estado enfermo estos días. Y como tenía que estar acostado, por fin he podido escribir algo. Estoy preparando un folleto para la fábrica, pero contratar a alguien costaría dinero, así que… necesito mejorar mi expresión escrita. Ya saben, cosas como anuncios para pancartas y ese tipo de textos. Es un objetivo modesto, pero me vendría bien.

Cuando terminó su pequeña declaración, todos comenzaron a leer la hoja impresa que tenían delante. Las frases, llenas de signos de exclamación y otros símbolos, estaban escritas en una tipografía itálica vibrante y comenzaban de la siguiente manera:

Efecto publicitario y decorativo al mismo tiempo.
¡Pruebe carteles de diferentes tamaños y a todo color y consiga el efecto deseado!
Visibilidad efectiva tanto en interiores como en exteriores.
Un diseño que incluso en interiores ofrece el efecto de una instalación exterior.
Un cartel de LED con control remoto y una relación precio-calidad inigualable…
¡Aproveche esta oportunidad única para experimentar el futuro de la publicidad!

Después de leer, todos dudaban sobre quién hablaría primero. Finalmente, Soojung señaló con cautela:

—La palabra «efecto» se repite demasiado. Aparece tres o cuatro

veces en apenas seis líneas.

—Es que realmente es efectivo —respondió Geunsang con seguridad.

Pero Soojung no se dio por vencida y continuó:

—También hay algunos errores gramaticales y ortográficos…

—Bah, eso no importa. Lo único que quiero es que la gente lo lea y piense: «¡Tengo que cambiar la iluminación de mi negocio!». Eso es lo único que importa.

Hyeongi fue directa:

—Pues al leerlo no me dan ganas de comprar LED.

Geunsang se puso serio y murmuró con incomodidad:

—Eso… es un problema.

En la esquina de la mesa, el estudiante levantó la mano, un poco confundido.

—Perdón, ¿puedo preguntar algo?

Todos lo miraron. Parecía bastante serio.

—Siempre he tenido interés en las librerías independientes. Suelo visitar las páginas web de las que hay en Seúl. Pensaba que en esta zona no había ninguna, hasta que encontré esta.

—Ya veo. ¿Qué te gustaría hacer aquí? —respondió Eunseop con amabilidad.

—Me interesa estudiar humanidades, participar en lecturas en cadena. También me gustaría que hubiera más debates y actividades de creación.

—Entendido. Cuando llegue la primavera, lo organizamos.

—¿Hay que esperar hasta la primavera?

—Sí. Hasta que se derrita la pista de patinaje.

Eunseop tenía una expresión risueña, pero respondió con seriedad. El estudiante, algo desconcertado, se ajustó las gafas y preguntó:

—Pero… ¿solo debatimos sobre este tipo de textos?

Las orejas de Geunsang se pusieron rojas de golpe y soltó una risa nerviosa.

—Es que… Viniste justo cuando yo traje algo.

Hyeongi lo miró con desconfianza y se inclinó hacia Haewon para susurrarle al oído.

—¿Aceptaréis a este chico en el grupo?

—Aquí no se trata de aceptar o no. Todo el que viene es automáticamente un miembro.

Hyeongi, incapaz de contradecirla, murmuró con fastidio:

—Aaah… qué ganas de pagar la novatada.

Eunseop intervino para calmar el ambiente.

—Esto es un texto publicitario, un tipo de *copywriting*. Practicar la edición de textos de uso cotidiano también puede ser un buen ejercicio.

—Exacto. ¡Así es! —exclamó Geunsang, asintiendo con los brazos cruzados.

—Bueno, al final se trata de encontrar expresiones más eficaces —alentó Soojung.

Todos cogieron sus bolígrafos y comenzaron a pensar mejoras. Junto a la estufa, los niños seguían leyendo sus libros ilustrados y el anciano, sin decir nada, doraba aún más las rodajas de fruta amarilla.

Finalmente, la obra en la Casa de Nuez llegó a su fin. Repararon las tuberías y la caldera, empapelaron las paredes, cambiaron el laminado del suelo y realizaron una limpieza profunda. Todo costó mucho dinero.

—Esto es casi una bancarrota —comentó Myeongyeo, disgustada.

Al principio, intentaron limpiar ellas mismas para ahorrar gastos, pero pronto se dieron cuenta de que era un trabajo que requería profesionales y se rindieron. Aunque su cuenta bancaria quedó casi vacía, Myeongyeo estaba agradecida de haber evitado ese esfuerzo que tal vez la hubiera dejado postrada en la cama.

Cuando la empresa de limpieza quiso retirar la lona de plástico

que cubría el suelo de madera, decidieron dejarla. Aunque tenía un aspecto algo extraño, Myeongyeo la encontró acogedora. Su nuevo pasatiempo ahora era sentarse en una silla cómoda, calentarse junto al fuego y contemplar hasta el aburrimiento el paisaje de Bukhyeon-ri.

Pasaron unos días desde que la casa recuperó su estado original, y una tarde Eunseop llevó a Jangwoo allí.

—Hola. ¡Mucho gusto!

Jangwoo saludó con cortesía. Seguía siendo apuesto, pero tenía ojeras marcadas y pequeños herpes en los labios. Había estado lidiando con una fuga causada por la congelación de unas tuberías en un complejo de edificios en la ciudad. El agua había llegado hasta la calle y los bomberos de Hyecheon tuvieron que intervenir. Con varios funcionarios municipales colaborando en los trabajos de apoyo, parecía haber pasado irnos días agotadores.

—Vaya, debió de ser un lío. En mi casa también se reventaron las tuberías, fue un desastre.

—Menudo invierno más caótico, ¿verdad? De todas formas, bienvenido.

Myeongyeo lo invitó a sentarse en una silla del patio. Ella se sentó con las manos cruzadas sobre la falda y observó a los visitantes con cara de «¿a qué han venido?». Haewon dejó una bandeja de té en la mesa y Eunseop lo sirvió en cada taza. En la oscuridad de la tarde flotaba un fantasma anaranjado. Al principio habían dicho que lo quitarían, pero Myeongyeo insistió en dejarlo porque le parecía simpático. Así había logrado sobrevivir.

—Cuando se habla de la escritora Myeongyeo Sim, siempre se la describe como la autora de dos superventas que desapareció del mundo literario.

—Superventas fue solo la primera novela. La segunda fue un fracaso.

—Pero creo que tenía mayor valor literario. —Jangwoo lo dijo en serio, pero Myeongyeo negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no hace falta que me consueles… ¿De

qué va esto?

—En el departamento de promoción turística surgió la idea de apoyar a los artistas y escritores locales. Otras ciudades han intentado atraer autores reconocidos ofreciéndoles vivienda, pero… casi nunca terminó bien.

—¿Entonces?

—En lugar de traer a escritores de fuera, queremos contar con autores que sean de aquí y sigan viviendo en la región. Buscamos a alguien que pueda colaborar con nosotros apoyando a jóvenes escritores, y su nombre salió en la conversación.

Myeongyeo sacudió la cabeza como si no entendiera.

—¿Apoyar a escritores jóvenes? ¿Yo? ¿Cómo se supone que haría algo así?

—Pensamos en la Casa de Nuez.

Todos se sorprendieron con la propuesta.

—Un periodista del *Heraldo de Hyecheon* publicó un artículo sobre el evento en la librería. Cuando se enteró de que la Casa de Nuez era el alojamiento, preguntó si lo dirigía la escritora Myeongyeo Sim. Parece que ya conocía el lugar. Ahora está cerrado, pero si se ofreciera como espacio de creación para jóvenes artistas, la ciudad podría otorgar apoyo financiero.

—¿Quieres decir que la ciudad lo subvencionaría y los artistas podrían usarlo gratis como taller?

—Es la idea. Escritores, pintores, fotógrafos, artesanos… Quienquiera que presente un portfolio y un plan de creación. Empezaríamos en la Casa de Nuez a pequeña escala, pero, si funciona, podríamos expandirlo y convertir Bukhyeon-ri en un pueblo de las artes.

Eunseop lo miró en silencio y Jangwoo le preguntó:

—¿Pasa algo?

—De verdad… piensas en muchas cosas.

Jangwoo le dio una bofetada en broma a Eunseop y casi vuelca su taza de té. Myeongyeo permaneció en silencio un momento, con la mirada fija en la mesa, ensimismada. Jangwoo, que esperaba una

respuesta, habló con cautela.

—Por supuesto, para que esta idea sea aún mejor…

—¿Aún mejor?

—Sería ideal si usted retomara su carrera y participara activamente. En realidad, nos interesamos más en esto porque escuchamos que había escrito una nueva novela.

Myeongyeo arqueó las cejas y miró a Haewon. Ella, sorprendida, señaló a Eunseop al otro lado de la mesa.

—Yo estaba hablando de eso con Soojung y Eunseop estaba en la librería.

Eunseop apuntó hacia Jangwoo.

—Y, justo en ese momento, él había venido a la librería.

Myeongyeo dejó escapar un leve suspiro y sacudió la cabeza.

—No es un libro para ser publicado. Solo lo escribí porque lo necesitaba.

—Pero ya que lo ha escrito, sería una lástima dejarlo guardado. Escribir algo solo para esconderlo después…

Jangwoo le dio una palmada en el hombro a Eunseop y, como si estuviera revelando un secreto, añadió:

—Para eso está él.

Las dos mujeres lo miraron al mismo tiempo. Incómodo, Eunseop cerró los ojos un instante y luego los abrió, y se quedó observando a Jangwoo sin saber qué hacer con él. Su amigo sonrió con picardía.

—¿En serio? Nunca se lo has dicho.

—¿Así que el chico de al lado también escribe novelas?

Eunseop se rascó la cabeza, incómodo.

—Alón no he terminado nada… En realidad, planeo autopublicarme. Estoy trabajando en eso con Heundol Park de la Librería del Siglo. Conversando con él, comencé a escribir una novela.

—Lo conozco, hablamos unas cuantas veces. ¿Le va bien?

—Sí, preguntó por usted.

Ella asintió y guardó silencio otra vez. La repentina propuesta parecía haberla dejado pensativa. Desde algún lugar de la colina, se

escuchó un perro ladrar. Cuando el silencio se prolongó demasiado, Jangwoo aprovechó para cambiar de tema con disimulo.

—Por cierto, Haewon, ¿es verdad que le dijiste a Boyoung que la verías cuando hiciera mejor tiempo?

Fue una pregunta directa, como solo él sabía hacer. Haewon se sintió incómoda.

—¿Eso te dijo Boyoung?

Myeongyeo, al escuchar ese nombre, recordó algo.

—¿Boyoung? ¿No era tu mejor amiga en el instituto?

—Mejor amiga… Solo fuimos cercanas un tiempo.

—No fue solo un tiempo. No parabas de hablar de ella y de un día para otro dejaste de hacerlo.

Las palabras de Jangwoo sonaron aún más seguras.

—Entonces, definitivamente tuvo que pasar algo entre vosotras. ¿Tan grave fue como para que sea imposible reconciliarse?

Haewon titubeó antes de responder con sequedad.

—Sea lo que sea, no es asunto tuyo. Y deja de presionarme. En estas cosas, hay un momento adecuado para todo.

—¿Y ese momento será… cuando haga un día bonito? —murmuró Eunseop con la taza en la mano.

Myeongyeo chasqueó la lengua.

—¿Qué se verán cuando haga un bonito día? Parece que no tienes muchas ganas de verla.

—¿Por qué dices eso? —se quejó Haewon, pero a su tía no le importó.

—¿Y cuándo será un bonito día? ¿Cuando pase el frío y llegue la primavera? ¿Cuando florezcan las flores y canten los pájaros?

—Algo así… cuando termine el invierno… cuando sople un viento cálido y llegue la primavera.

—Y luego vendrán las nubes de polvo y la arena amarilla. Pasarás toda la primavera bajo un cielo gris y cuando por fin se acabe el polvo, llegarán las olas de calor y las lluvias torrenciales. Vamos, sé sincera y di que no quieres verla. «Quedamos un día para comer», «Nos encontraremos en un bonito día»… Odio esas frases vacías.

Haewon suspiró, agotada.

—Todo el mundo habla así. No lo dicen solo por decir. A veces, de verdad quieres quedar, comer algo, tomar un té y ponerte al día… Pero al final la vida te lleva por delante y nunca encuentras el momento.

—Da igual cómo lo digas, lo que no cambia es que no es una relación esencial. Cuando de verdad quieres ver a alguien, da igual que haya ventiscas, inundaciones o una guerra. Harás lo que sea por ir a su encuentro.

—No exageres, ¿una guerra…?

Aunque le respondió de mala manera, sintió un poco de remordimiento hacia Boyoung. Ya no le guardaba rencor. Su resentimiento se había desdibujado con el tiempo, y, para ser sincera, apenas recordaba con claridad la intensidad de lo que había sentido aquel día. El problema era otro: cuando una relación se corta durante tanto tiempo, cuesta recomponerla. Los años dejan una carga que se acumula sin que uno lo note, y ahora no era fácil apartarla de golpe.

Cuando el té en la mesa ya se había enfriado, Myeongyeo trajo de nuevo el tema principal.

—Decidamos esto con una apuesta —exclamó, alegre—. Ahora les dicen «batallas», ¿no? Eunseop y yo competiremos escribiendo una historia. Un aspirante a novelista contra una veterana que ya no está segura de si puede volver a escribir. Quien escriba la mejor obra, decide.

Los ojos de Eunseop reflejaron una mezcla de seriedad y entusiasmo:

—Entonces… si yo gano, usted cederá la Casa de Nuez. ¿Y si gana usted?

—Me dejaréis tranquila.

—Me parece bien.

Haewon y Jangwoo se quedaron boquiabiertos. *¿Cómo hemos acabado en esta situación?* La tensión entre ambos ya parecía el inicio de un duelo.

—¿Escribimos una hoja de árbol? Una historia bien corta.

—¿Qué sería una hoja de árbol? —preguntó Jangwoo, confundido —. Una hoja de árbol es una historia en una sola hoja.

—Por cierto, el ideograma de la segunda sílaba de mi nombre, «Seop», también se puede leer como hoja de árbol.

Eunseop extendió la mano con calma y Myeongyeo la estrechó en un apretón.

—Entonces, establezcamos las reglas. ¿Usamos el mismo título o un tema en común?

—Mejor un tema en común.

Myeongyeo se quedó pensativa un momento, luego chasqueó los dedos.

—¡El tiempo!

Haewon la miró asombrada y ella agregó, divertida:

—No me mires así y elige uno tú.

Resignada, se tomó un momento para pensar.

—Mmm… pintura.

—El segundo tema será pintura. Jangwoo, elige el tercero.

—Pues… voy a ser romántico y sugerir hombre y mujer. Me gustaría leer una historia de amor.

Jangwoo sonrió, pero Myeongyeo se mostró imperturbable.

—Que aparezca un hombre y una mujer no significa que vaya a ser una historia romántica. Puede haber una serie de asesinatos.

—¿Qué te parece, Eunseop?

—A mí me parece bien.

—Entonces, escribiremos con estos tres temas en común. ¿Será suficiente con diez días?

—Claro.

Todos se levantaron como si la reunión hubiera llegado a su fin. Acompañaron a los hombres hasta la entrada del patio, donde las farolas ya estaban encendidas, y justo en ese momento Haewon señaló un detalle importante.

—¡Ah! ¿Y quién evalúa? Tiene que haber un jurado.

Todos se detuvieron. Eunseop reflexionó un momento antes de

sugerir:

—¿Qué tal si lo leemos en la reunión de la librería y los miembros votan? Estoy seguro de que aceptarían.

—Eso me pone en desventaja. Es tu terreno —objetó Myeongyeo con cierta reticencia.

—Para nada. Será completamente justo.

—Si es así, lo presentaremos en la librería.

Y de ese modo, sin esperarlo, se vieron envueltos en una batalla de historias breves. Jangwoo, aún desconcertado por el rumbo de los acontecimientos, bajó por el sendero junto a Eunseop. Haewon miró a su tía.

—No me lo esperaba. ¿Una competición? ¿Estás segura?

—Suena divertido, ¿no? ¿Qué más da? Lo importante es disfrutar.

Myeongyeo parecía de buen humor.

—¿Y lo de la propuesta del ayuntamiento? ¿Te interesa?

—Aprecio que hayáis pensado en mí, pero no es que realmente me necesiten. Si no soy yo, encontraréis a otro escritor más adecuado…



Myeongyeo se estiró y entró en la casa, dejando a Haewon sola en el patio. ¿Qué clase de historia escribirán con estos temas tan generales? En el cielo nocturno, un halo rodeaba la luna llena.

Una novela escrita en hojas de árbol

Diario de la librería, 13 de febrero

Entrada del día: Hyundai, Ha, *La vida como un juego de escaleras*.

Ha entrado *La vida como un juego de escaleras,* publicado por el mismo autor. Ha Hyundai es el seudónimo de un escritor que tiene un séquito de seguidores fieles a través de su blog. No tiene suerte en loterías ni sorteos y, cuando participa en juegos de oficina para ver quién paga los bocadillos o hace algún recado, siempre le toca a él. Lo llaman «El rey de la mala suerte», así que un día llegó a una conclusión: la vida es un juego interminable de escaleras *sadari tagi*. Siempre estamos jugando con el azar. Subir y bajar por líneas transversales, encontrarse con giros inesperados… Así es la vida, llena de desvíos imprevistos.

Con una gran dosis de humor, el autor compara su vida

con el juego de escaleras *ʂaɖari tagi*, repasando las decisiones que lamenta profundamente y de las que aún se siente orgulloso. Así, compara su pasado con un futuro incierto que no logra vislumbrar. Aunque a veces parece rozar la autocompasión, nunca pierde su aire ligero y desenfadado, lo que le da su encanto al libro. Sin ser muy extenso, se sitúa entre la poesía y la prosa, acumulando capas de reflexiones como un delta en formación.

Una batalla inesperada.

La señora de la casa de al lado, es decir, la escritora Sim, me propuso una batalla. La verdad es que me cogió desprevenido y pensé en rechazarla, pero había una presión en el ambiente que me decía que no podía decir que no.

No podía mostrarme débil frente a H. ¡El desastre que provocó un momento de vanidad! Es abrumador. La propuesta: escribir con tres palabras clave como disparador. ¿Por qué la humanidad se aferra siempre al número tres? Tres deseos, tres oportunidades, tres condiciones… Son microrrelatos, pero no sé si podré terminarlos en diez días.

Clima. Pintura. Hombre y mujer.

No tengo ni idea de qué puede salir de esta combinación. Queridos miembros del Good Night Club,

¿se os ocurre algo? Si tenéis alguna idea, mandadme un correo. O telepatía, incluso una señal de radio sirve.

¡SOS, cambio y corto!

Escribir en hojas de árbol es una expresión hermosa. La cantidad de palabras que cabrían en una pequeña hoja de arce y en una gran hoja de loto debe de ser muy distinta. De repente, se me viene a la mente un antiguo examen de la dinastía Joseon en el que los aspirantes, con sus tradicionales túnicas *∂opo* ondeando al viento, corren a recoger hojas al sonido de un gong. Lo que escriban seguirán siendo «historias de hoja», pero me divierte imaginar a alguien que, en lugar de recoger cualquier hoja del suelo, entra chapoteando en un estanque para arrancar una hoja de loto, empapándose la túnica. (Me río solo).

Últimamente, amando, he ganado algo y también he perdido algo. Sé que he perdido, pero me gusta tanto lo que he ganado que ni siquiera quiero saber qué fue lo que ha quedado atrás.

 # Inicio de novela.

He escrito el primer fragmento y lo dejo registrado.

Aún no he decidido el título.

El cuadro quedó colgado en la pared en algún verano de lluvias. Colocó un clavo sobre la cabecera de la cama y colgó el marco. Se alejó unos pasos para comprobar si estaba recto. La pintura de integró con naturalidad en la habitación, como si siempre hubiera estado allí.

Cada noche, antes de dormir, de quedaba un largo rato mirándolo. En la imagen había un pueblo, un camino estrecho y arboles de follaje espeso. Y, apartada del resto, una pequeña casa. Sus ventanas estaban cubiertas por ramas, pero, cuando llegara el invierno y los árboles quedaran desnudos, parecía que de podría ver el interior. En caso de que el invierno llegara, claro.

Pero en aquel pueblo siempre era verano y la lluvia caía sin cesar. Con el tiempo, perdió el interés en la pintura. Acostada en la cama, dejaba que el sueño la venciera sin siquiera mirarla. Hasta que, sin darse cuenta, la olvidó por completo.

… Eso fue lo que escribí. Lo demás se me irá ocurriendo.

Publicación privada del bloc de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

Una vez más, la significación floral del malvavisco

Hasta que vio los chocolates en las tiendas del centro, Haewon no se dio cuenta de que era San Valentín. Vaciló un instante frente al escaparate de la pastelería, pero terminó empujando la puerta de vidrio y entró. Compró una caja de bombones con una forma bonita. El café era moderno y se encontraba en la última planta de un edificio nuevo en la rotonda. Había llegado antes de la hora acordada. Al lado estaba el estudio contable donde trabajaba Boyoung.

Tal vez había fijado la cita a la hora del almuerzo de los oficinistas porque disponer de un tiempo limitado resultaba menos abrumador. *Un encuentro con una hora de despedida ya establecida, para bien o para mal*. Observó la ciudad a través de los amplios ventanales. *Todavía no sé qué debería decirle*.

A las doce en punto Boyoung llegó a la cafetería. A diferencia de la vestimenta casual de Haewon, llevaba un conjunto gris de dos piezas con abrigo que le daba el aire seguro de una profesional experimentada. Sobre la blusa brillaba una fina cadena de oro. Boyoung rompió el silencio cuando llegaron las dos ensaladas y el café.

—Me sorprendió un poco tu llamada. No pensé que lo harías.

—Dijiste que tenías algo que decirme.

Haewon respondió con calma mientras tomaba un sorbo de café. Ninguna de las dos se apresuró a tocar la ensalada. En apenas un instante, una multitud de pensamientos cruzaron la mente de Haewon: *¿Me dirá que ha estado sintiéndose culpable todo este tiempo? ¿Yo tendría que decirle que no pasa nada, que eramos niñas? Tal vez debería decirle que la que lo siente soy yo*.

—Sentí que estaba sufriendo un castigo demasiado largo.

La voz de Boyoung atravesó la mesa y Haewon se quedó inmóvil, como si la hubieran pillado por sorpresa.

—¿Qué?

—Al principio… solo quería que me perdonaras. Durante años, después de graduarnos, no pensé en otra cosa. Pero, con el tiempo, ese deseo de ser perdonada desapareció.

La cafetería comenzaba a llenarse de clientes, pero su mesa parecía aislada, flotando en el vacío. Boyoung habló con el rostro tenso, como si estuviera recitando unas líneas que había ensayado muchas veces.

—Sentía que llevabas demasiado tiempo castigándome y, si querías seguir haciéndolo, estaba dispuesta a dejarte. Pero cuando tu castigo empezó a ser mayor que mi error… cuando tu rencor se volvió más grande que mi culpa, deseé que siguieras así. Porque, si eso pasaba, yo podría ser la víctima.

La sorpresa pasó y Haewon sintió un pinchazo punzante en las sienes. Había imaginado muchos escenarios posibles para este encuentro, pero este no. Los ojos de Boyoung se humedecieron.

—Ahora, tu error es mayor. Quería verte para decirte eso. No importa si nunca me perdonas ni si jamás lo olvidas.

La persona más culpable… la que ha cometido la falta más grave durante más tiempo, eres tú, Haewon.

El pan se enfriaba junto con el café. No encontraba las palabras, pero no sentía rencor hacia Boyoung. Tal vez, en el fondo, siempre lo había sabido. Desde aquel día en que creyó que su amistad había terminado, Boyoung había soportado en silencio su condena.

—Sí, tienes razón. He estado enfadada durante demasiado

tiempo.

Boyoung alzó la cabeza y la miró de frente. Haewon escogió con cuidado sus palabras antes de continuar con calma.

—También yo detestaba comportarme así. En realidad, podría haberlo olvidado sin más… pero que tú tampoco lo olvidaras, como si me debieras algo, me resultaba una carga.

—¿Por qué nunca me diste la oportunidad de explicarme? Eso fue lo peor.

Boyoung habló con firmeza, pero le temblaba un poco la voz. Haewon la observó en silencio. Recordaba a aquella chica de corazón blando que siempre estaba a punto de llorar.

—¿Lo sabes? Me borraste por completo de tu vida. Ni siquiera me diste la oportunidad de disculparme. Me trataste como si nunca hubiera existido. Nunca respondiste a ninguna de las cartas que te envié… ni siquiera las leíste.

Lo sé. La mayoría ni siquiera las había abierto; las había guardado al fondo de un cajón. Se le escapó un suspiro.

—No respondí porque te odiara. Simplemente no quería aceptarlo. No quería pegar con adhesivo algo valioso que ya tenía grietas… Decidí quedarme con los recuerdos bonitos.

—Eso es arrogancia. ¿Y qué, si tenía grietas? ¿Y qué, si lo hubiéramos arreglado con cinta? Tal vez no habría quedado perfecto como antes, pero, aun con sus defectos, podríamos haber seguido adelante. Y, aunque todo se hubiera roto en pedazos, también podríamos haber intentado recomponerlo. ¿Por qué no? ¿Una amistad tiene que ser siempre inmaculada? ¿Acaso existe algo así en este mundo? Me dejaste afuera al primer *strike*.

No era una reconciliación ni una pelea, sino algo más. Algo diferente. Haewon se sintió abrumada por la confusión.

—Sí… Lo siento. Será mejor que lo dejemos así, cada una con su propia interpretación. No creo que ahora podamos hacer algo para aliviar lo que sentimos. Lo mejor será cerrar esto aquí.

Colocó sobre la mesa la caja de chocolates que había dejado a un lado.

—Los he comprado para ti. Nunca he sido de celebrar San Valentín, pero hoy… he querido hacerlo.

Los ojos de Boyoung temblaron. Haewon cogió su bolso y se puso de pie.

—Yo… me voy yendo. Desayuna tranquila.

Boyoung no levantó la vista. Mantuvo la mirada fija en la mesa mientras Haewon salía de la cafetería.

Mientras esperaba el autobús frente al edificio, Haewon pensó que así estaba bien. No era un alivio total ni una verdadera reconciliación, pero al menos, por primera vez, habían hablado del pasado. Reconocer aquellas heridas, en lugar de fingir que nunca habían existido, era suficiente.

Cuando subió al autobús con destino a Bukhyeon-ri y tomó asiento, vio a Boyoung salir por la puerta del edificio. Tenía el rostro pálido, llevaba el abrigo sobre los hombros y sostenía la caja de chocolates contra su pecho mientras caminaba hacia el edificio contiguo. Iba cabizbaja, ajena a la mirada de Haewon. Cuando el autobús arrancó y la dejó atrás, Haewon sintió que las lágrimas le nublaban los ojos.

Se retrasó un poco en abrir la librería por haber ido al centro. Tras quitar el candado de seguridad y deslizar la puerta corrediza, comenzó a limpiar. Acababa de guardar la aspiradora y la fregona en el armario cuando Hyeongi y los niños entraron espantados. Haewon se asustó porque los pequeños estaban llorando.

—¿Qué ha pasado?

Hyeongi se quitó los guantes antes de responder.

—Han atropellado a un ciervo. Parece que los chicos lo han visto.

Haewon salió a la calle y vio al animal tirado en un charco de sangre en medio de la carretera. A simple vista, se dio cuenta de que estaba muerto. En el asfalto quedaban las marcas de

neumáticos que habían pasado por encima de la sangre. El vehículo responsable había huido sin preocuparse por lo sucedido. Los niños estaban conmocionados y ella sintió un malestar profundo.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a Eunseop?

Hyeongi miraba el cuerpo desde cierta distancia. Haewon también pensó en llamarlo, pero recordó que estaba trabajando en la pista de patinaje. En su lugar, buscó en el móvil el número de emergencias. Mientras escuchaba la grabación automática, un coche apareció al otro lado de la carretera. Al notar el cuerpo tendido en el asfalto, cambió de carril apresuradamente y pasó de largo.

—Llamo para informar del atropello de un animal. Es cerca de la parada de autobús del cruce de Bukhyeon-ri…

Tras indicar la ubicación, Haewon guardó el teléfono en el bolsillo. Hyeongi frunció el ceño con preocupación.

—¿Cuánto tardarán en venir? Podrían volver a atropellarlo.

Haewon se acercó y miró a ambos lados. Era una carretera rural que se extendía junto a los campos, así que los vehículos podían verse venir desde lejos.

—Saquémoslo rápido, que ahora no viene nadie.

Haewon agarró las patas traseras del ciervo y comenzó a arrastrarlo hacia el arcén. Hyeongi se apresuró a sujetar las patas delanteras y la ayudó a moverlo. La imagen del cuerpo destrozado les resultaba dolorosa, pero no podían abandonarlo ahí para que lo golpearan más coches. Dejaron un reguero de sangre al arrastrarlo hasta la parada de autobús. Seungho salió de la librería y las observó con los ojos vidriosos:

—Me gustaría que lo enterráramos.

—No se puede, es ilegal.

—¿Por qué? Si ya está muerto, ¿qué tiene de malo enterrarlo?

—Así es la ley. Hyeongi, lleva a los niños adentro.

El ciervo yacía con los ojos abiertos. Hyeongi se llevó a los pequeños de vuelta a la librería y Haewon se acuclilló junto al cuerpo, esperando a que llegaran las autoridades pertinentes. Para no mirar aquellos ojos vacíos, fijó la vista en la carretera, en la línea

del horizonte.

De pronto, recordó al ciervo que había visto una vez en el sendero junto a la huerta. ¿Y si era el mismo? Pero no tenía manera de saberlo.

Al cabo de un rato, una furgoneta con el emblema de la brigada de rescate animal llegó para recogerlo. Haewonse lavó las manos en el fregadero de la librería. Hyeongi había sentado a los niños y los había puesto a dibujar. Les repartió hojas y les hizo compartir las cajas de lápices de colores. En los últimos días, Hyeongi se mostraba más madura, lo suficiente como para que Haewon sintiera que podía confiar en ella.

Se sentó a su lado y echó un vistazo a lo que habían hecho. Hyojin había dibujado al ciervo tendido en el suelo, con dos grandes equis negras en lugar de ojos. Junto a él, una niña y un niño lloraban. En cambio, Seungho se negaba a dibujar un ciervo muerto. En su lugar, estaba bosquejando la librería. Sobre el cartel del tejado, había escrito con un lápiz morado: «Librería Good Night».

—Seungho, has traducido el nombre de la librería —lo felicitó Haewon—. Es un dibujo para mi madre. Como no sabe inglés, lo he cambiado por «Librería Good Night».

—Pero todo el mundo entiende lo que significa «good night» —dijo Hyeongi mientras se ponía los auriculares.

—No es cierto. Mi papá iba a trabajar como guía turístico en Camboya, pero mi mamá no quiso ir con él porque no habla inglés. Por eso se divorciaron —dijo con firmeza.

Hyeongi quiso responder algo, pero al final guardó silencio.

—¿Tu padre viene a verte de vez en cuando? —preguntó Haewon.

—Vino la primavera pasada… y desde entonces no ha vuelto —respondió sin cambiar el tono.

Haewon miró de nuevo el nombre traducido en el dibujo y pensó que, después de todo, sonaba bastante bien.

Aquella noche Eunseop estaba recostado contra el cabecero, escribiendo algo en su portátil sobre las piernas y Haewon estaba

tumbada a su lado, envuelta en la manta y sumida en sus pensamientos. Había sido un día agotador y emocionalmente pesado. Se le venían a la mente, una y otra vez, la imagen del ciervo atropellado y el rostro de su vieja amiga. Recordó las palabras de Boyoung y dijo:

—Oye… Al principio, solo vemos lo mejor del otro, pero, con el tiempo, empezamos a notar los defectos, las cosas que nos molestan, ¿no crees?

Eunseop dejó de teclear.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Todas las relaciones son así.

Lo dijo con escepticismo, dándose la vuelta para apoyarse en el codo y mirarlo de frente. Luego agregó:

—¿Ya has descubierto algo de mí que no te guste? Algo que te haya decepcionado o que te moleste.

Eunseop la miró confundido.

—¿Por qué preguntas eso en vez de lo bueno que hayamos descubierto…?

—Sé que soy una persona negativa. Por eso, prefiero escuchar primero lo malo.

Haewon sonrió con una expresión ambigua, como si no quedara claro si hablaba en serio o en broma. Eunseop, aunque algo incómodo, se tomó su tiempo para pensarlo.

—Me había acostumbrado a estar solo en esta habitación, pero ahora, cuando te vas a la Casa de Nuez, la noto vacía. Si tuviera que decir algo malo… creo que sería eso.

Lo dijo con naturalidad, pero a Haewon le hizo sentir un ligero cosquilleo en el pecho. Había lanzado una pregunta con cierto cinismo porque estaba de mal humor, pero terminó recibiendo una respuesta cálida. Una sensación de felicidad le recorrió el cuerpo. Se inclinó y apoyó el rostro contra la cintura de Eunseop, rodeándolo con los brazos mientras se reía en voz baja. Él le acarició el cabello.

—Tu pelo es como una telaraña en las ramas de un árbol.

Haewon, un poco indignada, se rio de nuevo y le temblaron los

hombros.

—Debería enfadarme. Si hubieras dicho que parecía seda, todavía. Pero, ¿telaraña?

—Nunca acaricié una seda…

—¿Y telarañas sí?

Eunseop también se rio.

—Cuando caminas por la montaña, a veces se te quedan pegadas en la cara o en las manos. Es una sensación extraña… Son finas y suaves, pero te atrapan de una forma que parece imposible escapar.

Haewon levantó la cabeza.

—En ese caso, está bien. Seré la de pelo de telaraña —respondió y empujó con un dedo la tapa del portátil.

—¿Cómo van esas historias que escribes en lugar de jugar conmigo?

—Más o menos.

Eunseop cerró el portátil, lo dejó en el suelo junto a la cama y se recostó a su lado. Haewon disfrutó el momento en que la abrazó y sus labios se encontraron, cálidos y suaves.

Después de hacer el amor, quedó sumergida en esa sensación placentera que precede al sueño. Eunseop ya dormía cuando ella, con cuidado, se deslizó fuera de la cama y empezó a vestirse. Le hubiera gustado quedarse durmiendo junto a él, pero no podía dejar a la tía Myeongyeo sola en la Casa de Nuez. Aunque a su tía seguro que le daba igual…

Cuando estaba a punto de salir, vio la luz encendida del portátil en el suelo. Se inclinó para apagarlo, pero al tocar el panel táctil, la pantalla se iluminó y apareció su texto.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Eunseop se despertó de su ligero sueño, pues había sentido algo raro. Abrió los ojos y vio a Haewon sentada en el suelo, completamente absorta en la pantalla de su portátil. Se le fue de golpe el sueño.

—¿Qué estás haciendo?

—H… ¿soy yo?

No respondió.

Eunseop se incorporó enseguida y extendió la mano desde debajo del edredón para arrebatarle el portátil. Pero ella fue más rápida y lo apartó a un lado, con una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Has estado escribiendo un diario en privado todo este tiempo? «La significación floral del malvavisco es…».

Eunseop intentó alcanzar sus pantalones al pie de la cama. Primero tenía que vestirse, luego la atraparía… Pero ella se adelantó. De una patada, hizo que el pantalón se deslizara hasta el otro extremo de la habitación y se echó a reír.

—¿De verdad pensaste que yo era un chico cuando éramos pequeños?

Siempre había visto a Eunseop tranquilo y sereno, pero ahora, al notarlo tan desconcertado, sintió una inesperada alegría. Finalmente, él dejó escapar un gemido de frustración, se dejó caer de espaldas sobre la cama y se cubrió por completo con la manta. Haewon dejó el portátil sobre el escritorio y se acercó a la cama.

—Mírame.

El hombre bajo las mantas no se movió.

—¡Eunseop Lim!

—Esa persona ya no está.

Haewon se rio y levantó un poco la manta. Eunseop estaba boca abajo, con la cara enterrada en la almohada.

—Levanta la cabeza.

—No quiero. Me quedaré aquí encerrado al menos tres días.

—Entonces, escúchame así. ¿Sabes? La significación floral del malvavisco es…

—No, no lo digas por favor.

Acercó los labios a su oído y susurró:

—La significación floral del malvavisco es amor comprendido a destiempo.

Eunseop, que había estado escuchando en silencio, levantó la cabeza. Entonces, la atrajo con fuerza y la hizo caer sobre la cama. Los labios de él ahogaron el grito de sorpresa de ella.

Té de lágrimas

El sábado por la tarde Haewon comprobó que el retrato de la anciana de la casa de tejas se había secado bien. Lo enmarcó y lo envolvió con varias capas de papel de burbujas. Planeaba enviarlo cuando llegara el repartidor, pero en ese momento la puerta corrediza se abrió y entró un cliente.

—Bienveni…

Haewon no pudo terminar de hablar. Boyoung, vestida con unos vaqueros y una chaqueta, sin maquillaje, lucía muy distinta a cuando se habían visto en el centro. Llevaba en cada mano una gran bolsa de plástico con macetas y las dejó sobre la mesa.

—La orquídea es un regalo para esta librería. La otra es para ti. —Las flores blancas y rosadas iluminaban el espacio a su alrededor. Sin embargo, en la otra maceta solo había tierra; no se veía nada más.

—Ayer planté esto mientras pensaba en ti. Pronto brotarán los retoños y más adelante florecerá. Pero, si no te gusta, no tienes que regarlo. Si se seca antes de la primavera, nunca sabrás qué es lo que he plantado.

Haewon estuvo a punto de quedarse sin palabras.

—Qué pesada eres. No creo que haya nadie más en el mundo que se vengue de esta forma tan rara, Boyoung.

—No es una venganza, es una disculpa.

—Es lo mismo.

Se miraron con intensidad, desafiándose con la mirada, hasta que Haewon habló de nuevo.

—No habrás dejado la maceta vacía, ¿verdad? Y luego me dirás algo como «Si tienes un corazón malo, aunque la riegues, no florecerá».

—Ah, tendría que haberlo hecho así. Habría sido más divertido —se lamentó Boyoung y ambas se rieron superadas por la situación.

Después de colocar las macetas en un buen lugar y preparar el té, Boyoung recorrió lentamente la librería, hojeando los estantes. Al final, compró varios libros y se registró como miembro.

—Vendré a menudo.

—Sí, por favor, ven a menudo.

Finalmente, Boyoung pareció relajarse y tomó asiento para beber su té. Haewon también sintió que su corazón se aligeraba un poco.

—¿Cada cuántos días tengo que regarla?

—No le eches demasiada agua, con dos veces a la semana es suficiente —respondió rápidamente mientras apoyaba la taza de té.

—Entendido. Cada vez que la riegue, pensaré en ti.

—En ese caso, puedes regarla hasta tres veces.

Boyoung respondió fingiendo desinterés y Haewon no pudo evitar reír. Se preguntó qué tipo de flor brotaría cuando llegara la primavera, pero también le pareció bien esperar sin saberlo hasta entonces.



Con el inicio de las festividades del Año Nuevo Lunar, las imágenes de autopistas repletas de coches rumbo a sus ciudades natales llenaban los telediarios. En Bukhyeon-ri la gente también comenzó a recibir a sus parientes y, poco a poco, el número de vehículos aumentó. Tanto en la librería como en la pista de patinaje junto a los arrozales aprovecharon la ocasión para tomarse dos días de descanso.

Myeongyeo, con las gafas al borde de la nariz, estaba sentada frente a la pantalla escribiendo. Había traído a la sala el viejo ordenador que no usaba desde hacía muchísimo tiempo, por eso el teclado estaba duro y cometía muchos errores. Haewon, tumbada tranquila en el sofá con un cojín bajo la cabeza, leía un libro. Hacía mucho que no estaba tan relajada. Para ambas, las festividades siempre habían sido cosa de otros y ninguna sentía la necesidad de unirse a la interminable caravana de regreso a los pueblos. Debajo del sofá, Avellana dormía estirado.

—Tía, ¿recuerdas aquella postal que me trajiste de un viaje?

Haewon dejó el libro sobre el pecho. Estaba leyendo *Mi postal favorita*, una publicación independiente que hacía poco había llegado a la librería. Su autora, adicta a los viajes, había recopilado postales de cada ciudad que había visitado y puso por escrito los recuerdos que conservaba de ellas.

—No sé. ¿Cuál era?

—Tenía puertas brillantes y coloridas alineadas una junto a la otra. Roja, amarilla, verde… de todos los colores.

Myeongyeo asintió, como si ya lo recordara.

—Debe de haber sido de Irlanda. Allí la gente pinta las puertas así.

—Ya veo… A veces me acuerdo de ella, me impresionó mucho.

Hacía tiempo, su tía le había entregado la postal y le había dicho: «Haewon, ¿Qué puerta querrías abrir aquí?». En la imagen, había una hilera de diez puertas de colores vibrantes. Por un instante, su joven corazón latió con fuerza. Fue como si estuviera ante un test psicológico o como si alguien le estuviera susurrando una pequeña profecía sobre su futuro. Era solo una postal, pero aún recordaba cuánto había dudado antes de elegir una puerta, temerosa de arrepentirse después. Myeongyeo se quitó las gafas de aumento y se frotó los ojos.

—¿Y por qué te has acordado de eso de repente?

—Por nada. Solo pensaba que, por aquel entonces, tú tenías mi edad.

A Myeongyeo se le escapó una risa amarga.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo…? Ahora soy solo una sombra de lo que era. Lo siento.

La inusual sinceridad en su voz hizo que Haewon se sintiera mal.

—¿Qué es esto? No te pega ponerte sentimental.

Volvió a pasar la página de su libro cuando sonó el teléfono de la sala. Al descolgar, escuchó la voz de una mujer desconocida.

—Llamo desde la sala de urgencias del Centro Médico Hyecheon. ¿Hablo con la Casa de Nuez?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado un anciano en ambulancia, pero su único acompañante es un niño pequeño. El niño mencionó que conoce a un adulto que vive en ese lugar.

Haewon parpadeó, confundida.

—¿Podría decirme su nombre?

—Un momento… El paciente se llama Gilbok Jeong.

¡El anciano del carro!

El rostro de Seungho cruzó su mente. Sin móvil y sin saber el número de Eunseop o el suyo, el niño debió de haber recordado la Casa de Nuez y lo mencionó.

—Entendido. Voy para allá.

Myeongyeo levantó la vista del ordenador y la miró.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré cuando vuelva. Tengo que ir con Eunseop a un lugar.

Se puso el abrigo, cogió su bolso y salió rápidamente, cruzando el sendero. En el huerto vio el todoterreno gris plateado y, al lado, un coche negro que no había visto antes. Justo cuando iba a entrar en la casa, se detuvo.

Un grupo de niños desconocidos correteaba por el patio, mientras un hombre, que parecía ser su padre, los vigilaba mientras hablaba por teléfono. En ese momento recordó que, debido a un problema con la caldera de la casa de abajo, los parientes de Eunseop se estaban alojando allí. Haewon se paró frente a la

ventana de él y lo llamó por teléfono.

—Soy yo.



La sala de urgencias era un espacio ajeno a las festividades. Las enfermedades y los accidentes no respetaban fechas, y el hospital Hyecheon no era la excepción. La sala estaba llena de pacientes y personal sanitario, con un bullicio constante pero contenido.

Bajo la cortina de la camilla, Haewon distinguió las pequeñas y gastadas zapatillas de Seungho.

—Los vecinos del pueblo lo encontraron desmayado por hipotermia y llamaron a la ambulancia. Ahora está consciente, pero tiene síntomas de neumonía y debe permanecer internado. —Dijo la enfermera, mientras ajustaba el suero junto a la cama del anciano, que yacía sin fuerzas.

Se notaba que Seungho había estado llorando. El niño estaba sentado junto a su abuelo.

—Me dijo que en días como hoy se podía encontrar mucho papel… Se desmayó mientras buscaba envases de frutas y envoltorios de regalos.

El anciano intentó mover la mano y balbuceó algo con dificultad. Eunseop se inclinó para escucharlo mejor.

—No se preocupe, yo encontraré su carro.

Intentó tranquilizarlo, pero el anciano seguía murmurando con insistencia. Tras escuchar con atención, negó con la cabeza y le respondió en tono calmado.

—Eso no es posible, no puede irse ahora a casa. Dicen que lo tienen que internar.

El anciano, agotado, insistió en regresar, pero el personal sanitario dejó claro que, en ese estado, no podían hacerse responsables de él. Mientras Eunseop firmaba el consentimiento de responsabilidad y hacía los trámites de hospitalización, Haewon se

preguntaba qué hacer con Seungho los próximos días. En ese momento, alguien corrió la cortina y entró.

—¿Tú eres Seungho?

El niño alzó la mirada, sorprendido. La mujer, rechoncha y de mejillas coloradas, colocó el tensiómetro en el brazo del anciano mientras continuaba hablando:

—Soy la mamá de Hyojin. Cuando escuché tu nombre, pensé que podías ser tú. Ahora Hyojin está jugando en la sala de descanso. Si estás cansado, puedes ir con ella.

Cuando la enfermera cruzó la mirada con Haewon, le dedicó una sonrisa amable antes de tomar la presión del anciano y colocarle una banda de goma en el brazo para extraerle sangre.

—Es para un análisis. Va a sentir un pinchazo.

Seungho desvió la mirada para no ver la aguja. Tras la extracción, la enfermera colocó los pequeños frascos con sangre en el soporte y le preguntó a Haewon.

—Usted es la señorita de la librería, ¿no?

—Sí…

—Me alegré cuando mi hija me dijo que iba allí. Al menos leerá un libro de vez en cuando. Espero que no suponga una molestia.

—Para nada. Son buenos niños. Gracias.

Luego, la enfermera se volvió hacia el anciano y le habló con tono amable pero firme.

—Abuelo, si cae enfermo, ¿quién va a cuidar del niño? Tiene que recibir el tratamiento y curarse para poder seguir cuidándolo.

Los ojos del anciano se enrojecieron, pero mantuvo la boca cerrada. Poco después, regresó Eunseop. Cuando finalizaran los exámenes, trasladarían al anciano a una habitación y él se quedaría a su lado durante la noche.

—No hay problema. De todos modos, mi primo y su familia están en casa, así que prefiero dejarles el espacio.

Parecía incluso más tranquilo al saber que podría evitar la casa llena de gente.

Cuando ingresaron a un paciente que había sufrido un accidente

de tráfico, Haewon decidió llevar a Seungho a la sala de descanso del vestíbulo. En la primera fila de sillas, Hyojin balanceaba las piernas mientras veía la televisión. Al verlos llegar, saltó de su asiento contenta. Pero cuando escuchó que el abuelo de Seungho tenía que quedarse internado adoptó una expresión completamente diferente. Haewon cambió de tema para tranquilizarla.

—Con que tu madre es enfermera.

—Sí, hoy está de turno. Vine con ella porque mi padre se ha ido a visitar a unos parientes. Es un sitio muy lejano y complicado de llegar, así que no lo he acompañado. ¡Es en Ulleungdo!

Hyojin se sentó junto a Seungho sin dudarlo, pero el niño ni siquiera la miró. El ambiente se volvió algo tenso, así que Haewon abrió su bolso y sacó un cuaderno y unos lápices de colores.

—¿Queréis que os muestre cómo dibujo mientras canto?

Hyojin asintió, curiosa. Haewon colocó el cuaderno sobre sus rodillas y comenzó a dibujar, tarareando una melodía en voz baja. Era una canción que su madre solía cantarle mientras dibujaba cuando era niña.

Ojos, ojos, ojos de caramelo,
con un gorrito puntiagudo, camina, camina…

Al ritmo de la canción, dibujó dos círculos y otro círculo grande que contenía a los otros.

De lado, de lado, con los puños cerrados,
con una falda plisada, camina, camina.
Todos, venid a ver,
los tres gansos están sonriendo…

Cuando terminó de cantar, finalizó el dibujo: una niña de cabello rizado caminaba con un bonete y una falda plisada.

—Es una canción extraña —murmuró Seungho, pero a Hyojin

pareció gustarle y miró el dibujo con una expresión satisfecha.

—Yo quiero aprender a hacer esto.

El teléfono de Haewon vibró con una notificación. Era un mensaje de Soojung en el chat de los miembros de la librería: Mis hijos están de visita, pero se van mañana. Quiero regalarles algunos libros y me gustaría algo diferente a lo que venden en las grandes librerías. ¿Está abierta ahora?

Estamos en el hospital. Ahora no hay nadie para abrir, pero esta noche podemos hacerlo.

Como era de esperar, en menos de treinta minutos, un pequeño coche verde llegó al aparcamiento del hospital. La rapidez de Soojung era impresionante. Aparecía en cualquier lugar donde alguien tuviera un problema, como si fuera una superheroína.

En la televisión, un grupo de presentadores vestidos con *hanbok* cantaba en un especial de Año Nuevo Lunar, pero nadie prestaba atención. Los niños estaban dibujando en sus cuadernos, mientras Haewon y Soojung hablaban en voz baja en la última fila de asientos.

—¿Y los gastos? —preguntó Soojung, yendo directo al grano.

—Por ahora, ya hemos hecho el ingreso.

—¿El anciano tendrá algo de dinero?

—Tiene un hijo en Camboya… pero parece que no han podido contactar con él.

Soojung frunció el ceño con escepticismo.

—¿Lo del trabajo de guía turístico? Seungho lo cree, pero quién sabe si es cierto. Yo nunca he visto a sus padres.

Se quitó la bufanda y se puso de pie.

—Voy a ir a saludar al señor.

Soojung cruzó el vestíbulo hacia la sala de urgencias y Haewon metió un billete en la máquina expendedora. Pensaba comprar algo de beber para los niños.

—¿Qué queréis tomar? ¿Zumo de naranja?

—¡Yo quiero cola!

En ese instante, Hyeongi agarró del brazo de Haewon y ella saltó

asustada.

—¡Qué susto! ¿Qué haces aquí?

—Leí el chat grupal.

Antes de que Haewon pudiera decir nada más, Hyeongi pulsó el botón de la cola en la máquina expendedora. La lata cayó con un sonido seco.

—No hacía falta que vinieras, pero gracias. Es Año Nuevo, deberías estar en casa.

Hyeongi dio un largo trago y soltó un eructo exagerado, aliviada.

—La verdad, mis parientes están discutiendo otra vez. Me estaba volviendo loca escuchándolos, así que, cuando vi el mensaje, me vine directamente. Ojalá desaparecieran las fiestas. Pasan todo el año sin hablarse y, justo en Año Nuevo o *Chuseok*, vienen a mi casa… ¡y se pelean! ¿Para qué se ven, entonces? ¿No es absurdo? —Sus manos apretaron la lata con fuerza y se le puso la cara roja de indignación—. ¡Es agotador! ¿Se creen que mi madre es su saco de boxeo o qué?

Por mucho que Hyeongi renegara, en momentos así siempre terminaba defendiendo a su madre. Luego, se acercó a Seungho y le revolvió el pelo con brusquedad. Haewon sonrió con tristeza.

—Te has asustado, ¿no? Te invito un helado. ¡Hyojin, ven, vamos a la tienda!

Pero Seungho negó con la cabeza.

—No quiero comer.

—¿En serio?

Como no respondió, Hyojin murmuró que tampoco quería comer y se sentó de nuevo. Hyeongi se encogió de hombros y le preguntó a Haewon:

—Entonces, ¿va a quedarse solo en casa estos días?

—No, vendrá conmigo.

Pero Seungho no parecía convencido.

—Quiero quedarme con mi abuelo. Puedo dormir en la camilla con él.

—No puedes. Los médicos no te dejarán. Eunseop estará con él.

—¡Ven a mi casa! Puedes ir cuando mi madre salga del trabajo.

Hyojin lo dijo con naturalidad, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—Mi padre tiene una consola. Podemos jugar a bádminton o carreras.

—Eso suena divertido.

Hyeongi asintió con entusiasmo, pero Seungho seguía sin reaccionar. Frustrada, Hyojin intentó animarlo y le agarró la manga.

—No te preocupes. Si le digo a mi padre que somos compañeros, seguro que te deja quedarte.

De repente, Seungho apartó el brazo de un tirón. Luego, cogió un lápiz de color y escribió algo en su hoja de dibujo antes de empujarla hacia un lado. Todos se quedaron en silencio, sorprendidos. En el papel, unas palabras en azul destacaban ante sus ojos: «Mi compañera no es más necesaria que una burbuja de jabón».

Hyojin palideció. Haewon contuvo un suspiro y reprendió a Seungho con firmeza.

—Seungho, no deberías hablarle así a Hyojin. Solo está preocupada por ti.

El niño siguió mirando a otro lado, tenso, como si le costara respirar. Hyojin intentó sonreír, fingiendo que no le afectaba, pero sus ojos pronto se llenaron de lágrimas hasta que una le rodó por la mejilla. Hyeongi sin poder creerlo, le cogió la mano.

—Venga, vamos a la tienda. Nosotras solas comeremos helado.

Cuando ambas salieron, Seungho dejó escapar un largo suspiro y, con la voz temblorosa, preguntó:

—No, eso no va a pasar. Nunca.

Al verlo así, Haewon sintió un dolor en el pecho. Todos se habían sorprendido con la muerte del ciervo, pero mientras Hyojin había vuelto a su alegría habitual al día siguiente, Seungho no parecía haberse recuperado del todo. *Cada niño procesa las cosas de manera distinta… ¿Así es como todos crecen poco a poco?* Sintió una punzada de melancolía mientras le daba unas palmaditas en el

hombro.



Aquella noche, después de recoger la mesa, Haewon se sentó en el sofá de la sala junto a Seungho y abrieron un libro. De camino a casa desde el hospital, Soojung había pasado por la librería y comprado algunos libros, mientras que Seungho había sacado su favorito de la guarda. Enfrente, Myeongyeo seguía tecleando en su viejo ordenador, con las gafas al borde de la nariz.

—Las sillas con patas rotas, las canciones que nadie puede cantar, las cucharas que cayeron detrás del fogón y nunca volvieron a verse, los libros que no pueden leerse, los relojes que se detuvieron…

Haewon leía en voz alta un fragmento de *El búho en casa*. Seungho, envuelto en una manta, escuchaba recostado contra Avellana. Verlo escoger una vez más un libro que ya había leído muchas veces le hizo pensar que, tanto para los niños como para los adultos, los verdaderos libros de la vida son aquellos a los que volvemos cuando estamos abatidos.

El fragmento que leía pertenecía a un cuento titulado *Té de lágrimas*. En la historia, el búho recogía en una tetera las lágrimas que derramaba cuando pensaba en cosas tristes y luego preparaba con ellas un té caliente. Al beberlo, su tristeza se disipaba un poco. Cerrando el libro, Haewon propuso:

—¿Preparamos té de lágrimas?

Por un instante, los ojos apagados de Seungho parecieron iluminarse.

—¿Té de lágrimas?

—Sí. No hace falta llorar de verdad. Solo tenemos que fingir que ponemos nuestros pensamientos tristes en la tetera. ¿Qué te parece?

—Me gusta.

Haewon fue a la cocina, llenó la tetera y volvió al sofá. Abrió la tapa, la dejó sobre la mesa y murmuró:

—Empiezo yo… Los dibujos que estropeé.

Hizo el gesto de sacar un pensamiento triste de su cabeza y dejarlo caer dentro de la tetera.

—Tu turno.

—Mi bicicleta rota.

—La casa donde vivía antes.

—Camboya.

—La leche caducada que bebí sin darme cuenta.

—El bicho que encontré en la comida del comedor.

—¡Puaj!

Haewon hizo una mueca de asco y Seungho, por primera vez en todo el día, sonrió un poco.

Desde el viejo ordenador, Myeongyeo intervino con aire melancólico:

—Eso suena divertido. Agrega también mis tristezas al té.

—Claro, dime.

Myeongyeo dejó de teclear y, sin dudarlo, enumeró:

—Mis dedos torpes. Mis neuronas muertas. Mi ojete viejo y cansado.

Al escuchar la palabra «ojete» Seungho se rio. Haewon movió el dedo con gesto de desaprobación.

—No quiero sumar el último ingrediente. Este es un té de lágrimas, no un té de ojete.

—A mí me gusta el té de ojete —respondió Seungho como si no le viera el problema.

—¿En serio?

El niño asintió y Haewon tomó la tetera y la llevó a la cocina. La puso sobre el fuego y la dejó hervir. Luego, sacó tres terrones de azúcar de un frasco en el estante y los dejó caer en el agua caliente.

Cuando el té transparente y humeante estuvo listo, cada uno tomó su taza y, soplando para enfriarlo, bebió pequeños sorbos. Era dulce.

—Es el mejor té del mundo.

—Sí que lo es.

Myeongyeo respondió con una sonrisa y Haewon también sonrió.

Una noche cualquiera, preparando una receta aprendida de un búho… un té que, al final, no fue de ojete, sino de lágrimas.

El pueblo del dibujo

Registrado el 17 de febrero

#

El abuelo de Seungho se ha desmayado. Se negaba a quedarse en el hospital por los gastos y no ha sido fácil convencerlo. Pero si no le puedo dar una ayuda real, ¿de qué sirve decir «debe recibir tratamiento adecuado»? No es que rechazara la atención por ignorancia.

#

H descubrió mi diario privado. Maldición. Parece que la pantalla se quedó bloqueada con la sesión iniciada. Creo que vio la sección del diario de la librería, pero no sé hasta dónde leyó. Por cómo me molestó con el significado de la flor del malvavisco, debió ser la parte de cuando llegó a Bukhyeon-ri. Después de eso… ¿hasta dónde? Aunque lo

haya leído todo, no es que vaya a cambiar nada, pero, aun así… *Uf*. Casi me desmayo de la vergüenza.

#

He terminado de darle forma a la idea del micro-cuento y estoy escribiendo un borrador. Imagino distintas direcciones en las que puede avanzar la historia desde que se cuelga el cuadro.

En su pueblo, la lluvia nunca cesaba. Llevaba años diciéndose que, cuando hiciera un día precioso, cruzaría el río para ir a verla. Si construyeran un puente sobre el agua que lo aislaba del resto del mundo, si pudiera reparar la barca rota, si tan solo reuniera el valor para salir de su cabaña… Si tan solo pudiera.

Pero nunca dejó el pueblo. La lluvia no paró, el río siguió allí y la barca, abandonada, se balanceó con las olas hasta pudrirse. Y ella… ella finalmente lo olvida.

Quizá podría terminarlo en tres días.

Publicación privada del bloc de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

Dos historias

Era el Día D y, por la mañana, Eunseop y Haewon limpiaron cada rincón de la librería. Había una nueva frase en la pizarra.

CAMINARÍA 500 MILLAS
Y CAMINARÍA 500 MILLAS MÁS
PARA SER EL HOMBRE QUE CAMINÓ 1000 MILLAS
QUE SE DESMAYÓ ANTE TU PUERTA

THE PROCLAIMERS

Mientras acomodaba las tizas de la pizarra, Haewon dijo:

—No parece el nombre de un escritor.

—Es una banda de *rock* de unos hermanos gemelos.

—Ah, ya veo. Has escrito la letra de una canción de *rock* en la pizarra de la librería.

—Claro. Vivimos en una época en la que Bob Dylan ha ganado el Premio Nobel de Literatura, ¿no?

Eunseop sonrió con picardía y sacó la bolsa de basura detrás de la casa de tejas. Luego, dijo que iría a la pista de patinaje y se marchó. El día anterior, había enviado el micro-cuento por correo electrónico a los miembros y Myeongyeo había dicho que lo traería a la librería para la reunión de esa noche.

Haewon imprimió copias para todos los miembros y luego comenzó a releerlo con calma. *Un pueblo donde siempre llovía*. Un

relato breve, apenas medía una hoja en formato A4. *Tal vez un poco desolador*. Dejaba una sensación de ternura melancólica.

Al anochecer, la librería se iluminó con la cálida luz de las bombillas incandescentes. Haewon preparó café, té y también sacó unas galletas. La primera en llegar fue Soojung, que, con gesto teatral, sacó de su enorme bolso dos botellas de vino y un poco de queso, lo que provocó la admiración de todos. Hyeongi y el estudiante de Humanidades llegaron casi al mismo tiempo. Cuando Geunsang apareció, el sol ya se había puesto y la oscuridad envolvía los campos.

—Como los personajes no tienen nombre, todo parece una ilusión. Solo se les llama el hombre y la mujer.

Hyeongi se dejó caer en la silla y soltó su impresión sin rodeos. Geunsang asintió porque estaba de acuerdo.

—Así es. Parecía un sueño fugaz.

—Me di cuenta de que en los cuentos breves los nombres no son importantes —dijo Hyeongi muy seria—. Una vez intenté escribir una serie de fantasía… aunque nunca la terminé. Cuando por fin encontraba un buen nombre para un personaje, ya estaba agotada. ¡Y si además tenía que inventar nombres de los reinos y las ciudades…! Me cansé tanto que no fui capaz de escribir el final.

—Incluso en novelas largas hay muchos casos en los que los personajes no tienen nombre. A veces se los sustituye por iniciales —dijo el estudiante de Humanidades.

Hyeongi hizo como si no lo hubiera oído y desvió la mirada. Soojung, en cambio, se llevó una mano al pecho, recordando sus años de estudiante.

—Antes yo también era una aficionada a la literatura. Hubo un tiempo en que pensé que, si escribía una novela, al villano le pondría el nombre de alguien que me cayese mal. Pero luego lo pensé mejor y cambié de idea. Los libros quedan impresos para siempre… ¿Para qué iba a dejar rastro de alguien a quien detestaba? Al final, la vida consiste en conservar a quienes queremos y apreciamos, ¿no?

Haewon estuvo de acuerdo. Lo que importaba eran las personas

amables y lo único que deseaba era llevarse bien con quienes eran amables y afectuosos. Tal como había dicho Soojung, lo esencial era conservar a quienes se apreciaba y amaba.

El sonido de la puerta corrediza al abrirse la hizo volverse. Contra el fondo de los vidrios de celosía oscurecidos, se perfiló una silueta. Hyeongi contuvo el aliento por un instante. Tenía una melena larga muy ondulada y un maquillaje perfecto y luda unos pendientes brillantes. La dueña de la farmacia Hanam había aparecido envuelta en un abrigo de piel y botas altas.

—Hola. Mucho gusto. Veo que hay caras conocidas.

—¿Y la farmacia?

—He cerrado temprano —respondió mientras avanzaba con firmeza y el sonido de sus botas resonaba a cada paso.

—Así que la librería existe de verdad. Como mi hija ni siquiera va a la biblioteca, me costaba creerlo. Por eso hoy la he seguido.

—¿Me has seguido?

—No, puse la dirección en el GPS. Es una forma de decir.

—Tome asiento.

Cuando Haewon le ofreció una silla, la farmacéutica se sentó frente a su hija. Un suave aroma a perfume se expandió a su alrededor. Parecía dispuesta a aprovechar la ocasión para despejar todas sus dudas.

—Explícame por qué una chica que viene a una librería se llevó una caja de medicamentos. ¿Acaso tienes un novio enfermo?

—¡No! ¿Qué dices…?

Hyeongi frunció el ceño con fuerza, Soojung preguntó sin entender:

—¿Una caja de medicamentos?

—Tres meses de un suplemento vitamínico carísimo. Está grabado en las cámaras, así que no lo niegues y sácalo —dijo sin inmutarse.

Acorralada, Hyeongi abrió el bolso, sacó la caja de medicamentos y la dejó sobre la mesa.

—Solo cogí un suplemento para el abuelo de Seungho. Pensaba

dárselo sin que nadie se enterara. Qué más da, si tienes un montón en la farmacia.

Desde el otro lado, Geunsang hizo un carraspeo incómodo. Haewon estaba atónita.

—Ah… Lo siento. En el pueblo hay un anciano que no está bien de salud y parece que Hyeongi quería ayudarlo de algún modo.

—Oh, no. No tienen por qué disculparse. Es mi hija quien lo ha hecho. Soy yo quien debería estar avergonzada.

Luego, mirando de nuevo a su hija, añadió:

—La próxima vez, dime la verdad antes de llevártelo. Explícame por qué lo necesitas y para quién es. No voy a negarme solo porque sí. Pero sigue siendo mi propiedad.

—Sí… Lo siento.

Para sorpresa de todos, Hyeongi respondió con docilidad. A pesar de sus palabras, la farmacéutica no parecía molesta y comenzó a mirar la librería con curiosidad. Al notar la presencia del estudiante, le echó un vistazo de arriba abajo, y cuando concluyó que no era el novio de su hija, perdió el interés de inmediato. Soojung, intentando cambiar el ambiente, le entregó una hoja.

—Justo ha venido en un día divertido. Hoy todos los que estemos aquí seremos parte de un jurado. Échele un vistazo.

—¿Qué es esto?

—Podría decirse que es una historia de amor. Aunque dudo que sea de tu estilo, mamá —explicó Hyeongi.

—¿Por qué dices eso? Si yo viví un amor apasionado para tenerte.

La farmacéutica se apartó un mechón, tomó la hoja A4 y la leyó rápidamente. Al terminar, frunció el ceño sin entender.

—¿Así termina? Es bastante corta…

—Es una historia hoja. En el mundo anglosajón se la llama *short-short story* —dijo el estudiante mientras se acomodaba las gafas.

—Pero es un final extraño para una historia de amor…

—Es una forma de amor. Aunque viven en mundos distintos y no pueden encontrarse, él la ama —dijo Soojung, pero la farmacéutica

negó con la cabeza.

—¿Y de qué sirve amar a alguien que ni siquiera te mira? Para mí, esto tiene un final triste… Diría que hasta un poco cruel.

Soojung pareció reflexionar sobre las palabras de la nueva invitada.

—Tal vez tengas razón. Si pienso en los amores del pasado… Hubo una época en la que amaba verme a mí misma enamorada. Sí, disfrutaba mucho estar inmersa en un amor no correspondido. Por eso esta historia me ha conmovido tanto.

Soojung, que siempre había sido una romántica empedernida, habló con una mezcla de timidez y honestidad. La farmacéutica negó con la cabeza una vez más.

—No, eso no es para mí. ¿Por qué tendría que quedarme atrapada en un amor no correspondido? Prefiero competir con una rival por alguien antes que quedarme esperando sin más. No tiene sentido.

Entonces, Soojung le preguntó a Geunsang:

—¿Y usted qué piensa?

Geunsang, que estaba sentado con los brazos cruzados y la mente en blanco, se sobresaltó.

—¿Eh? Bueno… Supongo que mientras dos personas confíen en que siguen amándose, no *importa* cuánto tiempo pasen sin verse… O, al menos, eso creo. Tal vez lo digo porque yo mantengo a mi familia en el extranjero… La verdad, no lo sé —dijo riéndose sonrojado.

En ese momento, se abrió la puerta de entrada y Eunseop entró junto con Jangwoo. Echó un vistazo a la sala, hizo una leve inclinación de cabeza a la farmacéutica y luego dijo:

—Veo que no ha llegado la escritora…

—No, ni ha mandado un correo electrónico —respondió Haewon, empezando a preocuparse.

En la Casa de Nuez no había impresora, así que su tía debía enviarle el manuscrito para imprimirlo allí. Jangwoo ladeó la cabeza con escepticismo.

—Es una apuesta importante. Se supone que, si Eunseop gana, la escritora Sim trabajará con nosotros en el proyecto… ¿No se habrá rendido antes de tiempo?

—No lo creo. Aún quedan diez minutos, esperemos un poco más.

Haewon, alegre, trajo la tetera que estaba sobre la estufa. Mientras se servían café, té y comían galletitas, todos esperaban la llegada de la tía.



Myeongyeo apareció justo a las siete en punto, como si hubiera estado esperando afuera. Abrió la puerta corrediza de la casa de tejas y entró. Llevaba una falda larga hasta los tobillos, un suéter de lana de cuello alto y un chal sobre el abrigo. Su cabello alisado con secador caía suave y ordenado, dándole un aire refinado.

Eunseop y Myeongyeo se sentaron frente a frente en los extremos de la larga mesa. Soojung sirvió el queso en un plato y descorchó el vino. Había traído cuatro copas envueltas en un paño, así que las ofrecieron a los mayores, mientras que el resto se sirvió en tazas de cerámica. Hyeongi y el estudiante miraron el alcohol con ganas, pero no tuvieron más opción que conformarse con zumo de uva y café.

—Supongo que todos habéis leído la historia de Eunseop. Antes que nada, debo pediros disculpas. No he podido terminar mi texto, pero os lo narraré.

—¿Nos va a… narrar? ¿Como cuando nos contaban cuentos de niños?

Tras saludarlos, Myeongyeo comenzó a hablar. Todos estaban sorprendidos.

—Lamentablemente, creo que soy más de las novelas largas. He querido escribir un relato breve, pero, sin darme cuenta, se ha ido alargando y alargando… y, al final, no he logrado terminarlo a tiempo. Lo siento mucho.

Haewon observaba a Myeongyeo sin comprender. *Pero si le estuvo dedicando muchas horas. Estaba enfrascada en el ordenador*. Aunque el texto se hubiera extendido más de lo previsto, estaba convencida de que lo habría terminado. Algo no encajaba. En medio de ese silencio, Geunsang intervino con cautela, intentando apoyarla.

—Bueno, como sea. Si dice que tuvo un percance, podemos al menos escucharla.

—Gracias.

Myeongyeo inclinó ligeramente la cabeza en señal de gratitud, tomó un sorbo de vino y respiró hondo. Luego, comenzó su relato.

—Los tres temas eran clima, pintura, hombre y mujer. La mujer había perdido a su pequeña hija años atrás debido a la niebla. Nadie sabía qué contenía aquella bruma. Un día, se filtró en la ciudad de repente, y los que la respiraron demasiado tiempo fueron muriendo uno a uno. La niebla aparecía sin previo aviso, envolvía todo a su paso y luego desaparecía. Cada vez que veía a lo lejos aquella densa neblina avanzando, la mujer entraba en pánico. Sellaba cada rendija de las ventanas con telas y se encerraba en su casa como si el mundo exterior hubiera dejado de existir. Pero una noche, alguien golpeó con fuerza la puerta.

Todos escuchaban en silencio. Haewon sentía que una niebla se instalaba en su corazón.

—Al principio, no abrió la puerta. Era de madrugada y la visita de un desconocido le resultaba inquietante. Pero, entonces, se oyó un ruido seco, como si alguien hubiera caído al suelo. No tuvo más opción que abrir. Era un hombre al que nunca había visto antes. Estaba ardiendo en fiebre, gravemente enfermo. No podía dejarlo morir allí, así que lo arrastró adentro y lo acostó sobre la alfombra. Durante tres días lo cuidó hasta que recuperó el conocimiento. Y entonces, se enamoraron. Hicieron el amor hasta que desapareció la neblina, pero él debía marcharse. Ella le pidió que volviera en otoño y, desde entonces, esperó la llegada de esa estación. Hasta aquí llega la primera mitad de la historia.

—¿Ya hemos llegado a la mitad? —preguntó alguien.

—Shhh —le murmuró al oído otra persona Myeongyeo asintió y retomó la historia.

—Esta vez, desde la perspectiva del hombre. Él era ilustrador y vivía en un apartamento con su esposa. Estaban en el último piso y tenían un altillo. Eran felices y habían tenido una hija hermosa. Pero cuando la niña empezó el parvulario, comenzó a tener dificultades para respirar. Era por la niebla que surgía cada noche… Perdieron a su hija. Su esposa se encerró en el altillo. Dejó de reconocer a su marido y solo repetía que debían protegerse de la niebla. El hombre empezó a dibujar para su esposa. Cuando ella esperaba el otoño, él lo pintaba en cada rincón de las paredes. Era su forma de volver a encontrarse con ella. Eso es todo.

El estudiante levantó la mano y preguntó:

—Usted no especificó qué era la neblina… En la novela *La niebla*, de Stephen King, aparecen criaturas dentro de una bruma inexplicable que atacan a los habitantes del pueblo. ¿Dejó sin revelar la naturaleza de la niebla a propósito?

Una sonrisa melancólica cruzó los labios de Myeongyeo.

—No lo sé… No he leído esa obra, pero parece que en ella la niebla tenía un significado simbólico. En mi historia ocurre lo mismo. Algunos de ustedes tal vez hayan imaginado qué es esa niebla, otros quizá no.

—Yo creo que sé… —Soojung murmuró con los ojos empañados. Al otro lado de la mesa, Geunsang asintió en silencio.

Jangwoo carraspeó y preguntó con cautela:

—Entonces… ¿cuándo nos entregará el manuscrito? ¿Deberíamos esperar unos días más?

—No creo que lo termine. Quiero dejarlo aquí, con esta historia.

Por un instante, todos quedaron atónitos, pero enseguida estallaron las protestas: «¿Cómo que hasta aquí?», «¡Eso no vale!», «¡Es trampa!». Hyeongi dijo sin rodeos:

—Dijeron que era una competición. Si no entrega un manuscrito, eso significa que pierde.

—Lo admito. He perdido.

Myeongyeo admitió su derrota sin rechistar. Eunseop y Haewon la miraron en silencio, mientras que Jangwoo frunció el ceño sin saber qué hacer. Soojung parecía muy apenada:

—De nada sirve tener montones de cuentas de jade si no se ensartan en un hilo, ¿verdad? Por muy profesional que seas, si no tienes un manuscrito, no tienes nada. ¿Por qué no quieres terminarlo?

Ante las palabras de su vieja amiga, Myeongyeo respondió con amargura:

—No lo sé. Creo que ya estoy vieja, no me refiero a mi edad, sino a mi corazón. Tenía la esperanza de poder empezar de nuevo en cualquier momento, pero me he dado cuenta de que no es así. Esa es, honestamente, la razón por la que me retiro.

—Solo me parecen excusas —murmuró Soojung, entristecida.

—Es cierto. Pero ha pasado demasiado tiempo sin que pueda escribir nada. Un escritor es alguien que sigue escribiendo, y yo… ya no puedo. Quiero aceptar mis límites sin remordimientos y sentirme libre de una vez. Si los miembros de la librería Good Night pudieran celebrar conmigo esta discreta despedida, me haría feliz…

En el silencio que siguió, la copa en la mano de Myeongyeo brilló bajo la luz, reflejando un destello que parecía una lágrima. Entonces, la farmacéutica, con sus uñas de un pulcro tono nacarado, levantó su copa con determinación.

—Bueno, al final es tu decisión. Sé tan libre como quieras. ¡Brindemos por tu retiro!

Desde el otro lado, Geunsang también alzó su copa.

—Bah, ¿qué importa si esto es una competición o una despedida? Lo mejor es brindar con alegría. ¡Felicidades!

—Gracias. Pero los jóvenes están demasiado callados…

Myeongyeo les dedicó una sonrisa. Como si alguien los hubiera sacudido para despertarlos, la tensión se disipó de los hombros de los tres más jóvenes. Eunseop, Haewon y Jangwoo descorcharon la última botella de vino y llenaron sus tazas hasta el borde. Por sus

expresiones, estaba claro que querían bebérselo de un solo trago. Tras el brindis, liderado por Geunsang, Myeongyeo habló de nuevo.

—Por último… hay algo que quiero decir sin falta. Soojung, eres mi amiga desde hace más de treinta años.

Todos miraron a Soojung.

—Gracias a ti, incluso cuando no podía escribir nada, seguí siendo escritora. Creo que eres la única persona que siempre ha confiado en mí, tanto en mis buenos como en mis malos momentos. Siempre te lo agradeceré. Te quiero.

—Ay, pero ¿qué dices…?

Soojung agitó las manos, como si quisiera rechazar esas palabras, pero no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Esta vez, todos alzaron sus copas hacia ella antes de beber. Haewon sintió el dulzor amargo del vino deslizándose por su garganta. *Si así mi tía puede estar en paz…* De pronto, su visión se tornó borrosa.



Después de que todos se marcharon, mientras ordenaban las sillas, Haewon dijo de la nada:

—Aun así… a pesar de todo, pensé que volvería. Que retomaría su carrera.

Eunseop, en silencio, siguió trapeando el piso. Cuando el sonido de una notificación resonó desde su portátil, abrió su bandeja de entrada y se sorprendió:

—Tu tía me acaba de enviar el manuscrito. Pero ya lo ha terminado todo, ¿por qué será?

—¿En serio?

Adoptó una expresión extraña mientras leía el mensaje. Cuando Haewon intentó asomarse para ver, él bajó sutilmente la tapa del portátil.

—¿Qué ocurre?

—Ah… ¿Por qué no vas yendo? Me quedaré un rato más.

—¿Qué dice el correo? No me importa esperar.

—Será mejor que te vayas. Va a llevarme bastante tiempo.

Aunque le pareció un poco extraño, Haewon asintió sin darle mayor importancia.

—Está bien, entonces. Nos vemos mañana.

Ambos se inclinaron sobre el escritorio y se besaron. Cuando ella se fue, Eunseop apagó todas las luces excepto la del escritorio. Se quedó un buen tiempo sentado en la silla, pensativo. Leyó y releyó el correo que había recibido. Tras otra larga pausa, finalmente pulsó el botón de responder y empezó a teclear, letra por letra. El reloj marcaba las doce pasadas y la noche avanzaba.

Le respondo

Estimada escritora Sim Myeongyeo. Mejor dicho, estimada tía.

Si no le resulta inapropiado, la llamaré tía. Para ser sincero, me ha sorprendido mucho. Hoy me ha dejado sin palabras más de una vez. El texto que me ha enviado por correo... ¿debería llamarlo confesión? Me pidió que decidiera si debía entregárselo a Haewon o no. Pero después de reflexionarlo esta noche, he llegado a la conclusión de que usted ya ha tomado esa decisión. ¿El simple hecho de enviármelo no significa, en el fondo, que quiere que su sobrina conozca la verdad?

Ha hablado sobre la culpa de haber hecho daño a su propia familia. Como dice, es un crimen evidente, pero no conozco los detalles de lo sucedido. No creo que me corresponda juzgar, así que solo lo escucharé. La culpa y el remordimiento la acompañarán toda la vida, y no desaparecerán jamás. Y si, además del castigo de la ley, existe otro que usted misma se impone, ese tal vez sea aún más largo y despiadado.

Por casualidad, parece que he coincidido en la vida de Haewon en dos momentos clave, de forma voluntaria o no. La vez que la llamé desde el río Nakdong, observé desde lejos su llegada. No sé sí

este es, como dice, el segundo momento oportuno, pero tampoco creo que pueda decírselo directamente. Por más que le cueste muchísimo, lo correcto sería que usted misma se lo confesara. Sin embargo, si enfrentarse a ella le resulta demasiado duro, me limitaré a entregarle el texto que me ha dado hoy...

Como me ha confiado su secreto, quizá sea justo que yo también le revele uno. Le contaré algo sobre mi familia. También tuve una madre biológica. Hace un tiempo, dejé Bukhyeon-ri y pasé alrededor de tres años a su lado. No sé si fue una suerte o una desgracia, pero estuve allí hasta el momento en que partió de este mundo y luego volví. Mis padres adoptivos no saben nada al respecto.

Por mucho que compartan un techo, las personas que viven juntas pueden ser familia o algo parecido, pero eso no significa que tengan la obligación de amarse. Si entre ellas hay sentimientos de gratitud, comprensión o incluso cierto pesar, quizá sea suficiente. Haewon y usted han sido familia desde hace mucho tiempo. Puede que entre ustedes haya habido secretos, desconfianza o incluso traición, pero usted la aprecia. Y creo que solo con ese hecho podrá encontrar la manera de afrontar lo que tienen por delante.

Me dijo que lamentaba contarme algo tan grave, pero no se preocupe, estoy bien. Tal vez sea una limitación mía, solo intento verlo de la manera más objetiva posible.

Gracias por decirme que la librería le resultó acogedora. Como habrá imaginado, no es fácil mantenerla a flote. Abrí este lugar con la vitalidad de la juventud, dispuesto a sufrir el proceso, así que nunca hice cálculos detallados sobre su rentabilidad. Algunas veces da pérdida, otras, apenas se sostiene, y, aunque en ciertos meses el balance sea positivo, muchas veces sigo teniendo que prescindir de mi propio sueldo.

Aun así, nunca me he preocupado demasiado, porque siempre he pensado que haría todo lo que me fuera posible y, si llegaba el momento en que ya no se pudiera más, lo dejaría y listo. Incluso si solo me quedaran unas cuantas decenas de libros, no me importaría montar una librería junto a los puestos de pesca del lago Hyecheon.

Imaginarme leyendo con una linterna mientras los pescadores echan sus cañas me hace sentir que no hay nada que temer. Pero, últimamente, a veces me siento perdido. Por primera vez, al pensar en el futuro, he empezado a notar lo incierta que es esta vida. Cuando eso sucede, me reúno con el señor Heundol Park, de Librería del Siglo, para conversar. Quizá tenga suerte de contar con un buen mentor.

Ahora que lo pienso, una vez empecé a escribir un relato titulado *La librería sobre el lago*, pero lo abandoné. Me pregunté por qué nunca conseguía terminarlo y creo que es porque, en algún punto, todo me parece en vano. A veces deseo que mis escritos vean la luz, pero otros días recuerdo que el mundo ya está lleno de grandes libros sin que yo haya añadido los míos. Nadie podría leer ni el 0,1 % de todos los libros que existen antes de irse de esta vida, pero, aun así, lo que he leído me ha aportado mucho.

Imagino cuánto debió dolerle ese silencio. Cuídese. Pase lo que pose, sé que su amor por Haewon es sincero.

Atentamente,

Seop

Una confesión

Al atardecer del día siguiente, Haewon subió a la Casa de Nuez con un sobre marrón que Eunseop le había entregado. Sabía cuánto disfrutaba quedarse con él en la librería hasta el cierre, charlando y riendo juntos. Pero ese día, por alguna razón, él insistió en que se fuera temprano a casa y leyera el manuscrito de su tía.

—Iré a la Casa de Nuez cuando cierre. Así podremos charlar.

Eso le había dicho antes de abrazarla con fuerza. Como siempre, fue afectuoso, pero su expresión tenía un matiz de preocupación que la dejó con una sensación extraña.

—Ya he llegado.

Pero Avellana, que solía correr a recibirla en la entrada, no apareció. La casa estaba vacía. Parecía que su tía había dejado la calefacción encendida hasta la tarde, pues una calidez agradable flotaba en el aire. ¿Dónde habrá ido tan tarde? Haewon dejó el sobre en la mesa y se cambió de ropa. Las palabras de Eunseop seguían dándole vueltas en la cabeza. Era como un presentimiento. No quería abrir el sobre. Se sentó de cuclillas sobre la silla, con los dos pies arriba del asiento, y se quedó un largo rato observando el sobre. Finalmente, lo abrió y sacó las hojas de su interior.

Era un día lluviosa de principios de verano. En el patio de la casa de mi hermana y su marido había una parra de glicinas.

El corazón de Haewon comenzó a latir con fuerza. En un instante, el paisaje del patio de su antigua casa resurgió con una inquietante claridad.

Hacía mucho tiempo que no iba. En algún momento, mi cuñado comenzó a tener problemas con el alcohol y, a la vez que las cosas le iban mal en el trabajo, las peleas con mi hermana se fueron volviendo más frecuentes. Cuando ella comenzó a tener grandes y pequeños moretones, yo empecé a evitar esa casa. Porque era demasiado doloroso verlo. Opté por dar un paso atrás en la vida de mi hermana. Pero aquel día no pude seguir así. Por eso, esta es mi confesión tardía. La primera y última confesión que le dejo a mi querida sobrina Haewon y el único escrito que tengo la obligación de redactar en lo que me queda de vida.

¿Qué es esto? Sus hombros se tensaron de inmediato. El texto estaba mecanografiado, así que cabía la posibilidad de que no lo hubiera escrito su tía. Aunque sabía que eso era imposible, quería aferrarse a esa idea. *¿Por qué había escrito una historia así?*

Regresemos a ese día. Llovía en pleno verano y todavía recuerdo las rosas que florecían en el pasaje que llevaba a la casa de mi hermana. No hacía falta llamar al timbre. La puerta estaba abierta de par en par y el motor del coche zumbaba inquieto en el patio, seguía encendido. Bajo la lluvia, mi hermana intentaba huir al volante, mientras aquel hombre la arrastraba fuera del coche. Estaba enloquecido. Cuando ella ya estaba fuera, yo me subí y cogí el volante. Le grité que entrara de inmediato. Mi único pensamiento era escapar juntas, lejos de él.

Haewon se puso pálida. *¿Mi tía… había estado allí aquel día? Pero*

cuando volví a casa, estoy segura de que…

Él abrió los brazos, bloqueando el camino. Pisé el acelerador. Pensé que se apartaría, que tenía que hacerlo. Intenté esquivarlo al ras y salir por la puerta, pero él trató de lanzarse sobre el capó y lo arrastré contra el muro. No podía creer lo que acababa de suceder, pero entonces mi hermana gritó: «¡Vete! ¡Vete ya!». No entendía qué estaba diciendo. ¿Me estaba pidiendo que arrancara de nuevo? ¿Que me fuera dejando atrás a ese hombre atrapado entre los escombros? Entonces, me abofeteó. «¡Vete! ¡Desaparece!». Fue en ese momento cuando lo comprendí. Tambaleándome, salí del coche. Y así, empecé a desaparecer de sus vidas.

Si no hubiera estado lloviendo, habría habido testigos. Pero allí solo estábamos nosotras. Salí a la carretera, caminando sin rumbo, con el cuerpo entero temblando. Entonces, la lluvia cesó. Y fue cuando la vi. Mi sobrina, en la parada del autobús, despidiéndose de sus amigos con la mano. En ese instante… me oculté bajo la sombra de los árboles, con la ropa empapada. Tenía que quedar como que jamás estuve aquel día. Haewon cerró el paraguas verde y caminó hacia la casa. Sabía demasiado bien lo que estaba a punto de presenciar.

No pudo seguir leyendo y dejó caer las hojas. El silencio era tan absoluto que podía escuchar su propia respiración. Haewon permaneció inmóvil, observando cómo los objetos a su alrededor iban perdiendo color en la penumbra.



A altas horas de la noche, Eunseop cerró la librería y subió por el sendero. Al verla sentada en el patio de la Casa de Nuez, no dijo nada. Solo apartó el toldo de vinilo, entró y encendió la estufa.

Haewon iba con ropa de estar por casa y una chaqueta larga, quieta como una estatua de hielo. Cuando el calor de la estufa comenzó a expandirse por el patio, ella empezó a hablar:

—Si yo regreso a Seúl, ¿tu vida cambiará?

Seguía con la mirada fija en la oscuridad del patio. Eunseop, sentado al otro lado de la mesa, escuchaba en silencio.

—Tu vida… No, no hablo de toda tu vida, pero al menos, ¿tu rutina diaria cambiaría en algo? No lo creo.

—No lo sé ahora. Lo sabré cuando te hayas ido.

Eunseop respondió con un suspiro y añadió, preocupado:

—Si hay algo en lo que pueda ayudarte, dímelo.

—¿Sí? ¿Sabes en qué he estado pensando esta noche sentada aquí?

En sus labios apareció una sonrisa vacía, amarga.

—En las cejas del lobo. —Eunseop se quedó inmóvil—. Necesito esas cejas de lobo de las que hablaste antes. Para verte con ellas, y que tú también me veas con ellas a mí. No nos conocemos. Puede que yo no sea la chica de la casa de al lado que te gustaba de pequeño. ¿Cómo puedes estar seguro de que no soy un gato salvaje que podría darte un zarpazo en la nuca y desaparecer? ¿No es así?

Él guardó silencio. Haewon sonrió con tristeza y continuó:

—Todos son así. Nadie es realmente quien creemos que es. Ahora que lo pienso, seguro que hubo momentos en los que pude haberlo notado. ¿Por qué nunca me di cuenta? Pensándolo ahora, qué estúpida fui. Tan estúpida que… siento que voy a vomitar.

Entonces, salió del patio y corrió hacia el jardín cubierto de nieve. Y vomitó.



Trazos. Las líneas se extendían por el cuaderno, formando un laberinto de espinas intrincado, sin repeticiones y sin una salida clara. Haewon llevaba un rato en silencio, dibujando solo eso.

—¡No puede ser! ¡Disolverlo así es una locura! —gritó Hyeongi desde el otro lado de la mesa.

Estaba jugando con su teléfono móvil sin prestarle atención a nada.

—De la noche a la mañana, dicen que van a disolver el grupo. Ya era una locura haber dividido la liga en dos. Ahora dicen que lanzarán una liga oficial después de haber formado equipos profesionales, atraer fanáticos y establecer las bases. ¿Qué va a quedar aquí si los mejores jugadores se van?

A Haewon le dolía la cabeza. No entendía nada de lo que decía y tampoco le interesaba.

—Por eso no me gusta esta empresa. No saben lo que es importante y solo piensan en ganar dinero formando ligas…

Hyeongi, lo siento, pero… ¿puedes bajar un poco el volumen? No puedo concentrarme en nada.

Hyeongi, sorprendida, la miró por un momento. Notando su mal humor no dijo nada más y se puso los auriculares.

—Claro. Ya me callo.

Hyeongi hizo silencio de mala gana y se concentró en el juego. Soojung, que estaba leyendo un libro, miró a Haewon. Aunque no levantó la cabeza, podía sentir su mirada y se sintió incómoda.

—Haewon, ¿estás bien?

Sin dejar de mover el bolígrafo, Haewon respondió con frialdad.

—Tú lo sabías, ¿no?

Soojung titubeó y dijo en voz baja:

—A veces, es mejor dejar ciertos secretos sin revelar.

Haewon esbozó una sonrisa amarga.

—No entiendo por qué todos sois tan indulgentes. ¿Por qué un verdadero amigo es aquel que encubre los errores de los demás? Pero esto no fue un simple error. Fue algo enorme.

Soojung miró de reojo a Hyeongi para ver si seguía con los auriculares puestos y siguió hablando en voz baja:

—Yo no conozco los detalles. Escuché algo, pero no hice preguntas. No podía juzgar lo que no conocía. Pero, si tengo que

justificarme… ¿sabes cuál fue mi libro favorito en la escuela?

Hizo una pausa, y Haewon esperó en silencio.

—*Lo que el viento se llevó*. Cuando Scarlett escapó de Atlanta y regresó a Tara, hubo un día en que un soldado de la Unión irrumpió en la mansión. Scarlett le disparó y lo mató. Al escuchar el disparo, Melanie, que estaba débil por haber dado a luz, bajó las escaleras. Entre las dos, se encargaron del cadáver. Siempre pensé que lo que tu tía y tu madre sintieron fue algo parecido.

Haewon dejó caer el lápiz y este rodó solo sobre la mesa.

—Entonces… ¿querías ser Melanie para tu amiga?

Soojung no apartó la mirada y la enfrentó con tristeza. Haewon negó con la cabeza, incapaz de creerlo. Un nudo de rabia se le alojó en el pecho, y le hizo difícil respirar.

—Lo sabía. Todo es culpa de los libros… Todo el mundo se aferra a sus propias fantasías. Pensándolo bien, ni siquiera sé qué hago aquí.

Empujó los materiales de dibujo a un lado de la mesa y se puso de pie.

—Lo siento, pero hoy me iré antes. Os dejo a cargo de la librería hasta que llegue Eunseop.

Hyeongi levantó la cabeza, asustada, mientras la expresión de Soojung se ensombrecía.

A la mañana siguiente, Haewon no pudo levantarse de la cama. Sentía el cuerpo pesado, como algodón empapado, y la cabeza le dolía como si un pájaro se la picoteara. A tientas, buscó su móvil y le envió un mensaje a Eunseop.

Me encuentro muy mal, creo que no podré ir a la librería. Perdón.

No te preocupes. Descansa. Pasaré a verte a la noche.

Haewon miró el mensaje que había llegado de inmediato y no sintió nada. Lo echaba de menos, pero al mismo tiempo quería

evitarlo. Eunseop nunca había visto ese lado de ella. Quería evitar que descubriera ese costado que ella creía haber ocultado. *Mi lado nervioso, egoísta, árido. Mi faceta maldita*. Le aterraba que él lo descubriera por completo, que viera hasta el fondo de esos momentos en los que podía torcerse sin remedio. Ella tecleó muy lentamente: No es necesario. Voy a estar sola un tiempo.

Dejó caer el teléfono al suelo y hundió el rostro en la almohada.

Pasó todo el día intentando dormir y despertando por las pesadillas. Se despertaba empapada en sudor frío, solo para volver a caer en un sueño pesado, como si se estuviera hundiendo en él. A la tarde, Myeongyeo abrió la puerta y asomó la cabeza, pero Haewon no se movió. Sabía que en algún momento tendría que afrontar a su tía, que ambas tendrían que enfrentarse la una a la otra. Por ahora, el miedo la paralizaba.

Pero no podía evitarla para siempre. A mitad de la noche, Haewon bajó las escaleras arrastrando los pies, como si caminara dormida. Abrió la nevera, sacó un cartón de leche y bebió a grandes tragos. Luego cogió una rebanada de pan y empezó a masticarla sin siquiera tostarla. Sabía a papel frío y viejo. La puerta de la habitación principal se abrió y Myeongyeo entró en la cocina. Haewon no se giró para mirarla.

—No has comido nada en todo el día, ¿y ahora solo comerás eso…?

—¿Por qué has vuelto tan pronto de casa de Soojung? —dijo Haewon masticando el pan seco—. Cuando explotó la caldera, te largaste de inmediato y te quedaste fuera un buen tiempo. Ahora que es mucho peor, ¿no deberías huir también? Ah, claro… esta es tu casa. La que debería irse soy yo. Supongo que tendría que hacer las maletas.

Myeongyeo cerró su cárdigan como si sintiera un escalofrío y respondió en voz baja:

—Ahora mismo también me gustaría escapar, ya fuera a casa de Soojung o a un motel… Pero supongo que debo recibir el castigo que me toca.

—¿Y quién te va a castigar? —rio Haewon con sarcasmo—. ¿Quién? ¿Por qué intentas convertirme en alguien que tiene que juzgarte? ¿Crees que si te critico y te grito hasta vaciarme vas a sentirte mejor?

Cogió la última rebanada de pan y se la metió entera en la boca. Luego levantó el cartón de leche y bebió hasta agotarlo. Con el dorso de la mano, se limpió los restos de leche de los labios.

—No voy a culparte, tía. Porque esto fue un error de tres personas. Un padre que llevó una mala vida, una tía que actuó y una madre que ocultó. Es algo que generasteis los tres. Si no subís los tres al escenario, ¿qué sentido tiene enfadarme con una sola? ¡Qué lástima! Uno de vosotros ya no está en este mundo.

—Durante quince años pensé en cómo debía confesártelo. Tu madre no quería que lo hiciera, pero yo creí que, tarde o temprano, tenía que decírtelo.

—Vaya… qué nobleza la tuya. Así que por eso escribiste esa confesión. Se nota que eres escritora, estaba muy bien redactado. Ah, cierto, ya te has retirado. Ya ni siquiera eres escritora. Llevas años sin trabajar en nada nuevo, pero, de repente, has convertido una reunión en una librería ajena en tu propia ceremonia de despedida. Siempre has hecho lo que te ha dado la gana.

Las frías palabras brotaban desenfrenadas de la boca de Haewon. Fingía calma, pero por dentro su cuerpo temblaba. El rostro de Myeongyeo palideció. Bajo la luz de la cocina, su figura envejeció de golpe, como si hubieran pasado diez años en un instante.

—Di lo que quieras. Fue mi culpa, mi pecado. Escucharé todo.

—Solo tengo una cosa que decir. ¿Para qué sirve una confesión así? Si de verdad te pesaba en la conciencia y te ha atormentado toda tu vida, aún puedes entregarte. Es una solución simple. ¿Quieres que averigüe cuánto es el plazo de prescripción para el homicidio involuntario?

Por primera vez en la noche, Haewon miró a los ojos a Myeongyeo. Su tía, con los brazos cruzados, parecía encogerse,

inmóvil, como si la hubieran petrificado. En medio del silencio, como la calma antes de la tormenta, Avellana se acercó con cautela. Al detectar la tensión en el aire con su instinto animal, apoyó sus patas delanteras en el muslo de Haewon y movió la cola con precaución. Haewon dio un paso al lado para apartarse de él. La voz de Myeongyeo tembló un poco.

—Eso… es lo que tu madre no quería. Es la verdad. Tu madre pasó siete años en prisión en mi lugar. Han pasado años desde que salió. Ahora… no quería que todo volviera a empezar.

Haewon esbozó una sonrisa fría, como si ya lo supiera todo.

—Perfecto. Qué conmovedora hermandad. Así que te escondiste detrás de ella. Enviaste a mi madre allí en tu lugar. En los campos de las hermanas, la sangre ha corrido.

Dejando atrás a su tía, Haewon apretó el cartón de leche vacío y la bolsa de pan y los arrojó sobre la mesa. Ya era tarde para retractarse. No podía ni quería controlar las palabras que escupía.

—Ahora entiendo por qué te encerraste en este sitio, dedicándote a un negocio que ni siquiera, sabes manejar.

Este lugar era tu destierro. Un exilio autoimpuesto donde podías sentirte a salvo.

Myeongyeo sostuvo la mirada de Haewon, cuyos ojos ardían de furia, y respondió con amargura:

—Sí, tienes razón. Me recluí aquí, esperando morir cuanto antes. Pensé que, si caía enferma, no iría al hospital, simplemente me dejaría ir. Pero ya ves, qué irónica es la mente humana. Cuando perdí la visión de un ojo, sentí un pequeño alivio. Como si pudiera intercambiar esto por mi pecado, como si al menos fuera una especie de castigo.

—¿Solo un ojo? Terminaste con una vida y dejaste que otra persona pagara el precio por ti.

—Sí… Así soy. Asqueroso, ¿verdad?

Unas lágrimas de autodesprecio asomaron en los ojos de Myeongyeo y Haweon se rio burlándose de ella.

—Los tres… me dais asco. ¿Y cuál era mi papel en todo esto?

¿Una extra de reparto? Supongo que solo era alguien que había que sacarse de encima, entregarme a alguien para que se hiciera cargo de mí. Todos… sois… una decepción.

—No lo voy a negar. Pero espero que tú puedas superar esa desilusión. Solo así podrás continuar con tu vida.

—No. No puedo hacerlo. Quizás pueda superar el asco que me dais. Pero lo que no puedo soportar es la repulsión que siento por mí misma. Haber vivido todos estos años sin darme cuenta de nada. ¡No puedo soportarlo!

Haewon subió a su habitación y cerró la puerta con un golpe. Le dolía la cabeza como si fuera a estallar y el cuerpo le temblaba de frío. Se tragó dos analgésicos y se acurrucó en la cama. Su mente estaba hecha un torbellino. Sus pensamientos flotaban a la deriva en medio de la tormenta, como hojas desprendidas de las ramas.



¿Me he quedado dormida por la pastilla? No sabía cuánto tiempo había pasado. Somnolienta, escuchó el sonido de un coche subiendo por el sendero. Luces rojas y azules parpadearon contra la ventana. Un mal presentimiento la recorrió de los pies a la cabeza. Se incorporó y miró hacia afuera. Se veía un coche patrullero con las luces de emergencia encendidas y las sombras de varias personas. La pesadez que la oprimía desapareció de golpe y un escalofrío le recorrió la espalda. *Mi tía lo ha hecho. Ha llamado a la policía*. No supo cómo pudo bajar las escaleras tan rápido. Sin tiempo para ponerse una chaqueta, se calzó a toda prisa unas chanclas y cruzó el patio de la Casa de Nuez.

—¡Un momento! ¡Esperen, por favor!

Los hombres en el sendero se volvieron, sorprendidos, al verla correr hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó un policía que la miró sin entender.

—Yo lo puedo explicar. ¡No es lo que parece!

—¿De qué está hablando?

Las luces intermitentes del patrullero centelleaban sobre su figura en mitad de la noche, iluminando su ropa de estar por casa. Fue entonces cuando Haewon captó la extraña atmósfera del lugar y se detuvo en seco. Los hombres en el sendero eran un policía, Eunseop, Jangwoo y el hijo del alcalde que vivía en la casa de abajo. Eunseop la miró bastante confundido.

Los hombres se habían peleado. Sus chaquetas estaban manchadas de sangre, los puños de sus mangas, rasgados. Eunseop tenía un labio partido. Jangwoo mostraba un ojo hinchado y llevaba una venda en la cabeza. El hijo del alcalde exhibía un largo rasguño en la mejilla y algodón en la nariz para contener la hemorragia. Todo indicaba que habían tenido una gran pelea y que la policía los había llevado a la comisaría antes de soltarlos.

Por un instante, Haewon se quedó en blanco. Se relajó y se le aflojaron las piernas. Eunseop la miró fijo ya que notó que algo iba mal.

—Ha habido un altercado en el centro. ¿Tiene usted alguna relación con ellos? —preguntó el policía según el protocolo.

—No, no… No es nada. Me he equivocado.

Dio un paso atrás, tambaleándose, y se dio la vuelta para marcharse. Desde el patio, Myeongyeo la observaba con una expresión indescifrable. Estuvo allí todo el tiempo. Cuando Haewon se acercó, su tía habló desde dentro del toldo de vinilo.

—¿Te pensabas que había llamado a la policía?

—Sí… Debo de haber parecido bastante estúpida.

La luz artificial de la vela LED sobre la mesa flameaba. Sentada en la mecedora, el rostro de su tía se perdía en la penumbra.

—Seguro que te ha decepcionado ver que no estaba entregándome. ¿Quieres que salga ahora mismo y lo haga?

Algo se agitó en lo más profundo de Haewon. Se enderezó y esbozó una sonrisa amarga.

—¿Por qué me preguntas eso? No te preocupes, si tú no puedes, yo lo haré en tu lugar.

Haewon regresó al sendero y le habló al policía que estaba a punto de marcharse.

—No tardará en volver a la ciudad, ¿verdad?

—Así es…

—Entonces, lléveme. Le tengo que contar algo por el camino.

Jangwoo observaba perplejo desde la casa de abajo.

—¿Y a ella qué le pasa?

Eunseop solo la miraba en silencio, preocupado. El otro hombre desapareció dentro de la casa sin decir nada.

—Bueno, como guste.

Haewon abrió la puerta del copiloto y se subió al patrullero. El vehículo hizo un giro cerrado frente a la huerta y comenzó a descender por el sendero. Al pasar por delante de la Casa de Nuez, Haewon no miró hacia el patio ni buscó la figura de Eunseop. Cuando el patrullero cogió la carretera principal, las gotas de lluvia comenzaron a caer en el parabrisas. El policía rompió el silencio:

—Eres Haewon Mok, ¿no?

Solo entonces, ella volvió en sí y lo miró.

—¿No te acuerdas de mí? En tercer año de la secundaria estabas en la misma clase que Jangwoo y yo.

—Ah…

Así que por eso los había llevado a todos en el coche. De repente, la familiaridad del entorno le pareció asfixiante. De reojo, le pareció que su perfil le resultaba conocido, pero el uniforme hacía que le costara ubicarlo. Tampoco le interesaba saber quién era. Ante la falta de respuesta, el policía se encogió de hombros.

—Bueno, da igual. ¿Qué era lo que querías decir?

—Perdón… Ya se me ha olvidado —respondió mirando la oscuridad de los campos a través de la ventanilla.

El policía la miró de reojo y no preguntó nada más. Y así, continuaron en silencio de camino a la ciudad.

La patrulla dejó a Haewon en la rotonda de Hyecheon bajo la llovizna nocturna y se marchó. Había salido impulsivamente sin siquiera ponerse una chaqueta. Revisó el bolsillo de su pantalón y solo encontró dos billetes. Entró en un veinticuatro horas iluminado, compró dos latas de cerveza y se sentó en la barra. Afuera todo estaba oscuro, mientras que el interior del local estaba iluminado. Por eso, en lugar de mostrar el paisaje, el vidrio reflejaba su propia imagen con nitidez. Era como si estuviera sentada frente a sí misma, y desvió la mirada.

Lejos de la Casa de Nuez, cuando por fin estuvo sola, se echó a llorar. El dolor en su pecho cuando creyó que su tía se había entregado. El alivio que sintió al darse cuenta de que la policía no había venido por eso. Y el odio que, apenas un instante después, volvió a sentir por su tía. Se odiaba por ello. Sentía que la habían descubierto.

La lluvia comenzó a caer más fuerte. En el televisor colgado en la pared del mostrador, las noticias de última hora daban cierre a la jornada. La presentadora del tiempo, vestida con ropas primaverales, sonreía mientras informaba el pronóstico.

—Esta noche, en la que nos despedimos de febrero, caen lluvias intensas en todo el país. Se espera que esta lluvia continúe durante dos días y se detenga pasado mañana, con un leve aumento de la temperatura. ¿Será la señal de la llegada temprana de la primavera? Desde el sur, nos llegan noticias de que los capullos de camelia han empezado a brotar en Jeju…

La primavera. Haewon se perdió en sus pensamientos con la vista fija en la lata vacía. *¿Capullos de flores en el sur? Aquí sigue haciendo frío y dos latas de cerveza no son suficientes*.

Una hora después se despegó de la barra y comenzó a buscar algo en la agenda de su teléfono. Había bebido cerveza y soju con el estómago vacío y tenía ganas de vomitar. La lluvia arreciaba y no tenía paraguas.

—Soy yo… Ven por mí.

Haewon se esforzó por mantener los párpados abiertos. *No*

puedo más. Creo que me voy a tumbar en el suelo. Fue entonces cuando distinguió débilmente la figura de Boyoung. Quiso sonreír, pero, en ese instante, su consciencia se apagó de golpe.

Bola de nieve

Mi sueño. Mientras caminaba sin fin por un callejón desconocido, los portones de las postales de Irlanda aparecían uno tras otro en el aire. *Si no elijo rápido, desaparecerán enseguida*. Sentía la garganta seca, sin saber qué puerta de color debía abrir. Giró el pomo rojo y apareció el patio de su antigua casa en Seúl. *Otra vez me he equivocado… Tendría que haber elegido otra puerta…*

Una mano cálida sacudió a Haewon. Despertó. Era Boyoung mirándola preocupada. No recordaba cómo había llegado a esa casa. Había bebido cerveza y soju sin parar… y se había desvanecido.

Comió un poco de arroz con la sopa de brote de soja que le preparó Boyoung y se pasó todo el día encerrada en la habitación. Como si quisiera ignorar una realidad que solo le causaba dolor. La lluvia invernal no había cesado en dos días y corría como un arroyo por el patio del edificio. —Levántate. Ha venido Jangwoo.

Cuando abrió los ojos, aún somnolienta, Boyoung había regresado del trabajo y ya era de noche. Haewon se apartó el cabello revuelto de la cara y se encontró con su propio reflejo en el espejo del tocador. Le mostraba a una mujer demacrada que se había debilitado en los últimos días.

La sala del piso era limpia y ordenada. Se sentaron frente a frente sobre una alfombra mullida como pelaje de conejo. Jangwoo, que había pasado de camino a casa después del trabajo, tenía un moretón en el ojo y, en lugar del vendaje en la cabeza, llevaba una

gasa.

—Eunseop estaba preocupado porque desapareciste. Por eso escribí a nuestros excompañeros por si alguien sabía algo. No me imaginé que estuvieras aquí. ¿Por qué no coges el teléfono?

Cansada, Haewon se frotó los ojos.

—Creo que me quedé sin batería.

Boyoung, que había traído café, señaló con la barbilla el estado de Jangwoo.

—Más que Haewon, el problema eres tú. ¿A tu edad sigues metiéndote en peleas?

—Si al menos hubiera peleado en serio, si me hubiera defendido, no me quejaría tanto. Pero solo me dieron una paliza. Ese tipo… antes era un matón en Hyecheon. Y sigue pegando igual —respondió disgustado.

—¿Matón? ¿El primo? —preguntó Haewon con curiosidad.

—No. Era el tipo que lo acompañaba. Lo presentó como su socio, pero yo ya conocía su verdadera identidad. Por poco, el equipo de *marketing* cae en una estafa.

—Si dices que sigue pegando igual, quiere decir que ya te había golpeado —dijo Boyoung sin rodeos.

Jangwoo, que estaba bebiendo café, se sobresaltó y dejó la taza sobre la mesa de mala gana.

—Podrías ahorrarte algunos detalles.

Haewon escuchaba abrazada a sus rodillas, encogida sobre sí misma. Todavía le pesaba en la conciencia haber salido de Bukhyeon-ri sin siquiera mirar a Eunseop a los ojos.

—Eunseop… ¿está muy herido?

—No te preocupes, solo se cortó un poco el labio. El librero Park terminó bastante mal. Se rompió un brazo.

Haewon frunció el ceño. Por lo visto, aquella noche en el bar del mercado de Hyecheon había dos grupos bebiendo. En una de las mesas comenzó la riña, y Jangwoo fue el primero en recibir. Eunseop estaba en la otra mesa y quiso intervenir. El librero intentó separar a los jóvenes, cayó contra una de las mesas y se fracturó el brazo.

—Fue como encontrar a un viejo enemigo en un puente estrecho. Ninguno tuvo suerte.

Jangwoo se rascó la cabeza, pero al tocarse la herida soltó un quejido y frunció el ceño. Haewon murmuró casi para sí misma mientras pensaba:

—¿Por qué ese primo odia tanto a Eunseop?

Jangwoo vaciló un instante antes de suspirar.

—Bueno, siempre hay gente así. Supongo que piensa que Eunseop debería pagarle de algún modo por haberlo criado su familia. Lo estuvo fastidiando desde el primer día que se conocieron de niños.

¿El rencor constante termina corrompiendo? La gente que no puede ser feliz justifica su vida odiando, envidiando y culpando sin descanso a alguien. ¿Y si yo también estoy empezando a convertirme en alguien así? La idea la asustó. Trató de alejar esos pensamientos y dijo con amargura:

—Eunseop no me cuenta esas cosas íntimas. Parece que no quiere hablar de ello.

—¿Y tú le cuentas todo a él?

Haewon alzó la mirada.

—Tú también debes de tener cosas que preferirías esconder, cosas que no querrías contarle a nadie.

Lo miró en silencio por un momento y forzó una sonrisa fingida.

—Tienes razón.

Boyoung parecía incómoda. Murmuró que iba a traer fruta y desapareció en la cocina. Jangwoo se quedó callado unos instantes antes de volver a hablar.

—No debes de saber cómo conocí a Eunseop.

Por supuesto que no. No se asemejaban en nada ni parecían tener algo en común. No recordaba haberlos visto juntos en la escuela.

—Sabes, yo me preocupaba bastante por mi imagen. Jangwoo Lee, el presidente del consejo estudiantil elegido con una cantidad abrumadora de votos… ese era yo, ¿no?

A pesar del moretón violáceo en su rostro, Jangwoo levantó el pulgar señalándose con orgullo, pero enseguida bajó la mano con una expresión desanimada.

—No es algo que me guste admitir, pero Eunseop conoce mi pasado oscuro. En aquel entonces, los matones me sacaban dinero. —Haewon abrió la boca, sorprendida—. Por fuera, parecía alguien que mantenía buenas relaciones, capaz de manejar incluso a los chicos problemáticos. Pero en realidad, para dar esa impresión, tuve que pagarles una fortuna. Si les daba dinero, ellos fingían hacerme caso. Hasta que un día me cansé y decidí rebelarme…

Mientras recordaba aquel episodio, Jangwoo hizo una mueca de dolor, como si tragara una medicina desagradable.

—Maldita sea. Me llevaron a las montañas. Como los golpes en la cara se notan demasiado, solo me pegaron en las partes que quedaban cubiertas por la ropa. Me dieron una buena paliza y luego me ataron a un árbol. Se hizo de noche y temblaba de miedo pensando que podía aparecer un jabalí… Me puse a llorar. De repente, escuché un ruido entre los arbustos y pensé que era un animal salvaje, pero no… era Eunseop.

Haewon imaginó la escena en el bosque aquella noche: un chico golpeado y atado a un árbol y otro que pasaba por allí como si recorriera un camino conocido. Pudo ver el momento en que Eunseop cortaba la cuerda y se quedaban mirándose con incomodidad.

—No podía volver a casa, así que lo seguí hasta una cabaña en medio del bosque. Apenas entramos, me desplomé y me quedé dormido.

Jangwoo terminó su relato. No tenía nada de gracioso, pero había algo en la historia que resultaba tragicómico. Haewon sonrió con cierto aire de compasión.

—Así que la vida de Jangwoo Lee tampoco fue fácil.

—Ni lo digas. Mantener la imagen de príncipe de Hyecheon no fue gratis.

En ese momento, Boyoung dejó un plato con frutas cortadas

sobre la mesa y comentó:

—¿Qué hacemos? Tu historia se ha oído hasta en la cocina.

—¡Qué tía! Podrías haber abierto el grifo —se quejó Jangwoo.

Boyoung pinchó unos trozos de manzana con el tenedor y se los pasó a ambos antes de llevarse uno a la boca. Durante un rato, comieron en silencio, hasta que Boyoung murmuró:

—Cómo llueve…

Las gotas resbalaban en hileras por el ventanal del balcón. Afuera, el sonido de la lluvia llenaba el patio del edificio. *Ahora mismo, en la Casa de Nuez, al pie de la montaña, debe hacer frío y no debe de haber nadie… El viento y la lluvia seguro que se oyen mejor*. Haewon tenía muchas ganas de ver ese paisaje. Pero al mismo tiempo deseaba huir lo más lejos posible y no volver a verla nunca.



Al día siguiente bajó en la parada de Bukhyeon-ri. El aire frío de los campos tras la lluvia se filtró hasta lo más profundo de sus pulmones. Abrió el candado de la casa de tejas y encendió la luz. Mientras recorría la librería con la mirada, sintió un nudo en la garganta. *Apenas he pasado una estación aquí*… Y, sin embargo, su presencia había quedado impresa en cada rincón.

Pensó en que debía devolver la llave, mientras recogía sus cosas, cuando la puerta corrediza se abrió y entró Eunseop. Estaba igual que siempre, pero Haewon sintió que traía consigo el peso de un largo viaje. Tal vez era su expresión apagada lo que le daba esa sensación.

—He venido a recoger mis cosas y mis pinturas —dijo al cruzar su mirada—. Mañana tengo que volver a Seúl. No puedo seguir en la Casa de Nuez. Sé que esto te complica con tu trabajo de la pista de patinaje… lo siento.

—Vengo de levantar las instalaciones de la pista. Ya es marzo y

se ha terminado la temporada de invierno. No es necesario que te preocupes —respondió Eunseop.

¿Ya era marzo? No se había dado cuenta de en qué fecha estaban. Con el inicio del curso escolar, ya no habría niños que fueran a patinar a la pista sobre el arrozal.

—Menos mal… me sentía culpable.

La habitación quedó en silencio. Mientras guardaba en una bolsa los libros que había dejado en guarda, las pinturas y los cuadernos de dibujo, Haewon dijo con calma:

—Gracias por dejarme trabajar en la librería este invierno. ¿Sabes qué ha sido para mí este lugar? Una bola de nieve de esas que te regalan en Navidad. Si la agitas, cae nieve… Un espacio cálido y acogedor. También he conocido a mucha gente buena.

Eunseop no dijo nada.

—Ha habido muchos momentos felices. El día que fuimos a la montaña también fue increíble. ¿Sabes a qué me recuerda esa cabaña?

Rio en voz alta, con dulzura, como si elogiara las virtudes de alguien a quien amaba.

—Era como otra bola de nieve oculta en el bosque. Un sitio al que nadie más podía entrar… No, no es eso. Más bien era como un lugar secreto, uno de esos que rara vez se encuentran. Lo recordaré a menudo.

Eunseop seguía en silencio y la situación empezó a pesarle. Deseaba que dijera algo, lo que fuera. Que la abrazara o hiciera cualquier cosa. De repente, su risa de antes le pareció forzada y vacía.

—Di algo… por favor.

Eunseop acercó lentamente una silla y se sentó. Se quitó los guantes, se bajó la cremallera de la chaqueta azul y con el rostro fatigado dijo:

—De todas formas, tenías que volver. Solo se ha adelantado un poco. No hace falta que te sientas así.

—No me siento así. ¿Cuándo he dicho que me sintiera incómoda?

—respondió a la defensiva—. ¿Cuándo…?

Se le borró la sonrisa. Sus manos, con las que seguía guardando sus cosas, flaquearon. Se mordió los labios y, al final, habló de nuevo:

—Sí, quizás tengas razón. Es como si se hubiera roto un hechizo. Todo era tan fácil, tan agradable… y de repente solo ha quedado la cruda realidad. Sí, incluso tu cabaña me resultó extraña y me hizo ir con cautela. Hay partes de ti que eliges no contarme… Jangwoo me dijo: «¿Acaso tú le cuentas todo?».

Bajo la luz blanca de la librería, la mirada de Eunseop quedaba oculta tras las sombras de su cabello. Las palabras que Haewon había contenido hasta entonces brotaron de golpe, arrastrándolo todo:

—Yo también tenía secretos. Pero la persona que quiero ya los sabe. Siempre me he preguntado cómo me encontró mi tía aquel día en el río Nakdong, y hasta ahora no había descubierto la respuesta.

Frustrado, Eunseop se acomodó el cabello revuelto. Haewon sintió una punzada en el pecho al darse cuenta de que él estaba sufriendo, pero no pudo detenerse.

—Esa noche, leí todo tu diario. No quiero que malinterpretes. No estoy ofendida. En definitiva, tú me ayudaste y mi tía seguramente estuvo agradecida contigo todo este tiempo. No sé por qué los dos acabáis siempre entrelazados en mi vida, pero en fin…

Cerró los ojos por un instante antes de abrirlos de nuevo, tratando de encontrar las palabras en medio de su confusión.

—Ya no tengo energía. Ya ni siquiera estoy enfadada. ¿Qué importa si fue mi madre o mi tía la que mató a ese hombre? Las dos lo resolvieron juntas. Siento que no es algo de mi incumbencia. Me es ajeno, no puedo cabrearme y gritar. ¿Crees que había un lugar para mí en medio de todo eso?

Las lágrimas le anegaron los ojos y la garganta se le cerró.

—Tenía quince años. Era una niña. Pero ¿de verdad tenían que excluirme por completo? Sabía lo que había hecho mi padre, así que no pude llorar por su muerte. Pero tampoco pude consolar a mi

madre. Y por eso… no pude quererme a mí misma. Nunca encontré mi lugar.

La figura de Eunseop, sentado al otro lado, se volvió borrosa.

—Y pensar que cada año intentaba venir a ver a mi tía, agradecida con ella sin saber nada. Al final, este pueblo nunca ha sido un sitio para mí. No debí haber venido.

Justo en ese momento, Eunseop volvió a respirar. Haewon comprendió lo que acababa de decirle. Aunque él no la miraba, en su perfil se reflejaba el dolor.

—Ah… No quería decir eso. Perdón, últimamente no sé en qué pienso. Es solo que… como tú no decías nada, he seguido hablando sola.

—Lo sé. No hace falta que sigas. Está bien.

Cuando al fin abrió la boca, aquella sombra en su expresión ya había desaparecido. *Lo he arruinado todo*. Haewon lo lamentó, pero ya era tarde para retractarse. Le flaquearon las piernas y se dejó caer en la silla. Le costaba mirarlo de frente y mi escalofrío le recorrió el cuerpo. Por primera vez, la librería Good Night se volvió fría. Quiso cambiar de tema, encontrar algo más, cualquier cosa amable que pudiera decirle.

—Espero que la librería prospere… Lo digo de verdad. Seguro que en Hyecheon se correrá la voz y, quién sabe, puede que hasta vengan clientes de fuera de Gangwon-do.

—Me da igual.

Haewon se quedó helada.

—Da igual si va bien o no. Al final, solo es una librería —dijo Eunseop con calma—. Desde el principio, nunca fue un negocio pensado para triunfar. Nunca abrí la librería con la idea de tener éxito. Lo más realista es aceptar que un milagro no va a ocurrir. Si algún día no funciona, simplemente desaparecerá.

—Pero, entonces… ¿y tú?

—Haré otra cosa. Mientras esté vivo, siempre habrá algo que hacer. Y no tiene por qué ser aquí. Podría irme a otro sitio, lejos de Bukhyeon, igual que tú.

Tenía el rostro apagado, pero su voz seguía siendo tan suave como siempre.

—Lo que más miedo me da no es que las cosas salgan mal o fracasar. Lo que realmente temo es que llegue el día en que ya no pueda hacer bromas. ¿Por qué no hablo? Porque no me sale nada gracioso. No se me ocurre nada que pueda hacerte reír. —Tras soltar un leve suspiro, le confesó casi en un murmullo—: Yo te amo. Y voy a seguir amándote siempre.

Los ojos de Haewon se llenaron de lágrimas. Quiso acercarse y abrazarlo, pero su cuerpo no respondió. Eunseop cogió su chaqueta y se puso de pie.

—Que tengas un buen viaje mañana. Ahora, yo me retiro primero. Cuídate.

Cuando se dio la vuelta, Haewon vio el dolor en su mirada. Eunseop deslizó la puerta y desapareció en la oscuridad de la noche.

Haewon, que había estado sentada inmóvil en la librería, por fin reunió sus cosas y caminó por el sendero. La nieve, que durante todo el invierno se había derretido y vuelto a congelarse una y otra vez, había desaparecido por completo tras dos días de lluvia. La Casa de Nuez estaba en silencio y la ventana de Eunseop permanecía a oscuras.

Subió despacio la escalera hasta el segundo piso, sacó la maleta y empezó a guardar su ropa y pertenencias. Luego se sentó en el borde de la cama, y repasó lo que había ocurrido antes. *No quiero marcharme a Seúl después de haber pasado nuestras últimas horas juntos así*. Pensar en dejar todo atrás, en que quedarían separados con solo esa sensación de vacío y tristeza incómoda, le resultaba insoportable. Lo echaba demasiado de menos. Solo quería pasar con él esa noche.

Descorrió la cortina y miró hacia afuera, pero la ventana de la casa de al lado seguía apagada. *Ha subido antes que yo, pero… ¿no está en casa?* Algo le pareció extraño, así que cogió el móvil y entró en la página de la librería. Buscó alguna actualización y, cuando apareció un aviso emergente en la pantalla, sintió que se le hundía

el corazón. Era un anuncio informando que la librería permanecería cerrada unos días.

Intentó convencerse de que no era nada grave, pero la preocupación no desaparecía. *Tengo que verlo y hablar con él. Seguro que está en casa. Debe de estar durmiendo o descansando. Si lo veo, si compruebo que está bien, podré quedarme tranquila…*

La casa de al lado estaba inmersa en la oscuridad. Atravesó el patio y golpeó la puerta de vidrio. Algo se distinguía en la penumbra: un trozo de papel blanco asomaba por la rendija. Lo sacó con cuidado, lo desplegó y, al iluminarlo con la luz del móvil, reconoció al instante la caligrafía de Eunseop.

Tío:
Voy a pasar unos días en la casa de la montaña.
Le avisaré cuando regrese.

Dobló la nota y la volvió a colocar en la ranura. Volvió a la habitación de la Casa de Nuez y se dejó caer en la cama, aturdida. *Se habrá ido a la cabaña. No está en la casa de al lado, al otro lado del sendero. Se ha ido*.

Escrito en la montaña

Diario de la librería, 02 de marzo.

 # Entrada del día: Chuljin, Noh, *Autobiografía fotográfica del señor A*.

Una novela fotográfica escrita como autobiografía, donde el ficticio Sr. A relata con una prosa sobria sus cien años de vida. El autor recorrió tiendas de antigüedades y mercadillos de segunda mano en busca de álbumes olvidados, recopilando fotografías antiguas de personas desconocidas. A partir de estas imágenes, seleccionó y ordenó retratos de distintas épocas para construir una historia de vida, desde la infancia hasta la vejez. Los rostros capturados a lo largo del tiempo se presentan con tal detalle que el lector acaba sumergido en la ilusión de que el protagonista es real. Nacido en un callejón de Jongno durante el Movimiento Primero de Marzo, el Sr. A

atraviesa un siglo de vicisitudes, mientras decenas de fotografías anónimas se funden con su historia, Cobrando nuevas narrativas y vida propia en un proceso fascinante.

Y he subido un aviso anunciando que la librería permanecerá cerrada unos días. Parece la cuerda de un arco tensado al límite. Hacer una pausa para descansar.

#

He subido a la montaña con mi tienda de campaña y mi mochila. He entrado en la vieja casa vacía, he montado la tienda y encendido la chimenea. El humo se alza durante un buen rato por el tubo. Acostado en el saco de dormir, escribo este diario en el móvil. La noche de principios de marzo aún es fría y la calefacción no se notará hasta la madrugada. No sé cuánto tiempo más seguirá en pie esta cabaña. Hace poco oí que querían derribaría porque se había convertido en un refugio de cazadores furtivos. No creo que dure mucho.

Este mes tenía pensado enviar el alquiler al matrimonio de ancianos, pero he tenido pérdidas. Parte del dinero se destinó a los gastos médicos del abuelo de Seungho. Los miembros de la librería también ayudaron. Además, he

vendido el *scooter*. El señor se sintió culpable, pero no había otra opción.

Pienso si debí haberme quedado con el poco patrimonio que dejó el hombre de la tumba. Nunca me cambié el apellido y en los documentos sigo figurando como conviviente de mis padres hasta el final. En aquel entonces, ellos estaban a punto de perder su casa, así que no me arrepiento. Si soy sincero, también es cierto que me sentí en paz al desprenderme de lo que tenía. Tal vez, en el fondo, sentí que estaba saldando una deuda.

El peso de hoy.

A medida que sigo registrando mis días, el peso de cada fecha empieza a tomar forma. El hoy de hace seis años. El hoy de hace tres años. El hoy del año pasado y el de este año. Como las capas de un hojaldre, en cada una de esas fechas se han ido depositando recuerdos e imágenes. En algún momento, cuando llegaba el invierno, llegaba H y yo la miraba como si no la conociera, a veces intercambiábamos algunas palabras, y así, invierno tras invierno, fui acumulando el peso de ciertas fechas. Esas rutinas que se superponían no cambiaban en nada, así que no me afectaban.

Pero este invierno, cuando se acercó a mí, cuando compartimos el amor, aquellas fechas dejaron de

acumularse con la misma calma uniforme. El peso de hoy ya no es el de antes. A partir del próximo invierno, nada será como hasta ahora. El peso del invierno que vendrá, el que aún no conozco.

#

Tras el embrollo en el bar, mi primo se marchó. Preferiría tener a alguien a quien odiar. Pero, aunque pienso y pienso, no odio a nadie. No quiero crear un enemigo y sigo pensando que odiar a alguien solo me hará mal. Al menos por ahora.

Hubo un tiempo en que pensé que vivir era un proceso de búsqueda de un lugar propio. Encontrar un sitio donde pudiera asentarme en paz. Me sentía como un botón en busca de un ojal donde encajar. Un lugar donde mi existencia no fuera un problema, donde no molestara a nadie ni nadie me molestara, donde, quizás, no fuera rechazado. Creía que la vida consistía en encontrar ese sitio.

Pero ahora es diferente. Dondequiera que me quede, ese es mi lugar. Mientras viva siendo yo mismo, mi propia existencia bastará para definir un espacio y una posición. El lugar donde estoy es mi lugar. A veces, esa idea se tambalea.

Será mejor detenerme aquí. Si sigo dándole vueltas, quizá termine queriendo dejarlo todo.

Publicación privada del blog de la librería
Good Night.
Subido por Hoja de Árbol.

P.D.: Hace un momento, he recibido un mensaje de H. Recostado sobre el saco de dormir, lo he leído en silencio. Me resulta extraño pensar que incluso en lo más profundo de la montaña, su voz puede alcanzarme.

El camino a la cabaña

Sé que te fuiste a la montaña. ¿No hace frío?

Haewon envió el mensaje y esperó. La respuesta tardó en llegar, pero se mantuvo paciente, sin apartar la vista de la pantalla.

Estoy bien en la cabaña.

Quiero verte una vez más antes de partir.

Y volvió a esperar. Aunque no podía verlo, sentía su vacilación al otro lado de la pantalla.

Nos volveremos a ver pronto. Ya es tarde. Buenas noches.

Haewon no podía seguir hablándole, soltó el móvil y se sentó. Sentía que su corazón había volado por sí solo a la montaña, a su lado. No *debí haberme despedido así*. La invadió el pánico, como si de verdad se estuvieran separando para siempre. Le era insoportable. *Me voy a volver loca está noche si no veo su sonrisa una vez más*.

Como en medio de un delirio febril, se levantó de golpe y volvió a sacar la ropa de la maleta. Se vistió con varias capas, una gruesa sudadera y su chaqueta acolchada, que cerró hasta arriba con firmeza. Luego comprobó la batería del móvil y la linterna, y se aseguró de llevar mascarilla, guantes y un gorro de lana. Bajó corriendo a la cocina, llenó un termo con agua caliente y metió en la mochila unas cuantas mandarinas que encontró a mano.

El corazón le latía con fuerza. De pie en la entrada del bosque,

tomó una profunda bocanada de aire. El sendero se internaba en la espesura y poco a poco se convertía en un camino de montaña. Frente a ella, todo era oscuridad, como si estuviera a punto de adentrarse en una cueva. Apuntó la linterna hacia el suelo y al frente, avanzando paso a paso a través del aire helado. *Es el camino que él recorre siempre, y hace poco lo recorrimos juntos*. Solo tenía que asegurarse de no desviarse.

El viento no era tan cortante como había imaginado, los frondosos árboles lo bloqueaban, pero le inquietaban la oscuridad y el silencio. Tal vez lo más sensato sería regresar, pero se obligó a seguir adelante. *Si me voy sin verlo, me arrepentiré*.

¿Cuánto llevo caminando?

—Ah…

Un pequeño suspiro se escapó de sus labios. A sus pies, las luces de Bukhyeon-ri se extendían como un tapiz de estrellas sobre un lienzo negro. Entre los campos oscuros, los hogares dispersos brillaban con una luz cálida. A lo lejos, las farolas de la carretera que llevaba a la ciudad formaban una hilera que se desvanecía en el horizonte, como luciérnagas inalcanzables.

Alzó la vista hacia el cielo nocturno. Las estrellas brillaban más nítidas que en el pueblo y entre las ramas de los árboles se veía la media luna. La montaña nevada que había visto junto a él dos meses atrás era hermosa, pero la visión de esta noche, tras haber vencido sus miedos, también quedaría grabada en su memoria. *Quizás todos los lugares del mundo eran así. Llegar a un lugar desconocido de día o de noche daba inicio a viajes diferentes*.

A la luz de la linterna, apareció una bifurcación en el camino. Haewon hizo memoria. *La última vez, Eunseop giró a la derecha. Si sigo un poco más, debería encontrar la tumba*. Bajo sus pies, cada paso crujía sobre las ramas secas y las hojas caídas. Vagando en medio de la noche por la montaña en busca de una tumba, sintió una extraña inquietud. *No es un desconocido, él lo conoció y vivieron juntos*. Ahora, ella también sabía de su existencia. Entonces, la invadió la tristeza. Su propia familia también había tenido tiempos

en los que se trataban con ternura. *La alegría puede desaparecer en un instante*. Por eso los había odiado a todos. Pero ahora, incluso el tiempo que pasó odiándolos parecía confuso.

Haewon se detuvo. No estaba segura de si recordaba bien el camino. ¿Pasamos por la tumba antes de llegar a la cabaña? ¿O primero estaba la cabaña y luego la tumba?

—La cabaña iba primero, ¿verdad? —murmuró, aunque no había nadie para escucharla.

Decirlo en voz alta le dio un poco más de seguridad. Justo cuando se dio la vuelta, convencida de haber tomado el camino equivocado, resbaló en la hierba húmeda por la lluvia de la noche anterior. Instintivamente, se agarró de la rama de un arbusto mientras caía. No era una pendiente, así que no rodó cuesta abajo, pero el golpe le rasgó los guantes y sintió un dolor punzante en el tobillo.

—¡Ay…!

El miedo la confundió. Sentada en el sendero, se miró el tobillo con detenimiento, parecía una simple torcedura. Sintió alivio. Con la linterna, distinguió una tumba a lo lejos. Cojeando, se acercó, pero enseguida se dio cuenta de que no era la correcta. *Aquí debería haber una lápida de madera…* Pero no había ninguna señal, solo una tumba abandonada. Un escalofrío le recorrió la espalda y retrocedió de inmediato hasta el punto donde había estado antes.

Alumbró el camino por donde había venido, aunque eso solo la confundió más. Creía que tenía un mapa en la cabeza, pero ahora todo estaba revuelto y sumido en la oscuridad. El viento silbaba a su alrededor y, aunque era marzo, el frío seguía siendo invernal.

Haewon tuvo que aceptar la realidad. Quería llegar, tocar confiada la puerta de la cabaña y sorprender a Eunseop con una visita inesperada. *Aaah… mejor pasar un poco de vergüenza que morir congelada en medio del bosque…* Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta. ¿Y si no hay señal? Pero, por suerte, el teléfono funcionó.

—Soy yo. Estoy en la montaña.

Se hizo el silencio al otro lado. Parecía que él se había quedado sin palabras. Luego, al fin, se escuchó su voz:

—Que estás… ¿dónde?

—En la montaña. Tenía que verte. Pero creo que me he equivocado de camino.

—Por Dios… —murmuró.

Haewon, un poco avergonzada, carraspeó.

—Voy a intentar volver sobre mis pasos y…

—Quédate donde estás. Es más peligroso si sigues moviéndote. ¿Ves algún cartel o una roca grande cerca?

—No sé si decir que es buena o mala suerte, pero hay una tumba. No es la de tu padre, aunque… la verdad es que es un poco escalofriante.

—Otra tumba… Creo que sé dónde estás. Quédate ahí y muévete en el sitio para no enfriarte.

—Vale.

Respondió con firmeza, pero le dolía el tobillo y no podía saltar. Así que sacó el termo de su mochila y bebió agua caliente. *Así que también puedes perderte en la montaña de tu propio pueblo… Si la suerte no está de tu lado, puedes morir congelado aquí mismo*. Se caló el gorro hasta las cejas y se movió para no morirse de frío. El tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Revisó su móvil, ansiosa, pero solo habían transcurrido dos o tres minutos. Cuando ya había perdido la cuenta de las veces que lo había mirado, comenzó a sonar.

—A esta altura debería poder verte.

Al oír su voz, Haewon sintió un alivio inmediato.

—Yo estoy en el mismo lugar.

Justo en ese momento vio una luz atravesar el bosque desde la distancia.

—Acabo de ver una luz. Creo que ya estás cerca.

Agitó su linterna en el aire.

—Sí. Te veo, te he encontrado.

Las ramas secas crujieron, y poco después Eunseop apareció con

una linterna. Cuando se acercó, Haewon bajó la mascarilla. Él la miró y, al fin, dejó escapar un largo suspiro, como si solo entonces pudiera relajarse.

—¿Qué se te ha pasado por…?

Al ver que no podía ni terminar de hablar, Haewon sintió ganas de llorar, pero se contuvo y le sonrió.

—Cuando estuvimos en la librería… no pude responderte. Necesitaba decirte algo cara a cara. —Eunseop la escuchaba en silencio—. Yo también te amo. Solo eso.

Eunseop extendió sus brazos y la abrazó. Su voz temblaba:

—Dios… qué tonta eres.

Las lágrimas le nublaron la vista a Haewon. Eunseop inclinó la cabeza y la besó. El bosque era frío, pero tenía los labios cálidos. Bajo aquel beso, ella murmuró:

—Esta noche me quiero quedar contigo. Llévame a la cabaña.

—No. Volvamos al pueblo.

—No. Quiero ir a la cabaña. Con lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Hace frío. El saco de dormir es estrecho… y, aunque tenga una tienda, el frío se cuela por todas partes. A mí no me importa, pero para ti no será cómodo.

Haewon dio un paso atrás, apartándose de sus brazos. De repente, le dio una punzada de tristeza.

—No quieres que yo esté ahí, ¿verdad?

Eunseop la observó un poco sorprendido. Se sintió desolada. Algo se cerraba dentro de ella, como si de pronto todo se volviera incierto, incluso los sentimientos de él. Esperaba que se alegrara por verla.

—Escúchame, Haewon.

Eunseop le sujetó suavemente los brazos y apenas los sacudió. La mujer que amaba estaba allí, con una expresión sombría, como si estuviera dispuesta a sentirse herida por cualquier cosa.

—Escúchame bien. He apagado el fuego antes de salir, lo he apagado por completo porque pensaba bajar contigo. No puedo

volver ahora y encenderlo de nuevo. —Su voz sonaba paciente, explicándole todo con calma—. Ahora mismo, la cabaña está helada. Es eso, nada más. ¿Mi espacio? ¿Qué significa eso? Mis palabras no esconden nada. Es solo que hace frío y será incómodo. No hay ningún significado oculto. Es exactamente lo que he dicho, nada más.

Eunseop cogió el rostro de Haewon entre sus manos y apoyó su frente contra la de ella, como si intentara calmarla. Luego, repitió con delicadeza:

—Es exactamente lo que he dicho. Como hago siempre contigo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Haewon y él la secó con los dedos. Ella asintió despacio y susurró con esfuerzo:

—Está bien… Volvamos.

—Sí.

Parecía que se había detenido el tiempo en el bosque y que solo ellos dos se movían. De pronto, Haewon creyó comprender por qué él volvía siempre a este lugar. Quería regresar a un sitio cálido para descansar, pero, al mismo tiempo, deseaba quedarse allí con él, alejados del mundo, durante mucho, mucho tiempo. Un invierno tan frío y, a la vez, tan cálido. Quería sentarse junto a él y hablar en voz baja sobre la nieve que se acumulaba en el pueblo, sobre la casa de tejas que se iluminaba al anochecer.

Eunseop notó que Haewon cojeaba un poco.

—¿Te has hecho daño?

—No. Solo me he torcido un poco el tobillo. Estoy bien.

—Será mejor que te lleve a cuestas.

—No hace falta. De verdad.

Pero Eunseop la detuvo y se inclinó, ofreciéndole la espalda.

—Solo tengo que imaginar que llevo una mochila grande. Una con mantas y hasta una tienda.

A Haewon se le escapó una risa. La chaqueta azul de él parecía ofrecerle un cálido refugio. Eunseop bajó de la montaña por el camino que alumbraba su linterna. Podía sentir un aroma familiar en su chaqueta y apoyó las mejillas contra su hombro.

—Seguro que te he decepcionado… por hacer todo a mi manera. Por ser tan caprichosa.

—No.

—¿No te parezco patética?

—No. Siempre has sido preciosa. Desde la primera vez que te vi, siempre lo has sido.

—Entonces, ¿y si no voy a Seúl?

—No. Tienes que ir.

Haewon rio de nuevo y escondió el rostro en su espalda. Luego, lloró un poco. Sentía cómo iba perdiendo las espinas clavadas en su pecho. En silencio, siguieron descendiendo por la montaña, guiados por la luz. Aquel sendero nocturno, tan largo y tan breve a la vez.

Hasta que nos volvamos a encontrar

Tía Myeongyeo:
Me voy sin poder verte. No me voy porque te odié. Me voy porque siento que todos han visto lo peor de mí. El hombre del que me he enamorado, los miembros de la librería… y tú también. Quisiera olvidar todo lo que he descubierto en estos días, pero sé que no podré. Ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en esconderme antes de empezar a lamentar todas mis carencias. Cuando mi corazón encuentre la calma, podré volver a verte.

El sonido de las ruedas por el sendero interrumpió el silencio de la madrugada. Cuando el sol estaba a punto de asomarse tras la montaña, Haewon abandonó la Casa de Nuez y caminó cuesta abajo. Con un bolso de tela al hombro y arrastrando la maleta, abrazaba una maceta envuelta en un pañuelo. No quería despedirse.

Siempre pensé que tú eras fuerte. Pero, en el fondo, creo que lo intuía. Esos momentos en los que vacilabas, en los que parecías inestable. Cuando falleció la abuela, tenía miedo de que tú también me abandonaras. Me preguntaba cómo sería estar sola en este mundo… Al final, estuviste conmigo hasta

que me hice adulta. Pero ahora… no voy a darte las gracias.

Bajo el cielo de la madrugada, la casa de tejas yacía dormida. Haewon reconoció las palabras escritas en la pequeña pizarra colgada en la pared.

PARA H.
«SI EL DOLOR DESAPARECE CON UN LIBRO, ESE
DOLOR NO ES VERDADERO.
DECIR QUE TE CONSOLARÁ UN LIBRO
ES SUBESTIMAR EL DOLOR DE LA VIDA».
HARLES DANTZIG

Una leve sonrisa apareció en sus labios. Creía haber sido la primera en bajar por el sendero, pero ahora sabía que él había pasado antes. Mientras esperaba el bus en la parada, pensó en la frase. Tal vez era cierta. El dolor de la vida no desaparece por leer un libro o recibir consuelo de alguien. Aun así, eso no significa que todo sea en vano. No se trata de curar el dolor, El dolor siempre está ahí. Quizás, las personas leen y buscan consuelo solo para reconocerlo juntas, para decirse que existe y que no están solas. El bus con las luces encendidas se detuvo en la parada del cruce de las tres calles.

He pensado en lo que significa intervenir en la vida de otros. Mamá y tú solo os lleváis un año, pero siempre habéis parecido gemelas. Ambas cuidasteis de mí y las veces que me sentí excluida de vosotras dos fue porque el deseo de protegerme era muy grande. Ahora lo entiendo. Pero no hacía falta. Habría estado bien que me hubierais dado la oportunidad de sufrir junto a vosotras. Ahora ya es demasiado tarde.

En el asiento del fondo había un pasajero adormilado que se había subido en la primera parada. Haewon se sentó del lado de la ventana, colocó la maleta junto a ella y apoyó la maceta en su falda. Intentó buscar con la mirada el sendero entre los árboles a lo lejos, pero, bajo la luz azulada del amanecer, las siluetas familiares se desdibujaban, irreconocibles.

He pensado en lo que dijiste aquella vez. Decir que nos vamos a encontrar cuando haga un día precioso es una promesa muy ambigua. Tienes razón. Cuando sea el momento adecuado, cuando las cosas mejoren… Al final, hay cosas que seguimos posponiendo sin cesar. ¿Podré empezar a vivir de otra manera? Ojalá llegue el día en que mamá, tú y yo nos sentemos juntas y riamos. Yo prepararé el té de lágrimas. Y un bonito día lavaremos la ropa juntas. Lavaremos esas prendas sucias que hace tiempo ocultamos bajo la mesa y cubrimos con un velo. Lavémoslas todas y tendámoslas bajo el cielo azul. Salgamos con la ropa blanca y seca. Espero que tú también puedas terminar tu exilio y que encuentres tu vida de nuevo.

El bus partió y dejó atrás la parada. No se veía ni la Casa de Nuez, ni la casa de Eunseop, pero sabía que ellos seguían allí, en algún punto del sendero. Y también la carta que había dejado sobre la mesa. Parpadeó, con los ojos empañados por las lágrimas. El cielo y los campos de Bukhyeon-ri, impregnados por la luz del amanecer, se desdibujaban como la bruma.

Tras el largo invierno

La primavera en Seúl comenzó en una academia de arte dentro de un complejo de apartamentos. Tres antiguos colegas se unieron para alquilar un espacio en la segunda planta de un centro comercial en las afueras de la ciudad. Haewon retiró la fianza de su estudio para cubrir su parte de la empresa. En un rincón del espacio colocaron un tabique para hacer una pequeña habitación, metieron una cama y Haewon decidió vivir allí por el momento. Cuando los alumnos se iban y sus compañeros terminaban la jornada, se quedaba sola trabajando en sus obras. Le gustaba el olor a pintura y resina, también le gustaba dedicarse solo a eso. Poco a poco, empezó a aceptar encargos como ilustradora por cuenta propia. Llegó la primavera y, como por arte de magia, los árboles de la avenida renacieron. Entre la neblina de polvo fino y el viento cargado de arena amarilla, las flores brotaron a duras penas. El frío caprichoso y persistente volvió durante unos días antes de que el calor se instalara definitivamente. Ese año, el tiempo fue más inestable que nunca.

A veces, entraba en la página web de la librería Good Night. Leía las noticias sobre las novedades en su blog y, a pesar de que sabía que no vería nada, pulsaba en las categorías privadas. Aunque no pudiera verlas, sabía que sus escritos estaban allí. Mientras tanto, salió el primer libro de la editorial Good Night. Haewon hizo clic en la portada y fue pasando una a una las páginas en formato digital.

Librería Good Night, escrito por Seungho Jung, ilustrado por Hyeongi Kwon.

En un país lejano, había una librería llamada Good Night.

Era un pueblo en la montaña donde vivían ciervos.

La luz de la librería era amarilla como la luna…

Haewon sonrió al ver el dibujo de la casa de tejas en el campo. Hacía poco, en el chat del grupo, Hyeongi anunció que estudiaría dibujo en la universidad. *Seguro que le irá bien*. Seguía intercambiando mensajes de vez en cuando con la gente de la librería. Algunas veces, participaba en el chat grupal y otras, hablaba en privado. Un día, Soojung le dijo:

¿Cómo está mi querida *manager*? Espero que solo te estén pasando cosas buenas. No hace falta que saques lecciones de la vida… Es un poco triste, ¿no crees? No porque las lecciones en sí lo sean, sino por todo lo que hay que pasar para aprenderlas. Dicen que no hay mejor fertilizante que la tristeza, pero eso no es más que un consuelo: ya que hemos sufrido, al menos saquemos algo de ello. Pero lo mejor sería no estar triste desde el principio. Claro que, si todo saliera como queremos, sería increíble. Solo quería darte las gracias. Siempre te echo de menos.

Y hubo una vez en que Hyeongi le envió un mensaje que fue como una bomba.

Por cierto… No es que quiera meterme en tu vida privada, pero… ¿no me digas que has roto con Eunseop? Solo lo diré una vez, pero creo que vosotros dos no deberíais separaros. Mi caso es distinto. Creo que, aunque no tuviera novios en mi vida, podría vivir bien haciendo lo que me gusta. Pero vosotros… Si os separáis, tengo la sensación de que ninguno de los dos podréis volver a tener una relación y os pasaréis la vida dando tumbos.

¿Cómo que «dando tumbos»? Atónita, Haewon miró el mensaje de aquella chica de dieciocho años.

Bueno, al fin y al cabo, es cosa vuestra. Perdón por meterme donde no me llaman con mi impertinencia de niña. Si te ha molestado, puedes borrar el mensaje y bloquearme, no pasa nada. De todos modos, me caéis bien los dos. *Peace*.~

Haewon imaginó a Hyeongi encogiéndose de hombros y no pudo evitar reír. En la galería de fotos, alguien había subido una de la espalda de Geunsang mientras cambiaba las luces por unas bombillas LED. Debajo de la imagen, una breve nota explicaba que habían reemplazado las bombillas incandescentes por una iluminación de tono cálido similar, pero con mayor eficiencia energética.

En la maceta de Boyoung habían brotado pequeñas hojas de un verde claro y delicado. La planta creció rápido y poco después el tallo se alargó. Haewon frotó una hoja entre los dedos y la acercó a su nariz: desprendía un aroma fresco y ácido. Parecía una hierba aromática, pero no sabía su nombre, así que llevó la maceta a la floristería del primer piso del centro comercial para preguntarlo. La dueña del local, amable, le dijo que se llamaba melisa. La colocó en el taller, al lado de una ventana con mucha luz, y le envió una foto de la hierba ya frondosa a Boyoung.

La melisa ya tiene muchas hojas.

Poco después, llegó la respuesta.

Jaja, ¡la has identificado! Florecerá a finales del verano. Serán flores blancas o amarillas.

Tendré que esperar. Por cierto, no busqué su significación floral.

No es necesario, su significado no es importante.

El comentario de Boyoung la hizo sonreír. En realidad, ya lo había buscado. La significación floral era amor y consuelo. Aunque el tiempo seguía extraño, los cerezos florecían desde el sur. Bastó una lluvia para que las flores cayeran. Incluso en Gangwon-do, donde la primavera llegaba más tarde, a inicios de abril los campos empezaron a llenarse de flores silvestres. En la galería de la librería,

alguien había subido una foto de Eunseop y los niños, sentados de cuclillas frente a la puerta corrediza de la casa de tejas y con una sonrisa alegre. Él estaba vestido con los pantalones de siempre y una sudadera celeste. A su lado, Seungho entornaba los ojos por la luz del sol, mientras Hyojin sostenía un ramo. Haewon dejó un comentario debajo de la imagen: Estás aún más guapa con las flores. Y al día siguiente se lo respondieron: ¡Gracias! Pero me sentí mal por arrancar las flores... Pensé que no volvería a hacerlo, pero quizás vuelva a arrancarlas.

Sin razón, Haewon se emocionó y cerró la página web. Las personas eran raras y, a la vez, maravillosas. *Las flores simplemente nacen y mueren, pero la gente las ama y las ve preciosas… hasta les da un significado, un sentido, y las regala con la esperanza de expresar sus sentimientos sin necesidad de palabras*. Las flores, ajenas a todo, florecen y se marchitan con el cambio de estación. Solo los humanos ríen y lloran. Y así la primavera llegó a su esplendor.

Primavera en Bukhyeon-ri

A finales de abril, Haewon recibió una invitación. Era para la entrega de premios de Soojung, que había quedado segundo en el concurso de escritura de Hyecheon. Ella se había olvidado del certamen y, al recordarlo, sintió una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Muchísimas felicidades!

—Pues… Desde que terminé la secundaria, es la primera vez que gano un premio.

Cuando la llamó para felicitarla, Soojung confesó que había trabajado en secreto en su obra y que, aunque estaba feliz, también se sentía un poco abrumada. La entrega de premios era el próximo viernes en el auditorio del Ayuntamiento de Hyecheon y, esa misma noche, los miembros de la librería se iban a reunir para celebrarlo tras el evento.

—Me encantaría que vinieras, Haewon… Claro, si tienes tiempo.

El tono cauteloso de Soojung dejaba entrever su ilusión. Haewon dudó un instante, pero respondió con cariño:

—Claro que tengo que ir. Os echo de menos a todos. Tras colgar, se sentó junto a la ventana del taller y observó el patio del complejo de apartamentos. En el parque infantil, una abuela paseaba un cochecito de bebé mientras un niño pequeño daba sus primeros pasos bajo el sol. El frío del largo invierno parecía irreal. Dentro del taller, tres alumnos pintaban frente a sus caballetes y los instructores

se turnaban para supervisarlos. La imagen era tan apacible que Haewon se sintió agradecida.



Cuando se bajó del bus en Bukhyeon-ri, la celebración acababa de comenzar. Trabajaba por la mañana y por eso no pudo asistir a la entrega de premios, pero la idea de reencontrarse con la gente de la librería la emocionaba. Cuando entró a través de la puerta corrediza, los que estaban en medio del brindis se dieron la vuelta para verla y gritaron de alegría.

—¡Miren quién ha llegado! ¡Bienvenida!

—Uy, ¡tienes un peinado nuevo!

Haewon se había cortado el cabello, dejando al descubierto la nuca sobre su chaqueta primaveral color mostaza. Era la primera vez que lo llevaba tan corto desde su infancia. Hyeongi levantó el pulgar y le dijo:

—¡Te queda genial! Me encanta.

Eunseop se quedó paralizado al verla. Cuando sus miradas se cruzaron, ella le sonrió con naturalidad.

—Cuánto tiempo.

—Ah… Sí.

Eunseop reaccionó y carraspeó. Estaba ruborizado. Al otro lado de la mesa, Jangwoo le guiñó un ojo para provocarla. Haewon resopló con una sonrisa burlona y le sacó la lengua. Geunsang le sirvió cerveza y todos alzaron de nuevo sus copas para brindar por la ganadora del concurso. Soojung estaba un poco más maquillada de lo habitual y vestía un elegante conjunto de dos piezas. Aún llevaba prendida en el pecho la flor de la entrega de premios. A su alrededor, se apilaban varios ramos que los miembros del club le habían regalado, que impregnaban la habitación con su fragancia.

—¿Sobre qué trata tu historia? He ido muerta de curiosidad todo el camino.

Frente a la pregunta de Haewon, Soojung sonrió con timidez antes de responder.

—Estuve investigando en la biblioteca mucho tiempo. Un día encontré un mapa antiguo de Hyecheon y me di cuenta de que, en aquella época, el lago no era tan grande como ahora. También había un registro que mencionaba una cascada en el curso del agua… pero hoy en día no queda ni rastro de ella. La ubicación sigue marcada en el mapa, entonces me pregunté: ¿por qué ha desaparecido la cascada?

—Así que ha escrito la historia de un supuesto pueblo de los lotos escondido detrás de la cascada —intervino Hyeongi con entusiasmo, como si hablara de su propio proyecto—. Es pura fantasía. ¡Deberían hacer una película de animación con eso!

—Increíble. ¿Cuándo tuviste tiempo para investigar y escribir todo eso? Ahora me han entrado ganas de leerlo —respondió Haewon, realmente sorprendida.

—De hecho, ya lo estamos pasando de mano en mano —dijo Geunsang, señalando el otro lado de la mesa. El estudiante de gafas leía con concentración la copia impresa del relato de Soojung.

Haewon sonrió encantada.

—Así que el muchacho sigue asistiendo —dijo con alegría.

—Sí, algo así.

Haewon sintió que faltaba alguien. Miró a su alrededor con atención. Desde hacía un rato, le parecía que algo no encajaba, y entonces se dio cuenta: faltaba uno de los pequeños que sonreían en la foto. Justo cuando se preguntaba dónde estaría, la puerta se abrió y Hyojin entró con su madre. La enfermera que había conocido en el hospital de Hyecheon estaba vestida de civil y traía un pastel.

—Hola a todos. Mi hija viene a menudo a la librería, pero nunca había pasado a presentarme. Como escuché que había una fiesta, me he animado a venir… También tenía un poco de curiosidad.

Se cubrió la boca con la mano y soltó una risita con un aire de misterio. Tras los saludos de bienvenida, Eunseop le preguntó amablemente:

—¿Qué dudas tiene? ¿Qué le genera curiosidad?

—Es que… Mi hija dice que aquí está la persona que será su futuro novio.

Lo dijo con una sonrisa traviesa, mitad en broma, mitad en serio. Desde el otro lado de la mesa, Seungho se estremeció, visiblemente nervioso. Las carcajadas se extendieron entre los presentes, mientras que Hyojin, con las mejillas coloradas, sonreía sin negarlo. Luego tiró del brazo de su madre para que se acercara y le susurró algo en el oído.

—Ah, ¿sí? —murmuró la enfermera, escaneando a los presentes hasta que su mirada se detuvo en alguien.

El estudiante de gafas, ajeno a lo que estaba ocurriendo, seguía absorto en la lectura del relato de Soojung. Solo cuando sintió que todas las miradas estaban sobre él, alzó la cabeza, extrañado.

—¿Pasa algo?

—¿Eh? No, nada. Sigue leyendo —respondió Geunsang mientras agitaba las manos.

Los demás se apresuraron a intervenir.

—Si no lo has escuchado, mejor.

—Sí, descubrirlo demasiado pronto le quita la gracia.

El estudiante frunció el ceño, confundido, pero volvió a concentrarse en el manuscrito. Un poco alejada, Hyeongi chasqueó la lengua y murmuró en voz baja:

—Hyojin tiene gustos peculiares.

Luego, de repente, le dio un codazo a Haewon y le hizo un gesto con la mirada. Seungho parecía estar a punto de llorar. A Haewon casi se le escapa la risa, pero, al ver al niño tan abatido, se contuvo y se mordió el labio. Entre ramos de flores y copas alzadas, alguien colocó la tarta de nata en la mesa y la celebración siguió animada y bulliciosa.



La noche avanzó y la gente se fue marchando poco a poco. Al final, solo quedaban tres personas en la librería. Copa a copa, Eunseop y Jangwoo habían bebido bastante, pero aún conservaban la lucidez. Mientras Eunseop fregaba los vasos y los platos, Jangwoo soltó un gran bostezo y le preguntó a Haewon:

—Has abierto un taller de arte, ¿no? ¿Cómo va?

—Más o menos. No lo llevo sola, tengo dos profesores de compañeros.

Jangwoo asintió y, como si acabara de recordar algo, Haewon le preguntó:

—Y tú, ¿qué pasó con el camino Tactac?

Con un aire presumido, Jangwoo chasqueó los dedos antes de responder con orgullo:

—El equipo de promoción volvió al punto de partida y decidió replantearlo desde cero. Dejamos de lado lo digital y volvimos a lo básico: un sendero para recorrer con los pies bien puestos en el suelo.

Eunseop se acercó a la mesa, dejó caer una toalla con desgana y empezó a juntar sillas para improvisar una cama. Tenía los ojos entrecerrados. Llevaba días sin dormir bien por la preparación de su segundo libro y, por el cansancio acumulado y el alcohol, apenas se mantenía en pie.

—¿De verdad va a dormir aquí? —murmuró Jangwoo, viendo con qué facilidad su amigo improvisaba una cama, como si fuera un instinto natural.

Eunseop se acomodó, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos, listo para dormir. Jangwoo lo señaló con un gesto de la barbilla y se quejó con lástima fingida:

—Desde que te fuiste, está hecho un desastre. Si le digo que necesitamos más turistas, responde que le da igual. Si le digo que hace falta que la gente camine más por el sendero nuevo, dice que da igual. Al final, el corazón del príncipe rana reventó. Tendría que haber tomado en serio mi advertencia.

Antes de que Haewon pudiera contestar, se oyó una voz

adormilada desde la improvisada cama de sillas.

—Tú también deberías tener cuidado, Jangwoo…

Era un murmullo tranquilo, como si hablara en sueños. Jangwoo frunció el ceño, molesto.

—¿De qué demonios tengo que cuidarme yo?

—No sé… de una cuerda, quizás.

Eunseop sonrió y cayó dormido. Jangwoo se quedó pálido, con la boca entreabierta, sin poder pronunciar palabra. Cuando por fin reaccionó, estalló como un vendaval.

—¡Ja! ¿Lo has oído? ¿Lo de la cuerda? Siempre he sabido que es un tipo peligroso y malvado. No olvida ni las historias más vergonzosas de los demás… ¿Cómo me deshago de él?

Haewon sentía un leve temblor en el pecho. Una punzada de melancolía le recorrió el corazón. *Si tan solo este entrometido de Jangwoo tuviera la decencia de largarse…* Suspiró con una sonrisa amarga y se colgó el bolso al hombro:

—Yo ya me voy. ¿Tú qué vas a hacer?

—¿Yo? Yo no me puedo ir así. Tengo un asunto que resolver.

Jangwoo arrastró una silla, se sentó junto a Eunseop y levantó la mano con la palma abierta, dibujando círculos en el aire sobre su rostro dormido. Haewon frunció el ceño:

—¿Qué estás haciendo?

—Lo voy a hipnotizar mientras duerme.

Con los dedos estirados, Jangwoo giraba la mano en el aire como si estuviera usando poderes psíquicos.

—A partir de ahora… olvidarás para siempre… lo que pasó aquella noche en el bosque… olvidarás que Jangwoo Lee fue atado a un árbol… lo olvidarás… lo olvidarás…

—Ay, por Dios. Quédate toda la noche con eso si quieres. Yo me voy.

Haewon negó con la cabeza y se dirigió hacia la salida.

Jangwoo no le respondió, absorto en sus palabras:

—Lo olvidarás… lo olvidarás…

Está borracho. Ella miró atrás antes de cerrar la puerta corrediza.

El viento primaveral sopló acariciándole la mejilla.

El camino nocturno hacia la Casa de Nuez estaba tranquilo, y de algún lugar llegaba el aroma de las flores. Al entrar en el jardín, notó que la lona de vinilo había desaparecido y junto a la baranda había varias macetitas con una hilera de flores. La puerta de entrada emitió el mismo chirrido de siempre.

—Ya estoy aquí.

Avellana salió corriendo a recibirla. Ella lo abrazó y lo acarició. Oyó unos pasos acercándose desde la cocina.

—Ya estás aquí.

—Sí, mamá.

Madre e hija se miraron y sonrieron.

El mes pasado, su madre había dejado el restaurante de la ciudad donde había trabajado durante años para volver y reabrir la pensión Casa de Nuez. Y, como si hicieran un relevo, la tía Myeongyeo decidió marcharse un tiempo. Quería viajar por el mundo. Tanto en Seúl como en Bukhyeon-ri habían llegado sus postales. Todos estaban buscando su propio lugar en la vida. Le gustaba saber que había otra mujer en la Casa de Nuez cuando ella volviera.



A la mañana siguiente, al despertarse, Haewon tuvo una sensación extraña pero familiar. Descorrió las cortinas y miró hacia afuera. El cuerpo aún guardaba la memoria del largo invierno. Dudó de lo que veía, pero no estaba equivocada. Sin previo aviso en el pronóstico, Bukhyeon-ri había amanecido cubierto de blanco. *¡Pero si ya casi es mayo! El tiempo en la península se ha vuelto loco*. En el patio, sobre los dientes de león había copos de nieve. Los cristales blancos brillaban bajo el sol primaveral. Era una escena extraña, como si la primavera y el invierno coexistieran. El resplandor le hizo entornar los ojos. A lo lejos, vio a Eunseop caminando por el sendero.

Acababa de salir de la librería, donde había pasado la noche. Su cabello despeinado, enredado como un nido de pájaros, le daba un aire descuidado, pero para Haewon estaba guapísimo, y salió a su encuentro.

Eunseop se detuvo. Haewon pasaba la escoba de paja por el sendero como si hubiera nevado mucho. Parecía una persona dispuesta a barrerlo todo. Él avanzó despacio y habló primero.

—En unas horas, todo esto se derretirá…

—Ajá —respondió sin darle mayor importancia.

Entonces, con un movimiento rápido, Haewon pasó la escoba sobre la nieve y la lanzó de golpe en dirección a Eunseop. Él dio un paso atrás, sorprendido, mientras ella sonreía con picardía y empezaba a agitar la escoba de un lado a otro, desatando una pequeña ventisca.

—¡Oye! ¿Qué haces?

Eunseop pegó un salto y corrió hacia el jardín de su casa, pero Haewon lo persiguió, lanzándole nieve con la escoba. De repente, él se giró, la sujetó por los brazos y trató de arrebatarle la escoba. Ella se rio. Forcejearon un instante hasta que la escoba salió volando y ambos cayeron juntos sobre el manto blanco del suelo. Al tener el cabello corto, la nieve le enfrió la nuca, pero incluso esa sensación helada le resultó agradable.

—Ya has terminado, ¿verdad?

Eunseop la miró mientras recuperaba el aliento. El pecho de Haewon también subía y bajaba con la respiración agitada. Ella levantó ambas manos como si se estuviera rindiendo.

—Está bien. Ya está.

Eunseop intentó incorporarse, pero ella fue más rápida. Estiró sus brazos, lo cogió de los hombros y lo miró a los ojos. Sin decir nada, los dos se besaron en silencio. Cuando Eunseop se separó un poco, Haewon susurró:

—Sonríe.

Pero él no pudo hacerlo tan fácilmente. Habían sido casi dos meses. Dos meses no era tanto tiempo, pero para él había sido un

período interminable. Al ver la duda en sus ojos, Haewon comprendió que había sufrido más de lo que ella imaginaba.

—Quiero que sonrías. He venido porque quiero verte sonreír.

Eunseop suspiró:

—Está bien, si quieres que sonría, lo haré. Pero dime… si sonrío, ¿qué harás tú?

—Te daré tu último beso.

Él la miró confundido. Haewon sonrió con calidez.

—Dentro de cien años. Te daré el último beso dentro de cien años. Hasta entonces, quedémonos juntos.

Eunseop permaneció en silencio unos segundos, desconcertado, y, finalmente, sonrió. Era una sonrisa tan hermosa que a Haewon le dio un vuelco el corazón. Cerró los ojos un momento y, al abrirlos, vio el cielo más allá de su hombro. Las hojas verdes del patio se mecían en el borde del cielo, agitadas por el viento. *Invierno y primavera…* Haewon pensó que nunca podría olvidar este momento junto a Eunseop. Estar con él en ambas estaciones al mismo tiempo… El beso que compartieron en la nieve primaveral.

El laberinto de Sisterfield

Diario de la librería, 26 de mayo

 # Publicación de Editorial Good Night:
Haewon Mok, *El laberinto de Sisterfield*.

Hoy ha llegado el segundo libro de la editorial independiente Good Night: *El laberinto de Sisterfield* (el primero no estuvo a la venta, así que esta sería la primera obra comercial). La autora es ilustradora y el tema del libro son los laberintos. A lo largo de sus páginas, se alternan ilustraciones en color y en blanco y negro, que representan laberintos de hiedras trepadoras, heléchos, nudos, cercos de espinas, muros de piedra y senderos floridos.

Desde laberintos con salidas fáciles hasta otros muy complicados, los lectores pueden recorrer los caminos ilustrados hasta descubrir a las dos niñas ocultas en su interior. Los envíos van con postales de regalo de algunas

de las ilustraciones del libro elegidas al azar. Ojalá esta obra sea bien recibida.

#

Así es. Al final, me he convertido en un librero que también publica libros de manera independiente. Hace unos días, un periodista del diario del pueblo vino a hacerme una entrevista. Como siempre, fue una persona amable y le estoy muy agradecido. Me hizo unas fotos en varias poses: apoyado en una estantería con los brazos cruzados, sosteniendo *El laberinto de Sisterfield* abierto y (qué vergüenza) una foto de cuerpo entero frente a la puerta corrediza de la casa de tejas. No tengo muchas esperanzas de que las imágenes sean mejores que mi aspecto real (si tenéis curiosidad por saber la verdad, podéis visitar la librería Good Night en Bukhyeon-ri, Hyecheon, Gangwon-do).

Me preocupa que nuestra librería termine convirtiéndose en un centro de referencia para la comunidad local. Si se vuelve un destino de moda, ¿cómo gestionaremos la avalancha de visitantes? ¿Quién se encargará de mantener el orden? ¿Tendremos que empezar a cobrar por el café y las galletas? ¿Qué opinan los miembros del Good Night Club?

De acuerdo. No deja de ser una humilde casa de tejas en el campo. Dejaré de soñar con convertirla en un

emblemático edificio de tejas azules.

#

¿Os he mencionado que la autora de *El laberinto de Sisterfield* ha vuelto? Después de un mes, nos hemos reencontrado. Son altas horas de la noche y, ahora mismo, ella duerme con la frente apoyada contra mi cintura. Cuando termine de escribir este diario, tendré que hacerle de almohada con mi brazo, y, sinceramente, me asusta un poco. Hubo un tiempo en que, al leer historias de amantes que pasaban la noche entera durmiendo sobre el brazo de su pareja, pensaba: así debe ser la postura clásica de los enamorados al dormir. Ahora, solo puedo sentir admiración y respeto por ellos. Seguro que también se les adormecía el brazo. Porque, al final, dormir sobre el brazo de alguien no es tan cómodo como parece. ¿No es mucho mejor una almohada de plumas?

En fin…

Pienso en Jiknyeo posándose sobre el hombro de Gyeonwu. Pienso en esa pluma azul que siempre estuvo en mi casa. Pienso en esas cosas buenas y livianas que protegen su sueño. Quizás las luces navideñas que iluminaron la librería, los brotes en los árboles de las montañas y las pequeñas flores de los campos de

Bukhyeon-ri duermen en mis brazos. Ella es ligera… y huele bien, como el aroma de la hierba que trae el viento. Si ella puede dormir tranquila, perder la sensibilidad de los dedos no será importante.

Ya casi acaba mayo. El tiempo sigue sin encontrar su rumbo. Una buena noticia es que en la pista de hielo sobre el arrozal el trasplante de arroz está en pleno apogeo. Espero que en invierno también puedan hacer doble cosecha.

En la librería aún hay mucho trabajo. Así que me quedaré aquí un tiempo más. Os deseo unas buenas noches. El aroma de las acacias vuelve a impregnar el aire. Cambio y corto.

PUBLICACIÓN PRIVADA DEL BLOG DE LA LIBRERÍA
GOOD NIGHT.
SUBIDO POR HOJA DE ÁRBOL.

P.D.: En mitad de la noche abrió los ojos, me besó la nariz y se volvió a dormir hundiendo su rostro en mi pecho. Gracias a eso, mi brazo pudo descansar un momento. Los besos son algo maravilloso.

Palabras del autor

Bienvenidos a la Librería Good Night.
Diario de novela, 7 de junio

 # El muchacho del monte Guwolsan.

El monte detrás del barrio donde vivía de niño se llama Guwolsan. Una mañana de domingo, subí con mi padre y mis hermanos hasta la cumbre, pasando por el manantial, cuando vimos una pequeña casa en medio del bosque. Era una cabaña diminuta y destartalada, tan humilde que asumí que estaba abandonada. Pero la puerta se abrió de repente y alguien salió. Me asusté. Era un chico del aula de al lado. Estábamos en cuarto de primaria (quizás en quinto), y aunque nunca habíamos coincidido en el mismo curso ni hablado antes, nos reconocimos de vista.

De este muchacho me acordaba siempre por sus canas. No sé si será algo genético, pero, para su edad, era bastante llamativo que tuviera tanto cabello blanco. No estoy seguro, pero es probable que sus compañeros se burlaran de él por eso. Después de aquel día, cada vez que me lo cruzaba en los pasillos de la escuela tenía ganas de preguntarle: ¿esa cabaña en Guwolsan es tu hogar? Nunca me animé. Era un niño tímido y quizá a él le habría dado vergüenza.

Después de todo, ¿qué motivo tendría una familia para vivir en el bosque, en plena montaña? En otra época, en un pueblo remoto,

habría sido algo natural. Pero aquello era Busan y, aunque estábamos en las afueras, el barrio se ubicaba en terreno llano.

Pasaron los años y un día me acordé de él. Lo busqué en el álbum de graduación, pero no aparecía en ninguna foto. Seguramente se había cambiado de escuela en el último año y no se graduó con nosotros. Así, dejó tras de sí un recuerdo breve pero imborrable. Nunca supe qué fue de él, pero su imagen, de algún modo, no desapareció jamás de mi memoria.

Librería del Siglo.

La primera librería que frecuenté en mi vida fue la Librería del Siglo, en Bugok-dong, distrito de Geumjeong, Busan. Era un espacio tan estrecho que bastaba con que hubiera solo dos o tres personas dentro para que pareciera lleno; era más un pasillo que una tienda. En un cuartito trasero vivían el dueño, su esposa y su bebé. Tendría unos diez años cuando fui por primera vez con mi hermano a comprar un libro de la colección *Clover Bunko*. Estuvimos más de una hora en la estantería, discutiendo qué título comprar, sacando y devolviendo libros, hojeándolos una y otra vez. Mientras tanto, el dueño solo nos observaba con una sonrisa y comentó que ambos queríamos leer cosas diferentes. Nunca nos atosigó. Solo esperó, paciente. Años después, la librería se trasladó a un local más amplio, al otro lado del callejón, y hasta los veinte años, cuando me fui de casa para ir a la universidad, compré casi todos mis libros allí. Hace dos años, volví a mi antiguo barrio al cabo de mucho tiempo, y lo primero que hice fue buscar la Librería del Siglo. Ya no existía. Aún recordaba el rostro del dueño. Era un señor de unos treinta años. Un librero de treinta y tantos, congelado en el tiempo. Por alguna razón, sentí que quería dejar el nombre de la Librería del Siglo grabado en esta novela.

El Good Night Club.

Uso Twitter y Facebook, aunque no tengo demasiados contactos y prefiero mantener mis cuentas en privado. A menudo les hablaba a mis conocidos sobre el Good Night Club. Como muchos de ellos se dedicaban a actividades similares a las mías, no era raro que fueran noctámbulos. Algunos leían libros a altas horas de la noche, otros veían películas o simplemente se sumergían en sus pensamientos. Me reconfortaba ver menciones suyas en redes sociales a las tres o cuatro de la madrugada, a veces incluso al amanecer, porque era una prueba de que había otras personas despiertas en algún lugar. Quería crear un club con ellos. Siempre he tenido esa fantasía de formar un grupo, como un club de lectura o una tertulia de café. Pero, como suele pasar, ponerlo en práctica nunca es fácil. No tenía grandes propósitos ni lazos tan profundos que nos mantuvieran unidos. Solo quería un espacio en el que pudiéramos compartir momentos sencillos y agradables. Aun así, muchas veces no pasaba de las palabras. Era como cuando decimos: «Encontrémonos un bonito día» o «Un día de estos deberíamos ir a comer juntos», sin que llegue a concretarse. Pero esas palabras, aunque pudieran parecer vacías o incluso insignificantes, nunca me resultaron desagradables.

Camino al mar Beophwan, Sisterfield.

Desde finales de la primavera hasta la llegada del otoño del año pasado, pasé seis meses en la isla de Jeju. Hacía un calor sofocante y las lluvias torrenciales eran frecuentes, pero en medio de ese clima conocí tres campos. Uno era el famoso campo de alforfón, otro el de cebada verde y el tercero… Sisterfield. Había una pequeña panadería camino al mar Beophwan en Seogwipo y allí muchas veces compraba una tarta de higo y nuez para desayunar. Cada vez que la visitaba, murmuraba: «Sisterfield, el campo de las hermanas». Parecía un lugar donde podía surgir una historia, como una bruma flotando más allá de los campos. Fue un verano laberíntico. Incluso después de terminar el borrador, todo seguía difuso, sin respuestas

claras. Viví en un barrio en lo alto de Seogwipo, junto a la casa de Gyeonghye, la amiga que dejó aquella frase escrita en una casa de té y que apareció en *El correo del apartado 110*: «Gyeonghye, te quiero muchísimo. Pero no vivas así tu vida». Ella había ido a Jeju con la intención de convertirse en buceadora *haenyeo*, pero terminó persiguiendo su sueño de publicar de manera independiente. Con ella y otras personas, nos reuníamos una vez por semana en una librería de Seogwipo para leer mitos y leyendas de Jeju. Fueron días que avivaron aún más mi fantasía de tener una librería propia.

Escenas como estas, fragmentos de vida, se unieron para dar forma a la novela. Amigos, conocidos, familia, innumerables personas que pasaron por mi vida… Sus huellas y los paisajes que compartimos quedaron incrustados en esta historia como trozos de cerámica rota. Si esos relatos han resultado decentes, es porque ellos fueron hermosos. Si no son tan buenos, es enteramente culpa mía por no haberlos escrito mejor (en serio, miembros del Good Night Club. Me río). Intenté no perder la sensación que tuve al visitar y pasar tiempo en distintas librerías independientes. También busqué y leí libros sobre el tema (en especial *Nuestra publicación independiente*, de Book Nomad, y *Pesquisa de Librería*, de Propaganda). Como un soñador sin remedio que también quería abrir su propia Good Night, aprendí mucho y encontré inspiración en todo esto.

Quisiera expresar mi cariño y gratitud también a los libros y autores que aparecen mencionados, como *El viento en los sauces* y *El búho en casa*. (Ah, Arnold Lobel… No dejéis pasar sus historias de la rana y el sapo, el saltamontes y el búho). No aparecen guerreros, magos, sanadores, ni tampoco duendes, hadas o mundos perdidos. Pero para mí la librería Good Night fue un mundo fantástico. Los libros que aparecen en el diario de la librería que escribe Eunseop son títulos que imaginé que me gustaría leer. El tiempo que pasé junto a Eunseop, Haewon y los demás, yo también sentí que estaba dirigiendo una librería en medio de los campos. No pediría nada más si los lectores pudieran disfrutar esta historia como si estuvieran

sacando un libro en guarda para leerlo bajo aquella luz.

Cuando terminé mi estadía en Jeju y regresé a Paju, ya era invierno. Mientras terminaba de escribir la novela, el frío polar se extendió muchísimo. Para mí fue como si el año anterior no hubiera habido primavera y otoño. El verano pareció eterno y, poco después de volver al continente, cayó la primera nevada. No podré olvidar este año que pasé deseando que llegaran los días bonitos.

Si uno es escritor solo cuando escribe y es novelista solo cuando está escribiendo una novela, entonces yo solo he sido novelista estos últimos cuatro o cinco años. El resto del tiempo no he sido más que alguien perdido en sus pensamientos. Por eso escribo y quiero seguir escribiendo. Tal vez el título de mi próxima obra sea *El cuidador de libros*. Siempre que he leído un buen libro, he querido ser parte de ese universo y, cuando he visto una gran película, también. Adelantar el título de mi próxima novela es mi manera de atarme a la promesa de escribirla.

Como dijo Eunseop, sé que en el mundo existen muchísimos libros extraordinarios. Incluso si no me esfuerzo por añadir unos cuantos más, ya hay más que suficientes. Aun así, pienso en aquellos que esperaron pacientemente este manuscrito durante tanto tiempo. A P, mi editor, que siempre me animó, me esperó y, sobre todo, confió en mí. Es gracias a quienes creen en mí que, al final, sigo escribiendo. También me vienen a la mente los amigos que han escuchado, una y otra vez, mis mismas palabras sin quejarse. Y, por supuesto, mi querida familia, a quienes, por más que lo intente, nunca podré expresarles toda mi gratitud. Por su apoyo, su paciencia y más que nada por estar a mi lado, compartiendo risas y simplemente existiendo. Y… a vosotros, los lectores. A veces pienso que un libro que nadie lee es como un espejo en el que nada se refleja. Un espejo, por sí mismo, sigue teniendo significado. Pero si no hay nada que se refleje en él debe de ser inevitablemente solitario. Extiendo una pequeña pieza de espejo hacia la ventana, deseando capturar en ella la luz del sol del comienzo del verano y el resplandor de la lima en la noche. Quiero

reflejar algo.

Gracias de corazón.

Junio de 2018

Cinco años después, lo que aprendí de Eunseop.

Han pasado cinco años desde la primera publicación de *En un bonito día te encontraré* y ahora regresa a los lectores en una nueva edición de Subak Seoltang. Durante este tiempo, la historia de la librería Good Night en el pueblo de Bukhyeon-ri cobró vida en una serie de televisión, donde los personajes, sus voces y escenarios comenzaron a moverse dentro de un paisaje real. El libro también fue traducido a varios idiomas y publicado en Francia, Japón, Rusia, Tailandia e Indonesia. Fue muy gratificante. Todo esto ha sido posible gracias a quienes amaron aquel invierno en un pequeño pueblo de Gangwon-do, donde la luz se encendía bajo el techo de una librería acogedora. Sin darme cuenta, mientras escribía esta novela, debí haber tomado a Eunseop como un modelo a seguir o haber sentido una sincera envidia por la cálida comunidad de la librería Good Night. Tal vez por eso terminé iniciando mi propio camino en la edición independiente. Traduje dos libros de la escritora británica Eleanor Farjeon, a quien he amado toda mi vida. Este invierno serán publicados en un hermoso volumen acompañado de ilustraciones. Quizás *En un bonito día te encontraré* sembró una semilla de esperanza en mí. Como la maceta que Boyoung le regaló a Haewon: al principio era solo una semilla enterrada en la tierra, pero con agua, cuidados y el paso del tiempo floreció una melisa.

Aún me queda un largo camino por recorrer, pero quiero avanzar a mi propio ritmo y sin perder el rumbo. Sin alegrarme demasiado ni desanimarme con la misma rapidez. Con una sonrisa serena, y un corazón que me sacuda cada tanto. Creo que con eso será suficiente.

Agradezco de corazón a los lectores que aprecian este libro.

Noviembre de 2023
Desde Paju, Do-woo Lee



LEE DO WOO (Corea del Sur, 1969). Se graduó en Escritura Creativa por la Chung-Ang University. Antes de dedicarse a la escritura trabajó como redactora para radio y publicidad. Publicó su primera obra en 2003 y desde entonces ha publicado cuatro novelas y una antología de relatos. Desde 2022, la autora dirige una editorial independiente. *En un bonito día te encontraré* se publicó en Corea del sur en 2018 y fue adaptada a televisión en 2020. La serie, disponible en Rakuten Viki, tiene como protagonista a Seo Kang-joon y Park Min-young. En un bonito día te encontraré es su primer libro publicado en castellano.